



Preparación Para La Muerte

San Alfonso María de Liguorio

Este santo fue obispo y cardenal durante su vida, y además fundó la Congregación del Santísimo Redentor. Es el patrono de los abogados católicos y de los moralistas y confesores.

INTRODUCCION

¡ No tengo miedo de morir !

Hola amigo,

esta será la frase que podrás decir al terminar el curso.

Miles de personas mueren cada día en todas partes del mundo, a cualquier edad, y de miles de formas diferentes. Una inmensa mayoría de ellas pensaba que iban a vivir algunos años más, y no se prepararon, nunca lo tomaron en serio.

La verdad es que nos espanta solo pensar este tema. Y qué decir de conversarlo con los familiares, o más aún, de hacer un testamento y dejar todo arreglado.

Pero también hay miles de personas que sí se están preparando, y que mueren felices, tranquilos, después de hacer el curso que hoy está en tus manos.

Nota del Co-Autor

Derechos de Autor

Copyright: © 2016 Keno Toriello y Publicaciones INFORMA.

Todos los derechos reservados en todo el mundo.

Se prohíbe estrictamente cualquier uso no autorizado por el autor, reproducir este material por cualquier medio, electrónico o impreso, sin el expreso consentimiento por escrito del autor.

autor@KenoToriello.com

Gracias por leer este Manual

Keno Toriello

**Keno Toriello
Publicaciones Informa**

Aviso Legal: La información y los recursos proveídos en este libro están basados en las condiciones actuales al momento de escribir el libro. Las técnicas descritas han sido beneficiosas para el autor, sin embargo no podemos asegurar que lo sean para el lector. Esperamos que el lector sepa adaptarse a los cambios que constantemente suceden, utilizando las técnicas de este libro. Sin embargo, el autor, Publicaciones Informa, y el vendedor del libro no son responsables de los resultados que el lector obtenga. Las fotografías e ilustraciones utilizadas tienen derecho de autor de sus respectivos dueños. Los nombres de marca y logotipos tienen derecho de autor de sus respectivos dueños, y no tienen relación con esta publicación. Aunque hemos hecho nuestros mejores esfuerzos para publicar datos y detalles, el autor no puede asumir responsabilidad por errores, omisión, o interpretación en la información entregada, y son considerados sin intención. No se garantiza resultados. El autor se reserva el derecho de realizar cambios a este material.

Contents

<i>San Alfonso María de Liguorio</i>	0
Este santo fue obispo y cardenal durante su vida, y además fundó la Congregación del Santísimo Redentor. Es el patrono de los abogados católicos y de los moralistas y confesores.	0
INTRODUCCION.....	1
¡ No tengo miedo de morir !	1
Nota del Co-Autor	2
Preparación Para La Muerte.....	5
Al terminar este curso serás capaz de.....	7
Información	13
Introducción del Autor	15
1. Retrato de un Hombre que acaba de Morir	17
2. Todo acaba con la muerte	24
3. Brevidad de la vida.....	31
4. Certidumbre de la muerte	38
5. Incertidumbre de la hora de la muerte.....	46
6. Muerte del pecador	54
7. Sentimientos de un moribundo no acostumbrado a considerar la meditación de la muerte .	62
8. Muerte del justo	70
9. Paz del justo a la hora de la muerte.....	79
10. Medios de prepararse para la muerte	87
11. Valor del tiempo.....	95
12. Importancia de la salvación	103
13. Vanidad del mundo.....	111
14. La vida presente es un viaje a la eternidad.....	118
15. Malicia del pecado	125
16. Misericordia de Dios	133
17. Abuso de la divina misericordia	140
18. Del número de los pecados.....	149
19. Del inefable bien de la gracia divina y del gran mal de la enemistad con Dios	157
20. Locura del pecador.....	164
21. Vida infeliz de pecadores y vida dichosa del que ama a Dios	172
22. Los malos hábitos.....	181

23. Engaños que el enemigo sugiere al pecador	191
24. Del juicio particular	199
25. Del juicio universal	207
26. De las penas del infierno.....	216
27. De la eternidad del infierno	225
28. Remordimientos del condenado.....	234
29. De la gloria	241
30. De la oración	251
31. De la perseverancia.....	259
32. De la confianza en la protección de María Santísima	272
33. Del amor de Dios.....	281
34. De la Sagrada Comunión	289
35. De la amorosa permanencia de Cristo en el Santísimo Sacramento del Altar	299
36. Conformidad con la voluntad de Dios.....	310

Preparación Para La Muerte



En los Campos de Concentración durante la Segunda Guerra Mundial se cuenta que los judíos dibujaron en las paredes muchas mariposas. Conociendo que la muerte estaba próxima, dibujaban mariposas para recordarse y enseñar a otros que la muerte es un paso a otra realidad mejor.



Se hace necesario que renunciemos a este cuerpo mortal, para recibir un cuerpo nuevo, maravilloso, inmortal.

La muerte es un viaje, más aún, un viaje sin regreso. Como todo viaje, necesita preparación. ¿Qué pasaría si un día decides viajar a otro país dejándolo todo? Esto le ocurrió a gente que debió emigrar de sus países luego de que vinieron Dictaduras al poder, también en países donde hubo crisis económicas. La muerte tiene cierta similitud, es un viaje sin equipaje.

Si vas a una estación de trenes, puedes elegir a qué tren subirte y así determinar a qué destino llegar. Pero una vez que te subes al tren, ya no hay forma de controlar el viaje. La muerte es similar, una vez iniciado este viaje no tenemos control sobre ningún aspecto del viaje. Simplemente entregamos nuestra alma a nuestro Padre Dios, para que El decida adonde llevarnos.



Al terminar este curso serás capaz de

- **ver la muerte como un regalo de Dios**
- **aceptar la muerte como un hecho inevitable**
- **esperar y desear la venida de la muerte**
- **entender que después de la muerte viene una realidad mejor**
- **darte cuenta de que estar bien preparado puede significar una diferencia eterna**

Realiza este Curso de Preparación en forma seria y responsable.

Anota de inmediato en tu Agenda los Días que destinarás a realizar el Curso de Preparación para La Muerte.

Tener fé significa creer...
Creen en Dios y en su único hijo
significa creer en la Resurrección.

Al acercarte a estas nuevas verdades surgirán dudas y hasta rechazo. Dirás que Dios no puede condenar a las personas, porque es Amor y Misericordia. Al principio te sugiero aceptarlo sin pensar mucho, solo al avanzar en el curso irás entendiendo y aceptando las verdades que al principio tuviste que aceptar por fé y sin razones.

**La fé es un Regalo de Dios para quienes se la piden en oración,
reza desde hoy pidiéndole fé a tu Padre Dios.**

"La fé no se discute; o uno acepta a ojos cerrados, reconociendo su incapacidad de comprender sus misterios, o uno lo rechaza. No hay término medio. Elija usted"

Padre Pío de Pietrelcina

"Desde ese día hice mi elección. Debo al Padre Pío haber vuelto a la fé de mis padres, el haber comprendido el esplendor de la claridad cristiana; y también el egoísmo, la indiferencia ante el sufrimiento de los hombres, de que están impregnadas las religiones asiáticas, fundadas en el fatalismo y en la creencia en la reencarnación"

Alberto Del Fante en su libro

"De la duda a la Fé"

ORACIÓN

¡ Oh Dios mío, que condenándonos a la muerte nos ocultas el momento y la hora de ella: haz que, viviendo santamente todos los días de nuestra vida, merezcamos una muerte dichosa, abrazados en tu divino amor!

Por los méritos de Jesucristo, Nuestro Señor, que contigo vive y reina, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.

Amén.

A JESÚS CRUCIFICADO PARA ALCANZAR LA GRACIA DE UNA BUENA MUERTE

Jesús, Señor,
Dios de bondad,
Padre de misericordia,
me presento delante de Tí con el corazón
arrepentido, humillado y confuso,
encomendándote mi última hora
y la suerte que después de ella me espera.

Cuando mis pies, perdiendo el movimiento,
me adviertan que mi pasar en este mundo
está pronto a acabarse,
Jesús misericordioso, pido tengas compasión de mi.

Cuando mis manos, temblorosas y torpes,
no puedan ya estrechar el crucifijo,
y a pesar mío le dejen caer en el lecho de mi dolor,
Jesús misericordioso, pido tengas compasión de mi.

Cuando mis ojos, apagados y secos
por el dolor de la muerte cercana,
fijen en Tí miradas lánguidas y moribundas,
Jesús misericordioso, pido tengas compasión de mi.

Cuando mis labios, fríos e incontrolables,
pronuncien por última vez tu santísimo Nombre,
Jesús misericordioso, pido tengas compasión de mi.

Cuando mi cara, pálida y amoratada,
cause ya lástima y terror a los presentes,
y los cabellos de mi cabeza,
bañados del sudor de la muerte,
anuncien que está próximo mi fin,
Jesús misericordioso, pido tengas compasión de mi.

Cuando mis oídos, próximos a cerrarse para
siempre a las conversaciones de los hombres,
se abran para oír de Tí la irrevocable sentencia
que determine mi suerte por toda la eternidad,
Jesús misericordioso, pido tengas compasión de mi.

Cuando mi imaginación, agitada de espantosos
fantasmas, se vea sumergida en mortales quejidos,
y mi espíritu perturbado del temor de tu justicia,
a la vista de mis faltas,
luche contra el enemigo infernal, que quisiera
quitarme la esperanza en vuestra misericordia
y precipitarme en el abismo de la desesperación,
Jesús misericordioso, pido tengas compasión de mi.

Cuando mi corazón, débil,
oprimido por el dolor de la enfermedad,
esté sobrecogido del dolor de la muerte,
fatigado y rendido por los esfuerzos que haya
hecho contra los enemigos de mi salvación,
Jesús misericordioso, pido tengas compasión de mi.

Cuando derrame las últimas lágrimas,
síntomas de mi destrucción, recíbelas, Señor,
como sacrificio expiatorio para que muera
víctima de penitencia, y en aquel momento terrible,
Jesús misericordioso, pido tengas compasión de mi.
Cuando mis parientes y amigos,
juntos alrededor de mí,

lloren al verme en el último trance
y te rueguen por mi alma,
Jesús misericordioso, pido tengas compasión de mi.

Cuando, perdido el uso de los sentidos,
desaparezca de mí toda impresión del mundo,
y gima entre las postreras agonías y congojas
de la muerte,
Jesús misericordioso, pido tengas compasión de mi.

Cuando mis últimos suspiros muevan a mi alma
a salir del cuerpo, recibidlos como señales de mis
santos deseos de llegar a Tí, y en aquel instante,
Jesús misericordioso, pido tengas compasión de mi.

Cuando mi alma se aparte para siempre de
este mundo y salga de mi cuerpo,
dejándole pálido, frío y sin vida,
aceptad la destrucción de él como un tributo
que desde ahora ofrezco a vuestra divina Majestad,
y en aquella hora,
Jesús misericordioso, pido tengas compasión de mi.

En fin, cuando mi alma comparezca ante Tí
y vea por primera vez el esplendor inmortal
de tu soberana Majestad,
no la arrojes de tu presencia,
sino dignate recibirla en el seno amoroso
de tu misericordia,
a fin de que cante eternamente tus alabanzas,
Jesús misericordioso, pido tengas compasión de mí.

Compuso esta oración una joven protestante que se convirtió a la Religión católica a los quince años de edad, y murió a los dieciocho en olor de santidad.

Información

Hola,

un gran esfuerzo se destina para mantener vivo este sitio website <http://www.PreparacionParaLaMuerte.com>, y ser un aporte concreto a toda la comunidad cristiana.

La realidad de la muerte nos afecta a todos los humanos, y por eso toda persona es bienvenida a realizar el curso. Internet tiene la gran ventaja de acercarnos de una forma anónima.

Este curso **Preparación Para La Muerte** es gratuito por la misma razón. El curso original fue escrito por San Alfonso María de Liguorio, quien nació en 1696 en Marianella (Nápoles) y murió en 1787.



Este santo fue obispo y cardenal durante su vida, y además fundó la Congregación del Santísimo Redentor. Es el patrono de los abogados católicos y de los moralistas y confesores.

A pesar de que han pasado siglos desde que el curso fue originalmente escrito, mantiene una vigencia digna de mencionar. Es por ello que mi aporte con este website es actualizar las versiones que se encuentran en la mayoría de otros sitios en internet.

Para ello me he concentrado en

- 1) actualizar el idioma español a uno más vigente y utilizando un vocabulario más sencillo, de manera que pueda ser entendido por la gran mayoría de los lectores, y en especial los jóvenes.
- 2) He eliminado todos los textos en latín, ya que es un idioma que pocos utilizan hoy en día.
- 3) eliminé todas las referencias y números de notas, en un intento de hacer más fluida la lectura. Y además
- 4) he hecho el curso gráficamente más atractivo.

Espero te guste el curso y el sitio web. Espero te guste tanto como para compartirlo con tus amigos y familiares, en un tema tan difícil de enfrentar y que como personas tratamos de evitar conversar.

Y además me atrevo a solicitarte una contribución para la mantención del website y además para financiar avisos publicitarios que permitan atraer a estas reflexiones personas no cristianas, en un trabajo de evangelización que nos pidió Jesús en su Palabra.

Introducción del Autor



Me pidieron algunas personas que les proporcione un libro de consideraciones sobre las verdades eternas para las almas que desean perfeccionarse y adelantar en la senda de la vida espiritual.

Reclamaban otras personas una colección de materias predicables en las misiones y ejercicios espirituales. Y para no multiplicar libros, trabajos y dispendios, he creído conveniente escribir esta obra tal y como va a leerse, con objeto de que pueda servir para ambos fines. Hallarán en ella los seglares auxilios para meditar por medio de los tres "Puntos" en que he dividido cada "Capítulo", y como cualquiera de esos puntos puede servir para una meditación completa, les he agregado "Oraciones" al final de cada "Punto".

Ruego al lector que se enoje al ver que **en dichas oraciones se pide casi siempre la gracia de la perseverancia y del amor a Dios**, porque éstas son las dos gracias más necesarias para alcanzar la eterna salvación.

La gracia del amor divino, dice San Francisco de Sales, es aquella gracia que contiene en sí a todas las demás, porque la virtud de la caridad para con Dios lleva consigo todas las virtudes. Quien ama a Dios es humilde, casto, obediente, mortificado...; posee, en suma, todas las virtudes. Por eso decía San Agustín:

"Ama a Dios y haz lo que quieras, pues el que ama a Dios evitará cuanto pueda desagradar al Señor, y sólo procurará complacerle en todo".

La otra gracia de la perseverancia es aquella que nos hace alcanzar la eterna salvación. Dice San Bernardo que el cielo está prometido a los que comienzan a vivir santamente; pero que no se da sino a los que perseveran hasta el fin.

Pero esta perseverancia, como enseñan los Santos Padres, sólo se otorga a los que la piden. Por lo cual afirma Santo Tomás que para entrar en la gloria se requiere continua oración, según lo que antes había dicho nuestro Salvador (Lc., 28, 1): **Conviene orar siempre y no desfallecer; de aquí procede que muchos pecadores, aunque hayan sido perdonados, no perseveran en la gracia de Dios, porque después de alcanzar el perdón olvidan pedir a Dios perseverancia, sobre todo en tiempo de tentaciones, y recaen miserablemente.** Y aunque el don de la perseverancia es enteramente gratuito y no podemos merecerle con nuestras obras, podemos, sin embargo, dice el Padre Suárez, alcanzarle infaliblemente por medio de la oración, como había dicho ya San Agustín.

Y así, me atrevo a asegurar que, entre todos los libros espirituales, no hay ni puede haber ninguno más útil ni necesario para obtener la salvación eterna que el que trate de la oración.

Con objeto de que las consideraciones de esta obra puedan también servir para la predicación a los sacerdotes que no tengan muchos libros ni tiempo de leerlos, las he enriquecido con textos de la Escritura y pasajes de los Santos Padres; citas que, aunque breves, encierran altísimo espíritu, como conviene para predicar la palabra de Dios. Los tres puntos de cada una de las consideraciones forman un sermón completo, y con este fin he procurado recoger de muchos autores las oraciones que me han parecido más vivas y propias para mover a la acción, exponiéndolos con variedad y concisión, con objeto de que el lector escoja los que más le agraden y los dilate luego a su gusto. Sea todo para gloria de Dios.

Ruego al que leyere este libro, ya en mi vida, ya después de mi muerte, que me encomiende mucho a Jesucristo, y yo prometo hacer lo mismo por todos los que tengan para conmigo esa caridad.

¡ Viva Jesús, nuestro amor, y María, nuestra esperanza!

1. Retrato de un Hombre que acaba de Morir

Polvo eres y en polvo te convertirás. (Gn.. 3. 19).

PUNTO 1

Considera que tierra eres y en tierra te vas a convertir. Llegará un día en que será necesario morir y pudrirse en una fosa, donde estarás cubierto de gusanos (Sal., 14, 11). A todos, nobles o plebeyos, de clase alta o clase baja, príncipes o vasallos, ricos o pobres, les debe tocar la misma suerte. Apenas, con el último suspiro, salga el alma del cuerpo, pasará a la eternidad, y el cuerpo, luego, se reducirá a polvo (Sal. 103, 29).

Imagínate en presencia de una persona que acaba de expirar: Mira aquel cadáver, tendido aún en su lecho mortuario; la cabeza inclinada sobre el pecho; el cabello desordenado, todavía bañado con el sudor de la muerte; hundidos los ojos; desencajadas las mejillas; el rostro de color de ceniza; los labios y la lengua de color de plomo; yerto y pesado el cuerpo... ¡Tiembra y palidece quien lo ve!... ¡Cuántos, sólo por haber contemplado a un familiar o amigo muerto, han cambiado de vida y abandonado las cosas materiales del mundo!

Pero todavía inspira el cadáver horror más intenso cuando comienza a descomponerse... Ni un día ha pasado desde que murió aquel joven, y ya se percibe un hedor insoportable. Si aún estuviera en la casa, hay que abrir las ventanas, y quemar perfumes, y procurar que pronto lleven al difunto a la iglesia o al cementerio, y que le entierre pronto, para que no contamine toda la casa... Y el que haya sido aquel cuerpo de un noble o un potentado no servirá, acaso, sino para que despida una fetidez mayor, dice un autor. ¡Ves en lo que ha venido a parar aquel hombre soberbio, aquel deshonesto!... Poco tiempo ha pasado, hace solo unos días se veía alegre, acogido por sus amigos, y hasta agasajado en el buen trato de la sociedad; ahora es horror y espanto de quien lo mira. Ahora muerto, se apresuran los parientes a arrojarlo de casa, y pagan

portadores y funeraria para que, encerrado en su ataúd, se lo lleven y le den sepultura... No hace mucho el talento, la finura, la cortesía y gracia de ese hombre le daban fama; pero a los pocos días de haber muerto, ni aún su recuerdo se conserva (Sal. 9, 7).

Al oír la noticia de su muerte, se limitan unos a decir que era un hombre honrado; otros, que ha dejado a su familia con grandes riquezas. Algunos lloran, porque la vida del que murió les era provechosa; se alegran otros, porque esa muerte puede serles útil.

Por fin, al poco tiempo, nadie habla ya de él, y hasta sus familiares más queridos no quieren que de él se les hable, por no renovar el dolor. En las visitas de duelo se habla de otras cosas; y si alguien se atreve a mencionar al muerto, no falta un pariente que diga: «¡Por caridad, no me lo menciones más!»

Considera que lo que has hecho en la muerte de tus familiares y amigos así se hará en la tuya. Entran los vivos en la escena del mundo a representar su papel y a recoger la herencia y ocupar el puesto de los que mueren; pero el aprecio y memoria de éstos poco o nada duran. Aflígense al principio los parientes algunos días, pero muy pronto se consuelan con la herencia que hayan obtenido, y muy luego parece como que su muerte los alegra. En aquella misma casa donde hayas exhalado el último suspiro, y donde Jesucristo te habrá juzgado, pronto se celebrarán, como antes, banquetes y bailes, fiestas y juegos... Y tu alma, ¿dónde estará entonces?

ORACIÓN

¡Mil gracias te doy, oh Jesús, Redentor mío, porque no has querido que muera cuando estaba en desgracia tuya! ¡Cuántos años han pasado que merecía estar en el infierno!... Si hubiera muerto en aquel día, en aquella noche, ¿qué habría sido de mí por toda la eternidad?... ¡Señor!, te doy fervientes gracias por ese favor.

Acepto mi muerte en satisfacción de mis pecados, y la acepto tal y como te plazca enviármela. Pero ya que me has esperado hasta ahora, demórala un poco más todavía. Dame tiempo de llorar mis

ofensas que te he hecho, antes que llegue el día en que tengas que juzgarme (Jb., 10, 20).

No quiero resistir más tiempo a tu voz... ¡Quién sabe si estas palabras que acabo de leer son para mí tu último llamado! Confieso que no merezco misericordia. ¡Tantas veces me has perdonado, y yo, ingrato, he vuelto a ofenderte! ¡Señor, ya que no sabes desechar ningún corazón que se humilla y arrepiente, mira aquí al traidor que, arrepentido, a Ti acude! Por piedad, no me arrojes de tu presencia (Sal. 50, 13).

Tú mismo has dicho: Al que viniere a Mí no le desecharé. Verdad es que te he ofendido más que nadie, porque más que a nadie me has favorecido con tu luz y gracia. Pero la sangre que por mí has derramado me da ánimos y esperanza de alcanzar perdón si de veras me arrepiento... Sí, bien sumo sacerdote de mi alma; me arrepiento de todo corazón de haberte despreciado.

Perdóname y concédeme la gracia de amarte en lo sucesivo. Basta ya de ofenderte. No quiero, Jesús mío, emplear en injuriarte el resto de mi vida; quiero sólo invertir mi tiempo en llorar siempre las ofensas que te hice, y en amarte con todo mi corazón. ¡Oh Dios, digno de amor infinito!...
¡Oh María, mi esperanza, ruega a Jesús por mí!

PUNTO 2

Pero para ver mejor lo que eres, cristiano— dice San Juan Crisóstomo—, ve a un sepulcro, contempla el polvo, la ceniza y los



gusanos, y llora. Observa cómo aquel cadáver va poniéndose morado, y después negro. Aparece luego en todo el cuerpo una especie de vellón blanquecino y repugnante, de donde sale una materia pútrida, viscosa y hedionda, que cae por la tierra.

Nacen en tal podredumbre multitud de gusanos, que se nutren de la misma carne, a los cuales, a veces, se agregan las ratas para devorar aquel cuerpo, corriendo unas por encima de él, penetrando, otras por la boca y las entrañas. Se caen a pedazos las mejillas, los labios y el pelo; se descarna el pecho, y luego los brazos y las piernas.

Los gusanos, apenas han consumido las carnes del muerto, se devoran unos a otros, y de todo aquel cuerpo no queda, finalmente, más que un fétido esqueleto, que con el tiempo se deshace, separándose los huesos y cayendo del tronco la cabeza. Reducido como pelusa de una era de verano que arrebató el viento... (Dn., 2, 35). Esto es el hombre: un poco de polvo que el viento dispersa.

¿Dónde está, pues, aquel caballero a quien llamaban alma y encanto de la conversación? Entra en su casa; ya no está allí. Visita su lecho; otro lo disfruta. Busca sus ropas y sus cosas; otros lo han tomado y repartido todo. Si quieres verlo, asomate a aquella fosa en el cementerio, donde se halla convertido en podredumbre y descamados huesos...

¡Oh Dios mío! Ese cuerpo alimentado con tan deliciosos manjares, vestido con tantas galas, agasajado por tantos servidores, ¿se ha reducido a eso?

Bien entendieron la verdad, ¡oh Santos benditos!, que por amor de Dios—fin único que amaron en el mundo—supieron mortificar los cuerpos, cuyos huesos son ahora, como preciosas reliquias, venerados y conservados en urnas de oro. Y sus almas hermosísimas gozan de Dios, esperando el último día para unirse a sus cuerpos gloriosos, que serán compañeros y partícipes de la dicha sin fin, como lo fueron de la cruz en esta vida.

Tal es el verdadero amor al cuerpo mortal; hacerle aquí sufrir trabajos para que luego sea feliz eternamente, y negarle todo placer que pudiera hacerle para siempre desdichado.

ORACIÓN

¡Aquí estoy, Dios mío, a qué se reducirá también mi cuerpo, con que tanto te he ofendido: a gusanos y podredumbre! Pero no me aflige, Señor; sino que me alegra que así se va a corromper y consumir esta carne, que me ha hecho perderte a Tí, que eres mi máxima alegría. Lo que me apena es el haberte causado tanta pena por haberme procurado tan míseros placeres.

No quiero, desconfiar de tu misericordia. Me has guardado para perdonarme (Is., 30, 18), ¿no quieres, pues, perdonarme si me arrepiento?...

Me arrepiento, sí, ¡oh Bondad infinita!, con todo mi corazón, de haberte despreciado. Diré, con Santa Catalina de Génova: Jesús mío, no más pecados, no más pecados. No quiero abusar de tu paciencia. No quiero aguardar para abrazarte cuando el confesor me invite a ello en la hora de la muerte. Desde ahora te abrazo, desde ahora te encomiendo mi alma.

Y como esta alma mía ha estado tantos años en el mundo sin amarte, dame luces y fuerzas para que te ame en todo el tiempo de vida que me queda. No esperaré, no, para amarte, a que llegue la hora de mi muerte. Desde ahora mismo te abrazo y estrecho contra mi corazón, y prometo no abandonarte nunca...

¡Oh Virgen Santísima!, uneme a Jesucristo y alcánzame la gracia de que jamás le pierda.

PUNTO 3

En esta pintura de la muerte, hermano mío, reconóctete a ti mismo, y mira lo que algún día vendrás a ser: *Acuérdate de que eres polvo y en polvo te convertirás*. Piensa que dentro de pocos años, quizá dentro de pocos meses o días, no serás más que gusanos y podredumbre. Con tal pensamiento se hizo Job (17, 14) un gran santo. *A la podredumbre dije: Mi padre eres tú, y mi madre y mi hermana a los gusanos*.

Todo ha de acabar. Y si en la muerte pierdes tu alma, todo estará

perdido para tí. *Considérate ya muerto*—dice San Lorenzo Justiniano—, *pues sabes que necesariamente has de morir*. Si ya estuvieses muerto, ¿qué no desearías haber hecho?... Pues ahora que vives, piensa que algún día muerto estarás.

Dice San Buenaventura que el piloto, para gobernar la nave, se pone en el extremo posterior de ella. Así, el hombre, para llevar buena y santa vida, debe imaginar siempre que se halla en la hora de morir. Por eso exclama San Bernardo: *Mira los pecados de tu juventud, y ruborízate; mira los de la edad viril, y llora; mira los últimos desórdenes de la vida, y estremécete*, y ponles pronto remedio.

Cuando San Camilo de Lelis se asomaba a alguna sepultura, decíase a sí mismo: «Si volvieran los muertos a vivir, ¿qué no harían por la vida eterna? Y yo, que tengo tiempo, ¿qué hago por mi alma?...» Por humildad decía esto el Santo; mas tú, hermano mío, tal vez con razón pudieras temer el ser aquella higuera sin fruto de la cual dijo el Señor: *Tres años que vengo a buscar fruto a esta higuera, y no le hallo* (Lc., 13, 7).

Tú, que ya llevas en el mundo más de tres años, ¿qué frutos has producido?... Mirad—dice San Bernardo—que el Señor no busca solamente flores, sino frutos; es decir, que no se contenta con buenos propósitos y deseos, sino que exige obras santas.

Aprende, pues, a aprovecharte de este tiempo que Dios, por su misericordia, te concede, y no esperes para obrar bien a que ya sea tarde, al solemne instante en que se te diga: *¡Ahora! Llegó el momento de dejar este mundo*. ¡Pronto!... Lo hecho, hecho está.

ORACIÓN

Aquí me tienes, Dios mío; yo soy aquel árbol que desde hace muchos años merecía haber oído de Tí estas palabras: *Córtale, pues ¿para qué ha de ocupar terreno en balde?*... (Lc., 13, 7). Nada más cierto, porque en tantos años como estoy en el mundo no te he dado más frutos que sufrimientos y espinas de mis pecados...

Pero Tú, Señor, no quieres que yo pierda la esperanza. A todos has dicho que *quien te busca te halla* (Lc., 11, 9). Yo te busco, Dios mío, y quiero recibir tu gracia. Aborrezco de todo corazón todas las

ofensas que he hecho, y quisiera morir por ellas de dolor.

Si en el pasado huí de Tí, ahora aprecio más tu amistad que poseer todos los reinos del mundo. No quiero resistir más a tu llamado. Ya que es voluntad tuya que me des totalmente a Tí, me entrego todo y sin reservas a Tí... En la cruz te diste todo a mí. Yo ahora me doy todo a Tí.

Tú, Señor, has dicho: *Si algo pides en mi nombre, Yo lo haré* (Jn., 14, 14). Confiado yo, Jesús mío, en esta gran promesa, en tu nombre y por tus méritos te pido tu gracia y tu amor. Hace que de ellos se llene mi alma, antes hogar de pecados.

Gracias te doy por haberme inspirado que te dirija esta oración, señal segura de que quieres oírme. Oyeme, entonces, ¡oh Jesús mío!, concédeme un amor vivo hacia Tí, un deseo grande de complacerte y fuerza para cumplirte...

¡Oh María, mi gran intercesora, escúchame Tú también, y ruega a Jesús por mí!

2. Todo acaba con la muerte

El fin llega; llega el fin. Ez., 7.

PUNTO 1

La gente de este mundo dice que es feliz solamente quien goza de los bienes de este mundo, honores, placeres y riquezas. Pero la muerte acaba con toda esta aventura terrenal. *¿Qué es tu vida? Es un vapor que aparece por un rato* (Stg., 4, 15).

Los vapores que la tierra exhala se alzan por el aire, y la luz del sol los dora con sus rayos, tal vez forman figuras hermosas; pero, ¿cuánto dura su brillante aspecto?... Sopla una racha de viento, y todo desaparece. .. Aquel prepotente, hoy tan alabado, tan temido y casi adorado, mañana, cuando haya muerto, será despreciado, odiado y hasta maldecido. Con la muerte hemos de dejarlo todo.

El hermano del gran siervo de Dios Tomás de Kempis se preciaba de haberse edificado una casa muy bella. Uno de sus amigos le dijo que notaba en ella un grave defecto. «¿Cuál es?»—le preguntó aquél—. «El defecto—respondió el amigo—es que has hecho en ella una puerta.» «¡Cómo!—dijo el dueño de la casa—, ¿la puerta es un defecto?» «Sí—replicó el otro—, porque por esa puerta tendrás algún día que salir, ya muerto, dejando así la casa y todas tus cosas.»

La muerte, en suma, despoja al hombre de todos los bienes de este mundo... ¡Qué espectáculo el ver arrojar fuera de su propio palacio a un príncipe, que jamás volverá a entrar en él, y considerar que otros toman posesión de los muebles, tesoros y demás bienes del difunto!

Los servidores lo dejan en el ataúd con un vestido que apenas basta para cubrirle el cuerpo. No hay ya quien le atienda ni adule, ni, tal vez, quien haga caso de su postrera voluntad.

Saladino, que conquistó en Asia muchos reinos, dispuso, al morir, que cuando llevasen su cuerpo a enterrar le precediese un soldado llevando colgada de una lanza la túnica interior del muerto, y exclamando: «Miren aquí todo lo que lleva Saladino al sepulcro.»

Puesto en la fosa el cadáver del príncipe, se deshacen sus carnes, y no queda en los restos mortales señal alguna que los distinga de los demás. *Contempla los sepulcros*—dice San Basilio—, *y no podrás distinguir quién fue el siervo ni quién el señor.*

En presencia de Alejandro Magno, mostrábase Diógenes un día buscando muy solícito alguna cosa entre varios huesos humanos. «¿Qué buscas?»—preguntó Alejandro con curiosidad—. «Estoy buscando—respondió Diógenes—el cráneo del rey Filipo, tu padre, y no puedo distinguirlo. Muéstramelo tú, si sabes hallarle.»

Desiguales nacen los hombres en el mundo, pero la muerte los iguala, dice Séneca. Y Horacio decía que la muerte iguala los cetros de los grandes reyes y las azadas de los campesinos. En suma, cuando viene la muerte, todo se acaba y todo se deja, y de todas las cosas del mundo nada llevamos a la tumba.

ORACIÓN

Señor, ya que das luz para conocer que cuanto el mundo estima es humo y demencia, dame fuerza para desasirme de ello antes que la muerte me lo arrebatte.

¡ Infeliz de mí, que tantas veces, por míseros placeres y bienes de la tierra, te he ofendido a Tí y perdido el bien infinito !...

¡ Oh Jesús mío, médico celestial, vuelve tus ojos hacia mi pobre alma; sánala de las llagas que yo mismo abrí con mis pecados y ten piedad de mí ! Sé que puedes y quieres sanarme, pero para ello también quieres que me arrepienta de las ofensas que te hice. Y como me arrepiento de corazón, sáname, ya que puedes hacerlo (Salmo 40, 5).

Me olvidé de Tí; pero Tú no me has olvidado, y ahora me das a entender que hasta quieres olvidar mis ofensas, con tal que yo las deteste (Ez., 18, 21). Las detesto y aborrezco sobre todos los males...

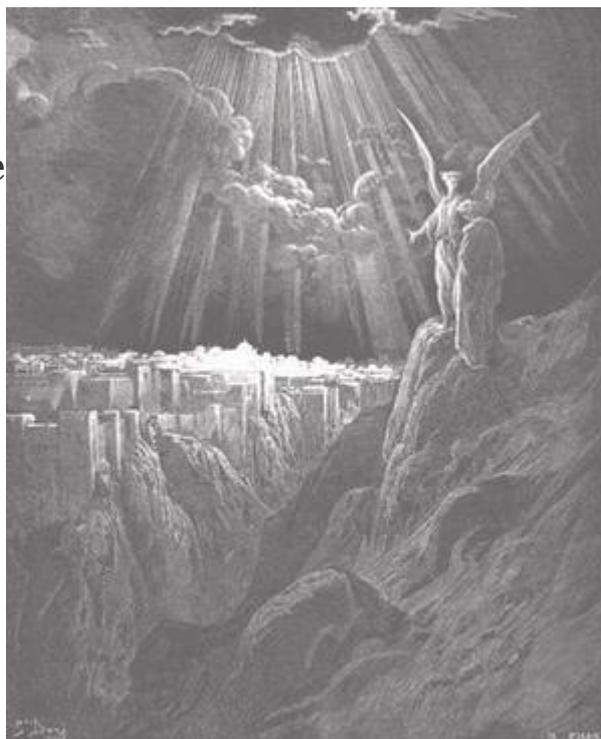
Olvida, pues, Redentor mío, las amarguras de que te he dado. Prefiero, en adelante, perderlo todo, hasta la vida, antes que perder tu gracia... ¿De qué me servirían sin ella todos los bienes del

mundo?

Dígnate ayudarme, Señor, ya que conoces mi flaqueza. El infierno no dejará de tentarme: mil asaltos prepara para hacerme otra vez su esclavo. Pero Tú, Jesús mío, no me abandones. Esclavo quiero ser de tu amor. Tú eres mi único dueño, que me ha creado, redimido y amado sin límites... Eres el único que merece amor, y a solo a Tí quiero amar.

PUNTO 2

Felipe II, rey de España, estando a punto de morir, llamó a su hijo, y alzando el manto real con que se cubría, le mostró el pecho, ya roído de gusanos, y le dijo : *Mira, príncipe, cómo se muere y cómo acaban todas las grandezas de este mundo...* Bien dice Teodoreto que la muerte no teme las riquezas, ni a los vigilantes, ni la púrpura; y que así de los vasallos como de los príncipes, *se engendra la podredumbre y mana la corrupción.* De suerte que todo el que muere, aunque sea un príncipe, nada lleva consigo al sepulcro. Toda su gloria acaba en el lecho mortuario (Sal. 48, 18).



Refiere San Antonio que cuando murió Alejandro Magno exclamó un filósofo: «El que ayer pisaba la tierra, hoy es por la tierra oprimido. Ayer no le bastaba la tierra entera; hoy tiene bastante con un par de metros. Ayer guiaba por el mundo ejércitos innumerables; hoy unos pocos sepultureros le llevan al cementerio.

Pero oigamos, ante todo, lo que nos dice Dios: *¿Por qué se enorgullece el polvo y la ceniza?* (Ecli., 10, 9). *¿Para qué inviertes tus años y tus pensamientos en adquirir grandezas de este mundo?*

Llegará la muerte y se acabarán todas esas grandezas y todos tus designios (Salmo 145, 4).

¡Cuan preferible fue la muerte de San Pedro el ermitaño, que vivió sesenta años en una gruta, a la de Nerón, emperador de Roma!
¡Cuánto más dichosa la muerte de San Félix, hermano capuchino, que la de Enrique VIII, que vivió entre grandezas reales, siendo enemigo de Dios!

Pero es preciso entender que los Santos, para alcanzar muerte semejante, lo abandonaron todo: patria, deleites y cuantas esperanzas el mundo les brindaba, y abrazaron una vida pobre y menospreciada. Se autoSepultaron vivos sobre la tierra para no ser, al morir, sepultados en el infierno... Pero, ¿cómo pueden las personas mundanas esperar una muerte feliz viviendo, como viven, entre pecados, placeres terrenos y ocasiones peligrosas?

Amenaza Dios a los pecadores con que en la hora de la muerte le buscarán y no lo hallarán (Jn., 7, 34). Dice que entonces ya no será el tiempo de la misericordia, sino el de la justa venganza (Dt., 32, 35).

Y la razón nos enseña esta misma verdad, porque en la hora de la muerte el hombre mundano se hallará débil de espíritu, oscurecido y duro de corazón por el mal que haya hecho; las tentaciones serán entonces más fuertes, y el que en vida se acostumbró a rendirse y dejarse vencer, ¿cómo resistirá en aquel trance? Necesitaría una extraordinaria y poderosa gracia divina que le cambiase el corazón; pero ¿acaso Dios está obligado a dársela? ¿La habrá merecido tal vez con la vida desordenada que tuvo?... Y, sin embargo, se trata en tal ocasión de la desdicha o de la felicidad eterna...

¿Cómo es posible que, al pensar en esto, quien crea las verdades de la fe no lo deje todo para entregarse por entero a Dios, que nos juzgará según nuestras obras?

ORACIÓN

¡Ah Señor! ¡Cuántas noches he pasado sin tu gracia!... ¡En qué miserable estado se hallaba entonces mi alma!... ¡Tú la odiabas, y ella quería tu odio! Condenado estaba ya al infierno; sólo faltaba

que se ejecutase la sentencia...

Tú, Dios mío, siempre te has acercado a mí, invitándome al perdón. Pero ¿quién me asegura que ahora ya me has perdonado? ¿Tengo que vivir, Jesús mío, con este temor hasta que vengas a juzgarme?... Con todo el dolor que siento por haberte ofendido, mi deseo de amarte y tu Pasión, ¡oh Redentor mío!, me hacen esperar que estaré en tu gracia. Me arrepiento de haberte ofendido, ¡oh Soberano Maestro!, y te amo sobre todas las cosas. Resuelvo antes perderlo todo que perder tu gracia y tu amor.

Tú deseas que sienta alegría el corazón que te busca (1 Co., 16, 10). Detesto, Señor, las injurias que te hice; inspírame confianza y valor. No me reproches más mi ingratitud, que yo mismo la conozco y aborrezco.

Dijistes que no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ez., 33, 11). Pues todo lo dejo, ¡oh Dios mío!, y me convierto a Tí, y te busco y te quiero y te amo sobre todas las cosas. Dame tu amor, y nada más te pido...

¡Oh María, que eres mi esperanza, ayúdame a ser perseverante en la virtud!

PUNTO 3

A la felicidad de la vida presente llamaba David (Salmo 72, 20) un sueño de quien despierta, y comentando estas palabras, escribe un autor: «Los bienes de este mundo parecen grandes; mas nada te pertenece, y además duran poco, como el sueño, que pronto desaparece.»

La idea de que todo se acaba con la muerte inspiró a San Francisco de Borja la resolución de entregarse por completo a Dios. Habíanle dado el encargo de acompañar hasta Granada el cadáver de la emperatriz Isabel, y cuando abrieron el ataúd, tal fue el horrible aspecto que tenía y el hedor que despedía, que todos los acompañantes huyeron.

Pero San Francisco, alumbrado por luz divina, se quedó a contemplar en aquel cadáver la vanidad del mundo, considerando cómo podía ser aquella su emperatriz Isabel, ante la cual tantos grandes personajes doblaban reverentes la rodilla. Se preguntaba qué se habían hecho de tanta majestad y tanta belleza.

Así, pues, se dijo a sí mismo: « ¡En esto acaban las grandezas y coronas del mundo!... ¡Nunca más serviré a señor que se me pueda morir!...» Y desde aquel momento se consagró enteramente al amor del Crucificado, e hizo voto de entrar en Religión si antes que él moría su esposa; y, en efecto, cuando la hubo perdido, entró en la Compañía de Jesús.

Con verdad un hombre desengañado escribía en un cráneo humano: *Al que en esto piensa todo le parece vil...* **Quien medita en la muerte no puede amar la tierra...** ¿Por qué hay tanto desdichado amador del mundo? Porque no piensan en la muerte...

¡Miseros hijos de Adán!, nos dice el Espíritu Santo (Sal. 4, 3), ¿por qué no destierran del corazón los afectos terrenos, en los cuales aman la vanidad y la mentira? Lo que sucedió a vuestros antepasados también les sucederá a ustedes; en tu mismo palacio vivieron, en tu misma cama durmieron; ya no están allí, y lo mismo te va a suceder a tí. Entrégate, pues, a Dios, hermano mío, antes que llegue la muerte. No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy (Ecc., 9, 10); porque este día de hoy pasa y no vuelve; y en el de mañana pudiera la muerte presentársete, y ya nada te permitiría hacer.

Procura sin demora desasirte de lo que te aleja o pueda alejarte de Dios. Dejemos pronto con el afecto estos bienes de la tierra, antes que la muerte por fuerza nos los arrebatte. ¡Bienaventurados los que al morir están ya muertos a los afectos terrenales! (Ap., 14, 13). No temen éstos la muerte, antes bien, la desean y abrazan con alegría,

porque en vez de apartarlos de los bienes que aman, los une al Sumo Bien, único digno de amor, que les hará para siempre felices.

ORACIÓN

Mucho te agradezco, amado Redentor mío, que me hayas esperado. ¡Qué hubiera sido de mí si me hubieras hecho morir cuando me hallaba tan alejado de Tí! ¡Benditas sean para siempre tu misericordia y la paciencia con que me has tratado!...

Te doy fervientes gracias por los dones y luces con que me has enriquecido... Antes no te amaba ni me cuidaba de que me amaras. Ahora en cambio te amo con toda el alma, y mi mayor pena es haber desagradado a tu infinita bondad. Me atormenta ese dolor: ¡ dulce tormento, que me trae la esperanza de que me hayas perdonado! ¡Ojalá hubiera muerto mil veces, dulcísimo Salvador mío, antes de haberte ofendido!... Me estremece el temor de que en lo futuro pudiera volver a ofenderte. ..

¡ Ah, Señor ! Envíame la muerte más dolorosa que hubiere antes de que otra vez pierda tu gracia.

Esclavo fui del infierno; ahora soy tu siervo, ¡oh Dios de mi alma!... Dijiste que amarías a quien te amase... Pues yo te amo; soy tuyo y Tú eres mío... Y como todavía puedo perderte en el futuro, sólo te pido la gracia de que me hagas morir antes que de nuevo te pierda... Y si tantos beneficios me has dado sin que yo los pida, no puedo temer me niegues este que te pido ahora. No permitas, pues, que te pierda. Concédeme tu amor, y nada más deseo...

¡ María, esperanza mía, intercede por mí!

3. Brevedad de la vida

¿Qué es tu vida? Vapor es que aparece por muy poco tiempo.

SANTIAGO 4, 15.

PUNTO 1

¿Qué es nuestra vida?... Es como un tenue vapor que el aire dispersa y al rato se acaba. Todos sabemos que vamos a morir. Pero muchos se engañan, creyendo que la muerte es tan lejana como que jamás llegará. Pero, como nos advierte Job, la vida humana es brevísima: *El hombre viviendo por tan corto tiempo, brota como flor, y se marchita.*

Manda el Señor a Isaías que anuncie esa misma verdad: *Clama—le dice—que toda carne es heno...; verdaderamente, heno es el pueblo: se secó el heno y cayó la flor* (Is., 40, 6-7). Es, pues, la vida del hombre como la de esa planta. Viene la muerte, se séca el heno, se acaba la vida, y cae marchita la flor de las grandezas y bienes terrenos.

La muerte corre hacia nosotros a mucha velocidad, y nosotros en cada instante hacia ella corremos (Jb., 9, 25). *Todo este tiempo en que escribo—dice San Jerónimo—se quita de mi vida. Todos morimos, y nos deslizamos como el agua sobre la tierra, que no se vuelve atrás* (2 Reg., 14, 14). Mira cómo corre a la mar aquel arroyuelo; sus corrientes de aguas no retroceden.

Así, hermano mío, pasan tus días y te acercas a la muerte. Placeres, recreos, lujos, elogios, alabanzas, todo va pasando... ¿Y qué nos queda?... *Sólo me resta el sepulcro* (Jb., 17, 1). Seremos sepultados en la fosa, y allí habremos de estar pudriéndonos, despojados de todo.

En el trance de la muerte, recordaremos los placeres que en la vida disfrutamos y las honras adquiridas sólo servirán para acrecentar nuestra pena y nuestra desconfianza de obtener la eterna salvación... ¡Dentro de poco, dirá entonces el infeliz mundano, mi casa, mis jardines, esos muebles preciosos, esos cuadros, aquellos

trajes, no serán ya para mí! *Sólo me resta el sepulcro.*

¡Ah! ¡Con dolor profundo mira entonces los bienes de la tierra quien los amó apasionadamente! Pero ese dolor no vale más que para aumentar el peligro en que está la salvación. Porque la experiencia nos prueba que tales personas apegadas al mundo no quieren ni aun en el lecho de la muerte que se les hable sino de su enfermedad, de los médicos a quienes pueden consultar, de los remedios que pudieran sanarlos o al menos aliviarles el dolor.

Y apenas se les dice algo de su alma, se entristecen de improviso y ruegan que se les deje descansar, porque les duele la cabeza y no pueden resistir la conversación. Si por casualidad quieren contestar, se confunden y no saben qué decir. Y a menudo, si el sacerdote confesor les da la absolución, no es porque los vea bien dispuestos, sino porque no hay tiempo que perder. Así suelen morir los que poco piensan en la muerte.

ORACIÓN

¡Ah Señor mío y Dios de infinita majestad! Me avergüenzo de comparecer ante tu presencia. ¡Cuántas veces te he injuriado, posponiendo tu gracia a un mísero placer, a un ímpetu de rabia, a un poco de barro, a un capricho, a un humo leve! Adoro y beso tus llagas, que con mis pecados he abierto; mas por ellas mismas esperó mi perdón y salud. Dame a conocer, ¡oh Jesús!, la gravedad de la ofensa que te hice, siendo como eres la fuente de todo bien, dejándote para saciarme de aguas pútridas y envenenadas. ¿Qué me resta de tanta ofensa sino angustia, remordimiento de conciencia y méritos para el infierno? *Padre, no soy digno de llamarme hijo tuyo* (Lc., 15, 21). No me abandones, Padre mío; es verdad que no merezco la gracia de que me llames hijo tuyo. Pero has muerto para salvarme... Has dicho, Señor: *Vuelve a Mi y Yo me volveré a ustedes* (Zac., 1, 3). Renuncio, pues, a todas las satisfacciones. Dejo cuantos placeres pudiera darme el mundo, y me convierto a Tí. Por la sangre que por mi derramaste, perdóname, Señor, que yo me arrepiento de todo corazón de haberte ultrajado. Me arrepiento y te amo más que todas las cosas. Indigno soy de amarte; pero Tú, que mereces tanto amor, no rechazes el amor de un corazón que

antes te rechazaba. Con el fin de que te ame, no me hiciste morir cuando yo estaba en pecado..

Deseo, pues, amarte en la vida que me quede, y no amar a nadie más que a Tí. Ayúdame, Dios mío; concédeme el don de la perseverancia y tu santo amor.

María, refugio mío, encomiendame a Jesucristo.

PUNTO 2

Exclamaba el rey
Exequias: *Mi vida
ha sido cortada
como por tejedor.
Mientras se
estaba aún
formando, me
cortó* (Is., 38, 12).

¡ Oh, a cuántos
que están
tramando la tela
de su vida,
ordenando y

persiguiendo previsora-mente sus mundanos designios, los sorprende la muerte y lo rompe todo! Al pálido resplandor de la última luz se oscurecen y roban todas las cosas de la tierra: aplausos, placeres, grandezas y galas...

¡Gran secreto de la muerte! Ella sabe mostrarnos lo que no ven los amantes del mundo. Las más envidiadas fortunas, las mayores dignidades, los magníficos triunfos, pierden todo su esplendor cuando se les contempla desde el lecho de muerte. La idea de cierta falsa felicidad que nos habíamos forjado se trueca entonces en indiferencia contra nuestra propia locura. La negra sombra de la muerte cubre y oscurece hasta las dignidades más regias.

Ahora las pasiones nos presentan los bienes del mundo muy diferentes de lo que son. Pero la muerte los descubre y muestran como son en sí humo, fango, vanidad y miseria...



¡Oh Dios! ¿De qué sirven después de la muerte las riquezas, dominios y reinos, cuando no hemos de tener más que un ataúd de madera y una vestidura que apenas baste para cubrir el cuerpo?

¿De qué sirven los honores, si sólo nos darán un fúnebre cortejo o pomposos funerales, que si el alma está pedida, de nada le aprovecharán?

¿De qué sirve la hermosura del cuerpo, si no quedan más que gusanos, podredumbre espantosa y luego un poco de infecto polvo?

Me ha puesto como por refrán del pueblo, y soy delante de ellos un escarmiento (Jb., 17, 6). Muere aquel rico, aquel gobernante, aquel capitán, y se habla de él por todas partes. Pero si ha vivido mal, la gente murmurará, y será ejemplo de la vanidad del mundo y de la justicia divina, y escarmiento de muchos. Y en la tumba confundido estará con otros cadáveres de gente pobre. Grandes y pequeños allí esían (J., 3, 18).

¿Para qué le sirvió la gallardía de su cuerpo, si luego no es más que un montón de gusanos? ¿Para qué la autoridad que tuvo, si los restos mortales se pudrirán en el sepulcro, y si el alma es arrojada a las llamas del infierno? ¡ Oh, qué desdicha ser para los demás objeto de estas reflexiones, y no haberlas uno hecho en beneficio propio!

Convenzámonos, por tanto, de que para poner remedio a los desórdenes de la conciencia no es tiempo hábil el tiempo de la muerte, sino el de la vida. Apresurémonos, pues, a hacer ahora lo que después no podremos hacer. Todo pasa y termina rápido (1 Co., 7, 29). Procuremos que todo nos sirva para conquistar la vida eterna.

ORACIÓN

¡ Oh Dios de mi alma, oh bondad infinita! Ten compasión de mí, que tanto te he ofendido. Harto sabía que pecando perdería tu gracia, y quise perderla.

¿Me dirás, Señor, lo que debo hacer para recuperarla?... Si quieres

que me arrepienta de mis pecados, de ellos me arrepiento de todo corazón, y desearía morir de dolor por haberlos cometido. Si quieres que espere tu perdón, lo espero por los merecimientos de tu Sangre. Si quieres que te ame sobre todas las cosas, todo lo dejo, renuncio a todos los placeres o bienes que puede darme el mundo, y te amo más que a todo, ¡oh amado Salvador mío! Si aún quieres que te pida alguna gracia, dos te pediré: que no permitas que te vuelva a ofender; que me concedas te ame de veras, y luego hacer de mí lo que quieras...

María, esperanza de mi alma, alcánzame estas dos gracias. Así lo espero de Tí.

PUNTO 3

¡ Qué gran locura es, por los breves y míseros deleites de esta vida tan corta, exponerse al peligro de una muerte infeliz y comenzar con ella una eternidad desdichada !

¡Oh, cuánto vale aquel supremo instante, aquel último suspiro, aquella última escena! Vale una eternidad de felicidad o de tormento. Vale una vida siempre feliz o siempre desgraciada.

Consideremos que Jesucristo quiso morir con tanta amargura y odio público para que tuviéramos una muerte mejor. Con este fin nos dirige tan a menudo sus llamados, sus luces, sus reprensiones y amenazas, para que procuremos concluir la hora postrera en gracia y amistad de Dios.

Hasta un ateo, Antistenes, a quien preguntaban cuál era la mayor fortuna de este mundo, respondió que era una buena muerte.

¿Qué dirá, pues, un cristiano a quien la luz de la fe enseña que en aquel trance se emprende uno de los dos caminos, el de un eterno sufrir o el de un eterno gozar?

Si en una bolsa hubiese dos papeletas, una que dice infierno, otra que dice paraíso, y tuvieses que sacar por suerte una de ellas para ir sin remedio a donde designase, ¿qué de cuidado no pondrías en acertar a escoger la que te llevase al Cielo?

Los infelices que estuvieran condenados a jugarse la vida, ¡ cómo temblarían al tirar los dados que fueran a decidir entre la vida o la muerte ! ¡ Con qué espanto te verás próximo a aquel punto solemne

en que podrás a ti mismo decirte: «De este instante depende mi vida o muerte perdurables! ¡Ahora se ha de resolver si he de ser siempre bienaventurado o infeliz para siempre!...»>

Refiere San Bernardino de Sena que cierto príncipe, estando a punto de morir, atemorizado, decía: *Yo, que tantas tierras y palacios poseo en este mundo, i no sé, si en esta noche muero, qué mansión iré a habitar!*

Si crees, hermano mío, que has de morir, que hay una eternidad, que una vez sola se muere, y que, engañándote entonces, equivocarse en esto es irreparable para siempre y sin esperanza de remedio, ¿cómo no te decides, desde el instante que lees esto, a practicar cuanto puedas para asegurarte una buena muerte?...

Temblaba San Andrés Avelino, diciendo: «¿Quién sabe la suerte que me estará reservada en la otra vida, si me salvaré o me condenaré?...» También temblaba San Luis Beltrán, de tal manera, que en muchas noches no lograba conciliar el sueño, abrumado por el pensamiento que le decía: *¿Quién sabe si te condenarás?...*

¿Y tú, hermano mío, que de tantos pecados eres culpable, no tienes temor?... Sin tardanza, coloca remedio; toma la resolución de entregarte a Dios completamente, y comienza, desde ahora, una vida que no te cause aflicción, sino consuelo en la hora de la muerte.

Dedícate a la oración; frecuenta los sacramentos; apártate de las ocasiones peligrosas, y aun si fuera necesario abandona el mundo, para asegurar tu salvación; entendiendo que cuando de esto se trata no hay jamás confianza de que baste.

ORACIÓN

¡Cuánta gratitud te debo, amado Salvador mío!... ¿Y cómo habéis podido entregar tantas gracias a un traidor ingrato contigo? Me creaste, y al crearme ya sabías cuántas ofensas yo te iba a hacer. Me redimiste muriendo por mí, y ya entonces percibías toda la ingratitud con que te iba a responder.

Luego, en mi vida del mundo, me alejé de Tí, fui como muerto, como animal inmundo, y Tú, con tu gracia, me has vuelto a la vida.

Estaba ciego, y has dado luz a mis ojos. Te había perdido, y Tú hiciste que te volviera a hallar. Era enemigo tuyo, y Tú me has dado tu amistad...

¡Oh Dios de misericordia!, haz que conozca lo mucho que te debo y que llore las ofensas que te hice. Véngate de mí dándome dolor profundo de mis pecados; pero no me castigues quitándome tu gracia y amor...

¡Oh eterno Padre, odio y detesto sobre todos los males cuantos pecados cometí ! ¡ Ten piedad de mí, por amor de Jesucristo! Mirad a tu Hijo muerto en la cruz, y descienda sobre mí su Sangre divina para lavar mi alma.

¡Oh Rey de mi corazón, resuelto estoy a desechar de mí todo afecto que no sea por Tí. Te amo sobre todas las cosas; ven a reinar en mi alma. Haz que te ame como único objeto de mi amor. Deseo complacerte cuanto me sea posible en el tiempo de vida que me queda. Bendice, Padre mío, este mi deseo, y otórgame la gracia de que siempre esté unido a Tí.

Te consagro todos mis afectos, y de hoy en adelante quiero ser sólo tuyo, ¡oh tesoro mío, mi paz, mi esperanza, mi amor y mi todo! De Tí lo espero todo por los merecimientos de tu Hijo!

¡ Oh María, mi reina y mi Madre!, ayudame con tu intercesión. Madre de Dios, ruega por mí.

4. Certidumbre de la muerte

Establecido está a los hombres que mueran sólo una vez.

HE. 9, 27.

PUNTO 1

Escrita está la sentencia de muerte para todo humano. El hombre tiene que morir. Decía San Agustín (In Salm. 12): *Sólo la muerte es segura; los demás bienes y males nuestros, son inciertos.*

No se puede saber si aquel niño que acaba de nacer será rico o pobre, si tendrá buena o mala salud, si morirá joven o viejo. Todo ello es incierto, pero es indudable que algún día va a morir.

Magnates y reyes serán también segados por la hoz de la muerte, a cuyo poder no hay fuerza que resista. Es posible resistir al fuego, al agua, al hierro, a la potestad de los príncipes, pero no a la muerte.

Refiere Vicente de Beauvais que un rey de Francia, viéndose en el término de su vida, exclamó: *Con todo mi poder no puedo conseguir que la muerte me espere una hora más.* Cuando ese trance llega, ni por un momento podemos demorarle.

Aunque vivieras, amigo mío, cuantos años desearas, va a llegar el día, y en ese día una hora, que será la última para ti. Tanto para mí, que esto escribo, como para ti, que lo lees, está decretado el día y punto en que ni yo podré escribir ni tú leer más. *¿Quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte?* (Sal. 88, 49). Ya está dictada la sentencia. No ha habido hombre tan tonto que se haya forjado la ilusión de que no ha de morir.

Lo que sucedió a tus antepasados te sucederá también a ti. Cuantas personas vivían en tu país al comenzar el siglo pasado, y de ellas ni una sola queda con vida.

También los príncipes y monarcas dejaron este mundo. No queda más de ellos que el sepulcro de mármol y una inscripción pomposa, que hoy nos sirve de enseñanza, patentizándonos que de los grandes del mundo sólo resta un poco de polvo detrás de aquellas losas...

Pregunta San Bernardo: *Dime, ¿dónde están los amadores del mundo? Y responde: Nada de ellos queda, sino cenizas y gusanos.*

Por lo tanto es importante que procuremos, no la fortuna que muere, sino la que no tiene fin, porque inmortales son nuestras alma. ¿De qué te servirá ser feliz en la tierra—aunque no puede haber verdadera felicidad en un alma que vive alejada de Dios—, si después tienes que ser desdichado eternamente?... Ya vives en la casa que te gusta. Piensa que pronto tendrás que dejarla para pudrirte en la tumba. Has alcanzado tal vez honores que te distinguen sobre los demás hombres. Pero llegará la muerte y te igualará con los más pobres y tontos del mundo.

ORACIÓN

¡Infeliz de mí!, que durante tantos años sólo he pensado en ofenderte, ¡oh Dios de mi alma !... Pasaron ya esos años; tal vez mi muerte ya está cerca, y no hallo en mí más que remordimiento y dolor. ¡Ah Señor, si te hubiera servido siempre !... ¡Cuan loco fui !... En tantos años que he vivido, en vez de ganarme méritos para la otra vida, ¡ me he llenado de deudas para con la divina justicia!...

Amado Redentor mío, dame luz y ánimo para ordenar mi conciencia ahora. Quizá no esté la muerte lejos de mí, y quiero prepararme para aquel momento decisivo de mi felicidad o mi desdicha eterna.

Mil gracias te doy por haberme esperado hasta ahora. Y ya que me has dado tiempo de remediar el mal cometido, aquí estoy, Dios mío; dime lo que deseas que haga por Tí. ¿Quieres que me duela de las ofensas que te hice?... Me arrepiento de ellas y las detesto con toda el alma... ¿Quieres que me ocupe en amarte estos años o días que me restan? Así lo haré, Señor. ¡Oh Dios mío! También más de una vez formé en el pasado esas mismas resoluciones, y mis promesas se olvidaron y en cambio hice otros tantos actos de traición. No, Jesús mío; no quiero ya mostrarme ingrato a tantas gracias como me has dado. Si ahora, al menos, no cambio de vida, ¿cómo podré en la muerte esperar perdón y alcanzar la gloria? Resuelvo, pues, firmemente dedicarme de veras a servirte desde

ahora.

Y Tú, Señor, ayúdame, no me abandones. Ya que no me abandonaste cuando tanto te ofendía, espero con mayor motivo tu socorro ahora que me propongo abandonarlo todo para servirte. Permite que te ame, ¡oh Dios, digno de infinito amor! Admite al traidor que, arrepentido, se postra a tus pies y te pide misericordia. Te amo, Jesús mío, con todo mi corazón y más que a mi mismo. Tuyo soy; dispone de mí y de todas mis cosas como te plazca. Concédeme la perseverancia en obedecerte; concédeme tu amor, y haz de mí lo que te agrade.

María, Madre, refugio y esperanza mía, a Ti me encomiendo; te entrego mi alma; ruega a Dios por mí.

PUNTO 2

Es cierto, pues, que todos estamos condenados a muerte. Todos nacemos, dice San Cipriano, con la cuerda al cuello; y cada paso que damos, nos acerca otro poco a la muerte...



Hermano mío, así como estás inscrito en el libro del bautismo, así algún día te inscribirán en el libro de los difuntos. Así como a veces mencionas a tus antepasados, diciendo: *Mi padre, mi hermano, que en Paz Descanse*, lo mismo dirán de ti tus descendientes.

Tal y como tú has oído muchas veces que las campanas de la iglesia tocando por la muerte de otros, así los demás oirán algún día que

tocan por ti.

¿Qué dirías de un condenado a muerte que fuese al patíbulo burlándose, riéndose, mirando a todos lados, pensando en teatros, festines y diversiones? .. Y tú, ¿no caminas también hacia la muerte? ¿Y en qué piensas? Contempla en aquellas tumbas a tus parientes y amigos, cuya sentencia ya fue ejecutada...

¡Qué terror no siente el reo condenado cuando ve a sus compañeros del patíbulo muertos ya! Mira a esos cadáveres; cada uno de ellos dice: *Ayer me tocó a mí, hoy te toca a ti*. Lo mismo repiten todos los días los retratos de los que fueron tus parientes, los libros, las casas, las camas, las ropas que has heredado.

¡Qué extremada locura es no pensar en ajustar las cuentas del alma y no disponer los medios necesarios para alcanzar buena muerte, sabiendo que hemos de morir, que después de la muerte nos está reservada una eternidad de gozo o de tormento, y que de ese punto depende el ser para siempre dichosos o infelices!...

Sentimos compasión por los que mueren de repente en un accidente, sin estar preparados para morir, y, aún así, no tratamos de prepararnos, a pesar de que lo mismo puede sucedernos. Tarde o temprano, dándonos cuenta o de improviso, pensando o no en ello, hemos de morir; y a toda hora y en cada instante nos acercamos a nuestro patíbulo, o sea a la última enfermedad que nos ha de arrojar fuera de este mundo.

Gentes nuevas pueblan, en cada siglo, casas, plazas y ciudades. Los antepasados están en la tumba. Y así como se acabaron para ellos los días de la vida, así vendrá un tiempo en que ni tú, ni yo, ni persona alguna de los que vivimos ahora viviremos en este mundo. Todos estaremos en la eternidad, que será para nosotros, o perdurable día de gozo, o noche eterna de dolor. No hay término medio. Es cierto y de fe que, al fin, nos ha de tocar uno u otro

destino.

ORACIÓN

¡Oh mi amado Redentor! No me atrevería a presentarme ante Tí si no te viera en la cruz desgarrado, torturado y muerto por mí. Es grande mi ingratitud, pero aún es más grande tu misericordia. Grandísimos mis pecados, pero todavía son mayores tus méritos. En tus llagas, en tu muerte, pongo mi esperanza. Merecí el infierno apenas hube cometido mi primer pecado. Y después he vuelto a ofenderte mil y mil veces. Y Tú, no sólo me has conservado la vida, sino que, con suma piedad y amor, me has ofrecido el perdón y la paz.

¿Cómo voy a temer que me alejes de tu presencia ahora que te amo y que no deseo sino tu gracia?... Sí; te amo de todo corazón, ¡oh Señor mío!, y mi único deseo se resume en amarte. Te adoro y me pesa haberte ofendido, no tanto por el infierno que merecí, como por haberte despreciado a Tí, Dios mío, que tanto me amas... Abre, pues, Jesús mío, el tesoro de tu bondad, y añade misericordia a misericordia.

Hace que yo no vuelva a ser ingrato, y cambia del todo mi corazón, de suerte que sea enteramente tuyo, e inflamado siempre por las llamas de tu caridad, ya que antes menospreció tu amor y lo cambió por los viles placeres del mundo.

Espero alcanzar la gloria, para siempre amarte; y aunque allí no podré estar entre las almas inocentes, me pondré al lado de las que hicieron penitencia, deseando, de todo corazón, amarte más todavía que ellos. Para gloria de tu misericordia, vea el Cielo cómo arde en tu amor un pecador que tanto te ha ofendido. Resuelvo entregarme a Tí de hoy en adelante, y pensar en nada más que en amarte. Ayúdame con tu luz y gracia para cumplir este mi deseo, dado también por tu misma bondad...

¡ Oh María, Madre de perseverancia, ayúdame que sea fiel a mi promesa!

PUNTO 3

La muerte es segura. ¿Cómo entonces, tantos cristianos, ¡oh Dios!, que lo saben, lo creen, lo ven, pueden vivir tan olvidados de la muerte como si nunca tuviesen que morir? Si después de esta vida no hubiera ni gloria ni infierno, ¿se podría pensar en ello menos de lo que ahora se piensa? De ahí procede la mala vida que llevan.

Si quieres, hermano mío, vivir bien, procura en el resto de tus días vivir con el pensamiento de la muerte... ¡Oh, cuan acertadamente juzga las cosas y dirige sus acciones quien juzga y se guía por la idea de que ha de morir! (Ecl., 41, 3).

El recuerdo de la muerte, dice San Lorenzo Justiniano, hace perder el afecto a todas las cosas terrenas. Todos los bienes del mundo se reducen a placeres sensuales, riquezas y honras (1 Jn., 2, 16). Pero el que considera que en breve se reducirá a polvo y será, bajo tierra, pasto de gusanos, desprecia todos esos bienes.

Y en verdad, los Santos, pensando en la muerte, despreciaron los bienes terrenales. Por eso, San Carlos Borromeo tenía siempre en su mesa un cráneo humano para contemplarle a menudo.

El Cardenal Baronio llevaba en el anillo, grabadas, estas palabras: *Acuérdate de que vas a morir*. El venerable Pedro Ancina, Obispo de Saluzo, había escrito en un cráneo: *Fui lo que eres: soy como serás*.

Un santo ermitaño a quien preguntaron en la hora de la muerte por qué mostraba tanta alegría, respondió: *Tan a menudo he tenido fijos los ojos en la muerte, que ahora, cuando se aproxima, no me sorprende*.

¿Qué locura no sería la de un viajero que tratase de ostentar grandezas y lujo en sus viajes mientras en su casa, donde debe vivir todos los días, es pobre? ¿Y no será un demente el que procura ser feliz en este mundo, donde ha de estar pocos días, y se expone a ser desgraciado en el otro, donde vivirá eternamente?

Quien tiene una cosa prestada, poco afecto suele poner en ella, porque sabe que muy pronto tiene que devolverla. Los bienes de la tierra son prestados, y es de tontos amarlos, puesto que pronto los hemos de dejar.

La muerte nos quita todo. Y todas nuestras propiedades y riquezas acaban con el último suspiro, con el funeral, con el viaje al sepulcro. Pronto cederás a otros la casa que compraste, y la tumba será hogar de tu cuerpo hasta el día del juicio, en el cual pasará al cielo o al infierno, donde ya el alma le habrá precedido.

ORACIÓN

¿Todo se va a terminar para mí en la hora de la muerte? Nada me quedará, ¡oh Dios mío!, más que lo poco que haya hecho por tu amor... ¿Qué es lo que espero?... ¿A que la muerte venga y me halle tan mísero y cargado de culpas como estoy ahora? Si en este instante muriese, moriría con angustia, con inquietud y con descontento de mi vida pasada...

No, Jesús mío, no quiero morir así. Yo te agradezco el haberme dado tiempo para amarte y llorar mis faltas. Desde ahora mismo deseo comenzar. Me pesa de todo corazón el haberte ofendido y te amo sobre todas las cosas, ¡oh Sumo Bien!, más que a mi propia vida.

Me entrego del todo a Tí, Jesús mío; te abrazo y uno a mi corazón, y desde ahora te encomiendo mi alma (Sal. 30, 6). No quiero esperar para darte mi alma a que se le ordene salir de este mundo. Ni quiero esperar para cuando me llames. *¡Oh Jesús, sé mi Salvador!*

¡Sálvame ahora, perdonándome y dándome la gracia de tu santo amor! ¿Quién sabe si esta meditación que hoy he leído pueda ser el último aviso que me das y la última de tus misericordias para conmigo?

Dame tu mano, Amor mío, y sácame del barro de mi tibieza. Dame un fervor eficaz y amorosa obediencia a cuanto quieras de mí. ¡Oh Eterno Padre!, por amor de Jesucristo, concédeme la santa

perseverancia y el don de amarte..., de amarte mucho en la vida que me queda...

¡Oh María, Madre de misericordia!, por el amor que tuviste a tu hijo Jesús, alcánzame esas dos gracias de perseverancia y amor.

5. Incertidumbre de la hora de la muerte

Estén prevenidos, porque a la hora que menos piensas vendrá el Hijo del Hombre.

Lc., 12, 40.

PUNTO 1

Es cierto que todos hemos de morir, mas no sabemos cuándo. *Nada hay más cierto que la muerte—dice el idiota—, pero nada más incierto que la hora de la muerte.* Determinados están, hermano mío, el año, el mes, el día, la hora y el momento en que tendrás que dejar este mundo y entrar en la eternidad; pero nosotros lo ignoramos.

Nuestro Señor Jesucristo, con el fin de que estemos siempre bien preparados, nos dice que la muerte vendrá como ladrón oculto en la noche (1 Ts., 5, 2). Otras veces nos anima a que estemos vigilantes, porque cuando menos lo pensemos vendrá Él mismo a juzgarnos (Lc., 12,40).

Decía San Gregorio que Dios nos oculta para nuestro bien la hora de la muerte, con objeto de que estemos siempre preparados para morir. Y puesto que la muerte puede llegar en cualquier momento y en cualquier lugar, es importante—dice San Bernardo—que si queremos morir bien y salvarnos, estemos esperándola en todo lugar y en todo momento.

Nadie ignora que va a morir; pero el mal está en que muchos miran la muerte tan a lo lejos, que la pierden de vista. Hasta los ancianos más decrepitos y las personas más enfermizas se forman la ilusión de que todavía han de vivir tres o cuatro años. Yo, al contrario, digo que debemos considerar cuántas muertes repentinas vemos todos los días. Unos mueren caminando, otros sentándose, otros durmiendo en su cama.

Y seguramente ninguna de estas personas creía que iba a morir tan de improviso, en aquel día en que murió. Afirmo, además, que de cuantos en este año murieron en su cama, y no de repente, ninguno se figuraba que acabaría su vida dentro del año. Pocas muertes hay

que no sean improvisas.

Así, pues, cristianos, cuando el demonio te provoca a pecar con el pretexto de que mañana te confesarás, dile: ¿Qué sé yo si hoy será el último día de mi vida?... Si esa hora, si ese momento en que me apartase de Dios fuese el último para mí, y ya no hubiese tiempo de remediarlo, ¿qué será de mí en la eternidad?

¿A cuántos pobres pecadores no ha sucedido que al recrearse con envenenados manjares los ha pillado la muerte y enviado al infierno? *Como los peces en el anzuelo, así serán cogidos los hombres en el tiempo malo* (Ecl., 9, 12). El tiempo malo es propiamente aquel en que el pecador está ofendiendo a Dios. Y si el demonio te dice que tal desgracia no te va a suceder, respóndele tú: «Y si me sucede, ¿qué será de mí por toda la eternidad?»

ORACIÓN

Señor, el lugar en que yo debía estar ahora no es en éste que me hallo, sino en el infierno, tantas veces merecido por mis pecados. Pero San Pedro me adviene que *Dios espera con paciencia por amor a nosotros, no queriendo que perezca ninguno*, sino que todos se conviertan a penitencia (2 P., 3, 9).

De suerte que Tú mismo, Señor, has tenido conmigo paciencia extrema y sufres porque no quieres que me pierda, sino que, arrepentido y penitente, me convierta a Ti. Sí, Dios mío, a Ti vuelvo; me arrodillo a tus pies y te pido misericordia.

Para perdonarme, Señor, tu piedad debe ser grande y extraordinaria (Sal. 50, 3), porque te he ofendido a sabiendas. Otros pecadores te han ofendido también, pero no disfrutaban de las luces que me has otorgado. Y con todo eso, todavía me mandas que me arrepienta de mis culpas y espere tu perdón.

Me duele el corazón, amado Redentor mío, me pesa de todo corazón haberte ofendido, y espero que me perdones por los merecimientos de tu Pasión. Tú, Jesús mío, siendo inocente, quisiste, como reo, morir en una cruz y derramar toda tu Sangre para lavar mis culpas. *¡Oh inocente Sangre, lava las culpas de un penitente!*

¡Oh Eterno Padre, perdóname por amor a Cristo Jesús ! Atiende

sus súplicas ahora que, como abogado mío, te ruega por mí. Pero no me basta el perdón, ¡oh Dios, digno de amor infinito!; deseo además la gracia de amarte. Te amo, ¡oh Soberano Bien!, y te ofrezco para siempre mi cuerpo, mi alma, mi voluntad.

Quiero evitar en lo sucesivo no sólo las faltas graves, sino las más leves, y huir de toda mala ocasión. Líbrame, por amor a Jesús, de cualquier ocasión en que pueda ofenderte. Líbrame del pecado, y castígame luego como quieras.

Acepto cuantas enfermedades, dolores y trabajos te plazca enviarme, con tal que no pierda tu amor y gracia. Y tal como prometiste dar lo que te pida (Jn., 16, 24), yo te demando sólo la perseverancia y tu amor.

¡Oh María, Madre de misericordia, ruega por mi, que confío en Ti!

PUNTO 2

No quiere el Señor que nos perdamos, y por eso, con la amenaza del castigo, no cesa de advertirnos que cambiemos de vida. *Si no te conviertes, vibrará su espada* (Sal. 7, 13).



Mira—dice en otra parte—a cuántos desdichados, que no quisieron enmendarse, los sorprendió de improviso la muerte, cuando menos la esperaban, cuando vivían en paz, alegrándose de que aún duraría su vida muchos años más. Se nos dice también: *Si no hacen penitencia, todos igualmente perecerán*(Lc., 13, 3)

¿Por qué tantos avisos del castigo antes de enviarnoslo, sino porque quiere que nos corriamos y evitemos la mala muerte?... Quien avisa

que nos guardemos, no tiene intención de matarnos, dice San Agustín.

Preciso es, pues, preparar nuestras cuentas antes que llegue el día de rendirlas. Si en la noche de hoy debieras morir, y, por tanto, hubiera de quedar en ella sentenciada la causa de tu eterna vida, ¿estarías bien preparado? ¿Qué no darías, quizá, por obtener de Dios un año, un mes, siquiera un día más de permiso?

Pues ¿por qué ahora, ya que Dios te concede tiempo, no arreglas tu conciencia? ¿Acaso no puede ser éste tu último día? *No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de día en día, porque su ira vendrá de improviso, y en el tiempo de la venganza te perderá* (Ecl, 5, 8-9).

Para salvarte, hermano mío, debes abandonar el pecado. Y si algún día has de abandonarle, ¿por qué no lo dejas ahora mismo?

¿Esperas, tal vez, a que se acerque la muerte? Pero este instante no es para los obstinados tiempo de perdón, sino de venganza. *En el tiempo de la venganza te perderá.*

Si alguien te debe una considerable suma, muy rápido tratas de asegurar el pago, haciendo que el deudor firme un pagaré escrito; porque dices: «¿Quién sabe lo que puede suceder?» ¿Por qué, pues, no usas de tanta precaución tratándose del alma, que vale mucho más que el dinero? ¿Cómo no dices también: «¿Quién sabe lo que puede ocurrir?» Si pierdes aquella suma, no lo pierdes todo; y aún cuando al perderla nada te quedara de tu patrimonio, aún te quedaría la esperanza de recuperarlo otra vez. Pero si al morir perdieras el alma, entonces sí que verdaderamente lo habrás perdido todo, sin esperanza de remedio.

Harto cuidado pones en anotar todos los bienes que posees por temor de que se pierdan si sobreviniere una muerte imprevista. Y si esta repentina muerte te sucede no estando en gracia de Dios, ¿qué será de tu alma en la eternidad?

ORACIÓN

¡Ah Redentor mío! Has derramado toda tu Sangre, has dado la vida por salvar mi alma, y yo ¡ cuántas veces la he perdido, confiando

en tu misericordia !... De suerte que me he valido de tu misma bondad para ofenderte, merezco que me hagas morir y me arrojes al infierno.

Hemos, pues, competido quién de los dos es más porfiado: Tú, a fuerza de piedad; yo, a fuerza de pecados; Tú, viniendo a mí; yo, huyendo de Ti; Tú, dándome tiempo de remediar el mal que hice; yo, valiéndome de ese tiempo para añadir injuria sobre injuria. Dame, Señor, a conocer la gran ofensa que te he hecho y la obligación que tengo de amarte.

¡Ah Jesús mío! ¿Cómo puedes haberme amado tanto, que vienes a buscarme cuando yo te menospreciaba? ¿Cómo diste tantas gracias a quien de tal modo te ofendió?... De todo ello infiero cuánto deseas que no me extravíe y pierda. Me duelo de haber ultrajado tu infinita bondad.

Acoge, pues, a esta ingrata oveja que vuelve a tus pies. Recíbela y ponla en tus hombros para que no huya más. No quiero apartarme de Ti, sino amarte y ser tuyo. Y con tal de serlo, gustoso aceptaré cualquier trabajo. ¿Qué pena mayor pudiera afligirme que la de vivir sin tu gracia, alejado de Ti, que eres mi Dios y Señor, que me creó y después murió por mí? ¡Oh, malditos pecados!, ¿qué han hecho? Por los pecados ofendí a mi Salvador, que tanto me amó... Así como Tú, Jesús mío, moriste por mí, así debiera yo morir por Ti. Fuiste muerto por amor. Yo debiera serlo por el dolor de haberte herido. Acepto la muerte cómo y cuándo te plazca enviármela. Pero ya que hasta ahora poco o nada te he amado, no quisiera morir así. Dame vida para que te ame antes de morir. Y para eso cambia mi corazón, dame dolores, inflámalo en tu santo amor.

Hazlo así, Señor, por aquella ardiente caridad que te llevó a morir por mí... Te amo con toda mi alma, enamorada de Tí. No permitas que te pierda otra vez... Dame la santa perseverancia... Dame tu amor...

¡María Santísima, Madre y refugio mío, sé mi abogada e intercesora!

PUNTO 3

No dice el Señor que nos preparemos cuando llegue la muerte, sino que estemos preparados. En el momento de morir, en medio de

aquella tempestad y confusión es casi imposible ordenar una conciencia enredada. Así nos lo muestra la razón. Y así nos lo advirtió Dios, diciendo que no vendrá entonces a perdonar, sino a vengar el desprecio que hubiéremos hecho de su gracia (Ro., 12. 19). Justo castigo—dice San Agustín—será el que no pueda salvarse cuando quisiere quien cuando pudo no quiso.

Quizá diga alguno: ¿Quién sabe? Tal vez podrá ser que entonces me convierta y me salve... Pero ¿te arrojarías a un pozo diciendo: ¿Quién sabe?, ¿puede ser que me arroje aquí, y que, sin embargo, quede vivo y no muera?... ¡Oh Dios mío!, ¿qué es esto? ¡Cómo nos ciega el pecado y nos hace perder hasta la razón! Los hombres, cuando se trata del cuerpo, hablan como sabios y como locos si del alma se trata.

¡ Oh hermano mío! ¿Quién sabe si este último punto que lees será el último aviso que Dios te envía? Preparémonos sin demora para la muerte, a fin de que no nos halle inadvertidos.

San Agustín (Hom., 13) dice que el Señor nos oculta la última hora de la vida con objeto de que todos los días estemos dispuestos a morir. San Pablo nos avisa (Fil. 2, 12) que debemos procurar la salvación no sólo temiendo, sino temblando.

Refiere San Antonino que cierto rey de Sicilia, para manifestar a un abogado el gran temor con que se sentaba en el trono, le hizo sentar a la mesa bajo una espada que pendía de un hilo finísimo sobre la cabeza, de manera que el convidado, viéndose de tal modo, apenas pudo tomar un poco de alimento. Pues todos estamos en igual peligro, ya que en cualquier instante puede caer en nosotros la espada de la muerte, resolviendo el negocio de la eterna salvación.

Se trata de la eternidad. *Si el árbol cayera hacia el Septentrión o hacia el Mediodía, en cualquier lugar en que cayere, allí quedará* (Ecl., 11, 3). Si al llegar la muerte, nos halla en gracia, ¿qué alegría no sentirá el alma, viendo que todo lo tiene seguro, que no puede ya perder a Dios, y que por siempre será feliz?...

Pero si la muerte sorprende el ánima en pecado, ¡ qué desesperación tendrá el pecador, al decir: *En error caí* (Sb., 5, 6), y mi engaño eternamente quedará sin remedio!

Por ese temor decía el Santo P. M. Avila, apóstol de España, cuando se le anunció que iba a morir: *¡Oh, si tuviera un poco más de tiempo para prepararme a la muerte!* Por eso mismo, el abad Agatón, aunque murió después de haber hecho penitencia muchos años, decía: *¿Qué será de mí? ¿Quién sabe los juicios de Dios?* También San Arsenio tiembla en la hora de su muerte; y como sus discípulos le preguntaron por qué temía tanto: *Hijos míos—les respondió—«Este temor no es nuevo en mí; lo tuve siempre durante toda mi vida. Y aún más temblaba el santo Job, diciendo: ¿Qué haré cuando Dios se levante para juzgarme, y qué le responderé cuando me interroge?»*

ORACIÓN

¡Oh Dios mío! ¿Quién me ha amado más que Tú? ¿Y quién te ha despreciado y ofendido más que yo? ¡ Oh Sangre, oh llagas de Cristo, mi esperanza eres!

Eterno Padre, no mires mis pecados. Mira las llagas de Cristo Jesús; mira a tu Hijo muy amado, que muere por mí de dolor y te pide que me perdones.

Haberte injuriado, Creador mío, me duele más que todo el mal que he causado. Me creaste para que te amara, y he vivido como si hubiese sido creado para ofenderte. Por amor a Jesucristo, perdóname y otórgame la gracia de amarte. Si antes resistí a tu santa voluntad, ahora no quiero nunca más resistir, sino hacer cuanto me ordenes. Y así mándame que me resuelva a no ofenderte, hoy mismo hago el firme propósito de perder mil veces la vida antes que tu gracia.

Me mandas que te ame con todo mi corazón; así pues con todo mi corazón te amo, y a nadie quiero amar, sino a Tí. Desde hoy eres el único amado de mi alma, mi único amor. Te pido el don de la perseverancia y de Tí lo espero. Por el amor a Jesús, haz que yo sea siempre fiel, y pueda decir con San Buenaventura: *Uno solo es mi Amado; uno sólo es mi amor.* No, no quiero que me sirva la vida para ofenderte, sino para llorar las ofensas que te hice y para amarte mucho.

¡Oh María. Madre mía, que ruegas por cuantos a Ti se encomiendan, ruega también a Jesús por mí!

6. Muerte del pecador

Sobreviniendo la aflicción, buscarán la paz y no la encontrarán; turbación sobre turbación vendrá.

Ez., 7, 25-26.

PUNTO 1

Rechazan los pecadores la memoria y el pensamiento de la muerte, y procuran hallar la paz (aunque jamás la obtienen) viviendo en pecado. Pero cuando se ven cerca de la eternidad y con las angustias de la muerte, no les es dado huir del tormento de la mala conciencia, ni hallar la paz que buscan, porque ¿cómo ha de hallarla un alma llena de culpas, que como víboras la muerden?, ¿De qué paz podrán gozar pensando que en breve van a comparecer ante Cristo Juez, cuya ley y amistad han despreciado? *Turbación sobre turbación vendrá* (Ez. 7, 26).

El anuncio de la muerte ya recibido, la idea de que ha de abandonar para siempre todas las cosas de este mundo, el remordimiento de la conciencia, el tiempo perdido, el tiempo que falta, el rigor del juicio de Dios, la infeliz eternidad que espera al pecador, todo esto forma tempestades horribles, que abruman y confunden el espíritu y aumentan la desconfianza. Y así, confuso y desesperado, pasará el moribundo a la otra vida.

Abrahán, confiando en la palabra divina, esperó en Dios contra toda esperanza humana, y adquirió por ello mérito insigne (Ro., 4, 18). Pero los pecadores, por desdicha suya, desmerecen y yerran cuando recorren esta vida, no sólo contra toda esperanza racional, sino contra la fe, puesto que desprecian las amenazas que Dios dirige a los obstinados. Temen la mala muerte, pero no temen llevar mala vida.

Y, además, ¿quién les asegura que no morirán de repente, como heridos por un rayo? Y aunque tuvieren en ese trance tiempo de convertirse, ¿quién les asegura de que verdaderamente se convertirán?...

Doce años tuvo que combatir San Agustín para vencer sus inclinaciones malas... Pues ¿cómo un moribundo que ha tenido casi siempre manchada la conciencia podrá fácilmente hacer una verdadera conversión, en medio de los dolores, de los mareos de

cabeza y de la confusión de la muerte?

Digo verdadera conversión, porque no bastará entonces decir y prometer con los labios, sino que será preciso que palabras y promesas salgan del corazón ¡Oh Dios, qué confusión y espanto no serán los del pobre enfermo que haya descuidado su conciencia cuando se vea abrumado de culpas, del temor del juicio, del infierno y de la eternidad! ¡Cuan confuso y angustiado le pondrán tales pensamientos cuando se halle desmayado, sin luz en la mente y combatido por el dolor de la muerte ya próxima! Se confesará, prometerá, gemirá, pedirá perdón a Dios..., pero sin saber lo que hace. Y, en medio de esa tormenta de agitación, remordimiento, afanes y temores, pasará a la otra vida (Jb., 34, 20).

Bien dice un autor que las súplicas, llanto y promesas del pecador moribundo son como los de quien estuviera siendo asaltado por un enemigo que le hubiera puesto un cuchillo al pecho para arrebatárle la vida. ¡Desdichado del que sin estar en gracia de Dios pasa del lecho a la eternidad!

ORACIÓN

¡ Oh llagas de Jesús! Ustedes son mi esperanza. Desesperado buscaría yo el perdón de mis culpas y alcanzar mi eterna salvación si no te mirase como fuente de gracia y de misericordia, por medio de la cual Dios derramó toda su Sangre para lavar mi alma de tantos pecados que yo he cometido. Yo te adoro, pues, ¡oh santas llagas!, y en ustedes confío. Mil veces detesto y maldigo aquellos indignos placeres con que ofendí a mi Redentor y miserablemente perdí su amistad. Pero al contemplarte renace mi esperanza, y se encamina a ustedes todos mis afectos.

¡Oh amantísimo Jesús!, mereces que los hombres todos te amen con todo su corazón; y aunque yo tanto te he ofendido y despreciado tu amor, Tú me has hecho sufrir y piadosamente me has invitado a que busque perdón.

¡ Ah Salvador mío, no permitas que vuelva a ofenderte y que me condene! ¡Qué tormento sufriría yo en el infierno al ver tu Sangre y los actos de misericordia que por mí hiciste!

Te amo, Señor, y quiero amarte siempre. Dame la perseverancia; desase mi corazón de todo amor que no sea el tuyo, e infunde en

mi alma un deseo firme y verdadera resolución de amarte sólo a Ti desde ahora, mi Sumo Bien...

¡Oh María, Madre amorosa, guíame hacia Dios, y haz que yo sea suyo por completo antes que muera!

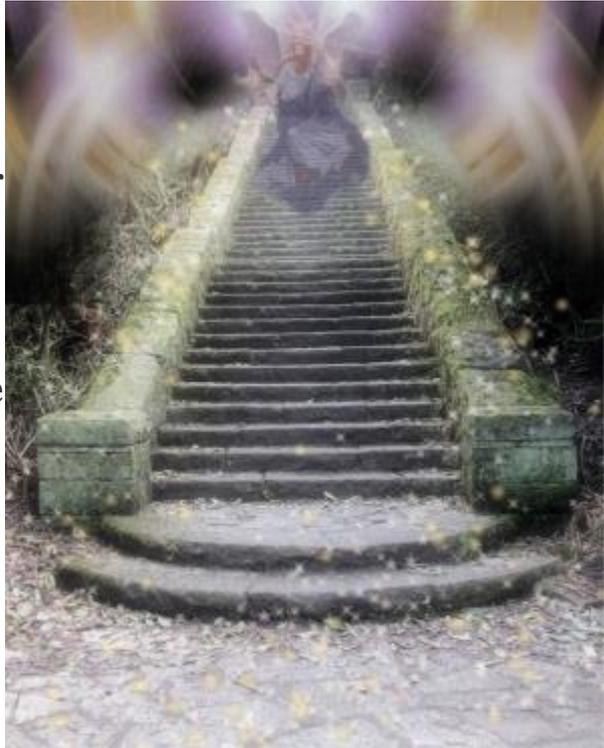
PUNTO 2

No una sola, sino muchas, serán las angustias del pobre pecador moribundo. Será atormentado por los demonios, porque estos horrendos enemigos despliegan en este trance toda su fuerza para perder el alma que está a punto de salir de esta vida. Conocen que les queda poco tiempo para arrebatársela, y que si entonces la pierden, jamás será suya.

No habrá allí uno solo, sino innumerables demonios, que rodearán al moribundo para

perderle. (Is., 13, 21). Dirá uno: «No temas nada, que sanarás.» Otro exclamará: «Tú, que en tantos años no has querido oír la voz de Dios, ¿esperas que ahora tenga piedad de ti?» «¿Cómo —preguntará otro—podrás corregir los daños que hiciste, devolver la cosas que robaste?» Otro, por último, te dirá: «¿No ves que tus confesiones fueron todas nulas, sin dolor, sin propósitos? ¿Cómo es posible que ahora las renueves?»

Por otra parte, se verá el moribundo rodeado de sus propias culpas. Estos pecados, como otros tantos verdugos—dice San Bernardo—, le tendrán agarrado, y le dirán: «Somos obra tuya, y no te dejaremos. Te acompañaremos a la otra vida, y contigo nos presentaremos al Eterno Juez.»



Quisiera entonces el que va a morir librarse de tales enemigos y convertirse a Dios de todo corazón. Pero el espíritu estará lleno de tinieblas y el corazón endurecido. *El corazón duro mal se hallará a lo último; y quien ama el peligro, en él perece* (Ecl., 3, 27).

Afirma San Bernardo que el corazón obstinado en el mal durante la vida se esforzará en salir del estado de condenación, pero no llegará a librarse de él; y oprimido por su propia maldad, en el mismo estado acabará la vida. Habiendo amado el pecado, amaba también el peligro de la condenación. Por eso el Señor permitirá justamente que perezca en ese peligro, con el cual quiso vivir hasta la muerte.

San Agustín dice que quien no abandona el pecado antes que el pecado le abandone a él, difícilmente podrá en la hora de la muerte detestarle como es debido, pues todo lo que hiciere entonces, a la fuerza lo hará.

¡Cuan infeliz el pecador obstinado que resiste a la voz divina! El ingrato, en vez de rendirse y agradecer el llamado de Dios, se endurece más, como el yunque por los golpes del martillo (Jb., 41, 15). Y en justo castigo de ello, así seguirá en la hora de morir, a las puertas de la eternidad. *El corazón duro mal se hallará al fin*. Por amor a las criaturas—dice el Señor—, los pecadores me volvieron la espalda. En la muerte recurrirán a Dios y Dios les dirá: «¿Ahora recurres a Mí? Pide auxilio a las criaturas, ya que ellas han sido tus dioses» (Jer., 2, 28).

Esto dirá el Señor, pues aunque acudan a Él, no será con afecto de verdadera conversión. Decía San Jerónimo que él tenía por cierto, según la experiencia se lo manifestaba, que no alcanzaría buen fin el que hasta el fin hubiera tenido mala vida.

ORACIÓN

¡Ayúdame y no me abandones, amado Salvador mío! Veo mi alma llena de pecados: las pasiones me violentan, las malas costumbres

me oprimen. A tus pies me arrodillo. Ten piedad de mí, y líbrame de tanto mal. *En Ti, Señor, esperé; no sea confundido eternamente* (Sal. 30, 2). No permitas que se pierda un alma que en Ti confía (Sal. 73, 19).

Me duele el haberte ofendido, ¡oh infinita Bondad! Confieso que he cometido muchas faltas, y a toda costa quiero enmendarme. Pero, si no me socorres con tu gracia, me veré perdido.

Acoge, señor, a este rebelde que tanto te ha ultrajado. Piensa que te he costado la Sangre y la vida. Pues por los merecimientos de tu Pasión y muerte, recíbeme en tus brazos y concédeme la santa perseverancia. Ya estaba perdido y me llamaste. No he de resistir más, y me consagro a Ti. Uneme a tu amor, y no permitas que me pierda otra vez al perder tu gracia,.. ¡ Jesús mío, no lo permitas! ¡No lo permitas, oh María, reina de mi alma; envíame la muerte, y más aun mil muertes, antes que yo vuelva a perder la gracia de tu Hijo!

PUNTO 3

¡ Cosa digna de admiración! Dios no cesa de amenazar al pecador con el castigo de la mala muerte. «Entonces me llamarán, y no oiré (Pr., 1, 28). ¿Por casualidad oirá Dios su clamor cuando venga sobre él la angustia? (Jb.,27, 9). Me reiré en tu muerte y te escarneceré (Pr., 1, 26). El reír de Dios es no querer usar de su misericordia. «Mía es la venganza, y Yo les daré el pago a su tiempo, para que resbale su pie» (Dt., 32, 35).

Lo mismo dice en otros lugares; y, con todo, los pecadores viven tranquilos y seguros, como si Dios les hubiese prometido para la hora de la muerte el perdón y la gloria. Sabido es que, cualquiera que fuere la hora en que el pecador se convierta, Dios lo perdonará, como tiene ofrecido. Pero no ha dicho que en el trance de morir se convertirá el pecador. Mas bien, muchas veces ha repetido que quien vive en pecado, en pecado morirá (Jn., 8, 21, 24), y que si en la muerte le busca, no le encontrará (Jn.,7, 34).

Es importante, por lo tanto, buscar a Dios cuando es posible hallarle (Is., 55, 6), porque vendrá un tiempo en que no le podremos hallar.

¡Pobres pecadores! ¡Pobres ciegos que se contentan con la esperanza de convertirse a la hora de la muerte, cuando ya no podrán! Dice San Ambrosio: *Los impíos no aprendieron a obrar bien sino cuando ya no era tiempo*. Dios quiere salvarnos a todos; pero castiga a los porfiados.

Si a cualquier infeliz que estuviese en pecado le asaltara un repentino accidente que le privara de sentido, ¡qué compasión no excitaría en cuantos le vieran a punto de muerte sin recibir sacramentos ni dar muestras de contricción! ¡Y qué alegría tendrían todos si aquel hombre volviera en sí y pidiese la absolución de sus culpas e hiciese actos de arrepentimiento!

Pero ¿no es un loco el que, teniendo tiempo de hacer todo esto, sigue viviendo en pecado, o vuelve a pecar y se pone en riesgo de que le sorprenda la muerte cuando tal vez no pueda arrepentirse? Nos espanta el ver morir a alguien de repente, y con todo, muchos se exponen voluntariamente a morir así estando en pecado.

Peso y balanza son los juicios del Señor (Pr., 16, 11). Nosotros no llevamos cuenta de las gracias que Dios nos da; pero Él las cuenta y mide, y cuando las ve despreciadas en los límites que fija su justicia, abandona al pecador a sus pecados, y así le deja morir...

¡Desdichada la persona que posterga la conversión hasta el último día! *La penitencia que se pide a un enfermo, enferma es*, dice San Agustín. Y San Jerónimo decía que de cien mil pecadores que vivan en pecado hasta que les llegue la muerte, cuanto mucho apenas uno se salvará. San Vicente Ferrer afirmaba que la salvación de uno de éstos sería milagro mayor que la resurrección de un muerto.

¿Qué arrepentimiento se puede esperar en la muerte del que hubiere vivido amando el pecado, hasta aquel instante? Refiere San Belarmino que, asistiendo a un moribundo y habiéndole exhortado a que hiciera un acto de contricción, le respondió el enfermo que no sabía lo que era contricción. Procuró San Belarmino explicárselo, pero el enfermo dijo: «Padre, no lo entiendo, ni estoy ahora capaz de esas cosas.» Y así falleció, «dando visibles señales de su condenación», como San Belarmino dejó escrito. Justo castigo del

pecador—dice San Agustín— será que al morir se olvide de sí mismo el que en la vida se olvidó de Dios.

No te engañes—nos dice el Apóstol (Ga., 6, 7)—. Dios no puede ser burlado. Porque aquello que sembró el hombre, eso también segará. Y así, el que siembra en su carne segará corrupción. Sería burlarse de Dios el vivir despreciando sus leyes y alcanzar después eterna recompensa y gloria. «Pero Dios no puede ser burlado.» Lo que en esta vida se siembra, en la otra se recoge. El que siembra acá placeres carnales prohibidos, no recogerá luego más que corrupción, miseria y muerte perdurables.

Cristiano mío, lo que para otros se dice, también se dice para ti. Si te vieras a punto de morir, desahuciado de los médicos, privado el uso de los sentidos y agonizando ya, ¿cuánto no rogarías a Dios que te concediese un mes, una semana más de vida para arreglar la cuenta de tu conciencia?

Pues Dios te concede ahora ese tiempo, dale mil gracias, remedia pronto el mal que has hecho y acude a todos los medios precisos para estar en gracia cuando la muerte llegue, porque entonces ya no habrá tiempo de remediarlo.

ORACIÓN

¡ Ah Dios mío! ¿Quién, sino Tú, pudiera haber tenido toda la paciencia que has tenido conmigo? Si no fuese infinita tu bondad, yo desconfiaría de poder alcanzar tu perdón. Pero mi Dios murió para perdonarme y salvarme; y pues me ordena que tenga esperanza, en Él esperaré. Si mis pecados me espantan y condenan, tus merecimientos y promesas me infunden valor. Prometiste la vida de la gracia a quien vuelva a tus brazos. *Conviértanse y vivirán* (Ez., 18, 32), Prometiste abrazar al que a Ti acuda. *Vuelve a Mí y Yo me volveré a ustedes* (Zac., 1, 3). Dijiste que no despreciarías al que se arrepienta y se humille (Sal. 50, 19). Pues aquí estoy, Señor; a Ti vuelvo y recurro; me confieso

merecedor de mil infiernos y me arrepiento de haberte ofendido. Ofrezco firmemente no más ofenderte y amarte siempre.

No permitas que sea en adelante ingrato a tanta bondad. Padre Eterno, por los méritos de la obediencia de Jesucristo, que murió por obedecerte, haz que yo obedezca tu voluntad hasta la muerte. Te amo, Sumo Bien mío, y por el amor que te tengo quiero obedecerte en todas las cosas. Dame la santa perseverancia; dame tu amor, y nada más te pido.
María, Madre mía, ruega por mí.

7.Sentimientos de un moribundo no acostumbrado a considerar la meditación de la muerte

Dispone de tu casa, porque morirás y no vivirás.

Is., 38. I.

PUNTO 1

Imagina que estás junto a un enfermo a quien le quedan pocas horas de vida... ¡Pobre enfermo! Mira cómo sufre y se queja por los dolores, siente desmayos, se sofoca y le falta la respiración, el sudor helado y el desvanecimiento, hasta el punto de que apenas siente, ni entiende, ni habla...

Y su mayor desdicha consiste en que, estando ya próximo a la muerte, en vez de pensar en su alma y arrepentirse de sus faltas con Dios para la eternidad, sólo habla de médicos y remedios que le libren del dolor que le va matando. *No son capaces de pensar más que en si mismos*, dice San Lorenzo Justiniano al hablar de estos moribundos... Pero ¿por lo menos los parientes y amigos le manifestarán el peligroso estado en que se halla?... No; no hay entre todos ellos quien se atreva a darle la noticia de la muerte y advertirle que debe recibir los santos sacramentos. Nadie quiere decírselo para no molestarle!

(¡Oh Dios mío!, mil gracias te doy porque en la hora de la muerte harás que me ayuden mis queridos hermanos sacerdotes de mi Congregación, los cuales, sin otro interés que el de mi salvación, me ayudarán todos a morir bien.)

Entre tanto, y aunque no se le haya dicho que va a morir, el pobre enfermo, al ver la confusión de la familia, las discusiones de los médicos, los muchos remedios que le dan, se llena de angustia y de terror. Entre continuos asaltos de temores, desconfianza y remordimientos, duda si habrá llegado el fin de sus días... ¿Qué no sentirá cuando, al cabo, reciba la noticia de que va a morir?*Arregla las cosas de tu casa, porque morirás y no vivirás...* (Is., 38, 1).

¡ Qué pena tendrá al saber que su enfermedad es mortal, que es

preciso que reciba los sacramentos, se una con Dios y vaya despidiéndose del mundo!... ¡Despedirse del mundo! Pues ¿cómo?... ¿Ha de despedirse de todo: de la casa, de la ciudad, de los parientes, amigos, conversaciones, juegos, placeres?... Sí, de todo. Se diría que ante el notario, ya presente, se escribe esa despedida con la fórmula: Dejo a tal persona; dejo... Y consigo ¿qué llevará? Sólo un pobre ataúd y algo de ropa que lo cubra, que poco a poco se pudrirán con el muerto en la sepultura.

¡Oh, qué turbación y tristeza traerán al moribundo las lágrimas de la familia, el silencio de los amigos, que, mudos cerca de él, ni aun aliento tienen para hablar!

Mayor angustia le darán los remordimientos de la conciencia, vivísimos en estos momentos por lo desordenado de su vida, después de tantos llamados y señales de Dios, después de tantos avisos dados por los padres espirituales, y de tantos propósitos hechos, pero que no cumplió y que muy pronto quedaron olvidados.

«¡Pobre de mí—dirá el moribundo—, que tantas señales recibí de Dios, tanto tiempo para arreglar mi conciencia, y no lo hice! ¡Y ahora me veo en el trance de la muerte! ¿Qué me hubiera costado huir de aquella ocasión, apartarme de aquella amistad, confesarme todas las semanas?... Y aunque mucho me hubiese costado, ¿no hubiera debido hacerlo todo para salvar mi alma, que más que todo importa?...

¡ Oh, si hubiera hecho aquello que me propuse, si hubiera seguido como empecé entonces, qué contento estaría ahora! Pero no lo hice, y ya no es tiempo de hacerlo...»

Los sentimientos de esos moribundos que en vida olvidaron su conciencia se asemejan a los del condenado que, sin fruto ni remedio, llora en el infierno sus pecados como causa de su castigo.

ORACIÓN

Estos son, Señor, los sentimientos y angustias que tendría si en este instante me anunciaran que pronto moriré... Te doy muchísimas gracias por esta enseñanza y por haberme dado tiempo para enmendarme.

No quiero, Dios mío, huir más de Ti. Bastantes veces me has buscado, y si ahora resisto y no me entrego a Ti, con mucha razón

debo entonces temer que me abandones para siempre.
Con el fin de que te ame, formaste mi corazón; pero yo lo usé mal, amando a las criaturas y no a Ti, Creador y Redentor mío, que diste tu vida por mí.

No sólo dejé de amarte, sino que mil veces te he menospreciado y ofendido, y sabiendo que el pecado te disgustaba en extremo, no vacilé en cometerlo... ¡Oh Jesús mío, de todo ello me arrepiento, y de todo corazón aborrezco lo malo! ¡Quiero cambiar de vida, renunciando a todos los placeres mundanos para sólo a Ti amar y servir, oh Dios de mi alma!

Y así como me has dado grandes muestras de tu amor, yo quisiera ofrecerte antes de mi muerte algunas del mío... Acepto desde ahora todas las enfermedades y cruces que me envíes, todos los trabajos y desprecios que de los hombres reciba. Dame fuerzas para sufrirlo en paz, por amor a Ti, como deseo. Te amo, bondad infinita; te amo sobre todas las cosas. Aumenta mi amor y concédeme la santa perseverancia...

¡ María, mi esperanza, ruega a Jesús por mí!

PUNTO 2

¡ Oh, cómo en el trance de la muerte brillan y resplandecen las verdades de la fe, causando mayor tormento al moribundo que haya vivido mal; sobre todo si ha sido una persona consagrada a Dios y haya tenido, por



tanto, más facilidad y tiempo de servirle, más inspiración y mejores

ejemplos!

¡Oh Dios, qué dolor sentirá al pensar y decirse: he amonestado a los demás y he obrado peor que ellos; dejé el mundo, y he vivido luego aficionado a la vanidad y al amor del mundo!... ¡Qué remordimiento tendrá al considerar que con las gracias que Dios le dio, no solo un cristiano, sino incluso un pecador se hubiera santificado! ¡Cuánta no será su pena recordando que ha menospreciado las prácticas piadosas, como hijos de la flaqueza de espíritu, y alabado ciertas reglas mundanas, frutos de la estimación y amor propios, como el de no humillarse, ni mortificarse, ni rehuir las eentretenciones que se le ofrecían!

El deseo de los pecadores morirá (Sal. 111, 10). ¡Cuánto desearemos en la muerte el tiempo que ahora perdemos!... Refiere San Gregorio en sus Diálogos que había un hombre llamado Crisantio, hombre rico, de malas costumbres, el cual, en la hora de la muerte, dirigiéndose a los demonios que visiblemente se le presentaban para arrebatarle, exclamaba: ¡Dame tiempo, dame tiempo hasta mañana! Y ellos le respondían: «¡Insensato!, ¿ahora pides tiempo? ¿No tuviste suficiente tiempo y lo perdiste empleandolo en pecar? ¿Y lo pides ahora, cuando ya no hay tiempo para ti?» El desdichado seguía pidiendo a voces socorro y auxilio. Hallábase allí cerca de él un monje, hijo suyo, llamado Máximo, y el moribundo decía: *¡Ayúdame, hijo mío; Máximo, ampárame!* Y entre tanto, con el rostro como de llamas, se revolvía furioso en el lecho, hasta que, así agitándose y gritando desesperado, expiró miserablemente.

Mira cómo esos insensatos aman su locura mientras viven; pero en la muerte abren los ojos y reconocen su demencia anterior. Pero sólo les sirve para acrecentar su desconfianza de poner remedio al daño. Y muriendo así, dejan gran incertidumbre sobre su salvación.

Creo, hermano mío, que al leer este punto te dirás a ti mismo que esto es verdad. Pues si así es, harto mayor sería tu locura si,

conociendo estas verdades, no te corriges a tiempo. Esto mismo que acabas de leer sería para ti en la hora de la muerte como un nuevo cuchillo de dolor.

Animo, pues; ya que estás a tiempo de evitar una muerte tan espantosa, acude pronto al remedio, sin esperar que llegue una ocasión oportuna, la que no ha de ofrecer ninguna esperanza. No la dejes para otro mes ni otra semana...

¿Quién sabe si esta luz que Dios, por su misericordia., te concede, será la última señal, el último llamado que te da?... Necio serías en no querer pensar en la muerte, que es segura, y de la cual depende la eternidad.

Pero aún es mayor necio el que piensa en la muerte y no se prepara para morir bien. Hace ahora las reflexiones y resoluciones que harías si estuvieras en ese trance. Lo que ahora hagas lo harás con fruto, y en cambio si esperas el último minuto ya será en vano. Ahora, con esperanza de salvarte; si esperas, con desconfianza de alcanzar salvación...

Al despedirse de Carlos V un personaje que abandonaba el mundo para dedicarse a servir a Dios, le preguntó el emperador por qué causa dejaba la corte. Y aquél tipo respondió: «Es necesario para salvarse, que entre la vida desordenada y la hora de la muerte haya un espacio de penitencia.»

ORACIÓN

No, Dios mío; no quiero abusar más de tu misericordia. Te doy gracias por las señales con que me iluminas ahora, y prometo cambiar de vida, sabiendo que ya no puedes soportar mi ingratitud... ¿Tengo que esperar acaso a que me envíes al infierno, o me abandones a una vida relajada, castigo mayor que la muerte misma?

A tus pies me arrodillo para rogarte que me recibas en tu gracia. Sé que no lo merezco, pero Tú, Señor, dijiste: *En cualquier día en que el pecador se convierta, la impiedad no le dañará* (Ez., 33, 12). Si en el pasado, Jesús mío, ofendí tu infinita bondad, hoy me arrepiento de todo corazón, esperando que me perdones.

Diré con San Anselmo: No permitas, Señor, que se pierda mi alma por sus pecados, ya que la redimiste con tu Sangre. Ni mires mi ingratitud, sino el amor que te hizo morir por mí, pues aunque he perdido tu gracia, Tú, Señor, no has perdido el poder de devolvérmela.

¡Ten compasión de mi, oh amado Redentor mío! Perdóname y dame la gracia de amarte. Yo te ofrezco que sólo a Ti voy a amar. Y porque me elegiste para otorgarme tu amor, yo te elijo, oh Soberano Bien, para amarte sobre todas las cosas...

Cargando con la cruz me precediste; yo te seguiré con la cruz que te plazca enviarme, abrazando los trabajos y mortificaciones que me des. Me basta para gozo de mi espíritu el que no me prives de tu gracia...

¡María Santísima, esperanza mía, ayúdame a tener perseverancia y la gracia de amar a Dios, y nada más te pido!

PUNTO 3

Para el moribundo que haya vivido sin acordarse del bien de su alma, espinas serán todas las cosas que se le vayan presentando. Espinas la memoria de los pasados deleites, de los triunfos y vanidades mundanos. Espinas la presencia de los amigos que lo visitan y las cosas que al verlos recuerda. Espinas los sacerdotes que lo visiten, y los sacramentos que debe recibir de Confesión, Comunión y Extremaunción; hasta el crucifijo que le presenten será como espina de remordimiento, porque este pobre moribundo leerá en la santa imagen cuan mal ha correspondido al amor de un Dios que murió por salvarle.

«¡Grande fue mi locura!—se dirá el enfermo—. Pudiera haberme santificado con las señales y regalos que el Señor me dio; pudiera haber tenido una vida dichosísima en gracia de Dios, y ahora, ¿qué me resta después de tantos años perdidos, sino desconfianza y angustia y remordimientos de conciencia, y cuentas terribles que dar a Dios? ¡Difícil es la salvación de mi alma!...»

¿Y cuándo hará estas reflexiones?... Cuando se esté extinguiendo la

lámpara de la vida y este a punto de finalizar la escena de este mundo, cuando se halle ante las dos eternidades de gloria o desdicha, y esté a punto de exhalar el último suspiro, de que dependen la bienaventuranza o desesperación eternas, mientras Dios sea Dios.

¡Cuánto daría entonces por disponer de otro año, de otro mes, siquiera de una semana de tiempo, en sano juicio, porque en aquel estado de enfermedad, aturdida la mente, oprimido el pecho, alterado el corazón, nada puede hacer, nada puede meditar, ni conseguir que el abatido espíritu lleve a cabo un acto meritorio ¡ Se haya como hundido en una profunda confusión, donde nada percibe sino la inmensa ruina que le amenaza y la incapacidad de ponerle remedio...

Pedirá tiempo. Pero se le dirá: *debes partir ahora*: en seguida prepara tus cuentas como mejor puedas en este breve espacio que queda, y parte sin demora. ¿No sabes que la muerte a nadie aguarda ni respeta?

¡ Oh, con qué terror se dirá el enfermo: « Esta mañana vivo aún; a la tarde quizá esté muerto! Hoy me hallo en mi cama como siempre; mañana estaré en la sepultura..., y mi alma, ¿dónde estará?»...

¡Qué espanto cuando llamen al sacerdote y al médico; cuando le surja el sudor de la muerte; cuando oiga que la familia debe salir de la habitación; cuando comience a turbársele la vista, y, por último, cuando enciendan velas para ayudarlo a ver el camino.

¡Oh vela bendita, cuántas verdades descubrirás! ¡ Por ti, cuántas cosas veremos diferentes de como ahora se nos muestran las cosas del mundo! ¡Cómo nos mostrarás que todas ellas son vanidad, locura y mentira!... Pero ¿de qué servirá entender esas verdades, cuando ya no hay tiempo de aprovecharse de esa enseñanza?

ORACIÓN

Tú, Señor, no quieres mi muerte, sino que me convierta y viva. Siento una profunda gratitud inspirada por tu paciencia en esperarme hasta ahora y las gracias que me has otorgado. Conozco el error que cometí al posponer tu amistad por tener cosas sin valor y que me han causado mal, y por ellas te menosprecié. Me duele todo mi corazón el haberte ofendido de tal modo. No dejes, pues, de asistirme con tus señales y gracias en el tiempo de vida que me queda, a fin de que pueda conocer y practicar lo que debo hacer para enmendar mi vida. ¿Qué provecho tendría darme cuenta de estas verdades cuando ya no haya tiempo de acudir al remedio?... *No entregues a las bestias las almas que te alaban...* (Sal. 73, 19).

Cuando el demonio me provoque a ofenderte de nuevo, te ruego, ¡oh Jesús! por los merecimientos de tu Pasión, que me libres de caer en pecado y de volver a la esclavitud del enemigo. Hace que en ese momento y siempre acuda a Ti, y que a Ti no termine de encomendarme mientras dure la tentación. Tu Sangre es mi esperanza y tu bondad lo que más amo.

Te amo, Dios mío, digno de amor infinito, y haz que te ame siempre y que sepa las cosas de las que debo apartarme, para ser todo tuyo, como deseo. Dame tus fuerzas para lograrlo.

Y Tú, Reina del Cielo y Madre mía, ruega por este pecador.

Concédeme que en las tentaciones no deje de acudir a Jesús, y a Ti, que con tu intercesión libras de caer en pecado a cuantos piden tu auxilio.

8. Muerte del justo

Es preciosa en la presencia de Dios la muerte de sus Santos.

Ps., 115, 15.

PUNTO 1

Al mirar la muerte a la luz de este mundo, nos espanta e inspira temor; pero con la luz de la fe es deseable y consoladora. Horrible parece a los pecadores; pero a los justos es preciosa y amable. «Preciosa—dice San Bernardo—como fin de los trabajos, corona de la victoria, puerta de la vida».

Y en verdad, la muerte es el fin de penas y trabajos. El hombre nacido de *mujer, vive corto tiempo y está colmado de muchas miserias* (Jb., 14, 1).

Así es nuestra vida, tan breve, y tan llena de miserias, enfermedades, temores y pasiones. Los hombres mundanos, deseosos de tener una vida larga—dice Séneca (Ep., 101)—, ¿qué otra cosa buscan sino prolongar más el tormento? Seguir viviendo—exclama San Agustín—es seguir padeciendo. Porque—como dice San Ambrosio (Ser. 45)—esta vida presente no nos ha sido dada para reposar, sino para trabajar, y con los trabajos merecer la vida eterna; por lo cual, con razón afirma Tertuliano que, cuando Dios abrevia la vida de alguno, acorta su tormento. De suerte que, aunque la muerte fue impuesta al hombre por castigo del pecado, son tantas y tales las miserias de esta vida, que—como dice San Ambrosio—más parece alivio al morir que no castigo.

Dios llama bienaventurados a los que mueren en gracia, porque se les acaban los trabajos y comienzan a descansar. « Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor.» « Desde hoy—dice el Espíritu Santo (Ap., 14, 13)— que descansen de sus trabajos.»

Los tormentos que afligen a los pecadores en la hora de la muerte no afligen a los Santos. «Las almas de los justos están en manos de Dios, y no los tocará el tormento de la muerte» (Sb., 3,1).

No temen los Santos aquel mandato de salir de esta vida que tanto asusta a los hombres mundanos, ni se afligen los santos por dejar

los bienes terrenos, porque jamás sintieron apego a ellos con el corazón. «Dios de mi corazón—repetieron siempre—; Dios mío por toda la eternidad» (Salmo, 72, 26)

«¡Dichosos vosotros!—escribía el Apóstol a sus discípulos que dejaron todas sus cosas por amor a Cristo—. Con gozo dejaste que te robaran todas tus cosas, sabiendo que tienes un patrimonio mejor y duradero» (He., 10, 34).

No se afligen los Santos al dejar las cosas mundanas, porque siempre las consideraron por su verdadero valor, que no es más que humo y vanidad, y sólo estimaron de valor el amar a Dios y ser amados de Él. No se afligen al dejar a sus padres, porque sólo en Dios los amaron, y al morir los dejan encomendados a aquel Padre celestial que los ama más que a ellos; y esperando salvarse, creen que mejor los podrán ayudar desde el Cielo que en este mundo.

En suma: todos los que han dicho siempre en la vida *Dios mío y mi todo*, con mayor consuelo y ternura lo repetirán al morir.

Quien muere amando a Dios no se inquieta por los dolores que consigo trae la muerte; incluso se alegra de ellos, considerando que ya se le acaba la vida y el tiempo de padecer por Dios y de darle nuevas pruebas de amor; así, con afecto y paz, le ofrece los últimos momentos del plazo de su vida y se consuela uniendo el sacrificio de su muerte con el que Jesucristo ofreció por nosotros en la cruz a su Eterno Padre. De este modo muere feliz, diciendo: «En su seno dormiré y descansaré en paz» (Sal. 4, 9).

¡Oh, qué hermosa paz, morir entregándose y descansando en brazos de Cristo, que nos amó hasta la muerte, y que quiso morir con tormentos amargos para que nosotros tengamos una muerte consoladora y dulce!

ORACIÓN

¡Oh amado Jesús mío, que para darme una muerte feliz quisiste sufrir una muerte cruel en el Calvario! ¿Cuándo lograré verte?... La primera vez que te vea será cuando me juzgues en el momento de expirar. ¿Qué te diré en ese momento?... Y Tú, ¿qué me dirás?... No quiero esperar a que llegue ese instante para pensar en ello; quiero meditarlo ahora.

Te diré: Señor: Tú, amado Redentor mío, eres el que murió por mi... En muchas ocasiones te ofendí y fui ingrato contigo e indigno de perdón. Pero después, ayudado por tu gracia, procuré

enmendarme, y en lo que quedaba de mi vida lloré mis pecados, y Tú me perdonaste.

Perdóname de nuevo ahora que estoy a tus pies, y otórgame Tú mismo absolución general de mis culpas. No merecía volver a amarte porque desprecié tu amor. Pero Tú, Señor, por tu misericordia atrajiste mi corazón, que si no te ha amado como mereces, te amó sobre todas las cosas, desasiéndose de ellas para complacerte... ¿Qué me dirás ahora?... Veo que la gloria, el contemplarte en tu reino, es altísimo bien de que no soy digno; pero espero que no viviré alejado de Ti, especialmente ahora que me has mostrado tu fabulosa hermosura.

Te busco en el Cielo, no para gozar más, sino para amarte mejor. Ni quiero tampoco entrar en esa patria de santidad y verme entre las almas purísimas, manchado como estoy ahora por mis culpas. Hace que antes me purifique, pero no me apartes para siempre de tu presencia... Me basta que algún día, cuando lo disponga tu santa voluntad, me llames a la gloria para que allí cante eternamente tus alabanzas.

Entre tanto, amado Jesús mío, dame tu bendición y dime que soy tuyo, que serás siempre mío, que te amaré y me amarás para siempre...

Ahora, Señor, voy lejos de Ti, a las llamas purificadoras ; pero voy gozoso, porque allí he de amarte, Redentor mío, mi Dios y mi todo... Gozoso voy; quiero que sepas que en ese tiempo en que he de estar lejos de Ti, esa separación temporal será mi mayor pena. Contaré, Señor, los instantes hasta que me llames... Ten compasión de un alma que te ama con todas sus fuerzas y que suspira por verte para amarte más.»

Espero, Jesús mío, que así te podré hablar. Mientras tanto, te pido la gracia de vivir de tal modo que pueda decirte entonces lo que ahora he pensado. Concédeme la santa perseverancia, otórgame tu amor..., y ayúdame Tú mismo.

j Oh María, Madre de Dios, ruega a Jesús por mí!

PUNTO 2

Limpiaré Dios toda

© Copyright 2016 [Keno Toriello](#)
Todos los Derechos de Autor a



lágrima de los ojos de ellos, y la muerte no existirá nunca más (Ap., 21, 4). En la hora de la muerte enjugará Dios los ojos de sus siervos las lágrimas que hayan derramado en esta vida, en medio de los trabajos, temores, peligros y combates con el infierno. Y lo que más consolará a un alma amante de su Dios cuando sepa que llega la muerte será el pensar que pronto ha de estar libre de tanto peligro de ofender a Dios como hay en el mundo, de tanta tribulación espiritual y de tantas tentaciones del enemigo. La vida temporal es una guerra continua contra el infierno, en la cual siempre estamos en riesgo grande de perder a Dios y a nuestra alma.

Dice San Ambrosio que en este mundo caminamos constantemente entre asechanzas del enemigo, que tiende trampas a los que viven en la gracia. Este peligro hacía temblar a San Pedro de Alcántara cuando ya estaba agonizando: «Apártate, hermano mío— dirigiéndose a un religioso que, al auxiliarle, le tocaba con veneración—, apartate, pues vivo todavía, y aún hay peligro de que me condene.»

Por eso mismo se regocijaba Santa Teresa cada vez que oía sonar la hora del reloj, alegrándose de que ya hubiera pasado otra hora de combate, porque decía: «Puedo pecar y perder a Dios en cada instante de mi vida.»

De aquí que todos los Santos sentían consuelo al conocer que iban a morir, pues pensaban que pronto se acabarían las batallas y riesgos y tendrían segura la indescriptible dicha de no poder ya perder a Dios jamás.

Se refiere en la vida de los Sacerdotes que uno de ellos, en extremo anciano, hallándose en la hora de la muerte, se reía mientras sus compañeros lloraban, y cuando le preguntaron el motivo de su gozo, respondió: «Y ustedes, ¿por qué lloran, si ahora ya voy a descansar de mis trabajos?». También Santa Catalina de Sena dijo al morir: «Consuélanse conmigo, porque dejo esta tierra de dolor y voy a la patria de paz.»

Si alguno—dice San Cipriano—habitase en una casa cuyas paredes se estuvieran desplomando, el piso y el techo se movieran y todo en la casa amenazara caerse y quedar en ruina, ¿no desearía mucho salir de ella?... Pues en esta vida todo amenaza la ruina del alma: el mundo, el infierno, las pasiones, los sentidos rebeldes, todo atrae hacia el pecado y la muerte eterna.

¿Quién me librará—exclamaba el Apóstol (Ro., 7, 24)— de este cuerpo de muerte? ¡ Oh, qué alegría sentirá el alma cuando oiga decir: «Ven, esposa mía; sal del lugar del llanto, de la cueva de los leones que quisieron devorarte y hacerte perder la gracia divina» (Cant., 4, 8).

Por esto San Pablo (Fil., 1, 21), deseando morir, decía que Jesucristo era su única vida, y que estimaba la muerte como la mayor ganancia que pudiera alcanzar, ya que por ella adquiría la vida que jamás tiene fin.

Gran favor hace Dios al alma que está en gracia llevándosela de este mundo, antes que deje de perseverar y pierda así la amistad divina (Sb., 4, 11). Dichoso en esta vida es el que está unido a Dios; pero así como el navegante no puede tenerse por seguro mientras no llegue al puerto y salga libre de la tormenta, así no puede el alma ser verdaderamente feliz hasta que salga de esta vida en gracia de Dios.

Alaba la ventura del caminante; pero cuando haya llegado al puerto—dice San Ambrosio—. Pues si el navegante se alegra cuando, libre de tantos peligros, se acerca al puerto deseado, ¿cuánto más no debe alegrarse el que este próximo a asegurar su salvación eterna?

Además, en este mundo no podemos vivir sin culpas, ni siquiera leves; porque *siete veces caerá el justo* (Pr., 24, 16). Pero quien sale de esta vida mortal, cesa de ofender a Dios. ¿Qué es la muerte— dice el mismo Santo— sino el sepulcro de los vicios? Por eso los que aman a Dios anhelan vivamente morir. Por eso, el venerable Padre Vicente Caraffa se consolaba al morir diciendo : Al acabar mi vida, acaban mis ofensas a Dios. Y el ya citado San Ambrosio decía: *¿Para qué deseamos esta vida, si mientras más larga sea, mayor peso de pecados nos abruma?*

El que fallece en gracia de Dios alcanza el feliz estado de no saber ni poder ofenderle más. El muerto no sabe pecar. Por esa razón, el Señor alaba más a los muertos que a los vivos, aunque fueran santos (Ecl., 4, 2). Y aún así no ha faltado quien haya anunciado la muerte diciendo: «Alégrate, que ya llega el tiempo en que no ofenderás más a Dios.»

ORACIÓN

«En tus manos encomiendo mi espíritu. Tú me has redimido, Señor. Dios de la verdad» (Sal, 30, 6).

¡Oh dulce Redentor mío! ¿Qué sería de mí si me hubieras enviado la muerte cuando me hallaba apartado de Ti?... Estaría en el infierno, donde no podría amarte.

Mi gratitud es inmensa porque no me has abandonado y por las innumerables gracias que me has concedido para que te entregue mi corazón. Me duele mucho el haberte ofendido, te amo sobre todas las cosas, y te ruego que siempre me des a conocer el mal que cometí despreciándote, y el amor que merece tu infinita bondad. Te amo, y si así te agrada, deseo morir pronto para librarme del peligro de volver a perder tu santa gracia, y para estar seguro de amarte eternamente.

Dame, ¡oh amado Jesús!, dame, en el tiempo que me queda de vida, ánimo para servirte en algo antes que llegue la muerte. Dame fortaleza para vencer la tentación y las pasiones, sobre todo aquellas que en la vida pasada más me movieron a ofenderte. Dame paciencia para sufrir las enfermedades y las ofensas que el prójimo me hiciere.

Yo, por tu amor, perdono a los que me han ofendido, y te suplico que les otorgues las gracias que desean. Dame también fuerzas para ser diligente y evitar las faltas veniales que a menudo cometo. Ayúdame, Salvador mío; todo lo espero de tus méritos...

Y toda mi confianza pongo en tu intercesión,
¡oh María, mi Madre y mi esperanza!

PUNTO 3

La muerte no solamente es fin de los trabajos, sino también es puerta de la vida, como dice San Bernardo. Necesariamente, debe pasar por esa puerta el que quiera entrar a ver a Dios (Sal. 117, 20). San Jerónimo rogaba a la muerte y le decía: «¡Oh muerte, hermana mía; si no me abres la puerta no puedo ir a gozar de la presencia de mi Señor» (Cant., 5, 2).

San Carlos Borromeo, viendo en uno de sus cuartos un cuadro que representaba un esqueleto con la hoz en la mano, llamó al pintor y le mandó que borrara aquella hoz y pintara en su lugar una llave de oro, queriendo así inflamarse más en el deseo de morir, porque la

muerte nos abre el Cielo para que veamos a Dios.

Dice San Juan Crisóstomo que si vivieras en lugar pobre, y un rey te prepara una habitación en su hermoso castillo, para que puedas vivir ahí, ¿cuánto desearías irte a vivir a esa hermosa habitación lo antes posibles!...

Pues en esta vida, el alma justa, unida al cuerpo mortal, se halla como en una cárcel, de donde tiene que salir para vivir en el palacio de los Cielos; y por esa razón decía santo Rey David (Sal. 141, 8): «Saca mi alma de la prisión.» Y el santo anciano Simeón, cuando tuvo en sus brazos al Niño Jesús, no supo pedirle otra gracia que la muerte, a fin de verse libre de la cárcel de esta vida: «Ahora, Señor, despide a tu siervo...» (Lc., 2, 29), «es decir—advierte San Ambrosio—, pide ser despedido, como si estuviese aquí por fuerza». Idéntica gracia deseó el Apóstol, cuando decía (Fil., 1, 23): *Tengo deseo de ser desatado de la carne y estar con Cristo.*

¡ Cuánta alegría sintió el copero del Faraón al saber por José que pronto saldría de la prisión y volvería al ejercicio de su dignidad! Y un alma que ama a Dios, ¿no se regocijará al pensar que en breve va a salir de la prisión de este mundo y que irá a gozar de Dios? Mientras vivimos aquí unidos al cuerpo estamos lejos de ver a Dios y cómo en tierra ajena, fuera de nuestra patria; y así, con razón, dice San Bruno, que nuestra muerte no debe de llamarse muerte, sino vida.

Por esto es que cuando muere un Santo hay gente que dice que Nacen, porque en ese instante nacen a la vida celestial que no tendrá fin. «Para el justo—dice San Atanasio—no hay muerte, sino tránsito, pues para ellos el morir no es otra cosa que pasar a la dichosa eternidad

«¡ Oh muerte amable!—exclama San Agustín—. ¿Quién no te deseará, puesto que eres fin de los trabajos, término de las angustias, principio del descanso eterno?» Y con vivo anhelo

añadía: *¡Ojalá muriese, Señor, para poder veros!*

La muerte es temida por el pecador—dice San Cipriano—, porque de la vida temporal pasará a la muerte eterna, pero no es temida por el que estando en gracia de Dios, tiene que pasar de la muerte a la vida. En la historia de San Juan el Limosnero se cuenta que un hombre rico le dió al Santo grandes limosnas y le suplicó de que pidiera a Dios una vida larga para el único hijo que ese hombre rico tenía. Pero el hijo murió poco después. Y como el hombre rico se lamentaba de esa inesperada muerte, Dios le envió un ángel, que le dijo: «Pedías una vida larga para tu hijo; y debes saber que ya está en el Cielo gozando de felicidad eterna.»

Esta es la gracia que nos da Jesucristo, como se nos ofreció por Oseas (13,14): *¡Seré tu muerte, oh muerte!* Muriendo Cristo por nosotros, hizo que nuestra muerte se cambiara en vida.

Los que llevaban al suplicio al santo mártir Plonio le preguntaron maravillados cómo podía ir tan alegre a la muerte. Y el Santo les respondió: «Ustedes viven engañados. No voy a la muerte, sino a la vida». Así también exhortaba su madre al niño San Sinfiriano cuando éste iba a recibir el martirio: «¡Oh, hijo mío, no van a quitarte la vida, sino a cambiarla por otra mejor!»

ORACIÓN

¡Oh Dios de mi alma! Te ofendí en el pasado apartándome de Ti; pero tu Divino Hijo te honró en la cruz con el sacrificio de su vida. Por esa honra que tributó tu Hijo amadísimo, perdóname las injurias que te he hecho.

Me arrepiento, Señor, de haberte ofendido, y prometo amarte sólo a Ti de ahora en adelante. De Ti espero mi eterna salvación, así como reconozco que cuantas cosas poseo, de Ti las recibí; son regalos de tu bondad. «Por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Co., 15, 10). Si antes te ofendí, espero honrarte eternamente alabando tu misericordia... Tengo un fuerte deseo de amarte... Tú me lo inspiras, Señor, y por eso, amor mío, te doy mil gracias. Sigue, sigue ayudándome como ahora, que yo espero ser tuyo, totalmente tuyo.

Renuncio a los placeres del mundo, porque ¿qué mayor placer pudiera lograr que el de complacerte a Ti, Señor mío, que eres tan amable y que tanto me has amado?

Sólo amor te pido, ¡ oh Dios de mi alma! Amor y siempre amor espero pedirte, hasta que, en tu amor muriendo, alcance la señal del verdadero amor; y sin pedirlo, de amor me abrase, no cesando de amarte ni un momento por toda la eternidad y con todas mis fuerzas.

¡ María, Madre mía, que tanto amas a Dios y tanto deseas que sea amado, haz que le ame mucho en esta vida, a fin de que pueda amarle para siempre en la eternidad !

9. Paz del justo a la hora de la muerte

Las almas de los justos están en las manos de Dios y no los tocará tormento de muerte. A los ojos de los insensatos da la impresión que mueren; pero ellos están en paz.

Sb., 3, 1.

PUNTO 1

Si Dios tiene en sus manos las almas de los justos, ¿quién podrá arrebatárselas? Es verdad que el infierno no deja de tentar y perseguir hasta a los Santos en la hora de la muerte; Pero Dios, dice San Ambrosio, no cesa de asistirlos y de aumentar su ayuda a medida que crece el peligro de sus siervos fieles(Jos., 5).

Aterrado se quedó el criado de Elíseo cuando vio la ciudad cercada de enemigos. Pero el Santo le animó, diciéndole: «No temas, porque muchos más hay con nosotros que con ellos» (2 R., 6,16), y le hizo ver un ejército de ángeles enviados por Dios para defenderle.

Irán, pues, el demonio a tentar al moribundo, pero acudirá también el ángel de la Guarda para confortarle; irán los Santos protectores; irá San Miguel, destinado por Dios para defender a los siervos fieles en el último combate; irá la Virgen Santísima, y acogiendo bajo su manto al que le fue devoto, derrotará a los enemigos; irá el mismo Jesucristo a librar de las tentaciones a aquella ovejuela inocente o penitente, por cuya salvación dio la vida. Él le dará la esperanza y el esfuerzo necesario para vencer en la tal batalla, y el alma, llena de valor, exclamará: « El Señor se hizo mi auxiliador» (Sal. 39, 12). «El Señor es mi iluminación y mi salud, ¿a quién temeré?» (Sal. 26, 1). Más rápido es Dios para salvarnos que el demonio para perdernos; porque mucho más nos ama Dios de lo que nos aborrece el demonio.

Dios es fiel—dice el Apóstol (1 Co., 10, 13)—, y no permite que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas. Quizá me dirás que muchos Santos murieron temiendo por su salvación. Yo te respondo que hay poquísimos ejemplos de que mueran con ese temor los que tuvieron una vida buena. Vicente de Beauvais dice que el Señor permite a veces que ocurra esto a ciertos justos, para purificarlos en la hora de la muerte de algunas faltas ligeras. Por otra parte, leemos

que casi todos los siervos de Dios murieron con la sonrisa en los labios.

Todos tenemos miedo al juicio divino al momento de morir; pero así como los pecadores pasan de ese temor a la desesperación horrenda, los justos pasan del temor a la esperanza. Temía San Bernardo, estando enfermo, según refiere San Antonino, y se veía tentado de desconfianza; pero pensando en los merecimientos de Jesucristo, desechaba todo temor y decía: *Tus llagas son mis méritos.*

San Hilarión temía también, pero pronto exclamó lleno de gozo: *Sal, pues, alma mía, ¿qué temes? Cerca de setenta años has servido a Cristo, ¿y ahora temes la muerte?*

Es decir: ¿qué temes, alma mía, después de haber servido a un Dios fiel que no sabe abandonar a los que le fueron fieles durante la vida? El Padre José de Scamaca, de la Compañía de Jesús, respondió a los que le preguntaban si moría con esperanza: « ¿he servido acaso a Mahoma para dudar de la bondad de mi Dios, hasta el punto de temer que El no quiera salvarme? »

Si en la hora de la muerte viniese a atormentarnos el pensamiento de haber ofendido a Dios, recordemos que el Señor ha ofrecido olvidar los pecados de los penitentes (Ez., 18, 31-32).

Dirá alguien tal vez: ¿Cómo podremos estar seguros de que Dios nos ha perdonado?... Eso mismo se preguntaba San Basilio, y se respondió diciendo: *He odiado toda maldad y la he abominado.* Pues el que aborrece el pecado puede estar seguro de que le ha perdonado Dios.

El corazón del hombre no vive sin amor: o ama a Dios, o ama a las criaturas. ¿Y quién ama a Dios? El que guarda sus mandamientos (Jn., 14, 21). Por tanto, el que muere observando los mandamientos muere amando a Dios; y quien a Dios ama, nada teme (1 Jn., 4, 18).

ORACIÓN

¡Oh Jesús! ¿Cuándo llegará el día en que te diga: Dios mío, ya no te puedo perder? ¿Cuando podré contemplarte cara a cara, seguro

de amarte con todas mis fuerzas por toda la eternidad? ¡ Ah Sumo Bien mío y mi único amor! Mientras viva, siempre estaré en peligro de ofenderte y perder tu gracia.

Hubo un tiempo desdichado en que no te amé, en que desprecié tu amor... Me duele con toda mi alma, y espero que me hayas perdonado, pues te amo de todo corazón y deseo hacer cuanto pueda para amarte y complacerte. Pero como todavía estoy en peligro de negarte mi amor y huir de Ti otra vez, te ruego, Jesús mío, mi vida y mi tesoro, que no lo permitas... Si sabes que en el futuro puedo fallarte denuevo y caer en desgracia, prefiero morir ahora mismo con la más dolorosa muerte que Tú Jesús elijas para mí, que así lo deseo y te lo pido.

Padre mío: por el amor de Jesucristo, no me dejes caer en tan espantosa ruina. Castígame como te plazca. Lo merezco y lo acepto; pero librame del castigo de verme privado de tu amor y gracia.

¡ Jesús mío, encomiendame a tu Padre!

¡María, Madre mía!, ruega por mí a tu divino Hijo; ayúdame a lograr perseverancia en su amistad y la gracia de amarle, y que haga pronto de mí lo que le agrade.

PUNTO 2

«Las almas de los justos están en las manos de Dios y no los tocará tormento de muerte. A los ojos de los insensatos pareció que morían; pero ellos están en paz» (Sb., 3, 1).

Parece a los insensatos mundanos que los

siervos de Dios mueren afligidos y contra su voluntad, como suelen



morir ellos. Pero no es así, porque Dios sabe consolar a sus hijos en ese trance, y comunicarles, aun entre los dolores de la muerte, cierta maravillosa dulzura, como anticipado sabor de la gloria que luego va a darles.

Y así como los que mueren en pecado comienzan ya en el lecho mortuario a sentir algo de las penas infernales, por el remordimiento, terror y desesperación, los justos, al contrario, con sus actos frecuentes de amor a Dios, sus deseos y esperanzas de gozar de la presencia del Señor, ya antes de morir empiezan a disfrutar de aquella santa paz que después plenamente gozarán en el Cielo.

La muerte de los Santos no es castigo, sino premio. *Cuando da sueño a sus amados, les entrega la herencia el Señor* (Sal. 126, 2-3). La muerte del que ama a Dios no es muerte, es sueño; por eso se puede exclamar: *En paz dormiré justamente y reposaré* (Sal. 4, 9).

El Padre Suárez murió con una paz tan dulce, que poco antes de morir dijo: «No podía imaginar que la muerte me trajera tanta tranquilidad.»

Al Cardenal Baronio lo retó su médico para que no pensara tanto en la muerte, y él respondió: «¿Y por qué? ¿Acaso tengo que tenerle miedo? No le tengo temor; al contrario, la amo.»

Según refiere Santero, el Cardenal Ruffense, estando a punto de morir por la fe, mandó que le trajeran su mejor traje, diciendo que iba a las bodas. Y cuando vio el patíbulo, arrojó el báculo en que se apoyaba y exclamó: Anden, pies; anden rápido, que el Paraíso está cerca. Antes de morir cantó el Te Deum en acción de gracias a Dios porque le hacía mártir de la fe, y luego, con suma alegría, puso la cabeza bajo el hacha del verdugo.

San Francisco de Asís cantaba en la hora de la muerte, y además invitaba a que los demás religiosos presentes le acompañaran. «Padre—le dijo fray Elías—, al morir, debemos llorar más que cantar.» «Pues yo—replicó el Santo—no puedo menos que cantar de

alegría cuando estoy viendo que muy pronto iré a gozar de Dios.» Una religiosa teresiana, al morir en la flor de su edad, decía a las monjas que lloraban alrededor de ella: «¡ Oh Dios mío! ¿Por qué lloran ustedes? Voy a unirme a mi Señor Jesucristo... Alégrese conmigo si me aman...».

Refiere el Padre Granada que un día un cazador halló a un moribundo solitario cubierto de lepra y que estaba cantando. «¿Cómo—le dijo el cazador—puedes cantar estando así?» Y el ermitaño respondió: «Hermano, entre Dios y yo no se interpone otra muralla que este cuerpo mío, y como veo ahora que se cae a pedazos, que se desmorona la cárcel y que pronto veré a Dios, me alegre y canto.»

Este deseo de ver al Señor movía a San Ignacio, mártir, cuando dijo que si las fieras no venían a devorarlo, él mismo las excitaría para que lo hagan.

Santa Catalina de Génova no podía soportar el que se tuviera por desgracia la muerte, y decía: « ¡Oh muerte amada, y tan mal te aprecian! ¿Por qué no vienes a mí, que día y noche te estoy llamando ?»

Y Santa Teresa de Jesús (Vida, c. 7) deseaba tanto dejar este mundo, que decía *que el no morir era su muerte*, y con ese pensamiento compuso su célebre poesía: *Que muero porque no muero*. Tal es la muerte de los Santos.

ORACIÓN

¡ Ah mi Dios y Sumo Bien! Aunque en el pasado no te amé, ahora me entrego a Ti; me despido de toda criatura y te elijo a Ti como mi único amor, amado Señor mío. Dime lo que de mí quieres, que yo quiero cumplir tu santa voluntad... Nunca más ofenderte, puesto que en servirte a Ti deseo emplear la vida que me queda.

Dame fuerza y ánimo para compensar con mi amor la ingratitud de que fui culpable. Por muchos años he merecido estar ardiendo en las llamas infernales; pero me has esperado y buscado de tal modo, que me atraes a Ti por entero.

Hace que arda en el fuego de tu santo amor. Te amo, Bondad

infinita, y puesto que quieres que sólo te ame a Ti, y en forma justa lo quieres, porque me has amado más que nadie, y porque únicamente Tú mereces amor, solo a Ti amaré, y haré cuanto pueda para complacerte. Hace de mí lo que quieras. Me basta con amarte y que me ames...

¡María, Madre mía, ayúdame y ruega por mí a Jesús!

PUNTO 3

¿Cómo va a tener miedo de la muerte quien espera que después de ella será coronado en el Cielo?—dice San Cipriano—. ¿Cómo puede temerla quien sabe que muriendo en gracia alcanzará su cuerpo la inmortalidad? (1 Co., 15, 53).

Para el que ama a Dios y desea verle—nos dice San Agustín—, pena es la vida y alegría es la muerte. Y Santo Tomás de Villanueva dice también: «Si la muerte halla al hombre dormido, llega como el ladrón, le despoja, le mata y le sepulta en el abismo del infierno; pero si le halla vigilante, le saluda como enviada de Dios, diciéndole: El Señor te aguarda a las bodas; ven, que yo te guiaré al reino dichoso que tanto deseas».

¡Oh, con cuánta alegría espera la muerte el que está en gracia de Dios para ver pronto a Jesús y oírle decir: «Muy bien, siervo bueno y leal; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho» (Mt., 25, 21). ¡Ah, cómo valorarán entonces las penitencias, oraciones, el desasimiento de los bienes terrenos y todo lo que hicieron por Dios! El que amó a Dios disfrutará de sus buenas obras (Is., 3, 10). Por esto, el Padre Hipólito Durazzo, de la Compañía de Jesús, jamás se entristecía, sino que se alegraba cuando moría algún religioso dando señales de salvación. «¿No sería absurdo—dice San Crisóstomo— creer en la gloria eterna y tener lástima del que va a ella?»

En la hora de la muerte darán consuelo los recuerdos de la devoción a la Madre de Dios, de los rosarios rezados y las visitas hechas a su Santuario, de los ayunos en el sábado para honra de la Virgen, de haber pertenecido a las Congregaciones Marianas... María es fiel a sus hijos amados. Y, es cierto, muy fiel se muestra para consolar a

sus devotos en su última hora. Un moribundo que había sido devotísimo de la Virgen decía al Padre Binetti: «No puede imaginarse, Padre mío, cuánto consuelo trae en la hora de la muerte el pensamiento de haber sido devoto de la Santísima Virgen... ¡Oh Padre, si supiese qué regocijo siento por haber servido a esta Madre mía!... ¡No sé ni como explicarlo!...»

¡Qué gozo sentirá quien haya amado y ame a Jesucristo, y a menudo le haya recibido en la Sagrada Comunión, al ver llegar a su Señor en el Santo Viático para acompañarle en el tránsito a la otra vida! Dichoso es quien pueda decirle con San Felipe: «¡Aquí está mi amor; he aquí al amor mío; dame mi amor!»

Y si alguno dijera: «¿Quién sabe la muerte que me está reservada?... ¿Quién sabe si, al fin, tendré una muerte infeliz?...» Le preguntaré a mi vez: «¿Cuál es la causa de la muerte?... Sólo el pecado.» Sólo al pecado debemos temer, y no al morir. «Claro está—dice San Ambrosio— que la amargura viene de la culpa, del miedo a la muerte.»

No hay que tenerle miedo a la muerte, sino a fallarle al Señor. ¿Quieres no tenerle miedo a la muerte?... Entonces vive bien. *El que teme al Señor, le irá bien en la última hora* (Ecl, 1, 13).

El Santo La Colombière repetía que es moralmente imposible que tenga una muerte mala quien haya sido fiel a Dios durante su vida. Y ya antes lo había dicho San Agustín: «No puede morir mal quien haya vivido bien.» El que está preparado para morir no teme ningún tipo de muerte, ni siquiera la repentina (Sb., 4, 7).

Y puesto que no podemos ir a gozar de Dios más que por medio de la muerte, *ofrezcámosle lo que por necesidad hemos de devolverle*, como nos dice San Juan Crisóstomo, y consideremos que quien ofrece a Dios su vida practica el más perfecto acto de amor que puede ofrecerle, porque abrazando con buena voluntad la muerte que a Dios plazca enviarle, como quiera y cuando quiera, se hace semejante a los santos mártires.

El que ama a Dios desea la muerte, y por ella suspira, puesto que al morir se unirá eternamente a Dios y se verá libre del peligro de perderle. Es, por lo tanto, señal de amor tibio a Dios el no desear ir

pronto a contemplarle, asegurándose así la dicha de no perderle jamás.

Mientras tanto, amémosle cuanto podamos en esta vida, que sólo para esto debe servirnos tener vida: para creer en el amor divino. La medida del amor que tengamos en la hora de la muerte será la que evalúe el que ha de unirnos a Dios en la eterna bienaventuranza.

ORACIÓN

Uneme a Ti, Jesús mío, de modo que no me sea posible apartarme de Ti. Haceme tuyo del todo antes de mi muerte, para que no estés enojado conmigo la primera vez que te vea. Ya que me buscaste cuando huía de Ti, no me olvides ahora que yo te busco.

Perdóname todas las ofensas te he hecho, que de ahora en adelante sólo me propongo servirte y amarte. Harto hiciste por mí dando tu Sangre y tu vida por mi amor. Yo desearía, ¡oh Jesús mío!, consumirme en tu amor santísimo...

¡Oh Dios de mi alma ! Quiero amarte mucho en esta vida, para seguir amándote en la eternidad... Atrae, Eterno Padre, mi pobre corazón; no me dejes encariñarme con cosas terrenales, hiéreme antes, inflámame lleno de amor a Ti... Escúchame por los merecimientos de Jesucristo. Otórgame la santa perseverancia y la gracia de pedírtelo siempre...

¡ María, Madre mía, cuídame y ayúdame a que pida siempre a tu divino Hijo la santa perseverancia!

10. Medios de prepararse para la muerte

Acuérdate de tus últimos minutos y no pecarás jamás.

ECL., 7, 40

PUNTO 1

Todos sabemos que vamos a morir, que sólo una vez vamos a morir, y que no hay cosa más importante que ésta, porque del trance de la muerte dependen la eterna bienaventuranza o la eterna desdicha. Todos sabemos también que de vivir bien o mal procede el tener buena o mala muerte. ¿Por qué sucede, entonces, que la mayor parte de los cristianos viven como si nunca van a morir, o como si el morir bien o mal importara poco? Se vive mal porque no se piensa en la muerte : «Acuérdate de tus últimos minutos y no pecarás jamás.»

Es preciso convencernos de que la hora de la muerte no es propia para arreglar cuentas y asegurar con ellas el gran negocio de la salvación. Las personas prudentes del mundo toman todas las precauciones necesarias oportunamente en los asuntos temporales, para obtener la ganancia en los negocios, el cargo mejor en la pega, el desenlace conveniente, y con el fin de conservar o restablecer la salud del cuerpo, no rechazan usar los remedios adecuados. ¿Qué se diría del que, teniendo que ir a presentarse en una entrevista para postular a un cargo que desea mucho, no quisiera adquirir toda la información y educación necesaria antes de acudir? ¿No sería loco el general de ejército que espera una invasión y no desea comprobar sus abastecimientos de armas y municiones antes de que llegue el enemigo? ¿No sería insensato el piloto de avión que viendo la tormenta adelante no hiciera un pequeño cambio de rumbo para evitarla?...

Pues así tal cual es el cristiano que aplaza hasta la hora de la muerte el arreglo de su conciencia. «Cuando se eche encima la destrucción como una tempestad..., entonces me llamarán, y no iré...; comerán los frutos de su camino» (Pr., 1, 27, 28 y 31).

La hora de la muerte es tiempo de confusión y de tormenta. Entonces los pecadores pedirán el auxilio de Dios, pero sin conversión verdadera, sino sólo por el temor del infierno, que ya verán cercano, y por eso justamente no podrán gustar otros frutos que los de su mala vida. «Aquello que sembró el hombre, eso

también segar» (Ga., 6, 8). No bastará recibir los sacramentos, sino que será preciso morir aborreciendo el pecado- y amando a Dios sobre todas las cosas.

Pero, ¿cómo aborrecerá los placeres ilícitos quien hasta entonces los haya amado?... ¿Cómo habrá de amar a Dios sobre todas las cosas el que hasta aquel instante ha amado a las criaturas más que a Dios? Necias llamó el Señor—y en verdad lo eran—a las vírgenes que iban a preparar las lámparas cuando ya llegaba el Esposo. Todos temen la muerte repentina, que impide ordenar las cuentas del alma.

Todos confiesan que los Santos fueron verdaderos sabios, porque supieron prepararse a morir antes que llegara la muerte...

Y nosotros, ¿qué hacemos? ¿Queremos correr el peligro de no disponernos a morir bien sino hasta que la muerte ya nos llegue? Hagamos ahora lo que en ese trance quisiéramos haber hecho antes...

¡Oh, qué tormento sentiremos al pensar en todo el tiempo perdido, y, sobre todo, del tiempo empleado en hacer el mal!... Tiempo que Dios nos concedió y que pasó para nunca más volver.

¡Qué angustia nos dará el pensamiento de que ya no es posible hacer penitencia, ni frecuentar los sacramentos, ni oír la palabra de Dios, ni visitar en la Iglesia a Jesús Sacramentado, ni hacer oración! Lo hecho, hecho está. El ideal sería tener un juicio sanísimo, quietud y serenidad para confesar bien, disipar graves escrúpulos y tranquilizar la conciencia..., *i pero ya no es tiempo!* (Ap., 10, 6).

ORACIÓN

¡Oh Dios mío! Si yo hubiera muerto en aquella ocasión que conoces, ¿dónde estaría ahora? Te doy gracias por haberme esperado y por todo este tiempo en que debiera haberme hallado en el infierno, desde aquel instante en que te ofendí.

Dame luz y entendimiento del gran mal que hice al perder voluntariamente tu gracia, que mereciste para mí con tu sacrificio en la cruz... Perdóname, pues, Jesús mío, que yo me arrepiento de todo corazón y sobre todos los males de haber menospreciado tu infinita bondad.

Espero que me hayas perdonado... Ayúdame, Salvador mío, para que no vuelva a perderte jamás... ¡Ah Señor! Si volviese a ofenderte después de haber recibido de Ti tantas luces y gracias, ¿no sería digno de un infierno creado sólo para mí?... ¡No lo permitas, por los merecimientos de la Sangre que por mí

derramaste!

Dame la santa perseverancia; dame tu amor... Te amo, Sumo Bien mío; no quiero dejar de amarte jamás. Ten, Dios mío, misericordia de mí, por el amor de Jesucristo.

Encomiendame a Dios, ¡oh Virgen María!, que tus ruegos nunca son desechados por aquel Señor que tanto te ama.

PUNTO 2

Ya que es seguro, hermano mío, que vas a morir, arróllate en seguida a los pies del Crucifijo; dale fervientes gracias por el tiempo que su misericordia te concede a fin de que arregles tu conciencia, y luego examina todos los pecados de la vida pasada, especialmente los de tu juventud.

Considera los mandamientos divinos; recuerda los cargos y ocupaciones que tuviste, las amistades que frecuentaste; anota tus faltas y haz---si no lo has hecho---una confesión general de



toda tu vida... ¡Oh, cuánto ayuda la confesión general para poner en buen orden la vida de un cristiano! Piensa que esa cuenta sirve para la eternidad, y hazla como si estuvieras a punto de darla ante

Jesucristo, juez. Arroja de tu corazón todo afecto al mal, y todo rencor u odio.

Quita cualquier motivo de envidia por los bienes ajenos, de la fama hurtada, de los escándalos dados, y resuelve firmemente huir de todas las ocasiones en que pudieras perder a Dios. Y considera que lo que ahora parece difícil, imposible te parecerá en el momento de la muerte.

Lo que más importa es que resuelvas poner por obra los medios de conservar la gracia de Dios. Esos medios son: oír misa diariamente; meditar en las verdades eternas; frecuentar, a lo menos una vez por semana, la confesión y comunión; visitar todos los días al Santísimo Sacramento y a la Virgen María; asistir a los ejercicios espirituales y meditaciones de las Congregaciones o Hermandades a que pertenezcas; conseguir libros espirituales y leerlos; hacer todas las noches examen de conciencia; practicar alguna devoción especial como obsequio a la Virgen, como ayunar todos los sábados, y, además, proponer el encomendarte con suma frecuencia a Dios y a su Madre Santísima, invocando a menudo, sobre todo en tiempo de tentación, los sagrados nombres de Jesús y María. Tales son los medios con que podemos alcanzar una buena muerte y la eterna salvación.

El hacer esto, será señal de nuestra predestinación. Y en cuanto a lo pasado, confía en la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, que te da estas señales, porque quiere salvarte, y espera en la intercesión de María, que te ayudará a obtener las gracias necesarias. Con tal orden de tu vida y la esperanza puesta en Jesús y en la Virgen, ¡cuánto nos ayuda Dios y qué fuerza adquiere el alma!

Apúrate, pues, lector mío, entrégate del todo a Dios, que te llama, y empieza a gozar de esa paz que hasta ahora, por culpa tuya, no tuviste. ¿Y qué mayor paz puede disfrutar el alma si cuando busques cada noche el descanso necesario te dan dan ganas de decir: Aunque viniera esta noche la muerte, espero que moriré en gracia de Dios?

¡Qué consuelo si al oír el fragor del trueno, al sentir temblar la tierra, podemos esperar resignados la muerte, si Dios lo dispusiera así!

ORACIÓN

¡Cuánto te agradezco, Señor, las señales que me comunicas!... Aunque tantas veces te abandoné y me aparté de Ti, no me has abandonado. Si lo hubieras hecho, yo todavía estaría ciego, como quise estarlo en mi vida pasada; seguiría obstinado en mis culpas, y no tendría voluntad ni de dejarlas ni de amarte.

Ahora siento un enorme dolor de haberte ofendido, siento un vivo deseo de estar en tu gracia, y un profundo odio hacia todos los malditos placeres que me hicieron perder tu amistad. Todo lo que siento procede de tu gracia y me hacen esperar que quieres perdonarme y salvarme...

Y así Tú, Señor, a pesar de que he cometido demasiados pecados, no me abandonas y deseas mi salvación, me entrego totalmente a Ti, me duele el corazón por haberte ofendido, y propongo querer antes mil veces perder la vida que tu gracia...

Te amo, Soberano Bien; te amo, Jesús mío, que por mi moriste, y espero por tu preciosísima Sangre que jamás volveré a apartarme de Ti. No, Jesús mío; no quiero perderte otra vez, sino amarte eternamente.

Conserva siempre y acrecienta mi amor a Ti, como te lo suplico por tus merecimientos...

¡María, mi esperanza, ruega por mi a Jesús !

PUNTO 3

Es preciso que procuremos hallarnos a todas horas como quisiéramos estar a la hora de la muerte. «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor» (Ap., 14, 15). Dice San Ambrosio que los que mueren bien, son aquellos que al momento de morir están ya muertos al mundo, o sea desprendidos de los bienes materiales que ahora dejan por la fuerza.

Por eso es necesario que desde ahora aceptemos el abandono de nuestras posesiones, la separación de nuestros seres queridos y de todas las cosas terrenales. Si no lo hacemos así voluntariamente en la vida, igual tendremos que hacerlo a la fuerza al morir; pero para entonces no será sin gran dolor y grave peligro de nuestra salvación eterna.

Nos advierte además, San Agustín, que ayuda mucho para morir tranquilo arreglar en vida las herencias, haciendo un testamento legal relativo a los bienes que hemos de dejar, a fin de que en el momento de morir sólo pensemos en unirnos a Dios. Convendrá entonces no ocuparse sino en las cosas de Dios y de la gloria, que son harto preciosos los últimos momentos de la vida para disiparlos en asuntos terrenos.

En el trance de la muerte se completa y perfecciona la corona de los justos, porque en ese momento se obtiene la mejor cosecha de méritos, abrazando los dolores y la misma muerte con resignación o amor.

Pero no podrá tener al morir estos buenos sentimientos quien no haya practicado antes en vida cómo morir tranquilo. Para este fin, algunas personas fieles practican una vez al mes todas las cosas que quisiera hacer llegado el momento de la muerte, después de haberse confesado y comulgado, imaginando que se hallan moribundos y a punto de salir de esta vida.

Lo que viviendo no se hace, es difícil hacerlo al morir. La gran sierva de Dios Sor Catalina de San Alberto, hija de Santa Teresa, suspiraba en la hora de la muerte, y exclamaba: «No suspiro, hermanas mías, por temor de la muerte, que desde hace veinticinco años la estoy esperando; sino que suspiro al ver tantos pecadores engañados, que esperan a que llegue esta hora de la muerte para reconciliarse con Dios, en que apenas puedo pronunciar el nombre de Jesús.»

Examina, entonces, hermano mío, si tu corazón tiene apego todavía a alguna cosa de la tierra, a determinadas personas, puestos y honores, propiedades, automóvil, viajes, programas de televisión,

conversación o diversiones, y considera que no has de vivir aquí eternamente. Algún día, muy pronto, lo dejarás todo; ¿por qué, pues, quieres mantener el afecto en esas cosas aceptando el riesgo de tener muerte sin paz?... Ofrécete, desde ya, por completo a Dios, que puede, cuando le plazca, privarte de esos bienes.

El que desee morir resignado ha de tener resignación desde ahora, sea cual sea el tipo de accidente que pueda suceder, y tiene que apartar de sí los afectos a las cosas del mundo. Imagínate que vas a morir—dice San Jerónimo—, y fácilmente lo despreciarás todo.

Si aún no has hecho la elección de estado, elige el que en la hora de la muerte te gustaría haber elegido, el que pudiera procurarte un tránsito más dichoso a la eternidad. Si ya elegiste, hace lo que al morir quisieras haber hecho en tu estado.

Actúa como si cada día fuera el último de tu vida, cada acción la última que hagas; la última oración, la última confesión, la última comunión. Imagínate que estás moribundo, tendido en la cama, y que oyes esas imperiosas palabras: *Sal de este mundo*. ¡Cuánto pueden ayudar estos pensamientos para dirigirnos bien y menospreciar las cosas mundanas!

«Bienaventurado el siervo a quien su Señor halle haciendo estas cosas cuando El venga» (Mt., 24, 46). El que espera la muerte a todas horas, aún cuando muera de repente, no dejará de morir bien.

ORACIÓN

Todo cristiano, cuando se le anuncia la hora de la muerte, debe hallarse preparado para decir: «Me quedan, Señor, pocas horas de vida; quiero emplearlas en amarte cuanto pueda, para seguirte amando en la eternidad. Poco me queda para ofrecerte, pero te ofrezco estos dolores que ahora siento y el sacrificio de mi vida, en unión del que te ofreció por mí Jesucristo en la cruz. Pocas y breves son, Señor, las penas que padezco, en comparación de las que he merecido; pero así como son, las abrazo en muestra del

amor que te tengo. Me resigno a cuantos castigos quieras darme en esta y en la otra vida. Y con tal que pueda amarte eternamente, castígame cuanto te plazca; pero no me prives de tu amor. Reconozco que no merezco amarte por haber despreciado tu amor tantas veces; pero Tú no sabes desechar a un alma arrepentida.

Me duele el alma, ¡oh Suma Bondad!, por haberte ofendido. Te amo con todo mi corazón, y en Ti confío plenamente. Tu muerte es mi esperanza, ¡oh Redentor mío! Y en tus manos taladradas encomiendo mi alma...

¡Oh Jesús mío!, para salvarme diste toda tu Sangre. No permitas que me aparte de Ti. Te amo, Eterno Dios, y espero que te amaré por toda la eternidad...

¡Virgen y Madre mía, ayúdame en mi última hora! ¡Te entrego mi alma! ¡Pide a tu Hijo que se apiade de mí! ¡A Ti me encomiendo; librame de la condenación eterna!

11. Valor del tiempo

PUNTO 1

Procura, hijo mío—nos dice el Espíritu Santo—, emplear bien el tiempo, porque tiene muchísimo valor, uno de los regalos más grandes que Dios concede al hombre mortal. Hasta los pecadores conocen cuánto es su valor. Séneca decía que nada puede equivaler al precio del tiempo. Y aún más lo valoraron los Santos.

San Bernardino de Sena afirma que un instante de tiempo vale tanto como Dios, porque en ese momento, con un acto de contrición o de amor perfecto, puede el hombre adquirir la gracia divina y la gloria eterna.

El tiempo es un tesoro que sólo se halla en esta vida, pero no en la otra, ni en el Cielo, ni en el infierno. Así es el grito de los condenados: «¡Oh, si tuviéramos una hora!...» A toda costa querrían una hora para remediar su condenación; pero esta hora jamás les será dada.

En el Cielo no hay llanto; pero si los bienaventurados que viven en el Cielo pudieran sufrir, llorarían el tiempo perdido en la vida mortal, que podría haberles servido para alcanzar un grado más alto de gloria; pero ya terminó la vida en la que hubieran podido.

Una religiosa benedictina, difunta, se apareció radiante en gloria a una persona y le reveló que gozaba plena felicidad; pero que si algo hubiera podido desear, sería solamente volver al mundo y padecer más en él para alcanzar mayores méritos; y añadió que con gusto hubiera sufrido hasta el día del juicio la dolorosa enfermedad que la llevó a la muerte, con tal de conseguir la gloria que corresponde al mérito de una sola Avemaria.

¿Y tú, hermano mío, en qué gastas el tiempo?... ¿Por qué lo que puedes hacer hoy lo pospones siempre hasta mañana? Piensa que el tiempo pasado desapareció y ya no es tuyo; y piensa que el futuro no depende de ti. Sólo tienes el tiempo presente para actuar...

«¡Oh infeliz!—advierte San Bernardo—, ¿por qué hablas de lo que

vas a hacer en el futuro, como si el Padre hubiera puesto el tiempo en tu poder?» Y San Agustín dice: «¿Cómo puedes prometerte el día de mañana, si no sabes si tendrás una hora de vida?» Así, con razón, decía Santa Teresa : «Si no te hallas preparado para morir, teme tener una mala muerte...»

ORACIÓN

Gracias te doy, Dios mio, por el tiempo que me concedes para remediar los desórdenes de mi vida pasada. Si me enviaras la muerte en este mismo momento, una de mis mayores penas sería el pensar en el tiempo perdido...

¡ Ah, Señor mío, me diste el tiempo para amarte, y lo invertí en ofenderte!... Merecí que me enviaras al infierno desde el primer momento en que me aparté de Ti; pero me has llamado a penitencia y me has perdonado. Prometí no ofenderte nunca más, ¡y cuántas veces he vuelto a injuriarte y Tú a perdonarme!... ¡Bendita sea eternamente tu misericordia! Si no fuera infinita, ¿Cómo podrías soportar todo el sufrimiento que te causo? ¿Quién pudiera haber tenido conmigo la paciencia que Tú tienes?...

¡Cuánto me pesa haber ofendido a un Dios tan bueno!... Amado Salvador mío, aunque sólo fuera por la paciencia que has tenido conmigo, debería yo estar enamorado de Ti. No permitas nuevas ingratitudes mías al amor que me has demostrado. Muéstrame que nada de este mundo vale y atraeme a tu amor verdadero...

No, Dios mío; no quiero perder más el tiempo que me regalas para remediar el mal que hice, sino que quiero emplear este tiempo en amarte y servirte. Te amo, Bondad infinita, y espero amarte eternamente.

Miles de gracias te doy, Virgen María, que has sido mi abogada para tener este tiempo de vida. Ayúdame ahora y, haz que lo invierta por completo en amar a Tu Hijo, mi Redentor, y a Ti, Reina y Madre mía.

PUNTO 2

Nada hay más precioso que el tiempo. Para mucha gente mundana el tiempo pasa rápido y no es suficiente para conseguir todos los logros materiales que



quieren. Para otra gente mundana, hay tanto tiempo que lo malgastan en actividades sin sentido.

De ello se lamentaba San Bernardo, y añadía: «Pasan los días de salud, y nadie piensa que esos días desaparecen y no vuelven jamás.» Mira aquel jugador que pierde días y noches en el juego. Si le preguntas qué es lo que hace, él responderá: «Pasando el tiempo.» Mira también a aquel desocupado que se entretiene en la calle, quizá muchas horas, mirando a los que pasan, o hablando obscenamente o de cosas inútiles. Si le preguntan qué está haciendo, te dirá que no hace más que pasar el tiempo. ¡Pobres ciegos, que pierden tantos días, días que nunca volverán! ¡Oh tiempo despreciado!, tú serás lo que más deseen los mundanos en el trance de la muerte... Querrán otro año, otro mes, otro día más; pero no les será dado, y oirán decir que *ya no habrá más tiempo* (Ap., 10, 6). ¡Cuánto no daría cualquiera de ellos para obtener una semana más, un día más de vida, y poder así ajustar las cuentas del alma!... «Sólo por una hora más—dice San Lorenza Justiniano—darían todos sus bienes materiales.» Pero no obtendrán esa hora de tregua... Rápido le dirá el sacerdote que lo asista: «Apresúrate a salir de este mundo; que ya no hay más tiempo para ti».

Por eso nos dice el profeta (Ecl., 12, 1-2) que nos acordemos de Dios y procuremos su gracia antes de que se nos acabe la luz... ¡Qué angustia no sentirá un turista viajero cuando se hace de noche, y se da cuenta de que está perdido y ya no ve nada para ubicarse!... Pues así será la pena, al morir, de quien haya vivido largos años sin emplearlos en servir a Dios. *Vendrá la noche cuando nadie podrá ya operar* (Jn., 9,4). Entonces la muerte será para él tiempo de noche, en que nada podrá hacer. «Clamó contra mí el tiempo» (Lm., 1, 15).

La conciencia le recordará cuánto tiempo tuvo, y cómo lo gastó en hacer daño a su propia alma; cuántas gracias recibió de Dios para santificarse, y no quiso aprovecharlas; y además verá cerrada la senda para hacer el bien.

Por eso dirá gimiendo: «¡Oh, cuan loco fui!... ¡Tanto tiempo perdido en que pude santificarme!... Pero no lo hice, y ahora ya no queda tiempo...» ¿Y de qué servirán tales suspiros y lamentos cuando se le acaba la vida y la lámpara se va apagando, y el moribundo se ve próximo al solemne instante de que depende la eternidad?

ORACIÓN

¡Ah, Jesús mío! Toda tu vida la empleaste en salvar mi alma; ni un solo momento dejaste de ofrecerte por mí al Eterno Padre para alcanzarme el perdón y la salvación... Y yo, al cabo de tantos años de vida en el mundo, ¿cuántos he empleado en servirte? ¡Todos los recuerdos de mis actos me traen remordimientos de conciencia! El mal que causé fue mucho. El bien, poquísimo y lleno de imperfecciones, de tibieza, amor propio y distracción.

¡Ah, Redentor mío, he sido así porque olvidé lo que hiciste por mí! Te olvidé, Señor, pero Tú no me olvidaste, sino que viniste a buscarme y me ofreciste tu amor muchas veces, mientras yo huía de Ti.

Aquí estoy, ¡oh buen Jesús!, no quiero resistir más, ni pensar que me abandonarás. Me duele mucho el corazón, ¡oh Soberano Bien!, porque el pecado que cometí me separó de Ti. Te amo, Bondad

infinita, digno eres de infinito amor. No permitas que vuelva a perder el tiempo que tu misericordia me concede. Acuérdate siempre, amado Salvador mío, del amor que me tienes y de los dolores que por mi padeciste.

Hace que de todo me olvide en esta vida que me queda, excepto de pensar sólo en amarte y complacerte. Te amo, Jesús mío, mi amor y mi todo. Y te prometo hacer muchos y frecuentes actos de amor. Concédeme la santa perseverancia, como espero confiadamente, por los merecimientos de tu preciosa Sangre... Y en tu intercesión confío, ¡oh María, mi querida Madre!

PUNTO 3

Es necesario que caminemos por la vía del Señor *mientras tenemos vida y luz* (Jn., 12, 35), porque esta vida y luz después se pierde en la muerte. Para ese momento ya no será tiempo de prepararse, sino de estar preparado (Lc., 12, 40). En la muerte nada se puede hacer: lo hecho, hecho está...

¡Oh Dios! ¡Si alguna persona supiera que en un rato más se decidirá la causa de su vida o muerte, o de su toda su fortuna, con cuanta rapidez buscaría un buen abogado, procuraría que los jueces conocieran bien las razones de lo que hizo, y trataría de obtener una sentencia favorable!... Y nosotros, ¿qué hacemos? Nos consta con incertidumbre que muy pronto, en el momento menos pensado, se va a dar sentencia a la causa del mayor negocio que tenemos, que es, por lo que sabemos, el negocio de nuestra salvación eterna..., ¿y aún perdemos tiempo?

Quizá diga alguno: «Yo soy joven ahora; más adelante me convertiré a Dios.» Pues debes saber—respondo—que el Señor maldijo aquella higuera que halló sin frutos, *aunque no era tiempo de tenerlos*, como lo hace notar el Evangelio (Mr., 11, 13)

Con lo cual Jesucristo quiso darnos a entender que el hombre debe producir frutos de buenas obras en todo tiempo, hasta en el de la juventud; de otro modo será maldito y no dará frutos en el futuro. "Nunca jamás coma ya nadie de ti" (Mr., 11, 14). Así dijo a aquel árbol el Redentor, y así maldice a quien Él llama y le resiste...

¡Algo digno de admiración. Al demonio le parece breve el tiempo de nuestra vida, y no pierde ocasión de tentarnos. *Descendió el diablo a ustedes con mucha ira, sabiendo que tiene poco tiempo* (Ap., 12, 12). ¡De manera que el enemigo no desaprovecha ni un instante para perdernos, y nosotros no aprovechamos el tiempo para salvarnos!

Otro preguntará: «¿Qué mal hago yo?...» ¡Oh Dios mío! ¿Y no es ya un mal perder el tiempo en juegos o conversaciones inútiles, que de nada sirven a nuestra alma? ¿Acaso nos da Dios ese tiempo para que lo perdamos así? No, dice el Espíritu Santo; *la parte de un buen don no se te pase* (Ecl., 14, 14). Aquellos operarios de que habla San Mateo no hacían nada que fuera malo; solamente perdían el tiempo, y por ello los reprendió el dueño de la viña: *¿Qué hacen aquí todo el día ociosos?* (Mt., 20, 6).

En el día del juicio, Jesucristo nos pedirá cuenta de toda palabra ociosa. Todo tiempo que no se emplea por Dios es tiempo perdido. Y el Señor nos dice (Ecl., 9, 10): *Cualquier cosa que pueda hacer tu mano, hazlo de prisa; porque ni obra, ni razones, ni ciencia, habrá en el sepulcro, adonde caminas deprisa.*

La venerable Madre Sor Juana de la Santísima Trinidad, hija de Santa Teresa, decía que en la vida de los Santos no hay día de mañana; que solamente lo hay en la vida de los pecadores, pues siempre dicen: «Luego, luego», y así llegan a la muerte. Aquí *y ahora es el tiempo favorable* (2 Cor., 6, 2). Si hoy oyes su voz, no quieras endurecer tu corazón (Sal. 94, 8). Hoy Dios te llama para el bien; hazlo hoy mismo, pues mañana quizá ya no sea tiempo, o Dios no te llamará.

Y si, por desgracia, en la vida pasada has empleado el tiempo en ofender a Dios, procura llorar el resto de tu vida mortal, como se propuso el rey Ezequías: *Repasaré delante de ti todos mis años con amargura de mi alma* (Is., 38, 15).

Dios te prolonga la vida para que corrigas el tiempo perdido: *Redimiendo el tiempo, porque los días son malos* (Ef., 5, 16); o bien, según comenta San Anselmo: «Recuperarás el tiempo si haces lo que descuidaste hacer».

San Jerónimo dice de San Pablo, que, aunque era el último de los Apóstoles, fue el primero en méritos por lo que hizo después de su vocación.

Consideremos, al menos, que en cada instante podemos trabajar para obtener más bienes eternos. Si nos regalaran todo el terreno que pudiéramos caminar en un día, o tanto dinero como alcanzáramos a contar en un día, ¡con cuánta prisa procederíamos! Pues si podemos en un momento adquirir tesoros eternos, ¿por qué vamos a perder el tiempo? Lo que hoy puedas hacer, no digas que lo harás mañana, porque el día de hoy lo habrás perdido y no volverá nunca más.

Cuando San Francisco de Borja oía hablar de cosas mundanas, elevaba a Dios el corazón con oraciones, de manera que si alguien le preguntaba después su opinión de lo que se había dicho, no sabía qué responder. Le reprendieron por ello, y contestó que antes prefería parecer hombre desconcentrado que perder el tiempo vanamente.

ORACIÓN

No, Dios mío; no quiero perder el tiempo que me has concedido por tu misericordia... Yo merecía verme en el infierno, gimiendo sin esperanza. Te doy, pues, fervorosas gracias por haberme conservado la vida. Deseo, en los días que me quedan, vivir sólo para Ti.

Si yo estuviera en el infierno, lloraría desesperado y sin esperanza. Ahora lloraré las ofensas que te hice, y llorándolas, sé que me perdonarás, como lo asegura el Profeta (Is., 30, 19). En el infierno me sería imposible amarte; ahora te amo y espero que siempre te amaré. En el infierno jamás podría pedir tu gracia; ahora oigo que dices: Pide y recibirás (Jn., 16, 24).

Y puesto que aún me hallo en tiempo útil para pedirte regalos, dos voy a demandarte: ¡oh Dios mío!, concédeme la perseverancia en tu santo servicio, dame tu amor, y luego haz de mí lo que quieras. Hace que en todos los instantes de mi vida me encomiende siempre a Ti, diciendo: «Ayúdame, Señor... Señor, ten piedad de mí; haz que no te ofenda; haz que te ame...»

¡Virgen Santísima y Madre mía, ayúdame a obtener la gracia de

que siempre me encomiende a Dios y le pida su santo amor y la perseverancia!

12. Importancia de la salvación

Pero les rogamos, hermanos..., que se ocupen de sus propios asuntos.

Ts., 4, 10-11.

PUNTO 1

El negocio de la eterna salvación es, sin duda, para nosotros el negocio más importante, y, así y todo, es el que más a menudo olvidan los cristianos. Cuando se trata de cosas mundanas no hay trámite que no se haga ni tiempo que no se aproveche. Ya sea para obtener algún cargo, o ganar un pleito, o concertar un matrimonio... ¡Cuántos consejos, cuántas precauciones se toman! ¡No se come, no se duerme!...

Y para alcanzar la salvación eterna, ¿qué se hace y cómo se vive?... Generalmente no se hace nada; por el contrario, todo lo que se hace es para perderla, y la mayoría de los cristianos viven como si la muerte, el juicio, el infierno, la gloria y la eternidad no fueran verdades de fe, sino inventos de poetas.

¡Cuánta molestia siente la gente cuando le va mal en los negocios, si pierde un pleito o se estropea la cosecha, y muchísimo cuidado pone para que no vuelva a suceder y salir adelante!... Si se extravía tu perro doméstico, ¡qué no harás por encontrarlo! Pero muchos pierden la gracia de Dios, y, sin embargo, ¡duermen, se ríen y pierden el tiempo!... ¡Cosa de locos, por cierto!

No hay quien no se avergüence de que le llamen negligente en los asuntos del mundo, pero nadie, por lo común, se pone rojo por olvidar el gran negocio de la salvación, que en realidad es el que más importa. Ellos mismos llaman sabios a los Santos porque se preocuparon exclusivamente de salvarse, y ellos en cambio solo hacen cosas de la tierra, y nada para sus almas. «Pero ustedes—dice San Pablo—, ustedes, hermanos míos, piensen sólo en el magno asunto de su salvación, que es el más importante de todos».

Convenzámonos, pues, de que la salud y felicidad eterna es para nosotros el negocio *más importante*, el negocio *único*, el negocio *irreparable* si nos engañamos en él.

Es, sin disputa, el negocio *más importante*. Porque es el que tiene una consecuencia mayor, puesto que se trata del alma, y perdiéndose el alma, todo se pierde. «Debemos estimar el alma—

dice San Juan Crisóstomo—como el más precioso de todos los bienes». Y para saberlo, nos basta saber que Dios entregó a su propio Hijo a la muerte para salvar nuestras almas (Jn., 3, 16). El Verbo Eterno no dudó en comprar las almas del mundo con su propia Sangre (1 Co., 6, 20).

De tal manera, dice un Santo Padre, que no parece sino que el hombre vale tanto cuanto vale Dios. Por eso dijo Nuestro Señor Jesucristo (Mt., 16, 26): *¿Qué cambio dará el hombre por su alma?* Si el alma, pues, vale tan alto precio, ¿por cual bien del mundo podrá cambiarla el hombre que la está perdiendo?

Mucha razón tenía San Felipe Neri al llamar loco al hombre que no actúa para salvar su alma. Si hubiese en la tierra hombres mortales y hombres inmortales, y los mortales vieran que los inmortales se empeñan afanosamente en las cosas del mundo, buscando honores, riquezas y placeres terrenales, sin duda les dirían: «¡Ustedes son unos locos por hacer eso!

Tú puedes adquirir bienes eternos, y no piensas más que en esas cosas míseras y despreciables, y por ellas te condenas a un dolor perdurable en la otra vida!... ¡Déjalas, pues, que en esos bienes sólo debemos pensar nosotros los mortales, sin suerte, porque sabemos que todo se nos acaba con la muerte!...»

¡Pero no es así, porque todos somos inmortales!...

¿Cómo habrá, por lo tanto, alguien que por los miserables placeres de la tierra pierda su alma?... ¿Cómo puede ser —dice Salviano— que los cristianos crean en el juicio, en el infierno y en la eternidad y vivan sin temor?.

ORACIÓN

¡Ah Dios mío! ¿En qué invertí tantos años de vida que me diste con el fin de que me asegurara la salvación eterna?... Tú, Redentor mío, compraste mi alma con tu Sangre y me la diste para que la salvara; pero yo sólo he hecho cosas para perderla, cuando te ofendo a Ti, que tanto me has amado.

De todo corazón te agradezco que todavía me des tiempo de remediar el mal que hice. Perdí el alma y tu santa gracia; me arrepiento, Señor, y aborrezco de veras mis pecados. Perdóname, te pido, porque yo hoy mismo me resuelvo firmemente que prefiero perderlo todo, incluso la misma vida, antes que perder tu amistad de nuevo. Te amo sobre todas las cosas y me propongo amarte siempre, ¡oh Sumo Sacerdote, digno de infinito amor!

Ayúdame, Jesús mío, para que ésta mi resolución no sea como mis

propósitos pasados, que fueron otras tantas traiciones. Hazme morir antes que vuelva a ofenderte y a dejar de amarte...
¡ Oh María, mi esperanza, sálvame Tú, obteniendo para mí el don de la perseverancia!

PUNTO 2

La eterna salvación, no sólo es el más importante, sino el *único negocio que tenemos en esta vida* (Lc., 10, 42). San Bernardo lamenta la ceguera de los cristianos que, calificando de juegos absurdos a ciertos pasatiempos de la niñez, llaman negocios a asuntos mundanos. Mayores locuras son las tonteras que los hombres hacen pensando que hacen cosas importantes, «¿De qué le sirve al hombre—dice el Señor (Mt., 16, 26)—ganar el mundo entero si después pierde su alma?»
Si tú te salvas, hermano mío, da lo mismo que hayas sido



pobre o rico en este mundo, que hayas tenido una vida feliz o triste, que te hayan amado o te hayan odiado. Salvándote se acabarán los males y serás dichoso por toda la eternidad. Pero si te engañas y te condenas, ¿de qué te servirá en el infierno haber disfrutado de todos los placeres que hay en la tierra, y haber sido rico y respetado? Una vez que está perdida el alma, todo se pierde: honores, divertimientos y riquezas.

¿Qué responderás a Jesucristo en el día del juicio? Si un rey enviara a una gran ciudad un embajador para tratar de algún gran negocio, y ese enviado, en vez de dedicarse allí al asunto de que ha sido encargado, sólo pensara en banquetes, entretenciones y espectáculos, y por ello la negociación fracasara, ¿qué le dirá luego al rey? Esto mismo, ¡oh Dios mío!, ¿qué cuenta habrá de dar al Señor en el día del juicio quien puesto en este mundo, no para divertirse, ni enriquecerse, ni alcanzar grandes cargos, sino para salvar su alma, haya hecho de todo menos preocuparse de propia alma?

Sólo en el presente piensan los mundanos, no en lo futuro.

Hablando en Roma una vez San Felipe Neri con un joven muy inteligente, llamado Francisco Nazzera, le dijo así: «Tú, hijo mío, tendrás una brillante carrera: serás buen abogado; sacerdote después; luego, quizá Cardenal, y tal vez Pontífice; pero ¿y después?, ¿y después?» «Vamos —le dijo finalmente—, piensa en estas últimas palabras.» Se fue Francisco a casa, y meditando en aquellas palabras: ¿y después?, ¿y después?, abandonó los negocios terrenos, se apartó del mundo y entró en la misma Congregación de San Felipe Neri, para no ocuparse más que en servir a Dios.

Ese es el único negocio, porque sólo un alma tenemos. Cierta vez el príncipe pidió al Papa Benedicto XII que le concediera una gracia que no podía, sin pecado, ser otorgada. Y el Papa respondió al embajador: «Díganle al príncipe que si yo tuviera dos almas, podría perder una por él y reservarme la otra para mí; pero como no tengo más que una, no quiero perderla.

San Francisco Javier decía que no hay en el mundo más que un solo bien y un solo mal. El único bien, salvarse; el único mal,

condenarse.

La misma verdad exponía a sus monjas Santa Teresa, diciéndoles: «Hermanas mías, hay un alma y una eternidad»; esto es: hay un alma, y una vez perdida ésta, todo se pierde; hay una eternidad, y el alma, una vez perdida, para siempre lo está.» Por eso rogaba David a Dios, y decía (Sal. 26, 4): Una sola cosa, Señor, te pido: salva mi alma y nada más quiero.

Procuren su salvación con temor y con temblor (Fil., 2, 12). Quien no tiembla ni teme perderse, no se salvará. El asunto es que, para salvarse, es importante trabajar con esfuerzo. El Reino de Dios irrumpe con violencia (Mt., 11, 12). Para alcanzar la salvación, es preciso que, en la hora de la muerte, aparezca nuestra vida semejante a la de Nuestro Señor Jesucristo (Ro., 8, 29). Y para ello debemos esforzarnos en huir de las ocasiones de pecar, y además valernos de los medios necesarios para obtener la salvación.

«No se dará el reino a los vagabundos—dice San Bernardo—, sino a los que hubieren dignamente trabajado en el servicio de Dios.»

Todos querrían salvarse sin trabajo alguno. «El demonio—dice San Agustín—trabaja sin reposo para perdemos, ¿y tú, tratándose de tu bien o de tu mal perdurable, tanto te descuidas?».

ORACIÓN

¡ Oh Dios mío! ¡ Cuánto te agradezco el que hayas permitido que me halle ahora a tus pies y no en el infierno, que tantas veces he merecido!

Pero ¿de qué me serviría la vida que me has otorgado si yo continuara viviendo privado de tu gracia?... ¡Ah, nunca más sea así! Me he apartado de Ti, y te he perdido, ¡oh mi Sumo Sacerdote!... Pero me arrepiento de todo corazón... ¡Ojalá hubiera muerto mil veces antes!

Te perdí, pero tu Profeta me asegura que eres todo bondad y que te dejas hallar por las almas que te buscan. Si en el pasado huí de Ti, ¡oh Rey de mi alma!, ahora te busco... Sólo a Ti busco, Señor. Te amo con todo mi corazón. Acógeme, y no te separes de mi, porque en el pasado te ame y luego te desprecié. *Enséñame lo que debo hacer para complacerte* (Sal. 142, 10), que yo deseo actuar y

servirte como te plazca.

¡Ah Jesús mío!, salva esta alma que redimiste con tu vida y tu Sangre. Dame la gracia de amarte siempre en esta vida y en la otra. Así lo espero por tus merecimientos infinitos.

Y también, María Santísima, por tu poderosa intercesión.

PUNTO 3

Negocio *importante*, negocio *único*, negocio *irreparable*, «No hay error que pueda compararse—dice San Eusebio—al error de descuidar la eterna salvación». Todos los demás errores pueden tener remedio. Si se pierde la riqueza familiar, es posible recobrarla haciendo nuevos trabajos. Si se pierde un cargo, se puede recuperar trabajando para otra empresa. Aun perdiendo la vida, si uno se salva, todo se remedió.

Pero para quien se condena no hay posibilidad de remedio. Sólo una vez se muere; una vez perdida el alma, se perdió para siempre. No queda más que el eterno llanto con los demás míseros insensatos del infierno, cuya pena y tormento será mayor al considerar que para ellos no hay tiempo ya de remediar su desdicha (Jer., 8, 20). Pregunta a aquellos siervos prudentes del mundo, sumergidos ahora en el fuego infernal, pregúntales lo que sienten y piensan, si se alegran de al menos haber sido ricos en la tierra, aun cuando ahora se hallan condenados en la eterna prisión. Oye cómo gimen, diciendo: Nos equivocamos, pues... (Sb.), 5, 6). Pero, ¿de qué les sirve conocer su error cuando ya la condenación es para siempre y no hay manera de remediarlo?

¿Si por un descuido salieras de tu casa dejando la llave de gas abierta, qué sufrimiento sentirías al volver y encontrar tu casa destruida por las llamas de un incendio, sabiendo que fue por descuido tuyo y sin remedio posible?

Esta es la mayor aflicción de los condenados: pensar que han perdido su alma y se han condenado por culpa suya (Os., 13, 9).

Dice Santa Teresa que si alguna persona pierde por su propia culpa algo de valor como un anillo, pierde además la paz y, a veces, ni come ni duerme por varios días.

¡Cuál será, pues, oh Dios mío, la angustia del condenado cuando, al entrar en el infierno y verse ya sepultado en aquella cárcel de tormentos, piense en su desdicha y considere que no ha de hallar en toda la eternidad remedio alguno! Sin duda, exclamará: «Perdí el

alma y la gloria; perdí a Dios, lo perdí todo para siempre, ¿y por qué?, ¡por culpa mía!»

Y si alguna persona dijera: «Pero, aunque cometa este pecado, ¿por qué me he de condenar?... ¿Acaso no podré todavía salvarme?», le responderé: «Podrás condenarte, quizá.» Y aún añadiré que es más probable tu condenación, porque la Escritura amenaza con ese tremendo castigo a los pecadores obstinados y porfiados, como tú lo eres en este instante. «¡Ay de los hijos que desertan!» (Is., 30, 1)—dice el Señor—. «¡Ay de ellos, que se apartaron de Mí! > (Os., 7,13). Piensa lo siguiente, con ese pecado que cometes, ¿no pones en gran peligro y duda tu salvación eterna? ¿Y es tan importante para tí esto de la salvación que así puede arriesgarse? «No se trata de una casa, de una ciudad, de un cargo; se trata—dice San Juan Crisóstomo—de padecer una eternidad de tormentos y de perder la gloria perdurable». Y esto de salvarte, que para ti lo es todo, ¿quieres arriesgarlo en un puede ser? «¿Quién sabe—replicas—, quién sabe si me condenaré? Ya espero que Dios, más tarde, me perdonará.» Pero ¿y entre tanto?... Entre tanto, por ti mismo te condenas al infierno. ¿Te arrojarías a un pozo diciendo: Tal vez me libraré de la muerte? Seguramente que no. Pues ¿cómo fundas tu eterna salvación en tan débil esperanza, en un quién sabe?

¡ Oh ! ¡ Cuántos por esa maldita, falsa esperanza se han condenado!... ¿No sabes que la esperanza de los porfiados al pecar no es tal esperanza, sino presunción y engaño? Se dicen a sí mismo que un Dios misericordioso no mirará ese pequeño pecado, pero más bien provocan su enojo

Si dices que ahora no puedes resistir a las tentaciones y a la pasión dominante, ¿cómo resistirás más adelante, cuando en vez de aumentarse tu fe, te falte la fuerza por el hábito de pecar? Pues, por una parte, el alma estará más ciega y más endurecida en su maldad, y por otra, carecerá del auxilio divino... ¿Acaso esperas que Dios va a darte más y más señales y gracias después que tú hayas aumentado sin límite tus faltas y pecados?

ORACIÓN

¡Ah Jesús mío! Meditando en la muerte que por mí padeciste, aumenta mi esperanza. Temo que, en el fin de mi vida, el demonio quiera inspirarme desesperación, miedo espantoso al ver todas las innumerables traiciones que he cometido hacia Ti, mi único Rey y

Señor. ¡ Cuántas promesas he hecho de no ofenderte más, movido por las señales que me has dado, y luego he vuelto a apartarme de Ti esperando que me perdonarás como siempre haces! De manera que no me has castigado, ¡y por eso mismo te he ofendido tanto! ¡Porque has tenido piedad de mí, te hice todavía mayores ultrajes! Dame, Redentor mío, antes que salga de esta vida, un profundo y verdadero dolor por mis pecados. Quiero odiar mis pecados con todo mi corazón. Me duele mucho, ¡oh Suma Bondad!, el haberte ofendido, y prometo firmemente morir mil veces antes que apartarme de Ti...

Pero, mientras tanto, permite que oiga aquellas palabras que dijiste a Magdalena: *Tus pecados están perdonados* (Lc., 7, 48), e inspírame un dolor enorme de mis culpas antes que llegue el trance de la muerte. De no ser así, temo que ese trance habrá de traerme inquietud y desdicha. En aquel solemne instante, *que no me cause espanto tu presencia*, ¡oh Jesús mío crucificado! (Jer., 17, 17).

Si muriera ahora antes de llorar mis culpas, antes de amarte, tus llagas y tu Sangre más bien me darían temor que esperanza. No te pido, pues, consuelo y bienes de la tierra en lo que me queda de vida. Te pido sólo amor y dolor. Oyeme, amadísimo Salvador mío, por aquel amor que te hizo sacrificar por mí la vida en el Calvario... ¡ María, Madre mía, ayúdame a obtener estas gracias, unidas a la de perseverar hasta la muerte!

13. Vanidad del mundo

¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si después pierde su alma? Mt., 16, 26

PUNTO 1

En un viaje que hacía por mar, un filósofo de la antigüedad llamado Aristipo, naufragó con la nave en que iba, y él perdió todas las cosas que llevaba. Pero pudo llegar salvo a tierra, y vivió con la gente del país al que llegó. Gracias a sus conocimientos Aristipo logró una gran fama, y la gente le daba cosas, de manera que al poco tiempo tenía tantas cosas como las que había perdido. Debido a esta experiencia escribió a sus amigos y compatriotas para que con su ejemplo, sólo le den importancia a proveerse de aquellos bienes que ni aun con los naufragios se pueden perder.

Esto mismo nos avisan desde la otra vida nuestros familiares y amigos que llegaron a la eternidad. Nos advierten que en este mundo procuremos, ante todo, adquirir los bienes que ni aun con la muerte se pierden. Día de perdición se llama el día de la muerte, porque en él vamos a perder los honores, riquezas y placeres, todas las cosas terrenales. Por esta razón dice San Ambrosio que no podemos llamar nuestros a tales bienes, puesto que no podemos llevarlos con nosotros a la otra vida, y que sólo las virtudes nos acompañan a la eternidad.

¿De qué sirve, pues—dice Jesucristo (Mt., 16, 26)—, ganar todo el mundo, si en la hora de la muerte, perdiendo el alma, se pierde todo?... ¡ Oh! ¡ Cuántos jóvenes después de escuchar esta máxima se encerraron en el claustro! ¡A cuántos anacoretas condujo al desierto! ¡A cuántos mártires movió para dar la vida por Cristo! Con estas máximas, San Ignacio de Loyola ganó para Dios innumerables almas. A San Francisco Javier le gustaba mucho una joven que se hallaba en París, y esto lo llevaba a tener pensamientos mundanos. «Piensa, Francisco— dijo un día el Santo—, piensa que el mundo es traidor, que promete y no cumple, pero incluso si suponemos que el mundo cumple sus promesas, jamás podrá satisfacer tu corazón. Y más aún, si suponemos que si lo puede satisfacer, ¿cuánto durará esa alegría? ¿Podrá durar más que tu vida? Y al fin de ella, ¿llevarás tu felicidad a la eternidad? ¿Hay algún hombre poderoso que haya llevado a la otra vida ni siquiera

una moneda o al menos un criado para su servicio? ¿Hay algún rey que tenga allí un pedazo de tela para engalanarse?...»

Con estas consideraciones, San Francisco Javier se apartó del mundo, siguió a San Ignacio de Loyola y fue un gran santo.

Vanidad de vanidades (Ecl., 1, 2), así llamó Salomón a todas las cosas del mundo cuando por experiencia propia, como él mismo declaró (Ecl., 2, 10), *hubo conocido todos los placeres que hay en la tierra*. Sor Margarita de Santa Ana, carmelita descalza, hija del emperador Rodolfo II, decía: «¿De qué sirven los tronos en la hora de la muerte?»

¡Cosa admirable! Temen los Santos al pensar en su salvación eterna. Temía el Padre Séñeri, que, lleno de sobresalto, preguntaba a su confesor: «¿Qué cree, Padre; me salvaré?»

Temblaba San Andrés Avelino cuando, gimiendo, exclamaba : «¡Quién sabe si me salvaré!»

Idéntico pensamiento afligía a San Luis Bertrán, y muchas noches se levantaba de la cama, diciendo: «¡Quién sabe si me condenaré!...»

¡Y así y todo, los pecadores viven condenados, y duermen tranquilos, lo pasan bien, ríen, y se divierten!

ORACIÓN

¡Ah Jesús, Redentor mío! De todo corazón te agradezco que me hayas dado a conocer mi locura y el mal que cometí apartándome de Ti, que por mí diste la Sangre y la vida. No merecías, en verdad, que te tratase como te he tratado.

Si mi muerte llegara ahora, ¿qué hallaría en mí sino pecados y remordimientos de conciencia que me harían morir abrumado de angustia?

Confieso, Salvador mío, que obré mal, que me engañé a mí mismo, cambiando el Sumo Bien por los míseros placeres del mundo. Me arrepiento con todo mi corazón, y te ruego que, por los dolores que en la cruz sufriste, me des a mí un dolor muy grandes por mis pecados, que por él llore por todo el resto de mi vida las culpas que cometí. Perdóname, Jesús mío, que yo prometo no ofenderte más y amarte siempre.

Ya sé que no soy digno de tu amor, porque te desprecié mil veces; pero sé también que *amas a quien te ama* (Pr., 8, 17). Yo te amo, Señor; ámame Tú a mí. No quiero perder de nuevo tu amistad y gracia, y renuncio a todos los placeres y grandezas del mundo con

tal de que me ames...

Oyememe, Dios mío, por amor de Jesucristo, que Él te ruega no me arrojes de tu corazón. A Ti me ofrezco por completo y te consagro mi vida, mis bienes, mis sentidos, mi alma, mi cuerpo, mi voluntad y mi libertad. Acéptalo, Señor; *no lo rechaces* (Sal. 50, 13), como merezco, por haber rechazado yo tantas veces tu amor... Virgen Santísima, Madre mía, ruega por mí a Jesús. En tu intercesión confío.

PUNTO 2

Es importante pesar los bienes en la balanza de Dios, no en la del mundo, que es falsa y engañosa (Sal. 61, 10). Los bienes del mundo son hartos miserables, no



satisfacen al alma y acaban pronto. Mis días *huyeron más veloces que una liebre; pasaron como los trenes...* (Jb., 9, 25).

Pasan y huyen veloces los breves días de esta vida; y de los placeres de la tierra ¿qué queda después? *Pasaron como los trenes. No deja el tren ningún rastro de su paso detrás de sí* (Sb., 5, 10).

Preguntemos a tantos ricos, letrados, príncipes, emperadores que están en la eternidad qué hallan allí de sus pasadas grandezas, lujos y ceremonias terrenales. Todos responden: Nada, nada. «Ustedes, hombres—dice San Agustín—, observen solamente los bienes que posee aquel grande; y luego observen también qué cosa lleva consigo al sepulcro: un cadáver pestilente y una mortaja, que con él se pudrirá.»

De los poderosos que mueren apenas si se oye hablar un poco de tiempo; después, hasta su memoria se pierde (Sal. 9, 7). Y si van al infierno, ¿qué harán y dirán allí?... Gemirán, diciendo: ¿De qué nos han servido nuestro lujo y riquezas, si ahora todo eso pasó ya tan rápido (Sb., 5, 8-9), y nada nos queda, sino penas, llanto y

desesperación sin fin?

«Los hijos de este siglo son más sabios en sus negocios que los hijos de la luz» (Lc., 16, 8). Espanta el pensar cómo los hombres mundanos son tan prudentes en las cosas de la tierra. ¡Se dedican con empeño a sacar adelante los trabajos más duros, con tal de que los demás lo feliciten y obtener más dinero! ¡ Con qué rapidez se ocupan en conservar la salud del cuerpo!... Escogen y emplean los medios más útiles, los más afamados médicos, los mejores remedios, el mejor clima..., y, sin embargo, ¡cuán descuidados son para el alma!... Y sin embargo, la mayor verdad es que la salud, honores, y todas las cosas que se puedan tener, todas se acaban algún día, mientras que el alma es eterna, no tiene fin.

«Observemos—dice San Agustín—cuánto padece el hombre por las cosas que ama desordenadamente». ¿Qué no padecen los vengativos, ladrones y deshonestos para llevar a cabo sus malvados designios? Y para el bien del alma nada quieren sufrir.

¡Oh Dios! A la luz de la vela que se enciende en la hora de la muerte, en aquel momento de grandes verdades, recién ahí se dan cuenta de su gran locura los hombres mundanos. Ahora desearían haber dejado a tiempo todas las cosas y haber sido santos.

El Pontífice León XI decía, moribundo: «Más que ser Papa, me hubiera valido ser portero de mi convento.» Honorio III, Pontífice también, exclamó al morir: «Mejor hubiera hecho quedándome en la cocina de mi comunidad para lavar vajilla.»

Felipe II, rey de España, llamó a su hijo en la hora de la muerte, y, apartando la ropa que le cubría, le mostró el pecho, cubierto de gusanos, y le dijo: «Mira, príncipe, cómo se muere y cómo acaban las grandezas del mundo.» Y luego exclamó: «¡Le digo a Dios que mejor yo hubiera sido lego de cualquier religión y no monarca!»

Hizo después que le pusieran al cuello una cruz de madera ; ordenó las cosas de su muerte, y dijo a su heredero : «He querido, hijo mío, que fueras testigo de este acto para que veas cómo, al fin de la vida, trata el mundo aun a los reyes. Su muerte es igual a la de los más pobres de la tierra. El que mejor hubiera vivido es quien logrará con Dios más alto favor.»

Y este mismo hijo, que fue después Felipe III, al morir, aún joven, de cuarenta y tres años de edad, dijo: «Cuidad, súbditos míos, de que en el sermón de mis funerales sólo se predique este espectáculo que veis. Decid que en la muerte no sirve el ser rey sino para tener mayor tormento por haberlo sido... ¡ Ojalá que en vez de ser rey

hubiera vivido en un desierto, sirviendo a Dios!... Iría ahora con más esperanza a presentarme ante su tribunal, y no correría tanto riesgo de condenarme!...»

Pero ¿de qué valen tales deseos en el trance de la muerte, sino sólo para darle más desesperación y pena que quien no haya en vida amado a Dios?

Por esto dice Santa Teresa: «No hay que pensar en las cosas que se terminan con la vida, sino más bien hay que pensar que la verdadera vida es vivir de manera que no se tema la muerte...»

De suerte que si queremos comprender lo que son los bienes terrenales, mirémoslos como si estuviéramos en el lecho mortuario, y digamos luego: «Los sueldos, honores y placeres se acabarán un día. Es preciso entonces que procuremos santificarnos y enriquecernos sólo con los únicos bienes que van a acompañarnos siempre y que van a hacernos dichosos por toda la eternidad.»

ORACIÓN

¡ Ah Redentor mío!... Has sufrido tantos trabajos e ignominias por amarme, y yo, en cambio, he amado tanto los placeres y vanidades del mundo, que por ellos mil veces he pisoteado tu gracia. Pero me doy cuenta que cuando te desprecié no Tú no dejabas de buscarme, por eso sé que no puedo temer, Jesús mío, que me abandones ahora que sí te busco y te amo con todo mi corazón, me duelo más de haberte ofendido que si hubiera padecido cualquier otro mal.

¡Oh Dios de mi alma! No quiero ofenderte nuevamente ni en lo más mínimo. Haz que conozca lo que te desagrada, y no lo haré por nada del mundo. Haz que sepa lo que debo hacer para servirte, y me pondré manos a la obra. Quiero amarte de veras; y por Ti, Señor, abrazaré gustoso cuantos dolores y cruces me envíes. Dame la resignación que necesito. Quema, corta... Castígame en esta vida, a fin de que en la otra pueda amarte eternamente. María, Madre mía, a Ti me encomiendo; no dejes de rogar a Jesús por mi.

PUNTO 3

El tiempo es breve...; los que gozan de este mundo, hagan como sí no gozaran de él, porque este mundo es temporal y su figurá pasará... (1 Cor., 7, 31). ¿Qué otra cosa es nuestra vida temporal

sino una escena que pasa y se acaba en seguida? Pasa la figura de este mundo, es decir, la apariencia. Como en una película pasan las escenas. «El mundo es como una escena—dice Cornelio a Lapide—; pasa una generación, y otra le sigue. Quien representó el papel de rey es solo un actor y no es rey en la vida real. Dime, ¡oh ciudad, oh casa!, ¿cuántos señores tuviste?»

Y apenas acaba la película, el que hizo el papel de rey ya no es rey, ni el señor es ya señor.

Ahora eres dueño de una granja o de un palacio; pero llegará la muerte, y otros serán dueños de todo.

La hora funesta de la muerte trae consigo el olvido y fin de todas las grandezas, honores y vanidades del mundo (Ecl., 11, 29). Casimiro, rey de Polonia, murió de repente, estando sentado a la mesa con los grandes del reino, y cuando acercaba los labios a una copa para beber. Rápidamente se le acabó la escena del mundo...

El emperador Celso fue asesinado a los ocho días de haber sido elevado al trono, y así acabó para Celso la escena de la vida.

Ladislao, rey de Bohemia, joven de dieciocho años, estaba esperando a su esposa, hija del rey de Francia, y preparando grandes festejos, cuando una mañana le dió un dolor muy fuerte, y luego murió. Por lo cual enviaron en seguida cartas a la novia, para advertirle que retornase a Francia, pues la película del mundo había acabado para Ladislao...

Este pensamiento de la vanidad del mundo hizo santo a Francisco de Borja, el cual (como en otro lugar dijimos), al ver el cadáver de la emperatriz Isabel, muerta en medio de las grandezas y en la flor de la juventud, resolvió entregarse del todo a Dios, diciendo: «¿Así es como acaban las grandezas y coronas del mundo?... Nunca más servir a señor que se me pueda morir.»

Procuremos, pues, vivir de tal modo que en nuestra muerte no se nos pueda decir lo que se dijo al necio mencionado en el Evangelio (Lc., 12, 20): *Necio, esta misma noche han de exigir de ti la entrega de tu alma; lo que has acumulado, ¿para quién será? Y luego añade San Lucas (12, 21): Esto es lo que sucede al que atesora para sí y no es rico a los ojos de Dios.*

Más adelante dice (Mt., 6, 20): *Háganse de un tesoro en el Cielo que jamás se agote, a donde no llegan los ladrones ni roe la polilla*; o sea: procura enriquecerte no con los bienes del mundo, sino de Dios, con virtudes y méritos que durarán eternamente contigo en el Cielo.

Actúa, pues, tratando de alcanzar el gran tesoro del divino amor. «¿Qué tiene el rico si no tiene caridad? Y si el pobre tiene caridad, ¿qué no tiene?», dice San Agustín. El que tiene todas las riquezas y no posee a Dios, es el más pobre del mundo. Pero el pobre que posee a Dios, lo posee todo... ¿Y quién posee a Dios? El que le ama. *Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él* (1 Jn., 4, 16).

ORACIÓN

No quiero, Dios mío, que el demonio vuelva a tener dominio en mi alma, sino que Tú seas mi único dueño: y Señor. Quiero dejarlo todo para alcanzar tu gracia, más estimada por mí que mil coronas y mil reinos. ¿Y a quién voy a amar sino a Ti, infinitamente amable, bien infinito, belleza, bondad, amor infinito?

Por las criaturas te dejé en la vida pasada, y esto es y será siempre para mí un dolor profundo, que me atraviesa el corazón, porque te ofendí a Ti, que tanto me has amado. Pero ya que me has atraído con tu gracia, espero que no voy a verme nuevamente privado de tu amor. Recibe, ¡ oh amor mío!, toda mi voluntad y todas mis cosas, y haz de mí lo que te agrade. Te pido perdón por mis culpas y desórdenes pasados. Jamás me quejaré de lo que dispongas, porque sé que todo ello es santo y ordenado para mi bien.

Dispone, pues, Dios mío, lo que te plazca, y yo prometo recibirlo con alegría y darte rendidas gracias por todo. Haz que te ame, y nada más pediré... No bienes, ni honores, ni mundo; a mi Dios, sólo a mi Dios quiero.

Y Tú, bienaventurada Virgen María, modelo de amor y elegida de Dios, ayúdame a por lo menos en el resto de mi vida, te acompañe en ese amor. En Ti, Señora confío.

14. La vida presente es un viaje a la eternidad

**La vida presente es un viaje a la eternidad.
Irá el hombre a la casa de su eternidad.**

ecl. 12, 5.

PUNTO 1

Al ver que en este mundo tantos malvados viven prósperamente, y tantos justos, al contrario, viven llenos de tribulaciones, los mismos pecadores sacan la conclusión, usando solamente su propia conciencia y la razón, la verdad de que existiendo Dios, y siendo Dios justísimo, debe haber otra vida en que los malos sean castigados y los buenos premiados.

Pues esto mismo que los pecadores entendieron usando la razón, nosotros los cristianos lo confesamos también por la luz de la fe: *No tenemos aquí ciudad permanente, pero buscamos la que está por venir* (He., 13,14).

Esta tierra no es nuestra patria, sino lugar de tránsito por donde pasamos para llegar muy pronto a *la casa de la eternidad* (Ecl., 12, 5). De modo, lector mío, que la casa en que vives no es tu propia casa, sino como una hospedería que pronto, y cuando menos lo pienses, tendrás que dejar; y los primeros en arrojarte de ella cuando llegue la muerte serán tus parientes y allegados... ¿Cuál será, pues, tu verdadera casa? Una fosa será la morada de tu cuerpo hasta el día del juicio, y tu alma irá a la casa de la eternidad, ya sea al Cielo, o al infierno.

Por eso nos dice San Agustín: «Huésped eres que pasa y mira.» Necio sería el viajero que, yendo de paso por una ciudad, quisiera emplear todo su patrimonio en comprarse una casa ahí, que al cabo de pocos días tendría que dejar. Considera, dice el Santo, que estás de paso en este mundo, y no pongas tu corazón en lo que ves. Mira y pasa, y procúrate una buena morada donde vas a vivir para siempre. ¡Dichoso de ti si te salvas!... ¡Cuan hermosa la gloria!... Los más suntuosos palacios de los reyes son como chozas respecto de la ciudad del Cielo, única que pudo llamarse *Ciudad de hermosura perfecta*. Ahí no habrá nada que desear. Estarás en la compañía de los Santos y de la divina Madre de Nuestro Señor Jesucristo y sin

temor de ningún mal. Vivirás, en suma, absorvidos en un mar de alegría de continua beatitud, que siempre durará (Is., 35, 10). Y este gozo será tan perfecto y grande, que por toda la eternidad y en cada instante parecerá nuevo.

Si, por el contrario, te condenas, idesdichado de tí! Te hallarás sumergido en un mar de fuego y de dolor, desesperado, abandonado de todos y privado de tu Dios... ¿Y por cuánto tiempo?... ¿Acaso cuando hubieran pasado cien años, o mil, habrá concluido tu pena?... ¡Oh, no acabará!... ¡Pasarán mil millones de años y de siglos, y el infierno que padeces estará comenzando!... ¿Qué son mil años respecto de la eternidad?... Menos de un día que ya pasó... (Sal. 89, 4). ¿Quieres ahora saber cuál será tu casa en la eternidad?... Será la que merezcas; la que te fabriques tú mismo con tus obras.

ORACIÓN

Mira, pues, Señor, la casa que merecí con mi vida: la cárcel del infierno, donde apenas cuando cometí el primer pecado grave, debí estar abandonado de Ti y sin esperanza de amarte nuevamente. ¡Bendita sea para siempre tu misericordia, porque me esperaste, Señor, y me diste tiempo para remediar tanto mal! ¡Bendita sea para siempre la Sangre de Jesucristo, que mereció para mí esa misericordia!... No quiero, Dios mío, abusar más de tu paciencia. Me arrepiento de todo corazón de haberte ofendido, no tanto por el infierno que merecí sino más todavía por haber ultrajado tu infinita bondad.

No más, Dios mío; no más. Antes morir que volver a ofenderte. Si yo estuviera ahora en el infierno, ¡oh Sumo Bien mío!, no podría ya amarte, ni Tú podrías amarme a mí... Te amo, Señor, y quiero que me ames. Bien sé que no lo merezco; pero lo merece Jesucristo, que se sacrificó en la cruz para que me perdonaras y amaras. Por amor de tu divino Hijo, dame, pues, ¡oh Eterno Padre!, la gracia de que yo te ame siempre de todo corazón... Te amo, Padre mío, que me diste a tu Hijo Jesús. Te amo, Hijo de Dios, que moriste por mí. Te amo, ¡oh Madre de Jesucristo!, que con tu intercesión me has ayudado a tener tiempo de penitencia. Ahora ayúdame, Señora mía, a sentir dolor por mis pecados, a sentir el amor de Dios y a lograr la santa perseverancia.

PUNTO 2

«Si el árbol cayera hacia el austro o hacia el aquilón, en cualquier lugar en que cayere, allí quedará» (Ecl., 11, 3). Donde caiga, en la hora de la muerte, el árbol de tu alma, allí quedará para siempre. No hay, pues, término medio: o reinar eternamente en la gloria, o gemir esclavo en el infierno. O siempre ser bienaventurado, en un mar de inefable dicha, o estar siempre desesperado en una cárcel de tormentos.

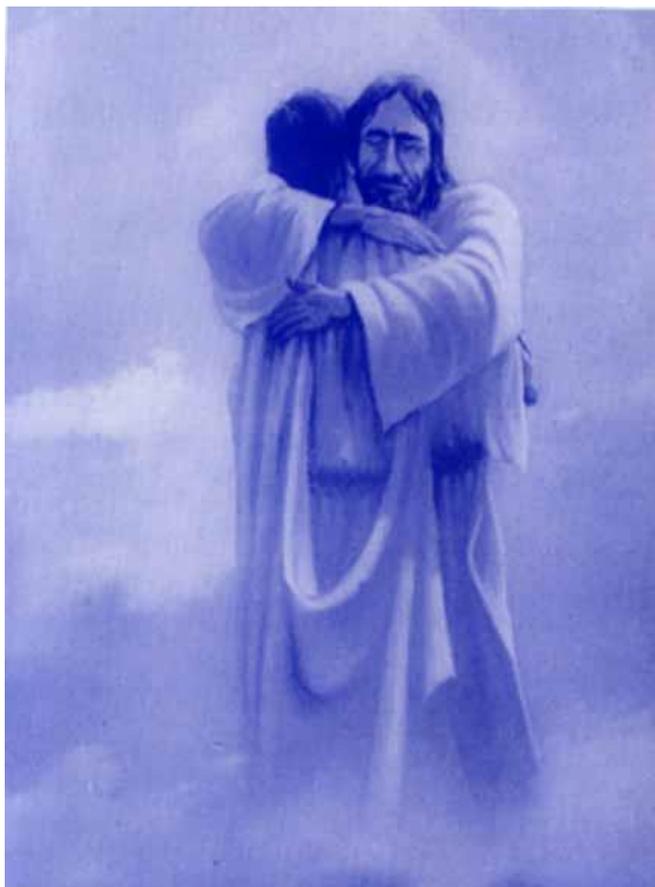
San Juan Crisóstomo, entendió que aquel hombre rico que todos en este mundo calificaban de dichoso, luego fue condenado al infierno, mientras que Lázaro, tenido por infeliz en este mundo porque era pobre, fue después feliz en el Cielo, exclama:

« ¡Oh felicidad infeliz, que produjo al rico desventura eterna!... ¡Oh desdicha feliz, que llevó al pobre a la felicidad eterna! »

¿De qué sirve atormentarse, como hacen algunos, diciendo: «¿Quién sabe si estaré condenado o predestinado?...» Cuando cortan el árbol, ¿hacia dónde cae?... Cae hacia donde está inclinado... ¿A qué lado te inclinas, hermano mío?... ¿Qué vida llevas?... Procura inclinarte siempre hacia el austro, mantente en gracia de Dios, huye del pecado, y así te salvarás y estarás predestinado al Cielo.

Y para huir del pecado, tengamos presente siempre *el gran pensamiento* de la eternidad, que así, con razón, le llama San Agustín.

Este pensamiento movió a muchos jóvenes a abandonar el mundo y



vivir en la soledad, para trabajar sólo en los negocios del alma. Y en verdad que acertaron, porque ahora, en el Cielo, se regocijan de su resolución, y se regocijarán eternamente.

A una señora que vivía alejada de Dios, la convirtió el Santo M. Avila solo con decirle: «Piense, señora, en estas dos palabras: *siempre y jamás*.» El Padre Pablo Séñeri, por un pensamiento de la eternidad que tuvo un día, no pudo conciliar luego el sueño, y se entregó desde entonces a la vida más austera. Dresselio nos recuerda que un obispo, con ese pensamiento de la eternidad, llevaba una vida santísima, diciendo mentalmente: «A cada instante estoy a las puertas de la eternidad.» Cierta monje se encerró en una tumba, y exclamaba sin cesar: «¡Oh eternidad, eternidad!...» «Quien cree en la eternidad—decía Santo Avila—y no se hace santo, debiera estar encerrado en la casa de locos.»

ORACIÓN

¡Ah Dios mío, ten piedad de mí!... Sabía que pecando me condenaba yo mismo al dolor eterno, y aún así, quise oponerme a tu voluntad santísima... ¿Y por qué?... Por un miserable placer... Perdóname, Señor, que yo me arrepiento de todo corazón. No me rebelaré nunca más contra tu santa voluntad. ¡Desdichado de mí si me hubieras enviado la muerte en esos días de mi mala vida! Ya estaría en el infierno aborreciendo tu voluntad. Pero ahora la amo, y quiero amarla siempre. Enséñame y ayúdame a cumplir de ahora en adelante tu divino deseo (Sal. 142,10).

No voy a contradecirte nunca más, ¡oh Bondad infinita!; antes bien, te dirigiré solamente esta súplica: «Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo.» Haz que cumpla perfectamente tu voluntad, y nada más pediré. ¿Pues qué otra cosa quieres, Dios mío, sino mi bien y mi salvación?

¡ Ah Padre Eterno! Escúchame por amor de Jesucristo, que me enseña lo que tengo que pedirte, como en su nombre te lo pido: «¡Hágase tu voluntad!...» ¡Oh seré dichoso si paso la vida que me queda y muero haciendo tu santa voluntad!....

¡ Oh María, bienaventurada Virgen, que hiciste siempre la voluntad de Dios con toda perfección, ayúdame a que yo cumpla hasta el fin de mi vida!

PUNTO 3

«Irá el hombre a la casa de su eternidad», dice el Profeta (Ecl, 12, 5). «Irá», para hacer notar que cada persona va a ir a la casa que quiera. No le llevarán, sino que irá por su propia y libre voluntad. Ciertamente es que Dios quiere que nos salvemos todos llendo a su casa, pero no quiere salvarnos a la fuerza. Puso ante nosotros la vida y la muerte, y la que nosotros eligamos es la que se nos dará (Ecl, 15, 18).

Dice también Jeremías (Jer., 21, 8) que el Señor nos ha dado dos vías para caminar: una es la de la gloria, otra la del infierno. A nosotros nos toca escoger. Pues el que se empeña en andar por la senda del infierno, ¿cómo podrá llegar a la gloria?

Es de admirar que, aunque todos los pecadores quieran salvarse, ellos mismos se condenan al infierno, diciendo: Espero salvarme. «Pero ¿quién habrá tan loco—dice San Agustín—que quiera tomar un veneno mortal con la esperanza de curarse?... Y es justo esto, cuántos cristianos, cuántos locos se dan, pecando, a sí mismos la muerte, y dicen: «Luego pensaré en el remedio...» ¡Oh error deplorable, que a tantos ha enviado al infierno!

No seamos nosotros de estos dementes; consideremos que se trata de la eternidad. Si tanto trabajo se toma el hombre para procurarse una casa cómoda en esta tierra, en buen sitio y con habitaciones grandes, como si tuviera seguridad de que la va a habitar toda su vida, ¿por qué se muestra tan descuidado cuando se trata de la casa en que va a estar eternamente?, dice San Euquerio.

No se trata de una casa más o menos cómoda o espaciosa, sino de vivir en un lugar lleno de delicias, entre los amigos de Dios, o en una cárcel colmada de tormentos, entre la turba infame de los malvados, herejes e idólatras... ¿Por cuánto tiempo?... No por veinte ni por cuarenta años, sino por toda la eternidad. ¡Gran negocio, sin duda! No algo que sucederá una sola vez como ir de visita donde un amigo, sino de suma importancia.

Cuando Santo Tomás Moro fue condenado a muerte por Enrique

VIII, su esposa, Luisa, procuró persuadirle que consintiera en lo que el rey quería. Pero Santo Tomás Moro le respondió: «Dime, Luisa; ya ves que soy viejo, ¿cuánto tiempo podré vivir aún?» «Podrás vivir veinte años más todavía», dijo la esposa. «¡Oh, mal negocio entonces!—exclamó Tomás—. ¿Por veinte años de vida en la tierra quieres que pierda una eternidad de dicha y que me condene a la desventura eterna?»

¡Oh Dios, ilumínanos! Si la doctrina de la eternidad fuera un invento, si hubieran dudas de su validez, una opinión solamente probable, aún así todavía debiéramos procurar con empeño vivir bien para no arriesgarnos, si esa opinión fuera verdad, a ser eternamente infelices. Pero esta doctrina no es un invento, sino es cierta; no es una mera opinión, sino una verdad de fe: «Irá el hombre a la casa de la eternidad...» (Ecl., 12, 5).

«¡Oh, que la falta de fe—dice Santa Teresa—es la causa de tantos pecados y de que tantos cristianos se condenen!... Reavivemos, pues, nuestra fe, diciendo: ¡Creo en la vida eterna!» Creo que después de esta vida hay otra, que no acaba jamás.

Y con este pensamiento siempre a la vista, acudamos a los medios conocidos para asegurar la salvación. Frecuentemos los sacramentos, hagamos meditación diaria, pensemos en nuestra eterna salvación y huyamos de las ocasiones peligrosas. Y si fuera preciso apartarnos del mundo, dejémoslo, porque ninguna precaución está de más para asegurarnos la salvación eterna. «No hay seguridad que sea excesiva donde se arriesga la eternidad», dice San Bernardo.

ORACIÓN

No hay, pues, ¡oh Dios mío!, término medio: o ser para siempre feliz, o para siempre desdichado; o he de verme en un mar de venturas, o en un lago de tormentos; contigo en la gloria, o eternamente en el infierno, apartado de Ti; sé con seguridad que muchas veces merecí ese infierno, pero también sé con certeza que perdonas al que se arrepiente y libras de la eterna condenación al que en Ti espera. Tú lo dijiste: «*Clamará a Mi...*, y

Yo le libraré y glorificaré» (Sal. 90, 15).

Perdóname, pues, Señor mío, y líbrame del infierno. Me duele el alma, ¡oh Bien Supremo!, por todas las cosas que hice y que te ofendieron. Devuélveme pronto tu gracia y concédeme tu santo amor. Si ahora estuviera en el infierno, no podría amarte, sino que te odiaría eternamente... Pero ¿qué mal me has hecho para que yo te odiase?... Me amaste hasta el extremo de morir por mí, y eres el único digno de infinito amor. ¡Oh Señor!, no permitas que me aparte de Ti; te amo, y quiero amarte siempre. «¿Quién me separará del amor de Cristo?» (Ro., 8, 35). «¡ Ah Jesús mío, sólo el pecado puede apartarme de Ti! No lo permitas, por la Sangre que por mi bien derramaste.» Dame antes la muerte...

¡ Oh Reina y Madre mía! Ayúdame con tus oraciones; alcánzame la muerte, mil muertes, antes que me separe del amor de tu divino Hijo.

15. Malicia del pecado

Hijos crié y engrandecí; pero ellos me despreciaron.

Is., 1. 4.

PUNTO 1

¿Qué hace quien comete un pecado mortal?... Injuria a Dios, le deshonra y, más aún, llena a su Padre de amargura.

Primero, el pecado mortal es una ofensa grave que se hace a Dios. La malicia de una ofensa, como dice Santo Tomás, se aprecia prestando atención a la persona que la recibe y a la persona que la hace.

Una ofensa hecha a otra persona es, sin duda, un mal; pero es delito mayor si esa otra persona tiene un cargo de alta dignidad como podría ser un juez, un policía, un médico, y muchísimo más grave si es un rey, un príncipe, o un presidente... ¿Y quién es Dios? Es el Rey de los reyes (Ap., 17, 14). Dios es la Majestad infinita, respecto de la cual todos los príncipes de la tierra y todos los Santos y ángeles del Cielo son menores que un grano de arena (Is., 40, 15). Ante la grandeza de Dios, todas las criaturas son como si no fuesen (Is., 40, 17). Eso es Dios...

Y el hombre, ¿qué es?... Responde San Bernardo: Saco de gusanos, manjar de gusanos, que muy pronto nos devorarán. El hombre es un miserable, que nada puede; un ciego, que no sabe ver nada; pobre y desnudo, que nada tiene (Ap., 3, 17). ¿Y este mísero gusanillo se atreve a injuriar a Dios?—dice el mismo San Bernardo—. Con razón, entonces, afirma el Angélico Doctor que el pecado del hombre contiene una malicia casi infinita.

Por eso, San Agustín llama al pecado un mal infinito. Si todos los hombres y todos los ángeles se ofrecieran a morir, y aún a aniquilarse y dejar de existir, no podrían satisfacer el perdón de Dios de un solo pecado. Dios castiga el pecado mortal con las penas terribles del infierno; pero, así y todo, ese castigo es, como dicen todos los teólogos, menor que la pena con que tal pecado debiera castigarse. Y, en verdad, ¿qué pena bastará para castigar como merece a un gusano que se rebela contra su Señor? Sólo Dios es Señor de todo, porque es Creador de todas las cosas (Es., 13, 9). Por eso, todas las criaturas le obedecen. «Le obedecen incluso los vientos y los mares» (Mt., 8, 27). *El fuego, el granizo, la nieve y el hielo... ejecutan sus*

órdenes (Sal. 148, 8). Pero el hombre, al pecar, ¿qué hace sino decir a Dios: Señor, no quiero servirte?

El Señor le dice: «No te vengues», y el hombre responde: «Quiero vengarme.» «No tomes los bienes del prójimo», y el hombre sigue deseando apoderarse de ellos. «Abstente del placer impuro», y el hombre no se decide aún a privarse de él. El pecador dice a Dios lo que decía el impío Faraón cuando Moisés le dijo la orden divina de que diese libertad al pueblo de Israel... Aquel Faraón temerario respondió: ¿Quién es el Señor para que yo obedezca su voz?... «No conozco al Señor» (Ex., 5, 2). Pues lo mismo dice el pecador: Señor, no te conozco; por eso quiero hacer lo que me plazca.

En suma: ante Dios mismo le pierde el respeto y se aparta de Él, que esto es propiamente el pecado mortal: la acción con que el hombre se aleja de Dios. De esto se lamenta el Señor, diciendo: Ingrato fuiste, «tú me has abandonado»; Yo jamás me hubiera apartado de ti; «tú te has vuelto atrás».

Dios declaró que aborrecía el pecado; de manera que no puede menos que aborrecer al que lo comete (Sb., 14, 9). Y el hombre, al pecar, se atreve a declararse enemigo de Dios y a combatir frente a frente contra Él. Pues ¿qué dirías si vieses a una hormiga que quisiera pelear con un soldado?...

Dios es aquel omnipotente Señor que con sólo desearlo creó de la nada el Cielo y la tierra (2 Mac., 7, 28). Y si quisiera, con solo una señal suya, podría aniquilarlo todo. Y el pecador, cuando consiente en el pecado, levanta la mano contra Dios, y «con cuello erguido», es decir, con soberbia, corre a ofender a Dios; se arma de gruesa cerviz (Jb., 15, 25) (término que simboliza ignorancia), y exclama: «¿Qué tan malo es el pecado que hice?... Dios es bueno y perdona a los pecadores...» ¡Qué injuria!, ¡qué temeridad!, ¡qué ceguedad tan grande!

ORACIÓN

¡Aquí estoy, Dios mío! A tus pies está el rebelde temerario que tantas veces en tu presencia se atrevió a perderte el respeto y a huir de Ti; pero ahora imploro tu piedad. Tú, Señor, dijiste: Clama a Mí y te oiré. Reconozco que el infierno es poco castigo para mí;

pero sabes, Señor, que tengo mayor dolor de haberte ofendido, ¡oh Bondad infinita!, que si hubiese perdido todos mis bienes y aún la misma vida.

Perdóname, Señor, y no permitas que vuelva a ofenderte. Me has esperado, a fin de que te ame y que bendiga para siempre tu misericordia. Yo te amo y bendigo, y espero que por los merecimientos de mi Señor Jesucristo jamás abandonaré tu amor. Este amor tuyo me libró del infierno. El me librá del pecado en lo que me queda de vida en esta tierra.

Mil gracias te doy porque ahora entiendo esta verdad y por el deseo que me das de amarte siempre. Toma, pues, posesión de todo mi ser, alma, cuerpo, pertenencias, sentidos, voluntad y libertad. Tuyo soy, sálvame (Sal., 118, 94). Tú, que eres el único bien, el único amable, Tú eres mi amor. Dame una fé viva para amarte, porque ya te ofendí demasiado, y no me puede bastar el amor barato y vulgar, sino que deseo amarte mucho para reparar las ofensas que te hice. De Ti y con tu ayuda, que eres omnipotente, espero lograrlo...

También, ¡oh María!, lo espero de tus oraciones, que son omnipotentes para con Dios.

PUNTO 2

El pecador no sólo ofende a Dios, sino que le deshonra (Ro., 2, 23). Porque, renunciando a la divina gracia por un miserable placer, menosprecia y hiere la amistad de Dios. Si el hombre perdiese esta soberana amistad por ganar un reino, y aún por todo el mundo, haría, sin embargo, un



inmenso mal, pues la amistad de Dios vale más que el mundo y que mil mundos.

Pero ¿por qué se ofende a Dios? (Sal., 10, 13). Por un puñado de tierra, por un ataque de ira, por un brutal placer, por humo, por capricho (Ez., 13, 19). Apenas el pecador comienza a deliberar consigo mismo si hará o no el pecado, entonces, por decirlo así, toma en sus manos la balanza y se pone a considerar qué cosa pesa más, si la gracia de Dios de permanecer sin pecado, o la ira de Dios, el humo, el placer... Y cuando luego da el consentimiento al pecado, declara que para él vale más aquel humo o aquel placer que la divina amistad de Dios. Fíjate, pues, como Dios queda menospreciado por su hijo pecador.

David, considerando la grandeza y majestad de Dios, exclamaba (Sal. 34, 10): «Señor, ¿quién es semejante a Ti?» Pero Dios, al contrario, viéndose comparado por los pecadores a una satisfacción ligera y temporal, les dice (Is., 40, 25): «¿A quién me asemejas e igualas?» «¿De manera que—exclama el Señor—aquel placer vale más que mi gracia?»

No habrías pecado si al pecar debieras haber perdido una mano. No pecarías si por cada pecado tuvieras que pagar el sueldo de un mes. Y un mes es menos, mucho menos que la eternidad. De modo, dice Salviano, que Dios es tan malo a tus ojos, que merece le produzcas un ataque de cólera, a cambio de un mísero deleite.

Además, cuando el pecador, por disfrutar cualquier placer suyo, ofende a Dios, hace que tal placer se convierta en su dios, porque en aquél placer pone el objeto de su vida. Así, dice San Jerónimo: «Lo que alguien desea, si lo venera es para él un dios».

Todo vicio en el corazón, es un ídolo en el altar. Por lo mismo, dice Santo Tomás: «Si amas los deleites, éstos son tu dios.» Y San Cipriano: «Todo cuanto el hombre antepone a Dios lo convierte en su dios.»

Cuando Jeroboán se rebeló contra el Señor, procuró llevar consigo el pueblo a la idolatría, y le presentó sus ídolos, diciendo (1 R., 12,

28): «Aquí tienes, Israel, a tus dioses.» Así procede el demonio: ofrece al pecador los placeres, y le dice: «¿Qué quieres hacer de Dios?... Ve aquí al tuyo; esta pasión, este deleite. Acéptalo y abandona a Dios.» Y si el pecador consiente, eso mismo hace: adora en su corazón el placer como a dios. « Vicio en el corazón, es ídolo en altar.»

¡Y si a lo menos los pecadores no deshonrasen a Dios en presencia de Él mismo!... Pero no; le injurian y deshonran cara a cara, porque Dios está presente en todo lugar (Ser., 23, 24). El pecador lo sabe. ¡Y con todo, se atreve a provocar al Señor en la misma presencia divina! (Is., 65, 3).

ORACIÓN

Tú eres, pues, Señor, el Bien infinito, y te he cambiado muchas veces por un vil deleite, que desaparece apenas gozado. Pero Tú, aunque tanto te desprecié, me ofreces ahora el perdón, si quiero aceptarlo, y prometes recibirme en tu gracia si me arrepiento de haberte ofendido. Sí, Señor mío, me arrepiento con todo mi corazón de tantas ofensas y aborrezco mis pecados más que cualquier mal que me pueda pasar. Ahora vuelvo a Ti, y espero que me recibirás y abrazarás como a un hijo. Mil gracias te doy, ¡oh infinita Bondad!

Ayúdame, Señor, y no permitas que te aleje nuevamente de mí. No dejará el infierno de ofrecernos tentaciones; pero Tú eres más poderoso que él. Y bien sé que no me apartaré jamás de Ti si a Ti siempre me encomiendo.

Esa es la gracia que te pido: que siempre me encomiende a Ti y te ruegue como ahora, diciendo: Señor, ayúdame, dame luz, fuerza, perseverancia... Dame la gloria y, sobre todo, concédeme tu amor, que es la verdadera gloria del alma. Te amo, Bondad infinita, y quiero amarte siempre. Oyeme, por el amor de Cristo Jesús... ¡Oh María, refugio de los pecadores, socorre a un pecador que quiere amar a Dios!

PUNTO 3

El pecador injuria, deshonra a Dios y, además, por su parte, llena a

Dios de amargura, pues no hay amargura más dolorosa que la de verse pagado con ingratitud por una persona amada y favorecida en extremo. ¿Y por qué se atreve el pecador?... Ofende a un Dios que le creó y le amó tanto, que dio por su amor la Sangre y la vida. Y el hombre le arroja de su corazón al cometer un pecado mortal. Dios habita en el alma que le ama. «Si alguno me ama..., mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn., 14, 23). Pon atención en la expresión haremos morada. Dios viene a esa alma y en ella fija su mansión: de suerte que no la deja, a no ser que el alma le arroje de sí. «No abandona si no es abandonado», como dice el Concilio de Trento. Y puesto que Tú sabes, Señor, que aquel ingrato ha de arrojarte de sí, ¿por qué no le dejas desde el principio? Abandónalo, déjalo antes de que él te haga esa gran ofensa... No, dice el Señor; no quiero dejarlo, sino esperar a que él mismo me despida.

De manera que, apenas el alma consiente en el pecado, dice a su Dios (Jb., 21, 14): Señor, apártate de mí. No lo dice con palabras, sino con hechos, como advierte San Gregorio. El pecador sabe que Dios no puede vivir con el pecado. Bien sabe que si peca Dios tiene que apartarse de él. De modo que, en rigor, le dice: Ya que no puedes estar con mi pecado y tienes que alejarte de mí, vete cuando te plazca.

Y al despedir a Dios del alma hace que en seguida entre el enemigo a tomar posesión de ella. Por la misma puerta por donde sale Dios entra el demonio. «Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran dentro y moran allí» (Mt., 12, 45).

Cuando se bautiza a un niño, el sacerdote exorciza al enemigo diciéndole: «Sal de aquí, espíritu inmundo, y da lugar al Espíritu Santo»; porque aquella alma del bautizado, al recibir la gracia, se convierte en templo de Dios (1 Co., 3, 16). Pero cuando el hombre consiente en pecar, efectúa precisamente lo contrario, diciendo a Dios, que estaba en su alma: «Sal de aquí, Señor, y da lugar al demonio.»

De esto se lamentaba el Señor con Santa Brígida cuando le dijo que, al despedirle el pecador, procedía como si quitase al rey su propio

trono: «Soy como un Rey arrojado de su propio reino; y en mi lugar se elige a un pésimo ladrón.»

¿Qué pena no sentirías si recibieras una ofensa grave de alguien a quien le haces muchos favores? Pues esa misma pena causas a Dios, que llegó hasta dar su vida por salvarte. Clama el Señor a la tierra y al Cielo para que le compadezcan por la ingratitud con que le tratan los pecadores: «Escucha, ¡oh Cielos!, y tú, ¡oh tierra!, escucha. .. Hijos creé y engrandecí. .., pero ellos me despreciaron» (Is., 1, 2). En suma, los pecadores afligen con sus pecados al Corazón del Señor... (Is., 63, 10).

Dios no puede sentir dolor; pero—como dice el Padre Medina;—si fuese posible que lo sintiera, sólo un pecado mortal bastaría para hacerlo morir, por la infinita pesadumbre que le causaría. Así, pues, afirma San Bernardo, «el pecado, por cuanto en sí es, da muerte a Dios».

De manera que los pecadores, al cometer un pecado mortal, hieren, por decirlo así, a su Señor, y nada omiten para quitarle la vida, si pudieran. Y según dice San Pablo (He., 10, 29), pisotean al Hijo de Dios, y desprecian todo lo que Jesucristo hizo y padeció para quitar el pecado del mundo.

ORACIÓN

¿Redentor mío, ahora entiendo que cada vez que pequé te arrojé de mi alma y puse por obra todo lo que bastara para darte muerte si pudieras morir? Oigo, Señor, que me dices: «¿Qué te hice o en qué te lastimé, para que tanto dolor me hayas causado?...» ¿Me preguntas, Señor, qué mal me has hecho?... Me diste el ser, y has muerto por mí: ¡tal es el mal que hiciste!... ¿Qué he de responderte?... Te digo, Señor, que merezco mil veces el infierno, y que muy justamente pudieras mandarme a él.

Pero acuérdate de aquel amor que te hizo morir por mí en la cruz; acuérdate de la Sangre que por mi amor derramaste, y ten compasión de mí... Pero ya entiendo, Señor: no quieres que desespere, y me dices que estás a la puerta de mi corazón (de este corazón que te arrojé de sí) y que llamas con tus inspiraciones para entrar en él, pidiéndome que te abra... (Ap., 3, 20; Cant., 5,2), Sí, Jesús mío; yo me aparto del pecado; estoy lleno de dolor por

haberte ofendido y te amo más que a todas las cosas. Entra, amor mío; abierta tienes la puerta; entra, y no te apartes jamás de mí. Abrásame con tu amor, y no permitas que de Ti vuelva a separarme... No, Dios mío, nunca volvamos a separarnos. Te abrazo y estrecho a mi corazón... Dame Tú la santa perseverancia... .
¡María, Madre mía, socórreme siempre, ruega por mi a Jesús y ayúdame a que jamás pierda yo su santa gracia!

16. Misericordia de Dios

La misericordia triunfa sobre el juicio. Santiago, 2, 13.

PUNTO 1

La bondad es comunicativa por naturaleza; porque tiende a compartir sus bienes con los demás. Dios, que por su naturaleza es la bondad infinita, siente vivo deseo de comunicarnos su felicidad, y por eso tiende más a la misericordia que al castigo. «Castigar—dice Isaías—es algo ajeno a las inclinaciones de la divina voluntad.» «Se enojará para hacer Su obra (o venganza), obra que es ajena de El, obra que es extraña a Él» (Is., 28, 21). Y cuando el Señor castiga en esta vida es para ser misericordioso en la otra (Sal. 59, 3). Se muestra enojado con el fin de que nos enmendemos y aborrezcamos el pecado (Sal. 5). Y si nos castiga es porque nos ama, para librarnos de la eterna pena (Sal. 6).

¿Quién podrá admirar y alabar suficientemente la misericordia con que Dios trata a los pecadores, esperándolos, llamándolos, acogiéndolos cuando vuelven a Él?... Y ante todo, ¡qué gracia más valiosa nos concede Dios al esperar nuestra penitencia!...

Cuando le ofendiste, hermano mío, el Señor podía enviarte la muerte, y, sin embargo, te esperó; y en vez de castigarte, te llenó de bienes y te conservó la vida con su paternal providencia. Hacía como si no viera tus pecados, a fin de que te convirtieras (Sb., 11, 24).

¿Y cómo, Señor, Tú, que no puedes ver un solo pecador, viste tantos pecados en mí y callabas? ¿Lo mismo miras a otros pecadores y callas, como aquel deshonesto, aquel vengativo, a ese blasfemo, cuyos pecados se aumentan de día en día, y no los castigas? ¿Por qué tanta paciencia?... Dios espera al pecador a fin de que se arrepienta, para poder de ese modo perdonarle y salvarle (Is., 30, 18).

Dice Santo Tomás que todas las criaturas, el fuego, el agua, la tierra, el aire, por instinto natural se aprestan a castigar al pecador por las ofensas que al Creador hace; pero Dios, por su misericordia, las

detiene.... Tú, Señor, aguardas al pecador para que se enmiende; pero ¿no ves que el ingrato se vale de tu piedad para ofenderte? (Is., 26, 15). ¿Por qué tienes tanta paciencia?... Porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y se salve (Ez., 33, 11).

¡Oh paciencia de Dios! Dice San Agustín que si Dios no fuese Dios, parecería injusto, al ver que tiene demasiada paciencia con los pecadores. Porque espera que se valga el hombre de aquella paciencia para pecar más, se diría que es en cierto modo una injusticia contra el honor divino. «Nosotros pecamos—sigue diciendo el mismo Santo—, nos entregamos al pecado (algunos firman paces con el pecado, duermen unidos a él meses y años enteros), nos regocijamos del pecado (pues no pocos incluso se glorían de sus delitos comentándolos con orgullo ante sus amigos), ¿y Tú Señor estás callado?... Nosotros te provocamos la ira, y Tú persites en la misericordia.» Parece que combatimos con Dios un juego de quién es más porfiado; nosotros, tratando que nos castigue; Él, invitándonos al perdón.

ORACIÓN

¡Ah Señor y Dios mío! Reconozco que soy digno de estar en el infierno (Jb., 17, 13). Pero por tu misericordia no me hallo en él, sino postrado a tus pies, y conozco tu mandamiento con el que me mandas que te ame. «¡Ama al Señor tu Dios!» (Mat. 22, 37).

Me dices que quieres perdonarme si me arrepiento de las ofensas que te he hecho...

Sí, Dios mío; ya que deseas que te ame, aunque soy un vil rebelde contra tu majestad soberana, te amo con todo mi corazón, y me duele haberte ofendido, me duele más que cualquier otra cosa mala que me pudiera haber pasado. Ilumíname, pues, ¡oh Bondad infinita!, y dame a conocer la horrenda malicia de mis culpas. No; no resistiré más a tu voz, ni volveré a injuriar a un Dios que tanto me ama, y que tantas veces y con tanto amor me has perdonado... ¡Ah, si nunca te hubiera ofendido, Jesús de mi alma! Perdóname y haz que de hoy en adelante a nadie ame más que a Ti, que sólo viva para Ti, que moriste por mí, y que sólo por tu amor padezca, ya que por mí tanto padeciste.

Eternamente me has amado, concédeme que por toda la eternidad arda yo en tu amor. Todo lo espero, ¡oh Salvador mío!, de tus infinitos merecimientos.

En Ti confío, Virgen Santísima, pues con tu intercesión me has de salvar.

PUNTO 2

Consideramos, además, la misericordia de Dios cuando llama al pecador a arrepentirse...

Se rebeló Adán contra Dios, y se ocultó después. Pero el Señor, que veía perdido a Adán, iba buscándole, y casi sollozando le llamaba: «Adán, ¿dónde estás?...» (Gn., 3, 9). «Palabras de un padre—dice el P. Pereira— que busca al hijo que ha perdido.»



Lo mismo ha hecho Dios contigo muchas veces, hermano mío. Huías de Dios, y Dios te buscaba. Dios te buscaba al darte ideas e inspiraciones, esas ganas tremendas que tienes a veces de hacer algo y no sabes por qué. Dios te buscaba al darte remordimientos de conciencia. Dios te buscaba al darte problemas, deseando que le rezaras. Dios te buscaba luego de que morían tus familiares y amigos, deseando que meditaras. Dios te buscaba mostrándote personas santas y sus ejemplos, deseando que tú también lo seas. Dios, tu Padre.

No parece sino que, hablando de ti, exclamara Jesucristo: «Casi perdí la voz, hijo mío, a fuerza de llamarte» (Sal. 68, 4). «Pecador—dice Santa Teresa— piensa que ese que te llama ahora es el mismo Señor que un día te va a juzgar.»

¿Cuántas veces, cristiano, te mostraste sordo con el Dios que te

llamaba? Merecías que no te llamara más. Pero tu Dios no deja de buscarte, porque quiere que estés en paz con Él, para que te salves... ¿Quién es el que te llama? Un Dios de infinita majestad. ¿Y qué eres tú sino un gusano miserable y vil?...

¿Y para qué te llama? No más que para restituirte la vida de la gracia, que tú habías perdido. Conviértete y vive (Ez., 18, 32). Con el fin de recuperar la gracia divina, poco haría cualquier persona, incluso si en su esfuerzo se fuera a vivir por toda su vida en el desierto. Pero Dios te ofrecía darte de nuevo su gracia en un momento, y tú la rechazaste. Y a pesar de todo, Dios no te ha abandonado, sino que se acerca a ti y te busca solícito, y lamentándose te dice: «¿Por qué, hijo mío, quieres condenarte» (Ez., 18, 31).

Siempre que el hombre comete un pecado mortal, arroja de su alma a Dios. Pero el Señor ¿qué hace?... Llega a la puerta de aquel ingrato, y clama (Ap., 3, 20); pide al alma que le deje entrar (Cant., 5, 2), y ruega hasta cansarse (Serm., 15, 6). Sí, dice San Dionisio Areopagita; Dios, como amante despreciado, busca al pecador y le suplica que no se pierda. Y eso mismo manifestó San Pablo (2 Co., 5, 20) cuando escribía a sus discípulos: «Te rogamos, por Cristo, que te reconcilies con Dios.»

Bellísima es la consideración que sobre este texto hace San Juan Crisóstomo: «El mismo Cristo te ruega... ¿Y qué te ruega? Que te reconcilies con Dios. De manera que Él no es enemigo tuyo, sino tú de Él.»

Con lo cual manifiesta el Santo que no es el pecador quien ha de esforzarse en conseguir que Dios se mueva a reconciliarse con él, sino que basta con que se decida a aceptar la amistad divina, puesto que es él y no Dios quien se niega a hacer la paz.

¡Ah! Este Señor demasiado bondadoso se acerca sin cesar a los innumerables pecadores y les va diciendo: «¡Ingratos! No huyas de Mí... ¿Por qué huyes? Dímelo. Yo deseo tu bien, y sólo procuro hacerte feliz... ¿Por qué quieres perderte?» ¿Y Tú, Señor, qué es lo

que haces? ¿Por qué tanta paciencia y tanto amor hacia estos rebeldes? ¿Qué servicio esperas de ellos? ¿Qué honra buscas mostrándote tan apasionado de estos viles gusanos de la tierra que huyen de Ti? «¿Qué cosa es el hombre para que le engrandezcas humillándote Tú?... O ¿por qué pones tu Corazón sobre él?» (Jb., 7, 17).

ORACIÓN

Aquí tienes, Señor, me arrodillo para besar la planta de tus pies, soy un ingrato que te pide misericordia: Padre mío, perdóname. Te llamo Padre, porque Tú quieres que te llame así. No merezco compasión, porque mientras más bondadoso eres conmigo, yo soy más ingrato contigo.

Por esa misma bondad que te movió, Dios mío, a no desampararme cuando yo huía de Ti, recíbeme ahora que a Ti vuelvo. Dame, Jesús mío, dolor por las ofensas que te hice, y con ese dolor dame tu beso de paz.

Me arrepiento, sobre todo, de las ofensas que te hice, y las detesto y abomino, uniendo este aborrecimiento al que sentiste Tú, ¡oh Redentor mío!, en el huerto de Getsemaní. Perdóname, pues, por los merecimientos de la preciosa Sangre que por mí en aquel huerto derramaste al sudar sangre, y yo te ofrezco resueltamente nunca más apartarme de Ti y arrojar de mi corazón todo afecto que no sea para Ti.

Jesús, amor mío, te amo sobre todas las cosas, quiero amarte siempre y no amar a nadie más como te amo a Ti. Pero dame, Señor, fuerza para lograrlo. Hazme entero tuyo.

¡ Oh María, mi esperanza, Madre de misericordia, compadécete de mí y ruega por mí a Dios!

PUNTO 3

A veces los príncipes de la tierra se desdennan de mirar a los vasallos que acuden a implorar perdón. Pero no sucede así cuando le pedimos perdón a Dios. «No te esconderá su rostro si acudes a Él arrepentido» (2 C., 30, 9). No; Dios no oculta su rostro a los que se convierten. Antes bien, Él mismo los invita y les promete recibirlos apenas lleguen... (Jer., 3, 1; Zac., 1, 3).

¡Oh, con cuánto amor y ternura abraza Dios al pecador que vuelve a Él! Claramente nos lo enseñó Jesucristo con la parábola del Buen Pastor (Lc., 15, 5), que, *hallando la ovejuela perdida, la pone amorosamente sobre sus hombros*, y convida a sus amigos para que con Él se alegren (Lc., 15, 6). Y San Lucas añade (Lc., 15, 7): «Habrà gozo en el Cielo por un pecador que hiciere penitencia.» Lo mismo significó el Redentor con la parábola del Hijo pródigo, cuando declaró que Él es aquel padre que, al ver que regresa el hijo perdido, sale a su encuentro, y antes que le hable, le abraza y le besa, y ni aún con esas tiernas caricias puede expresar el consuelo que siente (Ez., 18, 21-22).

Incluso el Señor llega a asegurar que, si el pecador se arrepiente, Él se olvidará de los pecados, como si jamás esa persona le hubiera ofendido. No repara en decir «Ven y acusame—dice el Señor (Is., 1, 18; Ez, 18, 21-22)—; si fueran tus pecados como la semilla oscura de la grana, serán emblanquecidos como nieve; o sea: «Vengan, pecadores, y si no los perdono, repréndanme y tratenme de infiel...» Pero no, que Dios no sabe despreciar un corazón que se humilla y se arrepiente (Sal. 50, 19).

El Señor se llena de Gloria al usar de misericordia, perdonando a los pecadores (Is., 30, 18). ¿Y cuándo perdona?... Al instante (Is., 30, 19). Pecador, dice el Profeta, no tendrás que llorar mucho. En cuanto derrames la primera lágrima, el Señor tendrá piedad de ti (Is., 30, 19).

No procede Dios con nosotros como nosotros con Él. Dios nos llama, y nosotros no queremos oír. Dios, no. Apenas nos arrepintamos, y le pedimos perdón, el Señor nos responde y perdona.

ORACIÓN

¡Oh Dios mío! ¿Contra quién me he atrevido a forcejear?... Contra Ti, Señor, que eres la bondad misma, y me has creado y has

muerto por mí, y me has conservado, a pesar de mis repetidas traiciones...

La sola consideración de la paciencia con que me has tratado debiera bastar para que mi corazón viviera siempre ardiendo en tu amor. ¿Quién hubiera podido sufrir las ofensas que te hice, como las sufriste Tú? ¡Desdichado de mí si volviera a ofenderte y me condenara. ¡Esa misericordia con que me favoreciste sería para mí, ¡oh Dios!, un infierno más intolerable que el infierno mismo.

No, Redentor mío; no permitas que vuelva a separarme de Ti.

Antes morir... Veo que tu misericordia ya no puede sufrir mi maldad. Pero me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de haberte ofendido; te amo con todo mi corazón y propongo entregarte por completo la vida que me resta...

Oyeme, Eterno Padre, y por los merecimientos de Jesucristo concédeme la santa perseverancia y tu santo amor. Oyeme, Jesús mío, por la Sangre que derramaste por mí.

¡Oh María!, Madre mía, vuelve a mí tus ojos misericordiosos y úneme enteramente a Dios.

17. Abuso de la divina misericordia

¿No sabes que Dios es benigno y te convida a penitencia?

Ro., 2, 4.

PUNTO 1

Refiérase en la parábola de la cizaña que, habiendo crecido en un campo esa mala hierba mezclada con el buen grano, querían los criados ir a arrancarla. Pero el amo les replicó: «Déjenla crecer: después la arrancaremos para echarla al fuego» (Mi., 13, 29, 30). Se infiere de esta parábola, por una parte, la paciencia de Dios para con los pecadores, y por otra, su rigor con los porfiados.

Dice San Agustín que el enemigo engaña de dos maneras a los hombres: «Con desesperación y con esperanza.» Cuando el pecador ha pecado ya, le mueve a desesperarse por el temor de la divina justicia; pero antes de pecar le anima a que caiga en tentación por la esperanza de la divina misericordia. Por eso el Santo nos amonesta diciendo que debe ser al revés: «Después del pecado ten esperanza en la misericordia; antes del pecado teme la justicia divina.» Y así es, en efecto. Porque no merece la misericordia de Dios el que se sirve de ella para ofenderle. La misericordia se usa con quien teme a Dios, no con quien la utiliza para no temerle. El que ofende a la justicia—dice el Abulense—, puede acudir a la misericordia; pero el que ofende a la misericordia, ¿a quién acudirá?

Difícilmente se hallará un pecador tan desesperado que quiera expresamente condenarse. Los pecadores quieren pecar, pero sin perder la esperanza de salvación. Pecan, y dicen: Dios es la bondad misma; aunque peque ahora, yo me confesaré más adelante, le pediré perdón y el Señor me lo concederá. Así piensan los pecadores, dice San Agustín. Pero, ¡oh Dios mío!, así pensaron muchos que ya están condenados porque nunca se arrepintieron con el corazón.

«No digas—exclama el Señor—la misericordia de Dios es grande: mis innumerables pecados, *con un acto de contrición* me serán perdonados» (Ecl., 5, 6). No hables así—nos dice el Señor—. ¿Y por qué? «Porque su ira está tan pronta como su misericordia; y su ira mira a los pecadores» (Ecl., 5, 7).

La misericordia de Dios es infinita; pero los sufrimientos y el dolor que por ellos causó a Dios no son infinitos. Dios es clemente, pero

también justo. «Soy justo y misericordioso;—dijo el Señor a Santa Brígida—, y sin embargo los pecadores sólo creen en mi misericordia y no en mi justicia.» «Los pecadores—escribe San Basilio—no quieren ver más que la mitad.» «Bueno es el Señor; pero, además, es justo. No debemos considerar únicamente una mitad de Dios.»

Sufrir por esas personas que se sirven de la bondad de Dios para más ofenderle—decía el Santo Avila—, sería injusticia más que misericordia. La clemencia fue ofrecida al que teme a Dios, no a quien abusa de ella. A los porfiados los amansa la justicia, porque, como dice San Agustín, la verdad de Dios resplandece aún en sus amenazas.

«Cuidate—dice San Juan Crisóstomo—cuando el demonio (no Dios) te promete la misericordia divina con el fin de que peques.» «¡Ay de aquel—añade San Agustín—que para pecar cuenta con la esperanza!...(Sal. 144). ¡A cuántos ha engañado y perdido esa ilusión!. ¡Desdichado del que abusa de la piedad de Dios para ofenderle más!... Lucifer—como afirma San Bernardo— fué castigado por Dios con una rapidez asombrosa, porque al rebelarse esperaba que no recibiría castigo.

El rey Manases pecó; luego se convirtió, y Dios le perdonó. Pero para Amón, su hijo, que, viendo cuan fácil había conseguido el perdón su padre, llevó mala vida con esperanza de ser también perdonado, no hubo misericordia. Por esa causa—dice San Juan Crisóstomo—se condenó Judas, porque se atrevió a pecar confiado en la benignidad de Jesucristo.

En suma: si Dios espera con paciencia, no espera siempre. Pues si el Señor siempre nos tolerase, nadie se condenaría; pero la opinión más común es que la mayor parte de los cristianos adultos se condena. «Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él» (Mt., 7, 13).

Quien ofende a Dios, fiado en la esperanza de ser perdonado, «se burla de Dios en vez de ser un penitente»—dice San Agustín—. Por otra parte, nos afirma San Pablo que «Dios no puede ser burlado» (Ga., 6, 7). No se puede ir a la gloria después de burlarse de Dios y ofenderle siempre que quisiéramos. Quien siembra pecados no puede esperar otra cosa que el eterno castigo del infierno (Gal., 6, 8).

La red con que el demonio arrastra a casi todos los cristianos que se condenan es, sin duda, ese engaño con que los seduce diciéndoles:

Peca libremente, que a pesar de todo ello te vas a salvar. Pero el Señor maldice al que peca esperando perdón.

La esperanza después del pecado, cuando el pecador de veras se arrepiente, es grata a Dios; pero la esperanza de los porfiados le es abominable (Jb., 11, 20). Una esperanza semejante tiene aquel pecador que recibe en esta vida el castigo de Dios, así como sentiría el siervo que ofendiese a su señor, precisamente porque éste es bondadoso y amable es que lo castiga.

ORACIÓN

¡Ah Dios mío! ¡Mira cómo soy uno de los que te han ofendido porque eras bueno con ellos!... ¡ Oh Señor!, espérame un poco más. No me abandones todavía, que yo espero, con el auxilio de tu gracia, no provocarte más a que me dejes.

Me arrepiento, ¡oh Bondad infinita!, de haberte ofendido y de haber abusado tanto de tu paciencia. Te doy gracias porque hasta ahora me has tolerado; y de hoy en adelante no volveré a ser, como he sido, un miserable traidor. Te amo sobre todas las cosas; aprecio tu gracia más que a todos los reinos del mundo, y antes que perderla preferiría perder mil veces la vida.

Dios mío, por amor de Jesucristo, concédeme, con tu santo amor, el don de la perseverancia hasta la muerte. No permitas que de nuevo te haga traición ni deje de amarte.

Y Tú, Virgen Marta, en quien espero siempre, ayúdame a obtener la perseverancia final, y nada más pido.

PUNTO 2

Dirá, quizá, alguno:

«Puesto que Dios ha tenido tanta clemencia conmigo en el pasado, espero que la tendrá también en el



futuro.» Pero yo respondo: «Y por haber sido Dios tan misericordioso contigo, ¿quieres volver a ofenderle?» «¿De ese modo—dice San Pablo—desprecias la bondad y paciencia de Dios? ¿Ignoras que si el Señor ha sufrido hasta ahora por ti no ha sido para que sigas ofendiéndole, sino para que sientas dolor del mal que hiciste?» (Ro., 2, 4). Y aún cuando tú, fiado en la divina misericordia, no temas abusar de ella, el Señor te la quitará. «Si ustedes no se convierten, tensará su arco y lo preparará (Sal. 7, 13). *Mía es la venganza, y Yo les daré el pago a su tiempo* (Dt., 32, 35). Dios espera con paciencia; pero cuando llega la hora de la justicia, no espera más y castiga.

Aguarda Dios al pecador a fin de que se enmiende (Is., 30, 18); pero al ver que el tiempo concedido para llorar los pecados sólo sirve para que los acreciente, se vale de ese mismo tiempo para ejercitar la justicia (Lm., 1, 15). De manera que el tiempo concedido por misericordia para arrepentirse, será en parte utilizado para que el castigo sea más riguroso y el abandono más inmediato. «*Hemos entregado medicinas a Babilonia y no ha sanado. Abandonémosla*» (Jer., 51, 9).

¿Y cómo nos abandona Dios? Ya sea le envía la muerte al pecador, que así muere sin arrepentirse, o bien le quita las gracias abundantes que le había regalado anteriormente (fe, esperanza, caridad) y no le deja más que la gracia mínima, con la cual, si bien podría el pecador salvarse, no se salvará. Porfiada la mente, endurecido el corazón, dominado por malos hábitos, la salvación será moralmente imposible; y así seguirá viviendo esta personalmente, moralmente abandonado de Dios. «*Le quitará su cerca, y será talada...*» (Is., 5, 5).

¡Oh, qué castigo! Triste señal es si el dueño de una viña rompe el cercado y deja que en la viña entren los que quisieran, hombres y ganados: es una prueba de que la abandona. Así, Dios, cuando deja abandonada un alma, le quita el cerco del temor, de los remordimientos de conciencia, la deja sumida en

tinieblas, y luego penetran en ella todos los monstruos del vicio (Sal. 103, 20). Y el pecador, abandonado en esa oscuridad, lo desprecia todo: desprecia la gracia divina, desprecia la gloria de Dios, desprecia los avisos de Dios, desprecia los consejos de los amigos, y desprecia la excomunión recibida de la Iglesia; y finalmente se burlará de su propia condenación tratándola como algo sin importancia (Pr., 18, 3).

Le dejará Dios en esta vida sin castigarle, y en esto consistirá su mayor castigo. «Apiadémonos del pecador...; no aprenderá (jamás) justicia» (Is. 26, 10). Refiriéndose a ese pasaje, dice San Bernardo: «No quiero esa misericordia, más terrible que cualquier ira».

Terrible castigo es que Dios deje al pecador en sus pecados y, al parecer, no le pida cuenta de ellos (Sal. 10, 4). Se diría que no se indigna contra él (Ez., 16, 42) y que le permite alcanzar cuanto de este mundo desea (Sal. 80, 13).

¡Desdichados los pecadores que prosperan en la vida mortal! ¡Señal es de que Dios espera a ejercitar en ellos su justicia en la vida eterna! Pregunta Jeremías (Jer., 12, 1): «¿Por qué el camino de los pecadores va en prosperidad?» Y responde en seguida (Jer., 12, 3): «Congrégalos como el rebaño para el matadero.»

No hay, pues, mayor castigo que el de que Dios permita al pecador añadir pecados a pecados, según lo que dice David (Sal. 68, 28-29): «Ponles maldad sobre maldad. .. Borrados sean del libro de los vivos»; acerca de lo cual dice San Belarmino: «No hay castigo tan grande como que el pecado sea pena del pecado.» Mejor hubiera sido para esta persona infeliz que cuando cometió el primer pecado el Señor le hubiera hecho morir; porque atrasando su muerte para después, padecerá tantos infiernos como pecados hubiera cometido.

ORACIÓN

Bien veo, Dios mío, que en este miserable estado he merecido que me privases de tus luces y gracias. Pero por la inspiración que me

das, y oyendo que me llamas a penitencia, reconozco que todavía no me has abandonado. Y puesto que todavía me cuidas, acrecienta, Señor mío, tu piedad en mi alma, aumenta tu divina luz y el deseo de amarte y servirte.

Transfórmame, ¡oh Dios mío!, y de traidor y rebelde que fui, hazme un fervoroso amante de tu bondad, a fin de que llegue para mí el venturoso día en que vaya al Cielo para alabar eternamente tus misericordias. Tú, Señor, quieres perdonarme, y yo sólo deseo que me otorgues tu perdón y tu amor.

Me duele, ¡oh Bondad infinita!, el haberte ofendido tanto.

Te amo, ¡oh Sumo Bien!, porque así lo mandas y porque eres digno de todo el amor que pueda dar. Haz, pues, Redentor mío, que te ame este pecador tan amado tuyo, y que con tal paciencia haz esperado. Todo lo espero de tu piedad inefable. Confío en que te amaré siempre de aquí en adelante, hasta la muerte y por toda la eternidad (Sal. 83, 3), y que tu clemencia, Jesús mío, será objeto perdurable de mis alabanzas.

Siempre también alabaré, ¡oh María!, tu misericordia, por las gracias innumerables que me has alcanzado. A tu intercesión las debo. Sigue, Señora mía, ayudándome y alcánzame la santa perseverancia.

PUNTO 3

En la Vida del Padre Luis de Lanuza se cuenta la siguiente historia. Cierta día dos amigos estaban paseando juntos en Palermo, y uno de ellos, llamado César, que era actor de teatro, notando que el otro se mostraba demasiado pensativo, le dijo: «Apostaría a que has ido a confesarte, y por eso estás tan preocupado... Yo no quiero hacer caso a esas cosas... Un día yo me fui a confesar y me dijo el Padre Lanuza que Dios me daba doce años de vida y que si en ese plazo no me enmendaba tendría mala suerte en mi muerte. Desde entonces he viajado por muchas partes del mundo; he padecido varias enfermedades, y en una de ellas estuve a punto de morir... Pero en este mes, cuando van a terminar los famosos doce años, me hallo mejor que nunca...». Y luego invitó a su amigo a que fuera, el

sábado que venía, a ver el estreno de una obra que el mismo César había compuesto... Y en aquel sábado, que fue el 24 de noviembre, cuando César se disponía a salir a escena, le dió de improviso una congestión y murió repentinamente en brazos de una actriz. Así acabó la obra.

Pues bien, hermano mío; cuando la tentación del enemigo te mueva a pecar otra vez, si quieres condenarte puedes libremente cometer el pecado; pero no digas que deseas tu salvación. Mientras quieras pecar, date por condenado, e imagina que Dios decreta su sentencia, diciendo: «¿Qué más puedo hacer por ti, ingrato, de lo que ya hice?» (Is., 5. 4). Y ya que quieres condenarte, condénate, pues... tuya es la culpa.

Preguntarás, acaso, que en ¿dónde está ese modo de misericordia de Dios?... ¡Ah, desdichado! ¿No te parece misericordia que Dios ya haya sufrido tanto tiempo con tantos pecados? Debieras hecharte en el piso ante Él y con el rostro en tierra debieras estar dándole gracias y diciendo: «*Misericordia del Señor es que no hayamos sido consumidos*» (Lm., 3, 22).

Al cometer un solo pecado mortal incurriste en delito mayor que si hubieras pisoteado al soberano más importante del mundo. Y tantos pecados has cometido que si esas ofensas de Dios las hubieses hecho contra un hermano tuyo, tú hermano ya hace mucho te hubiera abandonado... Pero Dios no sólo te ha esperado, sino que te ha llamado muchas veces y te ha ofrecido el perdón. *¿Qué más debía hacer?* (Is., 5, 4).

Si Dios tuviese necesidad de ti, o si le hubieses honrado con grandes servicios, ¿podría haberse mostrado más clemente contigo? Así, pues, si de nuevo volvieras a ofenderle, harías que su divina misericordia se convirtiera en indignación y castigo.

Si aquella higuera hallada sin frutos por su dueño no los hubiera dado tampoco después del año de plazo concedido para cultivarla, ¿quién osaría esperar que se le diera más tiempo y no fuera cortada? Escucha, pues, lo que dice San Agustín: «¡Oh árbol sin frutos!,

postergaron el golpe de la hoz. ¡Pero no te creas seguro, porque serás cortado! Fue aplazada la pena—expresa el Santo—, pero no suprimida. Si abusas más de la divina misericordia, el castigo te alcanzará: serás cortado.»

¿Esperas a que el mismo Dios te envíe al infierno? Pues si te envía, ya lo sabes, jamás habrá remedio para ti. El Señor suele callar, pero no por siempre. Cuando llega la hora de la justicia, rompe el silencio. Esto *hiciste y callé. Injustamente creíste que sería tal como tú. Te daré razones y te pondré ante tu propio rostro* (Sal. 49, 21). Te pondrá ante los ojos los actos de misericordia divina, y hará que ellos mismos te juzguen y condenen.

ORACIÓN

¡Ah Dios mío! Desventurado de mí si, después de haber recibido la luz que ahora me das, volviera a ser infiel traicionándote. Esas luces, señales son de que deseas perdonarme. Me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de todas las ofensas que hice a tu infinita bondad. Por tu preciosa Sangre espero obtener el perdón. Pero si de nuevo me apartara de Ti, reconozco que merecería un infierno creado especialmente para mí.

Tiemblo, Dios de mi alma, por la posibilidad de volver a perder tu gracia. Porque muchas veces he prometido serte fiel, y luego nuevamente me he rebelado contra Ti... No lo permitas, Señor; no me abandones en esa inmensa desgracia de verme otra vez convertido en un enemigo tuyo. Dame otro castigo; pero ése, no. «No permitas que me aparte de Ti.»

Si ves que estoy a punto de ofenderte, haz que antes pierda la vida. Acepto la muerte más dolorosa antes que llorar la desdicha de verme privado de tu gracia. No permitas me separe de Ti. Lo repito, Dios mío, y haz que lo repita siempre: «No permitas que me separe de Ti. Te amo, amado Redentor mío, y no quiero separarme de Ti.» Concédeme, por los merecimientos de tu muerte, un amor tan fervoroso que contigo me una estrechamente y jamás pueda alejarme de Ti.

¡Oh Virgen María!, con tu intercesión ayúdame a alcanzar la santa perseverancia y el amor a Cristo Jesús.

18. Del número de los pecados

Porque la sentencia no es dada de inmediato contra los malos, los hijos de los hombres cometen males sin temor alguno.

ecl., 8, 2.

PUNTO 1

Si Dios castigara inmediatamente a quien le ofendiera, no se vería, sin duda, tan ofendido como se ve. Pero porque el Señor no suele castigar en seguida, sino que espera benignamente, los pecadores se dan ánimos para ofenderle aún más.

Es necesario que entendamos que Dios espera y es demasiado paciente, pero no para siempre; y que es opinión de muchos Santos Padres (de San Basilio, San Jerónimo, San Ambrosio, San Cirilo de Alejandría, San Juan Crisóstomo, San Agustín y otros) que, así como Dios tiene determinado para cada hombre el número de días que ha de vivir y los dones de salud y de talento que va a otorgarle (Sb., 11, 21), así también tiene contado y fijo el número de pecados que le va a perdonar. Y una vez completo ese número, ya no perdona más, dice San Agustín. Lo mismo afirman Eusebio de Cesárea y los otros Padres antes nombrados.

Y no hablaron sin fundamento estos Padres, sino basados en la divina Escritura. Dice el Señor en uno de sus textos (Gn., 15, 16), que dilataba la ruina de los amorreos (del pueblo bíblico de Amorreo) porque aún no estaba completo el número de sus culpas. En otro lugar dice (Os., 1, 6): «No tendré en lo sucesivo misericordia de Israel. Me han tentado ya por diez veces. No verán la tierra» (Nm., 14, 22-23). Y en el libro de Job se lee: «Tienes selladas como en un saquito mis culpas» (Jb., 14, 17).

Los pecadores no llevan cuenta de sus delitos, pero Dios sabe llevarla para castigar cuando está ya granada la mies, es decir, cuando está completo el número de pecados» (Jl., 3, 13). En otro pasaje leemos (Ecl., 5, 5): «Del pecado perdonado no quieras estar sin miedo, ni añadas pecado sobre pecado.» O sea: preciso es, pecador, que tiembles aún de los pecados que ya te perdoné; porque si añades otro, podrá ser que éste con aquéllos completen el número, y entonces no habrá misericordia para ti. Y, más

claramente, en otra parte, dice la Escritura (2 Mac., 6, 14): «El Señor sufre con paciencia (a las naciones) para castigarlas en el colmo de los pecados, cuando llegue el día del juicio.» De manera que Dios espera el día en que se colme la medida de los pecados, y después castiga.

De estos castigos hallamos en la Escritura muchos ejemplos, especialmente el de Saúl, que, por haber vuelto a desobedecer al Señor, Dios le abandonó de tal modo que cuando Saúl, rogando a Samuel que por él intercediera, le decía (1 S., 15, 25): «Te ruego que sobrellevés mi pecado y vuelvas conmigo para que adore al Señor.» Samuel le respondió (1 S., 15, 26): «No volveré contigo, porque has desechado la palabra del Señor, y el Señor te ha desechado a tí.»

Tenemos también el ejemplo del rey Baltasar, que estaba en un festín profanando los vasos del Templo, vió una mano que escribía en la pared: Mane, Thecel, Phares. Llegó el profeta Daniel y explicó así tales palabras (Dn., 5, 27): «Has sido pesado en la balanza y has sido hallado con falta», dándole a entender que el peso de sus pecados había inclinado hacia el castigo la balanza de la divina justicia; y, en efecto, Baltasar murió esa misma noche (Dn., 5, 30).

¡Y a cuántos desdichados sucede lo mismo! Viven muchos años en pecado; pero apenas se completa el número, los arrebató la muerte y van a los infiernos (Jb., 21, 13).

Mucha gente dedica tiempo a investigar el número de estrellas que existen, el número de ángeles del Cielo, y de los años de vida de los hombres; pero ¿quién puede averiguar el número de pecados que Dios querrá perdonarles?...

Tengamos, pues, un temor saludable. ¿Quién sabe, hermano mío, si después del primer deleite ilícito, o del primer mal pensamiento consentido, o nuevo pecado que cometas, Dios te perdonará más?

ORACIÓN

¡Ah Dios mío! Te doy gracias con fervor. ¡Cuántas almas hay que, por menos pecados que los míos, están ahora en el infierno, y yo todavía vivo fuera de aquella cárcel eterna, y con la esperanza de alcanzar, si quiero, perdón y gloria!... Sí, Dios mío; deseo ser perdonado. Me arrepiento de todo corazón de haberte ofendido, porque ofendí tu infinita bondad.

Mira, Eterno Padre, a tu divino Hijo muerto en la cruz por mí (Sal. 83, 10), y por sus merecimientos ten misericordia de mi alma. Propongo antes morir que ofenderte más.

Debo temer, sin duda, que si después de los pecados que he cometido y de las gracias que me has otorgado, añado una nueva culpa, se colmaría la medida que Dios me otorgó y sería condenado justamente... Ayúdame, pues, con tu gracia, que de Ti espero luces y fuerzas para serte fiel. Y si vieras que voy a volver a ofenderte, envíame la muerte antes que pierda tu gracia. Te amo, Dios mío, por sobre todas las cosas, y me da más miedo apartarme nuevamente de Tí, que morir ahora mismo. No lo permitas, por piedad...

María, Madre mía, ayúdame a alcanzar la santa perseverancia.

PUNTO 2

Dirá tal vez el pecador que Dios es Dios de misericordia... ¿Quién lo niega?... La misericordia del Señor es infinita; pero a pesar de ella, ¿cuántas almas se condenan cada día? Dios cura al que tiene buena voluntad (Is., 61, 1). Perdona los



pecados, pero no puede perdonar la voluntad de pecar... Replicará el pecador que aún es harto joven... ¿Eres joven?... Dios no cuenta los años, cuenta las culpas.

Y esta medida de pecados no es igual para todos. A uno perdona Dios cien pecados; a otro, mil; y a otro, al segundo pecado se verá en el infierno. ¡Y a cuántos condenó en el primer pecado!

Refiere San Gregorio que un niño de cinco años, por haber dicho una blasfemia, fue enviado al infierno. Y según la Virgen Santísima reveló a la bienaventurada Benedicta de Florencia, una niña de doce años por su primer pecado fue condenada. Otro niño de ocho años

de edad también en el primer pecado murió y se condenó. En el Evangelio de San Mateo (21, 19) leemos que el Señor, la primera vez que halló a la higuera sin fruto, la maldijo, y el árbol quedó seco. En otro lugar dijo el Señor (Am., 1, 3): «Por tres maldades de Damasco, y por la cuarta no la convertiré» (no le revocaré los castigos que le tengo decretados).

Un pecador temerario quizá quiera pedir razones de por qué Dios perdona a tal pecador tres culpas y no cuatro. Aquí es preciso amar a Dios sin preguntas, amando los juicios de Dios y decir con el Apóstol (Ro., 11, 33): «¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Cuan incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!» Y con San Agustín: «Él sabe a quién va a perdonar y a quién no. A los que se concede misericordia, gratuitamente se les concede, y a los que se les niega, con justicia les es negada.»

Replicará el alma obstinada que, como ha ofendido a Dios tantas veces, y Dios le ha perdonado, espera que aún le perdonará un nuevo pecado... Pero porque Dios no le ha castigado hasta ahora, ¿va a actuar de esta forma? Se llenará la medida de la paciencia de Dios y vendrá el castigo.

Cuando Sansón continuaba enamorado de Dalila, esperaba librarse de los filisteos, como ya le había sucedido una vez (Judc., 16); pero en esta última ocasión fue tomado preso y ahí perdió la vida. «No digas—exclamaba el Señor (Ecl., 5, 4)—pequé, ¿y después de pecar no me sucedió nada?... Porque el Altísimo, aunque sufrido, da lo que merecemos»; o lo que es lo mismo: que llegará un día en que todo lo pagaremos, y mientras mayor haya sido la misericordia, tanto más grave será la pena.

Dice San Juan Crisóstomo que más de temer es cuando Dios es obstinado en su sufrimiento, que cuando nos da un castigo inmediato. Porque, como escribe San Gregorio, todos aquellos a quienes Dios espera con más paciencia, son después, si perseveran en su ingratitud, castigados más rigurosamente; y a menudo acontece, añade el Santo, que los que fueron tolerados por Dios durante mucho tiempo, mueren de repente sin tiempo de

convertirse.

Especialmente, mientras mayores sean las luces que Dios te haya dado, tanto mayores serán tu ceguera y obstinación en el pecado, si no hicieras a tiempo penitencia. «Porque mejor les era---dice San Pedro (II, P., 2, 21)—no haber conocido el camino de la justicia, que después del conocimiento volver las espaldas». Y San Pablo dice (He., 6, 4) que es (moralmente) imposible que un alma ilustrada con celestes luces si reincide en pecar, se convierta de nuevo.

Terribles son las palabras del Señor contra los que no quieren oír su llamado: «Porque te llamé y dijiste que no... Yo también me reiré en tu muerte y te escarneceré» (Pr., 1, 24-26).

Nótese que las palabras yo también significan que, así como el pecador se ha burlado de Dios confesándose, formando propósitos y no cumpliéndolos nunca, así el Señor se burlará de él en la hora de la muerte.

El Sabio dice además (Pr., 26, 11): «Como perro que vuelve a su vómito, así el imprudente que repite su necedad.» Dionisio el Cartujo desenvuelve este pensamiento, y dice que tan abominable y asqueroso como el perro que devora lo que arrojó de si, se hace odioso a Dios el pecador que vuelve a cometer los pecados de que se arrepintió en el sacramento de la Penitencia.

ORACIÓN

Aquí estoy, Señor, a tus pies. Yo soy como el perro sucio y asqueroso, pues tantas veces volví a deleitarme con lo que antes había aborrecido. No merezco perdón. Redentor mío. Pero la Sangre preciosa que por mí derramaste me alienta y me obliga a esperar tu perdón...

¡Cuántas veces te ofendí, y Tú me perdonaste! Prometí no volver a ofenderte, y al poco tiempo de nuevo volví a caer, ¡y Tú otra vez me concedes perdón! ¿Qué espero, pues? ¿Que me envíes al

infierno, o que me abandones a mis pecados, castigo mayor que el mismo infierno? No, Dios mío; quiero enmendarme, y para serte fiel pongo en Ti toda mi esperanza y resuelvo acudir en seguida y siempre a Ti cuando me vea bombardeado de tentaciones.

En el pasado me confié en mis promesas y propósitos, y olvidé el encomendarme a Ti en la tentación. Eso fue mi fracaso. Pero de hoy en adelante Tú serás mi esperanza, mi fortaleza, y así lo podré todo (Fil., 4, 13).

Dame, pues, ¡oh Jesús mío!, por tus méritos, la gracia de encomendarme siempre a Ti, y de pedir tu auxilio en todas mis necesidades.

Te amo, ¡oh Sumo Bien!, con un amor más grande que el que pueda haber soñado, te amo sobre todas las cosas y personas, y sólo a Ti amaré si Tú me ayudas en ello.

Y Tú también, ¡oh María, Madre nuestra!, ayúdame con tu intercesión; ampárame bajo tu manto, haz que te invoque siempre en la tentación, y tu nombre dulcísimo será mi defensa.

PUNTO 3

«Hijo, ¿pecaste? No vuelvas a pecar otra vez; mas ruega por las culpas antiguas, que te sean perdonadas» (Ecl., 21, 1). Ve lo que te advierte, ¡oh cristiano!, Nuestro Señor, porque desea salvarte. «No me ofendas, hijo, nuevamente, y pide en adelante perdón de tus pecados.»

Y cuando más hayas ofendido a Dios, hermano mío, tanto más debes temer la reincidencia en ofenderle; porque tal vez otro nuevo pecado que cometes hará caer la balanza de la justicia divina, y serás condenado. No digo absolutamente, porque no lo sé, que no haya perdón para ti si cometes otro pecado; pero afirmo que eso sí es una posibilidad que puede ocurrir.

De manera que, cuando sientas la tentación, debes decirte: ¿Quién sabe si Dios no me perdonará más y me condenaré? Dime, por tu vida: ¿te comerías un manjar si pensaras que es posible que esté podrido y hasta quizás envenenado? Si estás en una ciudad donde sabes donde asaltan los ladrones y sabes que usan cuchillos en sus atracos, ¿pasarías por allí pudiendo caminar por otra calle aunque

te demores 10 minutos más? Pues por lo mismo ¿qué certidumbre ni qué probabilidad puedes tener de que volviendo a pecar sentirás luego verdadera contrición y no volverás a tener esa culpa aborrecible? Incluso si nuevamente vas a pecar ¿no te hará Dios morir en el acto mismo del pecado, o te abandonará después?

¡Oh Dios, qué ceguera! Al comprar una casa, haces todo lo posible para ser prudente tomando las precauciones necesarias para no perder tu dinero. Cuando vas a usar de alguna medicina, procuras estar seguro de que no te puede dañar, consultas con tu médico o farmacólogo, y hasta lees en la etiqueta los efectos secundarios. Al cruzar un río, ¿cruzarías con miedo por un puente en mal estado, construido hace ya muchos años y a punto de derrumbarse?, mejor sería buscarse otro puente cercano.

Y así es como, por un vil placer, por un deleite brutal, arriesgas tu eterna salvación, diciendo: ya me confesaré de eso. Pero yo te pregunto: ¿Y cuándo te confesarás? —El domingo. —¿Y quién te asegura que vivirás hasta el domingo? —Mañana mismo. —¿Y cómo puedes estar tan seguro de poder confesarte mañana, cuando ni siquiera sabes si tendrás una hora más de vida?

«¿Tienes un día—dice San Agustín—cuando no tienes una hora?» Dios—sigue diciendo el Santo—promete perdonar al que se arrepiente, pero no promete el día de mañana al que le ha ofendido. Si ahora pecas, tal vez Dios te dará tiempo de hacer penitencia, o tal vez no. Y si no te lo da, ¿qué será de ti eternamente? Y, sin embargo, por un mísero placer pierdes tu alma y la pones en peligro de quedar perdida por toda la eternidad. ¿Le pondrías precio a esa satisfacción, cuánto estarías dispuesto a pagar, todos tus ahorros? Digo incluso más: ¿lo darías todo, todo tu dinero, tu casa, tus años de carrera en la empresa y el poder que has logrado, darías tu libertad y tu vida, por un breve gusto ilícito? Seguramente, no. Y así y todo, por ese mismo deleznable placer quieres en un punto dar por perdidos para ti a Dios, el alma y la gloria.

Dime, entonces: estas cosas que enseña la fe, ¿son verdades

altísimas o no es más que solo cuentos el que haya gloria, infierno y eternidad? ¿Crees que si la muerte te sorprende en pecado estarás para siempre perdido?... ¡Qué temeridad, qué locura condenarte tú mismo a penas insoportables con la vana esperanza de remediarlo luego! «Nadie quiere enfermarse intencionalmente con la esperanza de curarse luego», dice San Agustín. ¿No tendríamos por loco a quien juegue con una serpiente venenosa, diciendo: quizá con un remedio me salve? ¿Y tú quieres la condenación eterna, fiado en que tal vez luego puedas librarte de ella?...

¡Oh locura terrible, que tantas almas ha llevado y lleva al infierno, según la amenaza del Señor! «Pecaste confiando temerariamente en la divina misericordia; de improviso vendrá al castigo sobre ti, sin que sepas de dónde viene» (Is., 47, 10-11).

ORACIÓN

Mira, Señor, a uno de esos locos que tantas veces ha perdido el alma y tu gracia con la esperanza de recuperarla después. Y si me hubieras enviado la muerte en aquel instante en que pequé, ¿qué hubiera sido de mí? Agradezco con todo mi corazón tu paciencia en esperarme y en darme a conocer mi locura. Sé que quieres salvarme, y yo me quiero salvar.

Me duele el alma, ¡oh Bondad infinita!, por haberme apartado de Ti tantas veces. Te amo fervorosamente, y espero, ¡oh Jesús!, que, por los merecimientos de tu preciosa Sangre, no recaeré en tal demencia. Perdóname, Señor, y acógeme en tu gracia, que no quiero separarme de Ti.

Así espero, Redentor mío, no sufrir ya la desdicha y confusión de verme otra vez privado de tu amor y gracia. Concédeme la santa perseverancia, y haz que siempre te la pida, especialmente en las tentaciones, invocando tu sagrado nombre, o el de tu Santísima Madre; «¡Jesús mío, ayúdame!... ¡María, Madre nuestra, ampárame!...»

Sí, Reina y Señora mía; acudo a Ti y nunca seré vencido. Y si persiste la tentación, haz Madre mía, que persista yo en invocarte.

19. Del inefable bien de la gracia divina y del gran mal de la enemistad con Dios

No comprende el hombre su precio. Job, 28, 13.

PUNTO 1

Dice el Señor que quien sabe apartar lo que es precioso de lo que es dañino es semejante a Dios, que sabe desechar el mal y escoger el bien (Jer., 15, 19).

Veamos qué tan inmensamente bueno es contar con la gracia divina, y qué mal inmensamente malo es la enemistad con Dios. No conocen los hombres el valor de la gracia divina (Jb., 28, 13). De aquí que la cambien por tonterías, por humo que desaparece, por un poco de tierra, por un deleite irracional. Y, sin embargo, la gracia divina es un tesoro de infinito valor que nos hace dignos de la amistad de Dios (Sb., 7, 14): de manera que el alma que está en gracia es amiga del Señor.

Los no creyentes en Cristo, privados de la luz de la fe, creen que es imposible que una criatura pueda tener amistad con Dios; y hablando según el dictamen de su corazón, no se equivocan, porque la amistad—como dice San Jerónimo—hace iguales a los amigos. Pero Dios ha declarado en varios lugares que por medio de su gracia podemos hacernos amigos suyos si observamos y cumplimos su ley (Jn., 15, 14). Por lo que exclama San Gregorio: «¡Oh bondad de Dios! No merecemos ni aún ser llamados siervos suyos, y Él se digna llamarnos sus amigos.»

¡Cuán afortunado se cree el que tuviera la dicha de ser amigo de su rey! Refiere San Agustín que habían dos cortesanos en un monasterio, uno de ellos comenzó a leer la vida de San Antonio Abad, y conforme leía se le iba desasiendo el corazón de toda estima por las cosas mundanas de tal modo, que habló así a su compañero: «Amigo, ¿qué es lo que buscamos?... Sirviendo al emperador, lo más que podremos pretender es el conseguir su amistad. Y aunque si lográramos eso que ya sería muy difícil, expondríamos a grave peligro la eterna salvación. Muy difícilmente lograríamos ser amigos

del César. Pero si quiero ser amigo de Dios, ahora mismo puedo serlo.»

La persona que está en gracia, amigo del Señor es. Y aún mucho más porque se hace hijo de Dios (Sal. 81, 6). Tal es la inefable dicha que nos alcanzó el divino amor por medio de Jesucristo. *Considera cuál caridad nos ha dado el Padre queriendo que tengamos nombre de hijos de Dios y lo seamos* (1 Jn., 3, 1).

El alma que está en gracia es también esposa del Señor. Por eso el padre del hijo pródigo, al acogerlo y recibirlo de nuevo, le dió el anillo en señal de matrimonio (Lc., 15, 22).

Esa alma venturosa es, además, templo del Espíritu Santo. Sor María de Ogues vió salir a un demonio del cuerpo de un niño que recibía el bautismo, y notó que entraba en el nuevo cristiano el Espíritu Santo rodeado de ángeles.

ORACIÓN

¡Oh Dios mío! Cuando mi alma, por dicha suya, estaba en tu gracia, era tu templo y amiga, hija y esposa tuya. Pero al pecar lo perdió todo, y fue tu enemiga y esclava del infierno. Con profunda gratitud veo, Dios mío, que me das tiempo de recuperar tu gracia, me arrepiento de haber ofendido a tu infinita bondad, y te amo sobre todas las cosas. Recíbeme, pues, de nuevo en tu amistad, y por piedad, no me apartes de Ti. Sé muy bien que merezco verme abandonado, pero mi Señor Jesucristo, por el sacrificio que de Sí mismo se hizo en el Calvario, merece que al verme arrepentido me acojas otra vez.

Padre mío (que así me enseñó a llamarte tu divino Hijo), reina en mí con tu gracia, y haz que sólo a Ti sirva, sólo a Ti ame y por Ti viva. No permitas que me venzan los enemigos que me combatan. Líbrame del infierno y antes líbrame del pecado, único mal que puede condenarme.

¡ Oh María, ruega por mí y líbrame del mal horrible de verme en pecado sin la gracia de nuestro Dios!

PUNTO 2

Dice Santo Tomás de Aquino que el don de la gracia excede a todos los dones que una criatura puede recibir, puesto que la gracia es participación de la misma naturaleza divina. Y antes había dicho San Pedro: «Para que por ella sean participantes de la divina naturaleza.» ¡Tanto es lo que por su Pasión mereció nuestro Señor Jesucristo! Él nos comunicó en cierto modo el esplendor que de Dios había recibido (Jn., 17, 22); de manera que el alma que está en gracia se une con Dios íntimamente (1 Co., 6, 17), y como dijo el Redentor (Jn., 14, 33), en ella viene a habitar la Trinidad Santísima.



Tan hermosa es un alma en estado de gracia, que el Señor se complace en ella y la elogia amorosamente (Cant., 4, 1): «¡Qué hermosa eres, amiga mía; qué hermosa!» Se diría que el Señor no sabe apartar sus ojos de un alma que le ama, ni sabe dejar de oír cuanto le pida (Sal. 33, 16). Decía Santa Brígida que nadie podría ver la hermosura de un alma en gracia sin que muriese de gozo. Y

Santa Catalina de Sena, al contemplar un alma en estado tan feliz, dijo que preferiría dar su vida antes que aquella alma pudiera perder tanta belleza. Por eso la Santa besaba la tierra por donde pasaban los sacerdotes, considerando que por medio de ellos recuperaban las almas la gracia de Dios.

¡Y qué tesoro de merecimientos puede adquirir un alma en estado de gracia! En cada instante tiene merecida la gloria; pues, como dice Santo Tomás, cada acto de amor hecho por tales almas merece la vida eterna. ¿Por qué envidiar, pues, a los poderosos de la tierra? Si estamos en gracia de Dios podemos continuamente conquistar grandezas celestiales mayores que todo lo terrenal.

Un hermano de la Compañía de Jesús, según cuenta el P. Patrignani en su Menologio, se apareció después de su muerte y reveló que se había salvado, así como Felipe II, rey de España, y que ambos gozaban ya de la gloria eterna; pero que mientras él había sido menos en el mundo comparado con el rey, así mismo más alto era su lugar en el Cielo.

Sólo el que la disfruta puede entender cuán suave es la paz de que goza, aún en este mundo, un alma que está en gracia (Sal. 33, 9). Así lo confirman las palabras del Señor (Sal. 118, 165): «Mucha paz para los que aman tu ley.» La paz que nace de esa unión con Dios excede a todos los placeres pueden dar los sentidos en el mundo (Fil., 4, 7).

ORACIÓN

¡Oh Jesús mío! Tú eres el Buen Pastor que se dejó crucificar por dar la vida a sus ovejas. Cuando yo huía de Ti me buscabas con amoroso apuro. Acógeme ahora que te busco y vuelvo arrepentido a tus pies. Concédeme de nuevo tu gracia, que míseramente perdí por mi culpa. Al considerar que tantas veces me he apartado de Ti, quisiera morir de dolor, y de todo corazón me arrepiento. Perdóname, por la muerte dolorosa que para mi bien sufriste en la cruz. Atame con las suaves cadenas de tu amor, y no consientas

que otra vez huya de Ti. Dame ánimo para sufrir con paciencia cuantas cruces me envíes, ya que merecí las penas eternas del infierno, y haz que abrace con amor los desprecios que reciba de los hombres, puesto que he merecido ser eternamente despreciado por los demonios. Haz, en resumen, que obedezca en todo las inspiraciones que me das, y venza todos los humanos respetos por amor a Ti. Resuelto estoy a no servir más a nadie más que a Ti. Pidan los demás lo que quieran, yo solamente quiero amarte a Ti, Dios mío de Amor. Sólo a Ti deseo complacer. Ayúdame, Señor, que sin Ti nada puedo. Te amo, Jesús mío, con todo mi corazón, y confío en tu Sangre preciosa...
María, mi esperanza, ayúdame con tu intercesión. Y puesto que te dedicas a salvar a los pobres pecadores que recurren a Ti, yo me alegro de ser tu humilde siervo, socórreme y sálvame.

PUNTO 3

Consideremos ahora el infeliz estado de un alma que se halla en desgracia de Dios. Está apartada de su Centro, que es Dios (Is., 59, 2): de manera que ella ya no es de Dios, ni Dios es ya suyo (Os., 1, 9). Y no solamente no la mira como suya, sino que la aborrece y condena al infierno.

No detesta el Señor a ninguna de sus criaturas, ni a las fieras, ni a los reptiles, ni al más dañino insecto (Sb., 11, 25). Pero no puede dejar de aborrecer al pecador (Sal. 5, 7); porque siendo imposible que no odie al pecado, enemigo absoluto contrario a la voluntad divina, debe necesariamente aborrecer al pecador unido con la voluntad al pecado (Sb., 14, 9).

¡Oh Dios mío! Si alguno tiene por enemigo a un líder del mundo, apenas puede dormir tranquilo, temiendo a cada instante la muerte. Y el que sea enemigo de Dios, ¿cómo puede tener paz? De la ira de un rey se puede huir ocultándose o emigrando a algún otro lejano reino; pero ¿quién puede librarse de las manos de Dios? «Señor—decía David (Sal. 138, 8-10)—, si subo al Cielo, allí estás; si descendiendo al infierno, estás allí presente... Dondequiera que vaya, tu mano llegará hasta mí.»

¡Desventurados pecadores! Malditos son de Dios, malditos de los ángeles, malditos de los Santos, aún en la tierra malditos cada día por los sacerdotes y religiosos que, al recitar el Oficio divino, publican la maldición (Sal. 118, 21). Además, estar en desgracia de Dios lleva consigo la pérdida de todos los méritos.

Aunque hubiera merecido un hombre tanto como un San Pablo Eremita, que vivió noventa y ocho años en una cueva; tanto como un San Francisco Javier, que conquistó para Dios diez millones de almas; tanto como San Pablo, que alcanzó por sí solo, como dice San Jerónimo, más merecimientos que todos los demás Apóstoles, si uno de estos Santos cometiera un solo pecado mortal, lo perdería todo (Ez., 18, 24); ¡tan grande es la ruina que produce el incurrir en desgracia del Señor!

De hijo de Dios, el pecador pasa a ser esclavo de Satanás; de amigo predilecto se transforma en un enemigo odioso; de heredero de la gloria, ahora se ve condenado al infierno. Decía San Francisco de Sales que si los ángeles pudieran llorar, al ver la desdicha de un alma que cometiendo un pecado mortal pierde la gracia divina, los ángeles llorarían, compadecidos.

Pero la mayor desventura consiste, en que aunque los ángeles llorarían, si pudieran llorar, el pecador no llora. El que pierde una posesión, un caballo, una oveja—dice San Agustín—, no come, no descansa, gime y se lamenta. ¡Perderá acaso la gracia de Dios, y come y duerme y no se queja!

ORACIÓN

¡Mira, Redentor mío, el lamentable estado al que yo mismo me reduje! Tú, para hacerme digno de tu gracia, pasaste treinta y tres años de trabajos y dolores, y yo, en un instante, por un momento de envenenado placer, la he despreciado y perdido sin reparo. Mil gracias te doy por tu misericordia, porque me da tiempo de recuperar la gracia si de veras lo deseo.

Sí, Señor mío; quiero hacer cuanto pueda para reconquistarla. Dime qué debo hacer para alcanzar el perdón. ¿Quieres que me arrepienta? Pues sí, Jesús mío, me arrepiento de todo corazón de haber ofendido tu infinita bondad... ¿Quieres que te ame? Te amo

sobre todas las cosas. Mal empleé en la vida pasada mi corazón, amando las criaturas, las cosas materiales, la vanidad del mundo. De ahora en adelante viviré sólo para Ti, y a Ti nomás amaré Dios mío, mi tesoro, mi esperanza y mi fortaleza (Sal. 17, 2). Tus méritos, tus llagas sagradas, serán mi esperanza. De Ti espero la fuerza necesaria para serte fiel. Acógeme, pues, en tu gracia, ¡oh Salvador mío!, y no permitas que te abandone más otra vez. Desátame de los afectos mundanos e inflama mi corazón en tu santo amor.

María, Madre nuestra, haz que mi alma arda en amor de Dios, como arde la tuya eternamente.

20. Locura del pecador

La sabiduría de este mundo, locura es delante de Dios.

1 cor. 3, 19.

PUNTO 1

El Santo Maestro Juan de Avila decía que en el mundo debiera haber dos grandes cárceles: una para los que no tienen fe, y otra para los que, teniéndola, viven en pecado y alejados de Dios. A estos cristianos, añadía, más que cárcel les convendría la casa de locos. Pero la mayor desdicha de estos miserables consiste en que, con ser los más ciegos e insensatos del mundo, se tienen por sabios y prudentes. Y lo peor es que su número es grandísimo (Ecl., 1, 15).

Hay quien enloquece por los honores que recibe; otros, por los placeres; y varios más, por las tonterías de la tierra. Y más encima se atreven a tener por locos a los Santos, que menospreciaron los vanos bienes del mundo para conquistar la salvación eterna y el Sumo Bien, que es Dios. Estos cristianos llaman locura el abrazar los desprecios y perdonar las ofensas; locura el privarse de los placeres sensuales y preferir la mortificación; locura renunciar a los honores y riquezas y amar la soledad, la vida humilde y escondida. Pero no advierten que a esa su sabiduría mundana la llama Dios necedad (1 Co., 3, 19): «La sabiduría de este mundo locura es ante Dios.»

¡ Ah!... Algún día confesarán y reconocerán su demencia ...
¿Cuándo? Cuando ya no haya remedio posible y tengan que exclamar, desesperados: «¡Infelices de nosotros, que llamábamos locura la vida de los Santos! Ahora comprendemos que los locos fuimos nosotros. ¡Ellos ya están en el dichoso número de los hijos de Dios y comparten la suerte de los bienaventurados, que les durará eternamente y los hará por siempre felices. ..., mientras que nosotros somos esclavos del demonio y estamos condenados a arder en esta cárcel de tormentos por toda la eternidad!... ¡ Nos engañamos, pues, por haber querido cerrar los ojos a la luz divina (Sb., 5, 6), y nuestra mayor desventura es que el error no tiene ni tendrá remedio mientras Dios sea Dios! »
¡Qué inmensa locura es, por tanto, perder la gracia de Dios a cambio de un poco de humo que se desvanece rápido, o de un breve deleite

sensual!... ¿Qué no hace un empleado para alcanzar la gracia de su jefe y del gerente?...

Y, ¡oh Dios mío!, por una satisfacción tan vil perder el Sumo Bien, perder la gloria, perder también la paz de esta vida, haciendo que el pecado reine en el alma y la atormente con sus perdurables remordimientos... ¡Perderlo todo, y condenarse voluntariamente a desventura interminable!...

¿Te entregarías a aquel placer ilícito si supieras que luego te van a quemar una mano o encerrarte por un año en una tumba tan solo por haberlo hecho? ¿Cometerías tal pecado si, al cometerle, perdieras un hijo? Y, así y todo, tienes fe y crees que pecando perderás el Cielo, perderás a Dios y serás condenado al fuego eterno... ¿Cómo te atreves a pecar?

ORACIÓN

¡Oh Dios de mi alma!... ¿Qué sería de mí ahora si no hubieras tenido tanta misericordia? Me hallaría en el infierno, donde están los insensatos cuyas huellas seguí. Gracias te doy, Señor, y te suplico no me abandones en mi ceguera. Bien lo merecía, pero veo que aún tu gracia no me ha abandonado.

Oigo que amorosamente me llamas y me invitas a que te pida perdón y espere de Ti los más altos dones, a pesar de las graves ofensas que te hice. Sí, Salvador mío; espero que me acogerás como a un hijo tuyo. No soy digno de que me llames hijo, porque te ultrajé descaradamente (Lc., 15, 21). Pero ya sé que te complace buscar la oveja perdida y abrazar a los hijos extraviados.

¡Padre mío amadísimo, me arrepiento de haberte ofendido; a tu pies me postro y los abrazo, y no me levantaré si no me perdonas y me bendices! (Gn., 32, 26). Bendíceme, Padre mío, y con tu bendición dame dolor por mis pecados y un amor ferviente a Ti. Te amo, Padre mío, con todo mi corazón. ¡ No permitas que vuelva a alejarme de Ti! Quítame todas las cosas si lo deseas, pero no me quites nunca tu amor.

¡Oh María, siendo Dios mi Padre, Madre mía eres Tú! Bendíceme también, y ya que no merezco ser hijo, recíbeme como tu siervo; pero haz que sea un siervo tal, que te ame siempre con inmensa ternura y siempre confíe en tu protección.

PUNTO 2

¡Infortunados pecadores! Se afanan y hacen esfuerzos inmensos en adquirir tecnologías, teléfonos carísimos, computadores, televisores gigantes, y cosas de la ciencia mundana, que al par de años ya pasaron de moda, y en poco tiempo se destruyen en basuriales, y olvidan los bienes de la otra vida que son bienes eternos y que no se acaban jamás.



Los bienes tecnológicos si bien son útiles, no siempre son necesarios. No te basta con tener un teléfono móvil que por cierto es útil, sino que te afanas por comprar el último modelo, con inteDe esta forma pierden el juicio, que no solamente son locos, sino que se reducen a la condición de brutos; porque viviendo como irracionales, sin considerar lo que es el bien ni el mal, siguen solamente al instinto de las afecciones sensuales, se entregan a lo que inmediatamente agrada a la carne y hacen caso omiso a la pérdida y eterna ruina que se acarrean. Esto no es proceder como hombre, sino como bestia.

«Llamamos hombre—dice San Juan Crisóstomo—a aquel que conserva la imagen esencial del ser humano.» Pero ¿cuál es esa imagen? El ser racional. Ser hombre es, por consiguiente, ser racional. Significa actuar con uso de la razón, no según el apetito sensitivo. Si Dios diera a una bestia el uso de razón y esa bestia actuara conforme a la razón, diríamos que se desenvuelve como hombre. Y, por el contrario, cuando el hombre actúa de acuerdo a

los sentidos, contra la razón, debe decirse que actúa como bestia.

«¡Ah, si tuvieran sabiduría e inteligencia y previeran las implicancias!» (Dt., 32, 29). El hombre que se guía en su actuar razonablemente prevé lo futuro, es decir, lo que va a ocurrirle al fin de la vida: la muerte, el juicio y, después, el infierno o la gloria. ¡Cuánto más sabio es un vagabundo que se salva que un millonario que se condena! «Mejor es un joven pobre y sabio, que un rey viejo y necio que no sabe prever lo que va a suceder» (Ecl., 4, 13).

¡Oh Dios! ¿No tendríamos por loco a una persona que apostara su casa y toda su fortuna arriesgando todo en un juego donde el premio fuera algo pequeño y sin valor? Pues el que a cambio de un breve placer pierde su alma y se pone en peligro de perderla para siempre, ¿no ha ser tenido por loco? Esa es la causa de que se condenen muchísimas almas, poner empeño no más que en los bienes y males presentes y no pensar en los eternos.

Dios no nos ha puesto en la tierra para que nos hagamos ricos ni para que busquemos honores o satisfagamos los sentidos, sino para que nos procuremos la vida eterna (Ro., 6, 22). Y el alcanzar tal fin sólo le interesa a cada uno de nosotros. *Una sola cosa es necesaria* (Lc., 10, 42).

Pero los pecadores desprecian este fin, y pensando solamente en la presente vida, caminan hacia el término de la vida, se van acercando a la eternidad y no saben a dónde se dirigen. «¿Qué dirías a un piloto—dice San Agustín—a quien le preguntas a dónde va, y te responde que no lo sabe? Todos dirían que lleva la nave a su perdición.» «Así tal cual son—añade el Santo—esos sabios del mundo que saben ganar dinero, hacer negocios, darse placeres, conseguir altos cargos, y no aciertan a salvar sus almas.»

Un hombre sabio del mundo fue Alejandro Magno, que conquistó muchísimos reinos y tuvo el Imperio más grande que jamás haya existido; pero al poco tiempo murió. Sabio fue el Epulón, que supo

enriquecerse; pero murió y fue sepultado en el infierno (Lc., 16, 22). Sabio de ese modo fue Enrique VIII, que acertó a mantenerse en el trono, a pesar de su rebelión contra la Iglesia. Pero al fin de sus días reconoció que había perdido su alma, y exclamó: *¡Todo lo hemos perdido! ¡Cuántos desventurados gimen ahora en el infierno!*

¡Mira—dicen—cómo todos los bienes del mundo pasaron para nosotros como una sombra, y ya no nos quedan más que dolor perdurable y llanto eterno! (Sb., 5, 8).

«Frente al hombre, la vida y la muerte; lo que le plazca, le será dado» (Ecl., 15, 18). ¡Oh cristiano! Delante de ti se hallan la vida y la muerte, es decir, la privación voluntaria de las cosas ilícitas para ganar la vida eterna, o el entregarte a ellas y a la muerte eterna... ¿Qué dices? ¿Qué escoges?... Procede como hombre, no como bruto. Elige como cristiano que tiene fe y dice: «¿Qué tanto gana el hombre si ganara todo el mundo y perdiera su alma?» (Mt., 16, 26).

ORACIÓN

¡Oh Dios mío! Me diste la razón, la luz de la fe, y así y todo he actuado como un irracional, cambiando tu gracia divina por los dañinos placeres mundanos, que se disiparon como el humo, dejándome sólo remordimientos de conciencia y deudas con tu justicia!

¡Ah Señor, no me juzgues según lo que merezco (Salmo 142, 2), sino según tu misericordia!

Ilumíname, Dios mío; dame dolor de mis pecados y perdónamelos. Soy la oveja extraviada, y si no me buscas, perdido quedaré (Sal. 118, 176).

Ten piedad de mí, por la Sangre preciosa que por mi amor derramaste. Me duele todo mi ser, ¡oh Sumo Bien mío!, por haberte abandonado y por haber voluntariamente renunciado a tu gracia. Quisiera morir de dolor; aumenta Tú mi contrición profunda, y haz que vaya al Cielo y ensalce allí tu infinita misericordia...

Madre nuestra María, mi refugio y mi esperanza, ruega por mí a Jesús; pídele que me perdone y que me conceda la santa perseverancia.

PUNTO 3

Recordemos bien de que el verdadero sabio es el que sabe alcanzar la gracia divina y la gloria, y roguemos al Señor nos conceda la ciencia de los Santos, que Él la da a cuantos se la piden (Sb., 10, 10). ¡Qué hermosísima ciencia la de saber amar a Dios y salvar nuestra alma!, o sea, la de acertar a escoger el camino de la eterna salvación y los medios de conseguirla. El conocimiento que aprendamos sobre cómo lograr la salvación es, sin duda, el más necesario de todos. Si supiéramos de todo menos sobre cómo salvarnos, de nada nos serviría nuestro saber; seríamos para siempre infelices.

Pero al contrario, seremos eternamente felices si sabemos amar a Dios, aunque ignoremos todas las demás cosas, como decía San Agustín.

Cierto día, fray Gil decía a San Buenaventura: «Tú eres dichoso, Padre Buenaventura, porque sabes tantas cosas. Yo, pobre ignorante, no sé nada. Sin duda podrás llegar a ser más santo que yo.» «No te confundas—respondió el Santo— de que si una pobre vieja ignorante sabe amar a Dios mejor que yo, será más santa que yo.» Al oír esto, exclamó a voces al santo fray Gil: « ¡Oh pobre viejecilla, deberías saber que si amas a Dios puedes ser más santa que el Padre Buenaventura! »

« ¡Cuántos analfabetos hay—dice San Agustín—que no saben leer, pero saben amar a Dios y se salvan, y cuántos profesionales con masters y doctorados del mundo se condenan!... ». ¡Oh, cuan sabios fueron un San Pascual, un San Félix, capuchinos; un San Juan de Dios, aunque ignorantes de las ciencias humanas! ¡Cuan sabios todos aquellos que, apartándose del mundo, se encerraron en los claustros o vivieron en desiertos, como un San Benito, un San

Francisco de Asís, un San Luis de Tolosa, que renunció al trono!
¡Cuan sabios tantos mártires y vírgenes que renunciaron honores,
placeres y riquezas por morir por Cristo!...

Incluso la misma gente mundana conoce esta verdad, y alaban y
llaman dichoso al que se entrega a Dios y entiende el negocio de la
salvación del alma. En resumen: a los que abandonan los bienes del
mundo para darse a Dios se les llama hombres *desengañados*; pues
¿cómo deberemos llamar a los que dejan a Dios por los bienes del
mundo?... Hombres *engañados*.

¡Oh hermano mío! ¿De cuál bando de esos dos quisieras ser tú?
Para elegir con acierto nos aconseja San Juan Crisóstomo que
visitemos los cementerios. Gran escuela son los sepulcros para
conocer la vanidad de los bienes de este mundo y para aprender la
ciencia de los Santos. «Dime—dice el Santo—: ¿solo viendo los
esqueletos sabrías distinguir al que fue abogado, profesor
universitario, del que fue campesino o pordiosero?» «Yo lo único
que veo—añade—, es podredumbre, huesos y gusanos.» Es cosa de
este mundo la clase alta y la clase baja. Y todas las clases del mundo
pasarán muy pronto, desaparecerán como los cuentos, sueños y
sombras.

Pero si tú, cristiano, quieres adquirir la verdadera sabiduría, no
basta que conozcas la importancia del objetivo de tu vida, sino que
es preciso usar de todos los medios a tu alcance para conseguirlo.
Todos querrían salvarse y santificarse, pero como no emplean los
medios convenientes, no se santifican, y se condenan. Por eso es
fundamental huir de las ocasiones de pecar, frecuentar los
sacramentos, hacer oración y, sobre todo, grabar en el corazón estas
y otras partes del Evangelio: «¿Qué obtiene el hombre si ganara
todo el mundo?» (Mt., 16, 26). «Quien ama desordenadamente,
perderá su alma» (Jn., 12, 25).

O sea, conviene hasta perder la vida, si fuera necesario, para salvar
el alma. «Si alguno quiere venir detrás de Mí, niéguese a sí mismo»
(Mt., 16, 24). Para seguir a Cristo es necesario entregarse por entero

a El, y no hacer caso a nuestros deseos personales. Nuestra salvación se funda en el cumplimiento de la divina voluntad.

ORACIÓN

¡Oh Padre de misericordia! Mira mi gran miseria y compadécete de mí. Ilumíname, Señor; haz que conozca mi pasada locura para que la llore y aprecie y ame tu bondad infinita.

¡Oh Jesús mío, que diste tu Sangre para redimirme, no permitas que yo vuelva a ser, como he sido, esclavo del mundo! (Sal., 73, 19). Me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de haberte abandonado.

Maldigo todos los momentos en que mi voluntad consintió en el pecado, y hoy abrazo tu voluntad santísima, que sólo me desea el bien.

Concédeme, Eterno Padre, por los méritos de Jesucristo, fuerza para cumplir y hacer todo lo que te agrade, y haz que muera antes que me oponga a tu voluntad. Ayúdame con tu gracia a tener todo mi amor enfocado completamente en Ti, y a no aferrarme a nada que sea material o de este mundo, solo deseo aferrarme a tu Amor.

Te amo, ¡oh Dios de mi alma!, te amo sobre todas las cosas, y de Ti espero todos los bienes: el perdón, la perseverancia en tu amor y la gloria para amarte eternamente...

¡Oh María, pide para mí estas gracias! Nada te niega tu divino Hijo. Esperanza mía, confío en Ti.

21. Vida infeliz de pecadores y vida dichosa del que ama a Dios

No hay paz para los pecadores, dice el Señor. Is., 48, 22.
Mucha paz para los que aman tu ley. Sal. 118. 165.

PUNTO 1

Se preocupan y esmeran todos los hombres en esta vida por hallar la paz. Todos trabajan pensando que encontrarán la paz, trabajan para ganar dinero y así poder comprar la casa, tener vacaciones, invitar a comer a los amigos, mantener feliz a la familia, buena educación, y así todos tendrán paz. El dueño de un negocio busca lograr la máxima venta con precios justos para sus productos, el soldado busca defender las fronteras, el abogado busca lograr acuerdos entre los que tienen disputas.

Pero, ¡ah, pobres gentes del mundo, que buscas en el mundo la paz que no puede darte! Sólo Dios puede dárnosla. Da, Señor, a tus siervos—dice la Iglesia en sus oraciones—*aquella paz que el mundo no puede dar.*

No, no puede el mundo, con todos sus bienes, satisfacer el corazón del hombre, porque el hombre no fue creado para estos bienes, sino únicamente para Dios; de manera que sólo en Dios puede hallar felicidad y reposo.

Tanta gente, con muchas cosas materiales, se suicidan de infelicidad. El ser irracional, creado para la vida de los sentidos, busca y encuentra la paz en los bienes de la tierra. Dale a un caballo un poco de hierba; dale a un perro un trozo de carne, y quedarán contentos, y no desearán otra cosa. Pero el alma, creada para amar a Dios y unirse a Él, no halla su paz en los deleites sensuales; únicamente Dios puede hacerla plenamente dichosa.

El hombre que no tiene a Dios, pero que duerme en el mejor colchón, en una casa con la mejor calefacción, con acceso a la mejor tecnología, aún así, sin Dios, nunca tendrá paz.

Aquel rico de que habla San Lucas (12, 19) había recogido de sus campos una cosecha muy fértil, y se decía a si mismo: «Alma mía, es tanto lo que tengo que incluso me alcanza para comer, beber y

descansar por muchos años sin tener que trabajar; descansa, come, bebe...» Pero este infeliz rico fue llamado loco, y con mucha razón, dice San Basilio. «¡Desgraciado!—exclamó el Santo—. ¿Acaso tienes el alma de un cerdo, o de otra bestia, y pretendes contentarla con beber y comer, con los deleites sensuales?»

El hombre, escribe San Bernardo, podrá hartarse, pero no puede satisfacerse con los bienes del mundo. El mismo Santo, comentando aquel texto del Evangelio (Mt., 19, 27): «Bien ves que lo abandonamos todo», dice que ha visto muchos locos con diversas locuras. Todos—añade—tenían un hambre devoradora; unas personas comían tierra, emblema de los avaros; otras personas comían aire, figura de los vanidosos; otras personas, alrededor de una fogata, atizaban las fugaces llamas, representación de los que se irritan con facilidad; por último. había personas a orillas de un lago fétido con aguas sucias, y ahí bebían de sus corrompidas aguas. Y dirigiéndose después a todos, les dice el Santo: «¿No ves, insensato, que todo eso que comen y beben, te da más hambre y más sed, en vez de quitártela?»

Los bienes del mundo son ilusiones, y por eso no pueden satisfacer el corazón del hombre (Ag., 1, 6); así, el avaro, cuanto más atesora, más quiere atesorar, dice San Agustín. El deshonesto, cuanto más engaños hace, más quiere cometer delitos, mayor amargura y, a la vez, más terribles deseos siente, ¿y cómo podrá quietarse su corazón con la inmundicia sensual?

Lo mismo le sucede al ambicioso, ídolo de nuestra sociedad capitalista, persona que triunfa en los estudios y luego en los negocios llevado por sus deseos de éxito y fama. Aspira a saciarse con el humo sutil de las vanidades, poder y riquezas; porque el ambicioso pone toda su atención en lo que quiere, en lo que todavía no tiene, antes de fijarse en lo que ya posee. Alejandro Magno, después de haber conquistado tantos reinos, se lamentaba por no haber adquirido el dominio de otras naciones todavía no conquistadas.

Si los bienes terrenos bastaran para satisfacer al hombre, los ricos y los monarcas serían plenamente felices; pero la experiencia demuestra lo contrario. Lo afirma Salomón (Ecl., 2, 10), que

asegura que durante su vida no había negado nada a sus deseos, y, así y todo, exclama (Ecl., 1, 2): «Vanidad de vanidades, y todo es vanidad»; es decir, cuanto hay en el mundo es mera vanidad, mentira, locura...

ORACIÓN

¿Qué me han dejado, Dios mío, las ofensas que te hice, sino amarguras y penas y méritos para el infierno? El dolor que por ello siento no me abruma, sino más bien me consuela y alivia, porque es un don de tu gracia, que va unido a la esperanza de que me vas a perdonar. Lo que me aflige es lo mucho que te he injuriado a Ti, Redentor mío, que tanto me amaste. Yo merecía, Señor, que del todo me abandonaras; pero, lejos de eso, veo que me ofreces perdón y que eres el primero en procurar la paz. Sí, Jesús mío, paz deseo contigo y con tu gracia más que todas las cosas.

Me duele, ¡oh Bondad infinita!, por haberte ofendido, y quisiera morir de pura contrición. Por el amor que me tuviste muriendo por mí en la cruz, perdóname y acógeme en tu corazón, transformando el mío de tal modo, que por todo lo que te ofendí en el pasado, tanto te agrade en el futuro. Renuncio por tu amor a todos los placeres que el mundo pudiera darme, y resuelvo perder antes la vida que tu gracia. Dime qué quieres que haga para servirte, que yo deseo empezar ya a servirte.

Nada de placeres, nada de honores, nada de riquezas; sólo deseo servirte como un esclavo, que no merezco paga alguna. A Ti te amo, Dios mío, mi gozo, mi gloria, mi tesoro, mi vida, mi amor y mi todo. Dame, Señor, todo tu apoyo para serte fiel, y el don de tu amor, y haz de mí lo que te agrade.

María, Madre y esperanza nuestra después de nuestro Señor Jesucristo, acógeme bajo tu protección y haz que yo sea plenamente de Dios.

PUNTO 2

Además—dice Salomón (Ecl., 1, 14)—, que los bienes del mundo no solamente son vanidades que no satisfacen el alma, sino además penas que la afligen. Los desdichados pecadores pretenden ser felices con sus culpas, pero no consiguen más que amarguras y remordimientos (Sal. 13, 3). Nada de paz ni descanso. Dios nos dice (Is., 48, 22): «No hay paz para los pecadores.»

Primero, el pecado lleva consigo el temor profundo de la venganza divina; pues así como el que tiene un poderoso enemigo no descansa ni vive con quietud, ¿cómo podrá el enemigo de Dios reposar en paz? «Espanto para los que actúan mal es el camino del Señor» (Pr., 10, 29).

Cuando hay un terremoto o grandes tormentas, ¡cómo teme el que se halla en pecado! «El sonido del terror amedrenta siempre sus oídos» (Jb., 15, 21). Huye sin ver quien le persigue (Pr., 28, 1). Porque su propio pecado corre detrás de él. Mató Caín a su hermano Abel, y exclamaba luego: «Cualquiera que me pille me matará» (Gn., 4, 14). Y aunque el Señor le aseguró que nadie lo dañaría (Gn., 4, 15), Caín—dice la Escritura (Gn., 4, 16)—anduvo siempre fugitivo y errante. ¿Quién perseguía a Caín, sino su pecado?

La culpa además, siempre va unida al remordimiento, ese gusano



roedor que jamás reposa en nuestra conciencia. Acude el pobre pecador a banquetes, fiestas o espectáculos, pero la voz de la conciencia sigue diciéndole: Estás en desgracia de Dios; si murieras, ¿a dónde irás? Es pena tan angustiosa el remordimiento, aun en esta vida, que algunos desventurados, para librarse de él, se dan a sí mismos la muerte.

Tal fue el caso de Judas, que, como es sabido, se ahorcó, desesperado. Y se cuenta de otro criminal que, habiendo asesinado a un niño, tuvo tan horribles remordimientos, que para acallarlos se hizo religioso; pero ni aun en el claustro halló la paz, y corrió ante el juez a confesar su delito, por el cual fue condenado a muerte.

¿Qué es un alma privada de Dios?... Un mar tempestuoso, dice el Espíritu Santo (Is., 57, 20). Si alguno fuera llevado a una fiesta, baile o concierto, y le ataran las manos y los pies, ¿podría disfrutar de aquella diversión? Pues parecido es lo que le pasa al hombre que posee bienes en este mundo, sin poseer a Dios. Podrá beber, comer, bailar, vestir a la moda, recibir honores, obtener altos cargos y dignidades, pero no tendrá paz. Porque la paz sólo de Dios se obtiene, y Dios la da a los que le aman, no a sus enemigos.

Los bienes de este mundo—dice San Vicente Ferrer— están fuera del cuerpo, no entran en el corazón. Mucha gente que no respeta a Dios se viste con ropas lujosas, grandes anillos de diamantes, comen en los mejores lugares, viajan a los mejores y más lujosos hoteles; pero su pobre corazón se mantendrá colmado de dudas y penas. Y así, verás que entre tantas riquezas, placeres y diversiones vive siempre inquieto, y que por el menor obstáculo se impacienta y enfurece como perro con rabia.

El que ama a Dios halla paz y consuelo, porque cuando llegan dificultades y tiempos adversos, acepta con tranquilidad la voluntad divina. Pero esto no lo puede hacer el que es enemigo de la voluntad de Dios; y por eso no puede controlarse y calmarse.

Sirve el desventurado al demonio, tirano cruel, que promete y no cumple, que le paga con más dolores y sufrimientos. Así se cumplen siempre las palabras del Señor, que dijo (Dt., 28, 47-48): «Porque no serviste con gozo al Señor tu Dios, servirás a tu enemigo con hambre y con sed, y con desnudez, y con todo género de penuria.» ¡Sufrir de mucha amargura el hombre vengativo después de haberse vengado! ¡Sufrir mucho el hombre deshonesto, aún en secreto, cada vez que realiza sus estafas y engaños! ¡Sufrir mucho el hombre ambicioso y el hombre avaro, por el mal que causa a quien cobra de más y a quien paga de menos!... ¡Oh cuántos serían santos si sufrieran por amor a Dios lo mismo que sufren por sus pecados!

ORACIÓN

¡Oh tiempo que perdí!... Señor, si te hubiera ofrecido mis sufrimientos del pasado, si por amor a Ti y por servirte hubiera trabajado todo lo que trabajé, ¡cuántos méritos para la gloria tendría ahora reunidos! ¡Ah Dios mío! ¿Por qué te abandoné y perdí tu gracia?...

Por placeres breves y envenenados que, apenas disfrutados, desaparecieron y me dejaron el corazón lleno de heridas y de angustias... ¡Ah pecados míos!, los maldigo y detesto mil veces; así como bendigo tu misericordia, Señor, que con tanta paciencia has sufrido mientras me esperabas.

Te amo, Creador y Redentor mío, que diste la vida por mí. Y porque te amo, me arrepiento de todo corazón de haberte ofendido... Dios mío, Dios mío, ¿por qué te perdí? ¿Por qué cosas te dejé? Ahora comprendo cuán mal he actuado, y propongo perderlo todo, hasta la misma vida, antes que perder tu amor.

Ilumíname, Padre Eterno, por amor a Jesucristo. Dame a conocer el bien infinito, que eres Tú, y lo dañino que pueden ser los bienes materiales que me ofrece el demonio para lograr que yo pierda tu gracia. Te amo, y deseo de corazón amarte más. Haz que Tú seas mi único pensamiento, mi único deseo, mi único amor. Todo lo espero de tu bondad, por los méritos de tu Hijo...

María, Madre nuestra, por el amor que a Jesucristo profesas, te ruego me ayudes a obtener luz y fuerza para servirle y amarle hasta la muerte.

PUNTO 3

Ya que todos los bienes y deleites del mundo no pueden satisfacer el corazón del hombre, ¿quién podrá ponerlo contento?.. Sólo Dios (Sal. 36, 4). El corazón humano siempre está buscando bienes que le satisfagan. Logra conseguir riquezas, honores y placeres, y no se satisface, porque todos estos bienes son finitos, y los seres humanos hemos sido creados para el bien infinito. Pero si encuentra y se une a Dios, se tranquiliza y alegra y no desea ninguna otra cosa.

San Agustín, en su juventud, mientras se mantuvo en la vida sensual, jamás halló paz; pero cuando se entregó a Dios, confesaba y decía al Señor: «Ahora sí que sé, ¡oh Dios!, que todo es dolor y vanidad, y que sólo en Ti está la verdadera paz del alma.» Y así, maestro por experiencia propia, escribía: «¿Qué buscas, hombre/mujer, buscando cosas materiales?... Busca a Dios, el único Bien, en el cual se encierran todos los demás» (Sal. 41, 3).

El rey David, después de haber pecado, iba a cazar a sus jardines, tenía grandes banquetes, y todos los placeres de un monarca. Pero cada vez que trataba de disfrutar y de entretenerse, sentía a su modo que le decían: «David, ¿quieres hallar en nosotros paz y contento? Nosotros no podemos satisfacerte... Busca a tu Dios (Sal. 41, 3), que únicamente Él te puede satisfacer.» Y por eso David gemía en medio de sus placeres, y exclamaba: «Mis lágrimas me han servido de pan día y noche, mientras se me dice todos los días: ¿en dónde está tu Dios?»

Y, muy por el contrario, ¡cómo sabe Dios alegrar a las almas fieles que le aman! San Francisco de Asís, que todo lo había dejado por Dios, se encontraba un día descalzo, medio muerto de frío y de hambre, cubierto de andrajos, pero con sólo decir : «Mi Dios y mi todo», sentía un gozo inexplicable y celestial.

San Francisco de Borja, en sus viajes de religioso, tuvo que acostarse muchas veces en un montón de paja, y experimentaba un consuelo tan grande, que le quitaba el sueño. De igual manera, San

Felipe Neri, sin nada material y libre de todas las cosas, no lograba reposar por los consuelos que Dios le daba, de tal manera que decía el Santo: «Jesús mío, déjame descansar.»

El Padre jesuita Carlos de Lorena, de la casa de los príncipes de Lorena, a veces bailaba de alegría al verse en su pobre habitación. San Francisco Javier, en sus trabajos apostólicos de la India, se descubría el pecho, exclamando: «Basta, Señor, no más consuelo, que mi corazón no puede soportar tanto amor.» Santa Teresa decía que da mayor alegría una gota de consolación celestial que todos los placeres y entretenimientos del mundo.

Y en verdad, no pueden faltar las promesas del Señor, que ofreció dar, aún en esta vida, a los que dejen por su amor los bienes de la tierra, el ciento por uno de paz y de alegría (Mt., 19, 29).

¿Qué estamos entonces buscando? Busquemos a Jesucristo, que nos llama y dice (Mt., 11, 28): «Venid a Mí todos los que están cansados de trabajar y abrumados, y Yo los aliviaré.» El alma que ama a Dios encuentra esa paz que excede a todos los placeres y satisfacciones que el mundo y los sentidos pueden darnos (Fil., 4, 7).

Es verdad que en esta vida aún los Santos padecen dolores y sufrimientos; porque la tierra, este planeta, es un lugar creado para nuestra felicidad, pero felicidad que no se puede obtener sin sufrir. Pero, como dice San Buenaventura, el amor divino es semejante a la miel, que hace dulces y queridas las cosas más amargas. Quien ama a Dios, ama la voluntad divina, y por eso goza espiritualmente en las pruebas y dificultades que nos manda a diario Dios, porque abrazándolas sabe que agrada y complace al Señor...

¡Oh Dios mío! Los pecadores menosprecian la vida espiritual sin haberla probado. Solo se fijan, dice San Bernardo, en las mortificaciones que sufren los amantes de Dios y en los deleites de que se privan estos Santos; pero no ven las delicias espirituales con que el Señor los regala y acaricia. ¡Oh, si los pecadores gustaran la paz de que disfruta el alma que sólo ama a Dios! Disfrusta y fíjate—dice David (Sal. 33, 9)—cuán suave es el Señor.

Comienza, pues, hermano mío, a hacer la meditación diaria, a

comulgar con frecuencia, a visitar devotamente el Santísimo Sacramento; comienza a dejar el mundo y a entregarte a Dios, y verás cómo el Señor te da, en el poco tiempo que le consagres, consuelos mayores que los que el mundo te dió con todos sus placeres. Prueba y verás por tí mismo. El que no lo prueba no puede comprender cómo Dios alegra a un alma que le ama.

ORACIÓN

¡Oh amadísimo Redentor mío, cuan ciego fui al apartarme de Ti, Sumo Bien y fuente de todo consuelo, y entregarme a los pobres placeres del mundo! Mi ceguera me asombra; pero aún más me asombra tu misericordia, que con tanta bondad me esperas sufriendo.

Te agradezco con todo mi corazón que me hayas hecho conocer mi demencia y el deber que tengo de amarte todavía más.

Aumenta en mí el deseo y el amor. Haz, ¡oh Señor infinitamente amable!, que, enamorado yo de Ti, comprenda cómo no has omitido nada para que yo te ame, y para mostrarme cuánto anhelas mi amor. Si quieres, puedes purificarme (Mt., 8, 2).

Purifica, pues, mi corazón, adorado Redentor mío; purifícalo de tanto cariño desordenado que impide te ame como quisiera amarte. No alcanzan mis fuerzas a conseguir que mi corazón se una solamente a Ti, y a Ti sólo ame.

Debe de ser un Don de tu gracia, que logra todo lo que quiere.

Líbrame de todo afecto que yo tenga a las cosas materiales y de este mundo; arranca de mi alma todo lo que no me encamine a Ti, y haz que mi alma sea tuya por completo, porque tuya es.

Me arrepiento de todas las ofensas que te hice, y propongo consagrar a tu santo amor la vida que me quede. Pero Tú lo tienes que hacer realidad. Hazlo por la Sangre que derramaste para mi bien con tanto amor y dolor. Sea gloria de tu omnipotencia hacer que mi corazón, antes cautivo de afectos terrenales, arda desde ahora en amor a Ti, ¡oh Bien infinito!...

¡Madre del Amor hermoso!, ayúdame con tus súplicas para que mi alma se queme de amor, al igual que la tuya, en caridad para con Dios.

22. Los malos hábitos

El hombre sin Dios, después de haber llegado a lo profundo de los pecados, no hace caso.

PR., 18, 3.

PUNTO 1

Una de las mayores desventuras que nos acarreó la culpa de Adán es nuestra propensión al pecado. De ello se lamentaba el Apóstol, al verse movido por la concupiscencia --significa Apetito y deseo de bienes materiales o placeres sexuales-- hacia el mismo mal que él aborrecía: «Veo otra ley en mis miembros que... me lleva cautivo a la ley del pecado» (Ro., 7, 23).

De aquí se deduce que para nosotros, infectos de tal concupiscencia y rodeados de tantos enemigos que nos mueven al mal, sea difícil llegar sin culpa a la gloria.

Una vez reconocida esta fragilidad que tenemos, te darás cuenta del riesgo que implica acercarse a situaciones en que sabemos podemos caer en tentación. Se asemeja a un turista que sabiendo que hay tormenta, y en un país con bajas medidas de seguridad, igual comienza el viaje, y aún con exceso de equipaje... ¿Qué pronóstico harías sobre la vida de aquel turista y sus probabilidades de sobrevivir? También nosotros, en nuestro viaje terrenal, si un hombre de malos hábitos y costumbres, además se arriesga a ir a lugares de tentación, sólo logrará contraer enfermedades venereas, caer en pecado, y sentir dolor en su alma.

¿Qué va a sucederle si además consideramos los pecados habituales que cometemos todos? Difícil es que tales pecadores se salven, porque los malos hábitos ciegan el espíritu, endurecen el corazón y ocasionan probablemente que en la hora de la muerte sientan obstinación y así nunca se arrepientan.

Primero, el mal hábito nos ciega. ¿Por qué motivo los Santos siempre piden a Dios que los ilumine, y tenían miedo de convertirse en los más abominables pecadores del mundo? Porque sabían que si llegaban a perder la luz divina podrían cometer pecados horribles.

¿Y cómo tantos cristianos viven obstinadamente en pecado, hasta que sin remedio se condenan? Porque el pecado los ciega, y por eso se pierden (Sb., 2, 21). Cada vez que cometemos un pecado inventamos cien formas de justificarnos y así tranquilizar nuestra conciencia, lo cual nos enceguece. Y así es más fácil caer nuevamente en la misma tentación, y nuevamente nos justificamos. Hasta el punto de que después de repetir algunas veces el mismo pecado, ya nuestra conciencia ni se inmuta, aumentando la ceguera del pecador.

Dios es nuestra luz, y cuanto más se aleja el alma de Dios, tanto más ciega queda. Sus *huesos se llenarán de vicios* (Jb., 20, 11).

Así como en un vaso lleno de tierra no puede entrar la luz del sol, así no puede penetrar la luz divina en un corazón lleno de vicios. Por eso vemos con frecuencia que ciertos pecadores, sin luz que los guíe, andan de pecado en pecado, y no piensan siquiera en corregirse. Caídos esos infelices en agujero oscuro, como muertos en vida, sólo saben cometer pecados y hablar de pecados; ni piensan más que en pecar, ni saben qué tan grave es el pecado.

«La misma costumbre de pecar—dice San Agustín—no deja ver al pecador el mal que hace.» De manera que viven como si no creyesen que existe Dios, la gloria, el infierno y la eternidad.

Y sucede que ese mismo pecado que al principio le causaba horror, por efecto del mal hábito después ya no lo horroriza. «Ponlos como rueda y como paja delante del viento» (Sal. 82, 14). Mira, dijo San Juan, con qué facilidad se mueve una paja con cualquier suave brisa; pues también veremos a muchos que antes de caer resistían, a lo menos por algún tiempo, y combatían contra las tentaciones; pero después, contraído el mal hábito, caen al instante en cualquier tentación, en toda ocasión de pecar que se les ofrece. ¿Y por qué? Porque el mal hábito los privó de la luz.

Dice San Anselmo que el demonio trata a ciertos pecadores tal como esos hombres que domestican pájaros atándolos con cintas... lo dejan volar, pero cuando quiere lo trae de vuelta a la tierra. Así son, afirma el Santo, las personas a quienes los domina el mal hábito.

Y algunos, añade San Bernardino de Sena, pecan aún antes de ser tentados, sólo del hábito y costumbre que tienen. Son, como dice este gran Santo, semejantes a los molinos de viento, que cualquier aire los hace girar, y siguen volteando, aunque no haya grano que moler, y aún a veces cuando el molinero ni quisiera desea que se mova. Estos pecadores —observa San Juan Crisóstomo— van creando malos pensamientos sin ocasión, sin placer, casi contra su voluntad, tiranizados por la fuerza de la mala costumbre.

Porque, como dice San Agustín, el mal hábito se convierte pronto en una necesidad. La costumbre, según nota San Bernardo, se transforma en algo natural. De manera que, así como al hombre le es necesario respirar, así a los que habitualmente pecan y se hacen esclavos del demonio, no parece sino que les es necesario el pecar.

He dicho esclavos, porque los sirvientes trabajan por su salario; pero los esclavos sirven a la fuerza, sin paga alguna. Y a esto llegan algunos desdichados: a pecar sin placer ni deseo.

«El hombre que peca, después de haber llegado a lo profundo de los pecados, no hace caso» (Pr., 18, 3). San Juan Crisóstomo explica estas palabras refiriéndolas al pecador obstinado en los malos hábitos, que, hundido en aquella fosa por estar muerto en vida, desprecia la corrección, los sermones, las censuras, el infierno y hasta a Dios: lo menosprecia todo, y se hace semejante al buitre, que por no dejar el cadáver que está comiendo, prefiere que los cazadores le maten.

Cuenta el P. Recúpito que un condenado a muerte, yendo hacia la horca, alzó los ojos, y por haber mirado a una joven consintió en un mal pensamiento impuro. Y el P. Gisolfo cuenta que un blasfemo, también condenado a muerte, profirió una blasfemia en el mismo instante en que el verdugo lo arrojaba de la escalera para ahorcarle.

Con razón, pues, nos dice San Bernardo que de nada suele servir el rogar por los pecadores acostumbrados a pecar, sino que es mejor sólo compadecerlos como a condenados. ¿Sentirán deseos de salir de esa fosa en que están enterrados en vida, tan profunda que nadie le mira ni le ven? Se necesitaría un milagro de la gracia. Abrirán los

ojos en el infierno, cuando el darse cuenta de su desdicha sólo va a servirles para llorar más amargamente su locura.

ORACIÓN

Señor y Dios mío, me has agraciado con tus beneficios, favoreciéndome más que a otros, y yo, en cambio, te colmé de ofensas, injuriándote más que todos... ¡Oh herido Corazón de mi Redentor!, que estuviste tan afligido y atormentado en la cruz, por la maldad de mis culpas: concédeme, por tus méritos, profundo conocimiento y dolor de mis pecados...

¡Ah Jesús mío! Lleno estoy de vicios; mas Tú eres omnipotente y bien puedes llenar mi alma de tu santo amor. En Ti, pues, confío, porque eres de la misma bondad y misericordia infinitas.

Me hace sentir dolor, Soberano Maestro, el haberte ofendido, y quisiera haber muerto antes de haber pecado. Me olvidé de Ti, pero Tú no me has olvidado; lo reconozco por la luz con que iluminas ahora mi alma. Y ya que me das esa luz divina, concédeme también fuerza para servirte fielmente. Resuelvo preferir la muerte antes que apartarme de Ti, y pongo en tu auxilio todas mis esperanzas. En Ti espero, Jesús mío, que no he de verme otra vez en la confusión de la culpa y privado de tu gracia. A Ti también me encomiendo, ¡oh María, Señora nuestra! Por tu intercesión confío, ¡oh esperanza nuestra!, que no me veré más en la enemistad de tu divino Hijo.

Ruégale que me envíe la muerte antes que permita esta desgracia.

PUNTO 2

Además, los malos hábitos endurecen el corazón, permitiéndolo Dios justamente como castigo de la resistencia que se opone a sus llamados.



Dice el Apóstol (Ro., 9, 18) que el Señor «*tiene misericordia de quien quiere, y endurece al que quiere*». San Agustín explica este texto, diciendo que Dios no endurece de un modo inmediato el corazón del que peca habitualmente, sino que le priva de la gracia como pena de la ingratitud y obstinación con que rechazó la que antes le había concedido; y en tal estado el corazón del pecador se endurece como si fuera de piedra.

«Su corazón se endurecerá como piedra, y se apretará como yunque de martillador» (Jb., 41, 15). De este modo sucede que mientras unos se enternecen y lloran al oír predicar el rigor del juicio divino, las penas de los condenados o la Pasión de Cristo, los pecadores de ese tipo ni siquiera se conmueven. Hablan y oyen hablar de ello con indiferencia, como si se tratara de cosas que no les importaran; y con este golpear de la mala costumbre, la conciencia se endurece cada vez más (Jb., 41, 15).

De manera que ni las muertes repentinas de sus conocidos, ni los terremotos, truenos y rayos, lograrán atemorizarlos y hacerles volver en sí; antes le llegará el sueño de su propia muerte, en que, perdidos, ya reposan. El mal hábito destruye poco a poco los remordimientos de conciencia, de tal modo, que, a los que habitualmente pecan, los más enormes pecados les parecen nada. Pierden, pecando, como dice San Jerónimo, hasta ese cierto rubor que el pecado lleva naturalmente consigo.

San Pedro los compara al cerdo que se revuelca en el fango (2 P., 2, 22), pues así como este inmundo animal no percibe el hedor del barro en que se revuelve, así aquellos pecadores son los únicos que no conocen la hediondez de sus culpas, que todos los demás hombres perciben y aborrecen. Y puesto que el fango les quitó hasta la facultad de ver, ¿qué maravilla es, dice San Bernardino, que no vuelvan en sí, ni aún cuando los azota la mano de Dios? De eso procede que, en vez de entristecerse por sus pecados, se alegran, se ríen y alardean de ellos (Pr., 2, 14).

¿Qué significan estas señales de tan diabólica dureza?, pregunta Santo Tomás de Villanueva. Señales son todas de condenación eterna. Teme, pues, hermano mío, que no te suceda lo mismo. Si tienes alguna mala costumbre, procura librarte de ella ahora que Dios te llama. Y mientras te remuerda la conciencia de dolor y arrepentimiento, alégrate, porque es indicio de que Dios no te ha abandonado todavía. Pero enmiéndate y apúrate en confesarte y pedir absolución, porque si no lo haces, la llaga se gangrenará y te verás perdido.

ORACIÓN

¿Cómo podré, Señor, agradecerte debidamente todas las gracias que me has concedido? ¡Cuántas veces me has llamado, y yo he resistido! Y en lugar de servirte y amarte por haberme librado del infierno y haberme buscado tan amorosamente, seguí provocando tu indignación y respondiendo con ofensas. No, Dios mío, no; ya te ofendido demasiado, no quiero ultrajar más tu paciencia. Sólo Tú, que eres Bondad infinita, has podido sufrir tanto por mí hasta ahora. Pero sé que, con justa razón, no podrás esperarme mucho más.

Perdóname, pues, Señor y Sumo Bien mío, todas las ofensas que te hice, de las cuales me arrepiento de todo corazón, proponiendo no volver a injuriarte... ¿Acaso voy a seguir ofendiéndote siempre?...

Aplaca tu ira, Dios de mi alma, no por mis méritos, que sólo valen para castigo eterno, sino por los de tu Hijo y Redentor mío, en los cuales cifro mi esperanza.

Por amor de Jesucristo, recíbeme en tu gracia y dame la perseverancia en tu amor. Liberame de los deseos impuros y atraeme por completo a Ti. Te amo, Soberano Señor, amante loco por todas las almas, digno de infinito amor... ¡ Oh, si te hubiera amado siempre!...

María, Madre nuestra, haz que no emplee la vida que me queda en ofender a tu divino Hijo, sino en amarle y en llorar los pecados que he cometido.

PUNTO 3

Perdida la luz que nos guía, y endurecido además el corazón, ¿a quién sorprenderá que el pecador tenga mal fin y muera obstinado en sus culpas? (Ecl., 3, 27).

Los justos andan por el camino recto (Is., 26, 7), y, al contrario, los que pecan habitualmente caminan siempre por senderos oscuros. Si se apartan del pecado por un poco de tiempo, vuelven a recaer fácilmente; por lo cual San Bernardo les anuncia la condenación.

Seguramente alguno de ellos deseará enmendarse antes que le llegue la muerte. Pero en eso se cifra precisamente la dificultad: en que el habituado a pecar se enmienda aun cuando llegue a la vejez. «El joven, según tomó su camino—dice el Espíritu Santo (Pr.t 22, 6)—, aún cuando llegue a su vejez, no se apartará de él.» Y la razón de esto —dice Santo Tomás de Villanueva—consiste en que nuestras fuerzas son hartamente débiles, y, por lo tanto, el alma privada de la gracia no puede permanecer sin cometer nuevos pecados.

Y, además, ¿no sería una enorme locura que nos propusiéramos jugar un juego de azar y así voluntariamente perder todo lo que poseemos, esperando que más adelante con otro juego ganemos la partida? Así mismo no es menos absurdo el que vive en pecado y espera que en el último instante de la vida lo remediará todo. No podrá llevar vida virtuosa el que tiene hábitos perversos y arraigados (Jer., 13, 23), sino que al fin se entregará a la desesperación y acabará desastrosamente sus días (Pr., 28, 14).

Comentando San Gregorio aquel texto del libro de Job (16, 15): «*Me lastimó con herida sobre herida; se arrojó sobre mí como gigante*», dice: Si alguno se ve asaltado por enemigos, después de recibir una herida todavía tendrá capacidad de defenderse; pero si le hieren otra vez y más veces, va perdiendo las fuerzas, hasta que,

finalmente, queda muerto. Así obra el pecado. En la primera, en la segunda vez, deja alguna fuerza al pecador (siempre por medio de la gracia que le asiste); pero si continúa pecando, el pecado se conviene en gigante; mientras que el pecador, al contrario, cada vez más débil y con tantas heridas, ya no puede evitar la muerte.

Compara Jeremías (Lm., 33, 53) el pecado con una gran piedra que oprime el espíritu; y tan difícil—añade San Bernardo—es convertirse a quien tiene hábito de pecar, como al hombre sepultado bajo muchas y grandes rocas, y cuando ya le faltan fuerzas para moverlas, se ve abrumado por el peso.

¿Estoy, pues, condenado y sin esperanza?... preguntará tal vez alguno de estos infelices pecadores. No, todavía no, si de veras quieres enmendarte. Pero los males gravísimos requieren remedios heroicos. Como un enfermo en peligro de muerte, pero aún con un mínimo de esperanzas si acepta una larga operación y tratamiento. ¿Qué responderá el enfermo? «Me hallo dispuesto a tener la operación y a obedecer en todo durante el tratamiento... ¡Se trata de la vida!» Pues lo mismo, hermano mío, debes hacer tú. Si incurres habitualmente en cualquier pecado, estás enfermo, y de aquel mal que, como dice Santo Tomás de Villanueva, rara vez alguien se cura. En gran peligro te hallas de condenarte.

Si quieres, sin embargo, sanar, he aquí el remedio. No debes de quedarte esperando un milagro de la gracia en tu último minuto de vida, sino que debes resueltamente esforzarte en dejar las ocasiones peligrosas, huir de las malas compañías y resistir a las tentaciones, encomendándote a Dios.

Importante es confesarte a menudo, tener cada día una lectura espiritual y entregarte a la devoción de la Virgen Santísima, rogándole continuamente que te ayude a obtener fuerzas para no recaer.

Los hombres debemos aprender a controlar nuestros cuerpos y

pensamientos, y debemos aprender a dejar que Dios controle nuestros corazones y nuestras almas.

Controla tus pensamientos, deseos, miradas. Y cada vez que tengas un pensamiento, deseo o mirada que sea anterior a tu pecado habitual, reemplaza de inmediato ese pensamiento, deseo o mirada por uno nuevo y santo: imagina en tu mente a Jesús en su Cruz, y bésale los pies y sus llagas.

Es necesario quebrar el ciclo de tu pecado habitual en su inicio. De lo contrario, te sucederá la amenaza del Señor: Moriréis en tu pecado (Jn., 8, 21). Y si no pones remedio ahora, cuando Dios te ilumina, difícilmente podrás remediarlo más tarde.

Escucha al Señor Jesús, que te dice como a Lázaro: Sal afuera. ¡Pobre pecador ya muerto! Sal del sepulcro de tu mala vida. Responde pronto, apúrate y entrégate a Dios, con miedo de que no sea éste su último llamado.

ORACIÓN

¡Ah Dios mío! ¿He de aguardar a que me abandones y envíes al infierno? ¡Oh Señor! Espérame, que hoy mismo me propongo cambiar de vida y entregarme a Ti. Dime qué debo hacer, pues quiero hacerlo ya... ¡Sangre de Jesucristo, ayúdame! ¡Virgen María, abogada de pecadores, socórreme! ¡Y Tú, Eterno Padre, por los méritos de Jesús y María, ten misericordia de mí!

Me arrepiento, ¡oh Dios infinitamente bueno!, de haberte ofendido, y te amo sobre todas las cosas. Perdóname, por amor de Cristo, y concédeme el don de tu amor, y también el don de sentir temor de mi condenación eterna, si volviera a ofenderte.

Dame, Dios mío, luz y fuerzas, que todo lo espero de tu misericordia. Ya que tantas gracias me otorgaste cuando viví alejado de Ti, muchas más espero ahora, cuando a Ti acudo resuelto a que seas mi único amor. Te amo, Dios mío, mi vida y mi todo.

Te amo a Ti también, Madre nuestra María; en tus manos encomiendo mi alma para que con tu intercesión la preserves de que vuelva a caer en desgracia de Dios.

23. Engaños que el enemigo sugiere al pecador

PUNTO 1

Imaginemos que un joven, reo de pecados graves, se confiesa y así ya ha recuperado la gracia divina. El demonio nuevamente lo tienta para que reincida en sus pecados. Resiste aún el joven; pero pronto vacila por los engaños que el enemigo le sugiere. «¡Oh hermano mío!—Te diré—, ¿qué quieres hacer? ¿Deseas perder esa maravillosa gracia de Dios y cuyo valor excede al del mundo entero, que ahora has reconquistado, por una satisfacción dañina? ¿Vas a firmar tú mismo tu sentencia de muerte eterna, condenándote a padecer para siempre en el infierno?» «No—me responderá—, no quiero condenarme, sino salvar mi alma. Aunque hiciera ese pecado, lo confesaré luego...» Mira el primer engaño del tentador. ¡Confesarse después! ¡Pero entre tanto se pierde el alma!

Dime: si tuvieras en la mano una hermosa joya de muy alto precio, ¿la arrojarías al río, diciendo: mañana la buscaré con cuidado y espero encontrarla? Pues en tu mano tienes esa joya riquísima de tu alma, que Jesucristo compró con su Sangre; la arrojas voluntariamente al infierno, pues al pecar quedas condenado, y dices que la recobrarás por la confesión.

Pero ¿y si no la recobras? Para recuperarla es necesario sentir un verdadero arrepentimiento, que es un don de Dios, y Dios puede no concedértelo. ¿Y si llega la muerte y te arrebatara el tiempo de confesarte?

Aseguras que no dejarás pasar ni una semana sin confesar tus culpas. ¿Y quién ha ofrecido darte esa semana? Dices que te confesarás mañana. ¿Y quién te promete ese día? El día de mañana—dice San Agustín—no te lo ha prometido Dios; tal vez te lo concederá, tal vez no, como le sucedió a muchos, que estaban sanos en la noche al irse a dormir en sus camas y amanecieron muertos. ¡A cuántos, en el acto mismo de pecar, hizo morir el Señor, y los mandó al infierno! Y si hiciera lo mismo contigo, ¿cómo podrías remediar tu eterna perdición?

Persuádate, pues, de que con ese engaño de decir «después me confesaré», el demonio ha llevado al infierno a millares y millares de almas. Porque difícilmente se hallará pecador tan desesperado que quiera condenarse a *sí mismo*. Todos, al pecar, pecan con esperanza de reconciliarse después con Dios. Por eso tantos infelices se han condenado y hecho imposible su remedio.

Quizá digas que no podrás resistir a la tentación que se te ofrece. Este es el segundo engaño que te sugiere el enemigo, haciéndote creer que no tienes fuerza para combatir y vencer tus pasiones. En primer lugar, es necesario que sepas que, como dice el Apóstol (2 Co., 10, 13): Dios es fiel y no permite que seamos tentados a un nivel superior a nuestro poder.

Además, si ahora no confías en resistir, ¿cómo tienes esperanza de lograrlo después, cuando el enemigo no cese de inducirte a nuevos pecados y sea para ti más fuerte que antes y tú más débil? Si piensas que no puedes ahora extinguir esa llama, ¿cómo crees que la apagarás luego, cuando sea mucho más violenta?... Afirmas que Dios te ayudará. Pero Dios te ofrece su auxilio poderoso ahora ya, quizá no después; ¿por qué no quieres valerte de él para resistir? ¿Esperas, acaso, que Dios ha de aumentarte su auxilio y su gracia cuando tú hayas acrecentado tus culpas?

Y si deseas mayor socorro y fuerzas, ¿por qué no se los pides a Dios? ¿Dudas, tal vez, de la fidelidad del Señor, que prometió conceder lo que se le pidiera? (Mt., 7, 7). Dios no olvida sus promesas. Acude a Él y te dará la fuerza que necesitas para resistir a la tentación. Dios, como nos dice el Concilio de Trento, no manda cosas imposibles.

Al dar el precepto, quiere que hagamos lo que pudiéramos, con el auxilio actual que nos comunica; y si este auxilio no nos bastara para resistir, nos exhorta a que le pidamos un auxilio mayor, que pidiéndole como se debe, nos lo concederá (Ses., 6, c. 13).

ORACIÓN

¿Y por haber sido Tú, ¡oh Dios mío!, tan benévolo conmigo, he sido yo tan ingrato contigo? ¡Cómo puedo ser tan porfiado!, Señor, me apartaba yo de Ti, y Tú me buscabas. Me colmabas de bienes, y yo te ofendía.

¡Oh Señor mío! Aunque sólo fuera por la bondad con que me has tratado, yo debiera estar enamorado de Ti, porque a medida que yo acrecentaba las culpas, Tú me aumentabas la gracia para que me enmendara. ¿Acaso he merecido yo la luz con que iluminas mi alma?

Gracias te doy, Dios mío, con todo mi corazón, y espero que te las daré eternamente en el Cielo, pues los méritos de tu preciosísima Sangre me infunden una consoladora esperanza de salvación, fundada en la inmensa misericordia que has tenido conmigo.

Espero, entre tanto, que me darás fuerzas para no traicionarte, y propongo que con el auxilio de tu gracia preferiré mil veces la muerte a ofenderte más. Basta con lo mucho que te ofendí. En la vida que me queda quiero entregarme a tu amor. ¿Cómo no amar a un Dios que murió por mí, y que me ha tenido tanta paciencia mientras yo lo hacía sufrir, a pesar de que mis ofensas eran muchas?...

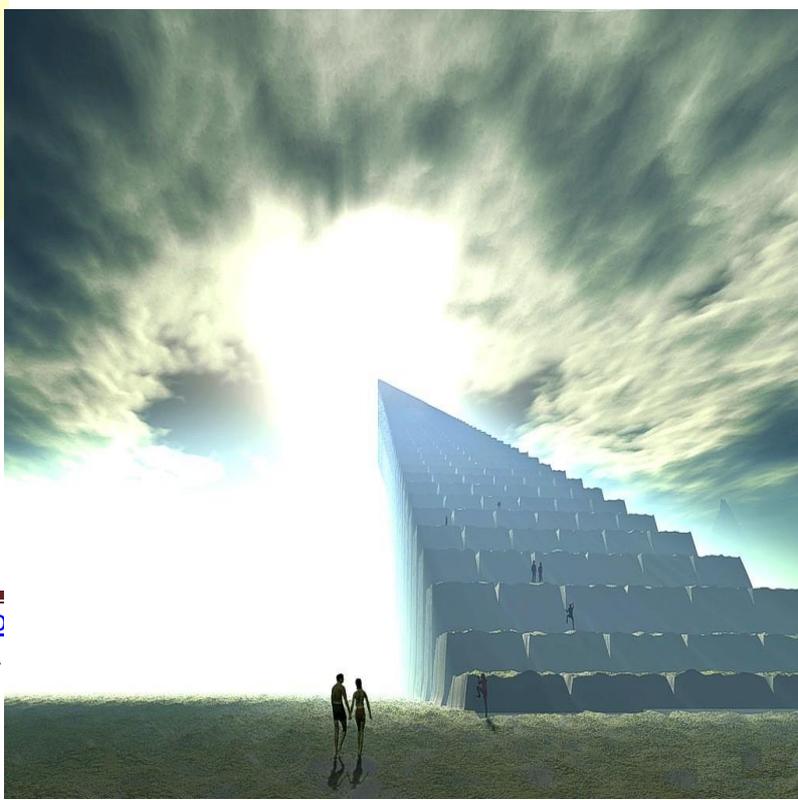
Me arrepiento de todo corazón, Dios de mi alma, y quisiera morir de dolor... Y si en la vida pasada me aparté de Ti, ahora te amo sobre todas las cosas, más que a mí mismo... Eterno Padre, por los merecimientos de Jesucristo, socorre a un miserable pecador que desea amarte...

María, mi esperanza, ayúdame Tú, y obtén para mí la gracia de que acuda siempre a tu divino Hijo y a Ti, tan pronto el enemigo me induzca a cometer nuevos pecados.

PUNTO 2

Dices que *el Señor es Dios de misericordia*. Aquí se oculta el tercer

© Copyright 2016 [Keno Toriello](#)
Todos los Derechos de Autor a



engaño, muy común entre los pecadores, y por el cual no pocos se condenan. Escribe un sabio autor que más almas envía al infierno la misericordia que la justicia de Dios, porque los pecadores, confiando temerariamente en esta misericordia, no dejan de pecar, y se pierden.

El Señor es Dios de misericordia, ¿quién lo niega? Y, sin embargo, ¡cuántas almas manda Dios cada día al infierno! Es, en verdad, misericordioso, pero también es justo; y por ello se ve obligado a castigar a quien le ofende. Usa de misericordia con los que le temen (Sal., 102, 11-13).

Pero en los que le desprecian y abusan de la clemencia divina para ofenderle más, tiene que responder sólo la justicia de Dios. Y con motivo grave, porque el Señor perdona el pecado, pero no puede perdonar la voluntad de pecar.

El que peca—dice San Agustín—pensando en que se arrepentirá después de haber pecado, no es penitente, sino que hace burla y menosprecio de Dios. Además, el Apóstol nos advierte (Ga., 6, 7) que de Dios nadie se burla; ¿y qué mayor burla sería que después de ofenderle cómo y cuándo quisiéramos, luego aspiremos a la gloria?

«Pero así como Dios fue tan misericordioso conmigo en mi vida pasada, espero que lo será también en el futuro.» Este es el cuarto engaño. De modo que porque el Señor se ha compadecido de ti hasta ahora, ¿habrá de ser siempre clemente y no te castigará jamás?... Más bien, mientras mayor haya sido su clemencia, así tanto más debes temer que no vuelva a perdonarte, y que te castigue con rigor apenas le ofendas de nuevo. «No digas—exclama el Eclesiástico (5, 4)—*he pecado, y no he recibido castigo, porque el Altísimo, aunque es paciente, nos da lo que merecemos.*»

Cuando llega su misericordia al límite que para cada pecador tiene determinado, entonces le castiga por todas las culpas que el ingrato cometió. Y la pena será mucho más dura mientras más largo haya

sido el tiempo en que Dios esperó al insolente, dice San Gregorio.

Si vieras, pues, hermano mío, que, a pesar de tus frecuentes ofensas a Dios, aún no has sido castigado, debes decir: «Señor, es grande mi gratitud, porque me has librado del infierno, que tantas veces merecí.» Considera que muchos pecadores, por culpas harto menos graves que las tuyas, se han condenado irremisiblemente. Además ejercita tu propia paciencia y realiza buenas obras para expiación de tus pecados.

La benevolencia con que Dios te ha tratado debe animarte no sólo a dejar de ofenderle, sino a servirle y amarle siempre, ya que contigo mostró inmensa misericordia, a muchas otras personas negada.

ORACIÓN

Jesús mío crucificado, mi Redentor y mi Dios: me arrodillo a la vista de tus pies, este traidor infame, que me avergüenzo de comparecer ante tu presencia. ¡Cuántas veces te he menospreciado! ¡Cuántas veces prometí no ofenderte más! Pero mis promesas fueron otras tantas traiciones, pues no bien se me ofreció ocasión de pecar, me olvidé de Ti y te abandoné nuevamente. Te doy mil gracias porque me has librado del infierno y me permites estar a tus pies, e iluminas mi alma y me atraes a tu amor.

¡Quiero amarte, Salvador mío, y no despreciarte más, que bastante tiempo me has esperado! ¡Infeliz de mí si, a pesar de tantas gracias, volviera a ofenderte! Deseo, Señor, cambiar de vida y amarte tanto como te he ofendido, y me llena de consuelo el considerar que eres bondad infinita.

Me duele de todo corazón el haberte despreciado, y te ofrezco todo mi amor de ahora en adelante. Perdóname por los merecimientos de tu sagrada Pasión; olvida los pecados con que te injurié, y dame fuerzas para serte fiel siempre. Te amo, Sumo Bien mío; espero amarte eternamente, y no quiero volver a abandonarte...

¡Oh María, Madre de Dios, úneme a mi Señor Jesucristo, y alcánzame la gracia de que yo no me aparte jamás de sus benditos pies!... En Ti confío.

PUNTO 3

«Aún soy joven... Dios se compadece de la juventud, y más tarde me entregaré a Él.» Consideremos este quinto engaño. Eres joven: ¿pero no sabes que Dios no cuenta los años, sino los pecados de cada hombre?... ¿Cuántos has cometido?... Muchos ancianos habrá que no hayan hecho ni la décima parte de los que tú hiciste.

¿Ignoras que el Señor tiene determinados el número y medida de las culpas que a cada pecador va a perdonar?

«El Señor—dice la Escritura (2 Mac., 6, 14)—*sufre con paciencia para castigar a las naciones en el colmo de sus pecados cuando viene el día del juicio.*» Lo cual significa que el Señor es paciente y sufre y espera hasta cierto límite; pero apenas se colma la medida de los pecados que a cada hombre quiere perdonar, cesa el perdón y se ejecuta el castigo, enviando de improviso la muerte al pecador en el estado de condenación en que éste se halla, o abandonándole a su pecado, que es pena peor que la misma muerte (Is., 5).

Si tienes una tierra de agricultura y le pones una cerca con setos, y a pesar de haberla cultivado muchos años y de haber hecho en ella gastos considerables, ves que, con todo eso, no te da fruto alguno, ¿qué harás?... Le arrancarás el cercado y la dejarás abandonada.

Teme que Dios puede hacer eso mismo contigo. Si sigues pecando, irás perdiendo el remordimiento de conciencia; no pensarás en la eternidad ni en tu alma; perderás casi del todo la luz que nos guía, acabarás por perder todo temor... Pues ese temor quitado era la cerca que te defendía. Ya llegó el abandono de Dios.

Examinemos, en fin, el último engaño. Dices: «Es verdad que por ese pecado perderé la gracia de Dios y quedaré condenado al infierno. Puede, entonces, suceder que me condene; pero también puede suceder que pronto me confiese y me salve...» Sí, es cierto, estoy de acuerdo que así pudiera ser. Quizá te salves. No soy profeta

ni adivino, y no me es dado asegurar con certeza que después de ese nuevo pecado, ya no habrá para ti perdón de Dios.

Pero no me puedes negar que si vuelves a ofender a Dios después que con tantas gracias el Señor te ha bendecido, es sumamente fácil que te pierdas para siempre. Así lo patentiza la Sagrada Escritura (Ecl., 3, 27): «El corazón obstinado mal se hallará en su última hora de vida.» «*Los que proceden malignamente serán exterminados*» (Sal. 36, 9). «El que siembra pecados, recogerá, al fin, penas y tormentos» (Gal., 6, 8). «Te llamé—dice Dios (Pr., 1, 24-26)—y me rechazaste... Yo también me reiré en tu muerte.» «*Mía es la venganza, y Yo les daré el pago a su tiempo*» (Dt., 32, 35).

Así habla de los pecadores obstinados la Sagrada Escritura, y además así lo exigen la razón y la justicia. Y, sin embargo, dices que, a pesar de todo, quizá te salvarás. Repetiré que no es imposible; pero ¿no estás actuando como un loco al confiar la salvación eterna a un quizá, y a un quizá tan poco probable? ¿Es acaso este negocio de la vida eterna el más valioso de nuestra vida, que podemos arriesgarlo así tan fácilmente?

ORACIÓN

Amadísimo Redentor mío: Postrado a tus pies, te agradezco con toda mi alma que, a pesar de mis muchas culpas, no me hayas abandonado. ¡Cuántos que te habrán ofendido menos que yo no recibieron las invitaciones que ahora me haces! Veo y sé que deseas salvarme, y yo me uno a tus deseos. Quiero ensalzar eternamente en el Cielo tu misericordia.

Espero, Señor, que me hayas perdonado; pero si todavía no he recuperado tu gracia por no haber sabido arrepentirme de mis culpas, ahora me arrepiento de todo corazón, y las detesto sobre todos los males.

Perdóname, por piedad, y aumenta en mí el dolor de haberte ofendido a Ti, Dios mío, Bondad Máxima e inexplicable. Dame

dolor y amor, pues aunque te amo sobre todas las cosas, mi amor es pequeño; quiero amarte más, y a Ti pido y de Ti espero alcanzar ese amor. Oyeme, Jesús mío, ya que prometiste oír al que te suplica...

¡Oh Virgen María, Madre de Dios!, el mundo entero afirma que nunca dejas desconsolado al que a Ti se encomienda. Y pues eres, después de Jesucristo, mi única esperanza, a Ti, Señora, acudo, y en Ti confío. Encomiéndame a tu Hijo y sálvame.

24. Del juicio particular

Porque es necesario que todos nosotros seamos manifestados ante el tribunal de Cristo.

II COR., 5, 10.

PUNTO 1

Consideremos la presentación del reo, acusación, examen y sentencia de este juicio.

Primero, en cuanto a la presentación del alma ante el Juez, dicen comúnmente los teólogos que el juicio individual se realiza en el mismo instante en que el hombre expira, y que en el mismo lugar donde el alma se separa del cuerpo es juzgada por nuestro Señor Jesucristo, el cual no delegará su poder, sino que por Sí mismo vendrá a juzgar esta alma. «A la hora que no pienses vendrá el Hijo del Hombre» (Lc., 12, 40). «Vendrá con amor para los buenos—dice San Agustín—, y con terror para los malos.»

¡Oh, qué espantoso temor sentirá el que, al ver por vez primera al Redentor, vea también la indignación divina! *¿Quién podrá subsistir ante la faz de su indignación?*» (Nah., 1,6).

Meditando en esto, el P. Luis de la Puente temblaba de tal modo que la habitación en que estaba se estremecía. El V. P. Juvenal Ancina se convirtió oyendo cantar "La Ira de Dios", porque al considerar el terror que tendrá el alma cuando vaya al juicio, resolvió apartarse del mundo; y así, en efecto, lo abandonó.

El enojo del Juez, anuncio será de eterna desventura (Pr., 16, 14); y hará padecer más a las almas que las mismas penas del infierno, dice San Bernardo.

Aquí en la tierra muchas veces se ve que el miedo causa un sudor glacial en los criminales presentados ante los jueces. Un hombre llamado Pisón, con traje de reo, cuando comparece ante el Senado, sintió tanta confusión y vergüenza, que allí mismo se causó muerte. De igual manera nos sucede a todos frente a nuestros padres enojados ¡Qué aflicción profunda siente un hijo cuando ve al padre gravemente enojado!... Y si trabajas en una oficina y tu

comportamiento causa el enojo de tu jefe, ¡qué vergüenza no sientes!

¡Pues mucha mayor pena sentirá el alma cuando vea indignado a Jesucristo, a quien despreció! (Jn., 19, 37). Airado e implacable, se le presentará entonces este Cordero divino, que fue en el mundo tan paciente y amoroso, y el alma, sin esperanza, clamará a los montes que caigan sobre ella y la oculten al enojo de Dios (Ap., 6, 16).

Hablando del juicio, dice San Lucas (21, 27): Entonces verán el Hijo del Hombre. Ver a su Juez en forma humana acrecentará el dolor de los pecadores; porque la presencia de aquel Hombre que murió por salvarlos les recordará vivamente la ingratitud con que le ofendieron.

Después de la gloriosa Ascensión del Señor, los ángeles dijeron a los discípulos (Hch., 1, 11): *«Este Jesús, que delante de ustedes ha subido a la gloria, así vendrá como le han visto ir al Cielo.»* Vendrá, pues, el Salvador a juzgarnos ostentando aquellas mismas sagradas llagas que tenía cuando dejó la tierra. «Grande gozo para los que lo contemplan, temor grande para los que esperan», dice Ruperto. Esas benditas llagas consolarán a los justos e infundirán espanto a los pecadores.

Cuando José dijo a sus hermanos (Gn., 45, 3): Yo soy José, a quien ustedes vendieron, y ellos quedaron mudos e inmóviles de terror. ¿Qué responderá el pecador a Jesucristo? ¿Podrá acaso pedirle misericordia frente a la evidencia de que tantas veces le despreció esa misma clemencia?. ¿Qué hará, pues—dice San Agustín—, adonde huirá cuando vea al Juez enojado, debajo el infierno abierto, a un lado los pecados acusadores, al otro al demonio dispuesto a ejecutar la sentencia, y dentro de sí mismo la conciencia que remuerde y castiga?

ORACIÓN

¡Oh Jesús mío! Así quiero llamarte siempre, pues tu nombre me consuela y reanima, recordándome que fuiste mi Salvador y que moriste por redimirme.

A tu pies me humillo, y reconozco que soy reo de tantos infiernos

todas las veces que te ofendí con pecados mortales. No merezco perdón, ¡pero Tú has muerto para perdonarme!...

Perdóname, ¡oh Jesús!, ahora, antes que vengas a juzgarme. Para entonces ya no me estará permitido pedirte clemencia; ahora puedo implorarla y la espero. Para entonces tus llagas me atemorizarán; ahora me infunden esperanza.

Amadísimo Redentor mío, me arrepiento con todo mi ser de haber injuriado tu Bondad infinita. Propongo sufrir cualquier trabajo, cualquier prueba, antes que perder tu gracia, porque te amo con todo mi corazón. Ten misericordia de mí.

¡Oh María, Madre de misericordia y Abogada de pecadores!: ayúdame a sentir dolor de mis culpas, a obtener el perdón de ellas y a obtener la perseverancia en el amor divino. Te amo, Reina mía, y en Ti confío.

PUNTO 2

Pensemos en la acusación y el examen: «Comenzó el juicio y los libros fueron abiertos» (Dn., 7, 10). Dos serán estos libros: el Evangelio y la conciencia. En el Evangelio se leerá lo que el reo debió hacer; en la conciencia se leerá lo que hizo.



En el peso de la divina Justicia no se considerarán los logros

materiales que logró la persona, sus estudios, riquezas, amistades, vacaciones y diversiones, ni que tan noble y educado fue, sino que solo se verán sus obras. Obras directas e indirectas. «Has sido pesado en la balanza—dice Daniel (5, 27) al rey Baltasar—, y has sido hallado culpable.»

Es decir, según comentario del Padre Álvarez, que «no fueron puestos en el peso el oro y las riquezas, sino sólo el rey como persona».

Llegarán luego los acusadores, y el demonio ante todos. «Estará el enemigo ante el tribunal de Cristo—dice San Agustín—, y referirá las palabras de tu profesión.» «Nos recordará cuanto hemos hecho, el día, la hora en que hemos pecado.» Referir las palabras de nuestra profesión significa que presentará todas las promesas que hicimos, olvidadas y no cumplidas después, y aducirá nuestras culpas, designando los días y horas en que las hayamos cometido.

Luego dirá al Juez: «Señor, yo nunca he tentado a este acusado; pero él te olvidó y abandonó a Ti, que diste la vida por salvarle, y solito se hizo esclavo mío. A mí me pertenece...» Será también acusador el ángel custodio (ángel de la guarda), como dice Orígenes (Hom. 66), y «dará testimonio de los años en que procuró la salvación del pecador, aunque el acusado despreció todas las inspiraciones y avisos». Entonces, «todos sus amigos le despreciarán» (Lm., 1, 2).

Hasta las paredes que lo vieron pecar serán acusadoras (Hab., 2, 11); y acusadora será la misma conciencia (Ro., 2, 15-16). Los pecados—dice San Bernardo— clamarán diciendo: «Tú nos hiciste, tus obras somos, y no te abandonaremos.»

Acusadoras, por último, serán, como escribe San Juan Crisóstomo, las llagas del Señor: «Los clavos se quejarán de tí; las cicatrices contra ti hablarán; la cruz de Cristo clamará en contra tuya.»

Después se hará el examen. Dice el Señor (Sof., 1, 12): «Con la luz en la mano escudriñaré a Jerusalén.» La luz de la lámpara penetra

todos los rincones de la casa, escribe Mendoza. Y Cornelio a Lápide, comentando la palabra *in lucernis* del texto, dice que Dios presentará ante el acusado los ejemplos de los Santos, todas las luces e inspiraciones que les dio, todos los años de vida que le concedió para que practicara el bien. Hasta de las miradas tendrás que dar cuenta, exclama San Anselmo.

Y así como se purifica y aquilata el oro separándolo de la escoria, así se aquilatarán y examinarán las confesiones, comuniones y otras buenas obras (Mal., 3, 3). «Cuando llegue el tiempo, juzgaré las justicias». En resumen, dice San Pedro (1 P., 4, 18) que en juicio apenas se salvará el justo.

Si tenemos que dar cuenta de toda palabra ociosa de esas que decimos sin pensar, ¿qué cuenta no tendremos que dar de las que dijimos meditadas, incluso de tanto mal pensamiento consentido, y de tantas palabras impuras?.

Incluso para la gente cahuinera, escandalosa y alaraca, el Señor tiene una advertencia, porque con sus comentarios desaniman a otras personas a ser santos, dice el Señor (Os., 13, 8): «Los asaltaré como la osa a quien han robado los cachorros». Y, finalmente, refiriéndose a las acciones del acusado, dirá el Juez Supremo (Pr., 31, 31): «*Dénle el fruto de sus manos*»; es decir, paguenle según sus obras.

ORACIÓN

¡Ah Jesús mió! Si quisieras pagarme ahora según las obras que he hecho, el infierno sería mi recompensa... ¡Cuántas veces, oh Dios, escribí mi propia condena a esa cárcel de tormentos! Inmensa es mi gratitud por la paciencia con que me has esperado.

¡Oh Señor!, si ahora tuviera que presentarme a tu Tribunal, ¿qué cuenta daría de mi vida? Espérame, Dios mío, un poco más, no me juzgues aún (Sal. 142, 2). ¿Qué sería de mí si en este momento me juzgaras? Aguarda, Señor, y ya que me das tanta clemencia, sé

todavía tan misericordioso que me des gran dolor por mis pecados.

Me arrepiento, ¡oh Bien Sumo!, de haberte menospreciado tantas veces, y te amo sobre todas las cosas... Eterno Padre, perdóname por amor de Jesucristo, y por sus méritos concédeme la santa perseverancia...

Jesús mío, todo lo espero del infinito valor de tu Sangre. María Santísima, en Ti confío... Mira mi gran miseria, y compadecete de mí.

PUNTO 3

En resumen: para que el alma consiga la salvación eterna, el juicio tiene que demostrar que la vida de esa alma ha sido conforme a la vida de Cristo (Ro., 8, 29). Por este motivo temblaba Job, y exclamaba (31, 14): «¿Qué haré cuando Dios se levante a juzgar? Y cuando me pregunte, ¿qué le responderé?» Reprendiendo Felipe II a uno de sus servidores, que había tratado de engañarle, le dijo severamente nada más que estas palabras: ¿Y así me engañas?, .. Aquel infeliz se marchó a su casa y murió de pena.

¿Qué hará, pues, qué responderá el pecador a Jesucristo Juez? Hará lo que aquel hombre de que hablan los Evangelios (Mt., 22, 12), que acudió al banquete sin traje de boda. No supo qué contestar, y enmudeció. Las mismas culpas le cerrarán la boca (Sal. 106, 42). La vergüenza—dice San Basilio—dará al pecador mayor tormento que las mismas llamas infernales.

Por último, el Juez dictará la sentencia: «Apártate de Mí, maldito, al fuego eterno.» ¡Oh! Cuán terriblemente resonará aquel trueno...—dice Dionisio el Cartujo—. «Quien no tiembla por ese horrendo tronar—exclama San Anselmo—, no está dormido, sino muerto»; y San Eusebio añade que será tan inmenso el terror de los pecadores al oír su sentencia, que si no fueran ya inmortales, al punto morirían.

Entonces, como escribe Santo Tomás de Villanueva, ya no será tiempo de suplicar, ya no habrá intercesores a quienes recurrir. ¿Y a quién acudirán?... ¿Tal vez a su Dios, que despreciaron?. ¿Tal vez a los Santos, a la Virgen María?... ¡Ah, no! Porque entonces las estrellas (que son los santos abogados) caerán del Cielo, y la luna (que es María Santísima) no alumbrará (Mt., 24, 29). «María—dice San Agustín—huirá de las puertas de la gloria.»

«¡Oh Dios!—exclama Santo Tomás de Villanueva—, con qué indiferencia oímos hablar del juicio, como si fuera imposible para nosotros merecer la sentencia de condenación, o como si no fuera cierto que seremos juzgados... ¡Qué locura estar tranquilos en medio de tal riesgo!» No digas, hermano mío—nos advierte San Agustín—: ¡Ah! ¿Acaso desea Dios enviarme al infierno? No lo digas jamás.

Tampoco los hebreos querían convencerse de que serían exterminados, y muchos réprobos se jactaban de que no recibirían las penas eternas. Pero al fin llegó el castigo: «El fin llega, llega el fin...; ahora enviaré mi furor sobre ti, y te juzgaré» (Ez., 7, 6-8).

Pues eso mismo te sucederá a ti. «Llegará el día del juicio y verás lo ciertas que son las amenazas de Dios.»

Ahora todavía podemos nosotros escoger la sentencia que prefiramos. Y para ello debemos ajustar nuestras cuentas del alma antes que llegue el juicio (Ecl., 18, 19), porque, como dice San Buenaventura, los negociantes prudentes, para no errar, revisan y ajustan sus cuentas a menudo: «Antes del juicio podemos aplacar al Juez; pero durante el juicio, no.»

Digamos, pues, al Señor lo que San Bernardo decía: «Quiero presentarme a Ti ya juzgado y no por juzgar.» Quiero, ¡oh Juez de mi alma!, que en esta vida me juegues y castigues, que ahora es tiempo de misericordia y de perdón; después de la muerte sólo será

tiempo de justicia.

ORACIÓN

Si ahora, Dios mío, no aplaco tu enojo, después ya no será posible. Pero ¿cómo lo conseguiré, habiendo tantas veces despreciado tu amistad por placeres mundanos y dañinos? Con ingratitud pagué tu inmenso amor... ¿Qué satisfacción meritoria puede ofrecer la criatura por las ofensas que hizo a su Creador?...

¡Ah Señor mío! ¿Cómo darte dignamente gracias por esa tu misericordia, que me dispuso medios infalibles de satisfacerte y aplacarte?... Te ofrezco la Sangre y la muerte de Jesucristo, tu Hijo, y queda aplacada y superabundantemente satisfecha tu justicia. Necesario es, además, mi arrepentimiento...

Sí, Dios mío; me arrepiento de todo corazón de cuantas ofensas te hice. Júzgame ahora, Redentor mío. Detesto mis culpas sobre todo mal, y te amo sobre todas las cosas con toda mi alma; propongo amarte siempre, y preferir la muerte a ofenderte otra vez. Has prometido perdonar al que se arrepiente. Júzgame, pues, ahora, y perdóname mis pecados. Acepto la pena que merezco; pero devuélveme tu gracia, y consérvala en mí hasta la muerte...

¡Oh María, Madre nuestra! Gracias por tantos dones que me has ayudado a obtener de la divina clemencia. Sigue protegiéndome hasta el fin de mi vida.

25. Del juicio universal

Conocido será que el Señor hace justicia.

SAL. 9, 17.

PUNTO 1

No hay en el mundo persona más despreciada que nuestro Señor Jesucristo. Más atención se pone a un pobre villano que al mismo Dios; porque se teme que ese villano, al verse demasiado injuriado y oprimido, trate después de vengarse, movido con un enojo ciego. Si en tu ciudad hay un barrio conocido por su violencia, harás todo lo posible para evitar ir a él. Si caminando ves a un hombre robando, tratarás de abrirle paso y no frenar su huida, por miedo de que te acuchille. Si alguien te pide limosna, con miedo le dirás que no tienes nada, o le darás algún poco que tengas a mano para que no moleste ni se enoje. Y si te ves en la situación de que te asaltan con cuchillo, temblando de miedo tratarás de complacer sus requerimientos.

Pero a Dios se le ofende y ultraja sin reparo, como si no pudiera castigar cuando quisiere (Jb., 22, 17).

Por esta razón, el Redentor ha destinado el día del juicio universal (llamado Día del Señor en la Escritura), en el cual Jesucristo se hará reconocer por todos como Señor Universal y Soberano de todas las cosas (Sal. 9, 17).

Ese día no se llama día de misericordia y perdón, sino «*día de ira, de tribulación y de angustia; día de miseria y desventura*» (Sof., 1, 15). Porque durante este día se reparará justamente el Señor de la honra y gloria que los pecadores quisieron quitarle en este mundo. Veamos cómo ha de suceder el juicio en ese gran día.

Antes que se presente el divino Juez primero veremos un fuego maravilloso del Cielo (Sal., 96, 3), que quemará la tierra y cuanto en ella exista (2 P, 3, 10). De manera que los palacios, templos, ciudades, pueblos y reinos, todo se convertirá en un montón de cenizas.

Es necesario purificar con fuego esta gran casa, contaminada de pecados. Este es el final que tendrán todas las riquezas,

construcciones y bellezas de la tierra. *Muertos los hombres, resonará la trompeta y todos resucitarán* (1 Co., 15, 52).

Decía San Jerónimo: «Cuando considero el día del juicio, me estremezco. Me parece que siempre oigo resonar aquella trompeta: Levántense, muertos, y vengan a mi juicio». Al sonido pavoroso de esa voz descenderán las almas hermosísimas de los bienaventurados para unirse a sus cuerpos, con los cuales sirvieron a Dios en este mundo; y las almas infelices de los condenados saldrán del infierno y se unirán a sus cuerpos malditos, que fueron instrumentos para ofender a Dios.

¡Qué diferencia habrá entonces entre los cuerpos de justos y condenados! *Los justos se mostrarán hermosos, iluminados, resplandecientes más que el sol* (Mt., 13, 43). ¡Dichoso el que en esta vida supo mortificar su carne, negándole los placeres prohibidos; y aún más dichosos serán los Santos que rechazaron hasta los placeres de los sentidos que sí están permitidos!...

¡Cuánto se regocijarán, como se alegró un San Pedro de Alcántara, que poco después de su muerte se apareció a Santa Teresa de Jesús, y le dijo: «¡Oh feliz penitencia, que tanta gloria me ha alcanzado!...» Y, al contrario, los cuerpos de los condenados se mostrarán deformes, negros y hediondos.

¡Ah, qué pena tendrá el condenado al reunirse con su cuerpo!... «Cuerpo maldito—dirá el alma—, por satisfacerte me perdí.» Y el cuerpo dirá: «Tú, alma maldecida, que estabas dotada de razón, ¿por qué me concediste aquellos placeres que a ti y a mí nos han perdido por toda la eternidad?»

ORACIÓN

¡Ah Jesús y Redentor mío, que un día has de ser mi Juez, perdóname antes que llegue ese día temible! *No apartes de mí tu rostro* (Sal. 101, 3). Ahora eres mi Padre, y como tal, recibe en tu gracia a un hijo que vuelve a Ti arrepentido.

Padre mío, te pido perdón. Mal hice en ofenderte y en dejarte, que no merecías mi proceder detestable. Me arrepiento de ello y me

duele el corazón. Perdóname, pues; no apartes de mí tu rostro ni me despidas como merezco. Acuérdate de la Sangre que por mí derramaste, y ten misericordia de mí.

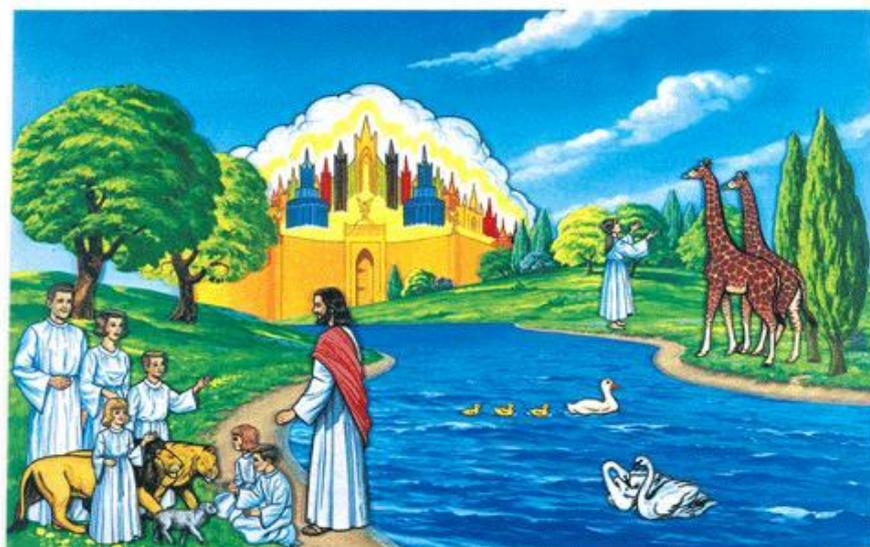
Jesús mío, no quiero más Juez que Tú. Pues, como decía Santo Tomás de Villanueva, «gustoso me someto al juicio de Aquel que murió por mí y que para no condenarme, quiso ser Él condenado a la cruz». Ya San Pablo había dicho: «¿Quién es el que condena? Cristo Jesús, que murió por nosotros.»

Te amo, Padre mío, y deseo no volver jamás a separarme de tus pies. Olvida las ofensas que te hice, y dame gran amor a tu bondad. Quiero que este amor a Ti sea mayor que el desagradecimiento con que te ofendí. Pero si no me ayudas, no podré amarte. Ayúdame, Jesús mío. Haz que mi vida, sea como quiere tu amor, a fin de que en el último día de mi vida merezca ser contado en el número de tus escogidos...

¡Oh María, mi Reina y mi Abogada, ayúdame ahora, pues si me perdiera ya no podrás ayudarme en aquel día! Tú, Señora, por todos ruegas. Ruega también por mí, que me aprecio de ser tu devoto y que tanto confío en Ti.

PUNTO 2

Apenas hayan resucitado los muertos, dispondrán los ángeles que se reúnan todos en el valle de Josafat para ser juzgados (Jl., 3,14), y separarán allí a los justos de los culpables (Mt., 13, 49). Los



Shown on water/sky flannelgraph using the shoreline overlay

primeros quedarán a la derecha; los condenados, a la izquierda... Profunda pena siente quien se ve separado de la sociedad o de la Iglesia. ¡Mucho mayor pena será la de verse despedido de la compañía de los Santos! ¡Qué confusión tendrán los pecadores cuando, apartados de los justos, se hallen abandonados!

Dice San Juan Crisóstomo que si los condenados no tuvieran otras penas, esa confusión bastaría para darles los tormentos del infierno. Habrá hijos separados de sus padres; esposos, de sus esposas; amos, de sus sirvientes... (Mt., 24, 40). Di, hermano mío, ¿en qué lugar crees que te hallarás entonces?... ¿Quieres estar a la derecha? Pues abandona el camino que te lleva a la izquierda.

Se tiene en este mundo por afortunados a los millonarios, y se desprecia a los Santos, a los pobres y humildes... ¡Oh fieles que aman a Dios!, no te aflijas al verte tan atribulado y vilipendiado en la tierra. «*Tu tristeza se convertirá en gozo*» (Jn., 16, 20).

Entonces verdaderamente serás llamado venturoso, y te honrarán admitiéndote en la corte de Cristo. ¡Con qué celestial hermosura resplandecerán un San Pedro de Alcántara, que fue injuriado como si hubiese sido traidor; un San Juan de Dios, escarnecido como loco; un San Pedro Celestino, que, renunciando al Pontificado, murió en una cárcel! ¡Qué gloria alcanzarán tantos mártires que fueron despedazados por los verdugos! (1 Co., 4, 5). Y, al contrario, ¡qué horribles aparecerán un Herodes, un Pilatos, un Nerón y otros poderosos de la tierra, condenados para siempre!...

¡Oh amadores del mundo! Ya tienen reservado un lugar en ese valle, a ese valle se dirigen. Allí, sin duda, cambiarás de parecer; allí llorarás tu locura. ¡Infelices, esta vida es solo una escena, y están representando un papel como hacen los actores. Una vida tan corta y breve. Y cuyo precio es ir al valle de los culpables en la tragedia del juicio universal!

Los elegidos se hallarán a la derecha, y para mayor gloria—como dice el Apóstol (1 Ts., 4, 16)—serán levantados en el aire, sobre las nubes, y esperarán con los ángeles a Jesucristo, que ha de bajar del Cielo. Los condenados, a la izquierda, y como reses destinadas al matadero, aguardarán a su Juez, que va a hacer pública la condenación de todos sus enemigos.

De improviso, se abren los Cielos y surgen los ángeles para asistir al juicio, llevando los signos de la Pasión de Cristo, dice Santo Tomás. Singularmente resplandecerá la Santa Cruz. *Y entonces aparecerá en el Cielo la señal de la Pasión del Hijo del Hombre, y gemirán todas las tribus de la tierra* (Mt., 24, 30).

«¡Oh, y cómo al ver la cruz—exclama Cornelio a Lápide—gemirán los pecadores que despreciaron su salvación eterna, que costó tan caro al Hijo de Dios!» «Entonces—dice San Juan Crisóstomo—los clavos se quejarán de ti; las cicatrices contra ti hablarán; la cruz de Cristo clamará en contra tuya.»

Asesores serán de este juicio los Santos Apóstoles y todos los que los imitaron, y con Jesucristo juzgarán a los pueblos. Allí estará también la Reina de los ángeles y de los hombres, María Santísima. Y, en fin, se presentará el eterno Juez en un trono luminoso de majestad. «Y verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes del Cielo con gran poder y majestad» (Sb., 3, 7-8). «A su presencia serán atormentados los pueblos» (Mt., 24, 30).

La presencia de Cristo traerá a los elegidos mucho consuelo, y a los condenados penas mayores que las del mismo infierno, dice San Jerónimo. «Dame, Jesús mío—decía Santa Teresa—, dame cualquier trabajo, pero no me muestres tu rostro indignado en aquel día.» Y San Basilio dice: «Esta confusión excede a toda pena.» Sucederá entonces lo predicho por San Juan (Ap., 6, 16): que los condenados pedirán a las montañas que caigan sobre ellos y los

oculten a la vista del enojado Juez.

ORACIÓN

¡Oh adorado Redentor mío, Cordero de Dios, que viniste al mundo no para castigar, sino a perdonar los pecados, perdóname, Señor, antes que llegue el día en que has de juzgarme. Verte entonces, Cordero sin mancha, que con tanta paciencia me has esperado sufriendo, y perderte para siempre, sería el infierno de mi infierno. Perdóname, pues, vuelvo a decirte; sácame con tus manos piadosísimas de este abismo en que me hundieron mis pecados. Me arrepiento, ¡oh Sumo Bien!, de haberte ofendido tantas veces.

Te amo, Juez mío, que tanto me has amado. Por los merecimientos de tu muerte, dame tan alta gracia que me convierta de pecador en santo. Prometiste oír a quien te niegue, pues yo no te pido bienes terrenos, sino tu gracia y tu amor; nada más deseo. Oyeme, Jesús mío, por el amor que me tuviste al morir por mí en la cruz. Reo soy, ¡oh Juez amadísimo!, pero un reo que te ama más que a mí mismo...

María, Madre nuestra, ten misericordia de mí ahora que aún hay tiempo de que me ayudes. Jamás me has abandonado cuando yo huía de Dios y de Ti. Socórreme ahora que resuelvo amarte y servirte siempre y no más ofender a mi Señor.

¡Oh María, Tú eres mi esperanza!

PUNTO 3

Comenzará el juicio abriéndose los libros del proceso, es decir, las conciencias de todos (Dn., 7, 10). Los primeros testimonios contra los condenados serán del demonio, que dirá, según San Agustín: «Justísimo Juez, sentencia que son míos los que no quisieron ser tuyos.»

Acusará después la propia conciencia de los hombres (Ro., 2, 15). Darán luego testimonio clamando venganza, los lugares en que, los pecadores ofendieron a Dios (Hab., 2, 11)» y testigo será por último,

el mismo Juez, que estuvo presente en todas las ofensas que le hicieron.

Dice San Pablo (1 Co., 4, 5) que en aquel momento el Señor «aclarará aún las cosas escondidas en las tinieblas». Manifestará ante todos los hombres las culpas de los condenados, hasta las más secretas y vergonzosas que en la vida ocultaron ellos a los mismos confesores (Nah., 3, 5).

Los pecados de los elegidos no serán descubiertos, sino continuarán ocultos, según lo que dice David (Sal. 31, 1): *Bienaventurados aquéllos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido encubiertos.*

Y, por el contrario—dice San Basilio—, las culpas de los condenados serán vistas por todos de una sola ojeada, como si estuvieran representadas en un cuadro. Exclama Santo Tomás: «Si en el huerto de Getsemaní, al decir Jesús: Yo soy, cayeron en tierra todos los soldados que iban a tomarlo prisionero, ¿qué sucederá cuando, en su trono de Juez, diga a los condenados: Yo soy Aquel que tanto despreciaron?»

Al llegar la hora de la sentencia, Jesucristo dirá a los elegidos aquellas dulces palabras (Mt., 25, 34): *Vengan, benditos de mi Padre; posean el reino que les he preparado desde el principio del mundo.* Cuando San Francisco de Asís supo por revelación que estaba predestinado, sintió un enorme consuelo.

¿Qué consolución no sentirán los que oigan que el Juez les dice: «Vengan, hijos benditos, vengan a mi reino. No más trabajos ni temor. Conmigo estás y estarás eternamente. Bendigo las lágrimas que por tus pecados derramaste. Vamos a la gloria, donde unidos viviremos por toda la eternidad»?

La Virgen Santísima bendecirá a sus devotos y los invitará a entrar con Ella en el Cielo. Y así, los justos, entonando gozosos Aleluya, irán a la gloria celestial para poseer, alabar y amar a Dios

eternamente.

Los condenados, al contrario, dirán a Jesucristo: «Y nosotros, desventurados, ¿qué vamos a hacer?» Y el Eterno Juez les responderá: «Ustedes, ya que despreciaron y rechazaron mi gracia, *apártense de Mí, malditos; vayan al fuego eterno* (Mt., 25, 41). Apártense de Mí, que no quiero ni verlos ni oírlos. Huyan, huyan, malditos, que menospreciaron mis bendiciones...» ¿Y adonde, Señor, irán estos desdichados?... Al fuego del infierno, para arder allí en cuerpo y alma... ¿Y por cuántos años o siglos?... Por toda la eternidad, mientras Dios sea Dios.

Después de la sentencia, dice San Efrén, los condenados se despedirán de los ángeles, de los Santos y de la Santísima Virgen, Madre de Dios. «¡Adiós, justos; adiós, cruz; adiós, gloria; adiós, padres e hijos; ya no vamos a vernos jamás! ¡Adiós, Madre de Dios, María Santísima!»

Y en medio de la tierra se abrirá una inmensa fosa, por donde, juntos y mezclados, se hundirán demonios y condenados. Los cuales verán cómo tras ellos se cierra aquella puerta que jamás volverá a abrirse... ¡Nunca en la eternidad!... ¡Oh maldito pecado! ¡A qué desdichado fin llevarás un día a tantas pobres almas!... ¡Oh almas desventuradas a quienes aguarda tan espantoso fin!

ORACIÓN

¡Ah Dios y Salvador mío! ¿Qué sentencia se me dará en el día del juicio? Si ahora me pidieras, Señor, cuenta de mi vida, ¿qué podría responder, sino que merezco mil infiernos? Así es, Redentor mío; mil infiernos merezco; pero debes saber que te amo más que a mí mismo, y que de las ofensas que te hice de tal modo me duelo, que preferiría haber padecido todos los males antes que haberte injuriado.

Tú, Jesús mío, condenas a los pecadores obstinados, pero no a los que se arrepienten y te quieren amar. Aquí estoy, a tus pies, arrepentido... Dime que me perdonas... Pero ya me lo dijiste a través de tu Profeta (Zc., 1, 3): *Vuelve a Mí, y Yo me volveré a*

ti. Todo lo dejo, renuncio a todos los deleites y bienes del mundo y me conviene y me abrazo a Ti, amado Redentor mío.

Recíbeme en tu Corazón, e inflámame allí en tu amor santísimo, de tal manera que no piense jamás en apartarme de Ti..., Sálvame, Jesús mío, y sea mi salvación el amarte siempre y siempre alabar tus misericordias (Sal. 88).

María, esperanza, refugio y Madre mía, auxiliame y ayúdame a obtener la santa perseverancia. Nadie se ha perdido recurriendo a Ti... A Ti, pues, me encomiendo. Ten piedad de mí.

26. De las penas del infierno

E irán éstos al suplicio eterno.

Mt., 25, 46.

PUNTO 1

Dos males comete el pecador cuando peca: primero deja a Dios, y segundo se entrega a las criaturas. *Porque dos males hizo mi pueblo: me dejaron a Mi, que soy fuente de agua viva, y cavaron para si depósitos rotos, que no pueden contener las aguas* (Jer., 2, 13). Y porque el pecador se dio a las criaturas, con ofensa de Dios, en forma justa será luego atormentado en el infierno por esas mismas criaturas, el fuego y los demonios; ésta es la pena de sentido. Pero como su culpa mayor, en la cual consiste la maldad del pecado, es el apartarse de Dios, la pena más grande que hay en el infierno es la pena de daño, el carecer de la vista de Dios y haberle perdido para siempre.

Consideremos primero la pena de sentido. Es de fé que hay infierno. En el centro de la tierra se halla esa cárcel, destinada al castigo de los rebeldes contra Dios.

¿Qué es, pues, el infierno? El lugar de tormentos (Lucas, 16, 28), como le llamó el rico Epulón, lugar de tormentos, donde todos los sentidos y fuerzas del condenado van a tener su propio castigo, y donde aquel sentido que más haya servido de medio para ofender a Dios será más gravemente atormentado (Sb., 11, 17; Ap., 18, 7). La vista padecerá el tormento de las tinieblas (Jb., 10, 21).

Digno de profunda compasión sería el hombre infeliz que pasara cuarenta o cincuenta años de su vida encerrado en un calabozo tenebroso y estrecho. Pues el infierno es una cárcel cerrada por completo y oscura, donde no penetrará nunca ni un rayo de sol ni de luz alguna (Salmo 48, 20).

El fuego que en la tierra alumbraba no será luminoso en el infierno. «Voz del Señor, que corta llama de fuego» (Sal. 28, 7). Es decir, como lo explica San Basilio, que el Señor separará del fuego la luz, de modo que esas maravillosas llamas abrasarán sin alumbrar. O como más brevemente dice San Alberto Magno: «Apartará del calor el resplandor.» Y el humo que despedirá esa hoguera formará la

espesa nube tenebrosa que, como nos dice San Judas (1, 3), cegará los ojos de los condenados. No habrá allí más claridad que la precisa para acrecentar los tormentos. Un pálido fulgor que deje ver la fealdad de los condenados y de los demonios y el horrendo aspecto que éstos tomarán para causar mayor espanto.

El olfato padecerá su propio tormento. Sería insoportable que estuviésemos encerrados en una habitación estrecha con un cadáver fétido. Pues el condenado va a estar siempre entre millones de pecadores, vivos para la pena, cadáveres hediondos por la pestilencia que arrojarán de sí (Is., 34, 3).

Dice San Buenaventura que si el cuerpo de un condenado saliera del infierno, bastaría él solo para que por su hedor muriesen todos los hombres del mundo... Y aún así hay gente que dice: «Si voy al infierno, no iré solo...» ¡Infeliz!, mientras más condenados haya allí, mayores serán tus padecimientos.

«Allí—dice Santo Tomás—la compañía de otros desdichados no alivia, sino que acrecienta la común desventura». Mucho más penaran, sin duda, por la fetidez asquerosa, por los lamentos de aquella desesperada muchedumbre y por la estrechez en que se hallarán amontonados y oprimidos, como ovejas en tiempo de invierno (Sal. 48, 15), como uvas prensadas en el lagar de la ira de Dios (Ap., 19, 15).

Padecerán asimismo el tormento de la inmovilidad (Ex., 15, 16). Tal y como caiga el condenado en el infierno, así va a permanecer inmóvil, sin que le sea posible cambiar de sitio ni mover mano ni pie mientras Dios sea Dios.

Será atormentado el oído con los continuos lamentos y voces de aquellos pobres desesperados, y por el horroroso estruendo que los demonios harán (Jb., 15, 21). A menudo nosotros perdemos el sueño cuando oímos cerca gemidos de enfermos, llanto de niños o ladridos de algún perro... ¡Infelices condenados, que van a oír por obligación y por toda la eternidad los gritos pavorosos de todos los condenados!...

La gula será castigada con el hambre devoradora... (Sal. 58, 15). Pero no habrá allí ni un pedazo de pan. Padecerá el condenado una sed abrasadora, que no se apagaría con toda el agua de un lago, pero no se le dará ni una sola gota. Una gota de agua no más pedía el rico

avariento, y no la obtuvo ni la obtendrá jamás.

ORACIÓN

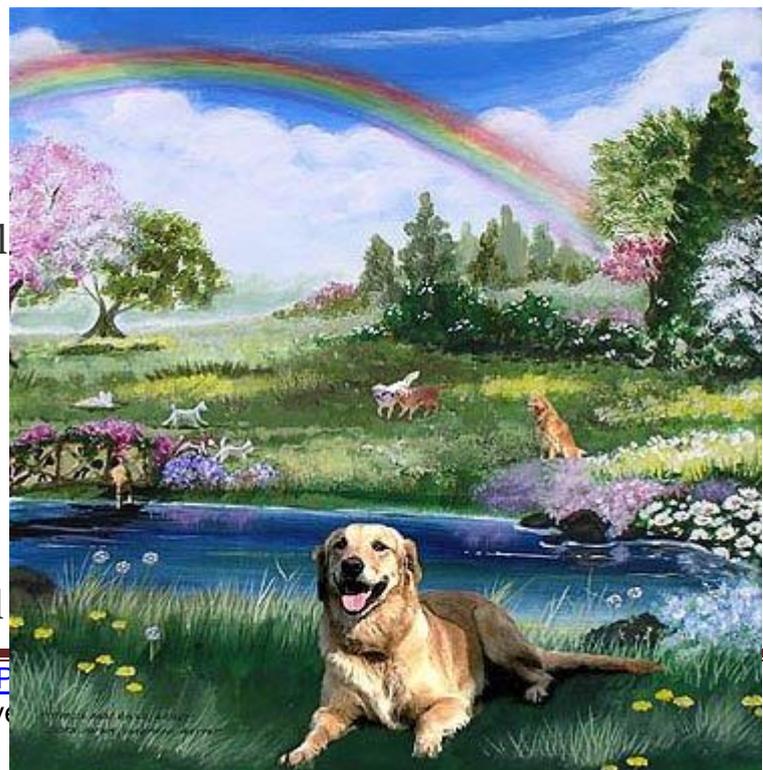
Mira, Señor, postrado a tus pies, al que no tuvo en cuenta tus dones ni tus castigos... ¡ Desdichado de mí! Si Tú, Jesús mío, no hubieras tenido misericordia, hace muchos años que estaría yo en aquel horno pestilente, donde arderán tantos pecadores como yo. ¡Ah Redentor mío! ¿Cómo podría ofenderte otra vez? No puedo ya ofenderte, Jesús de mi vida; antes envíame la muerte. Y ya que has comenzado, acaba tu obra; ya que me has sacado del barro de mis culpas y tan amorosamente me invitas a que te ame, haz ahora que el tiempo que me das lo invierta todo en servirte.

¡Cuánto desearían los condenados un día, una hora de este tiempo que a mí me concedes!... Y yo ¿qué haré? ¿Seguiré malgastándolo en cosas que te desagradan?... No, Jesús mío, no lo permitas, por los merecimientos de tu preciosísima Sangre, que hasta ahora me han librado del infierno. Te amo, Soberano Bien, y porque te amo me pesa el haberte ofendido, y propongo no ofenderte más, sino amarte siempre.

Reina y Madre nuestra, María Santísima, ruega a Jesús por mí, y ayúdame a obtener los dones de la perseverancia y del amor divino.

PUNTO 2

La pena de sentido que más atormenta a los condenados es el fuego del infierno, tormento del tacto (Ecl., 7, 19). El Señor le mencionará especialmente en el día del juicio: *Apártense de Mi, malditos, al fuego eterno* (Mateo, 25, 41). Incluso en este mundo, el



suplicio del fuego es el más terrible de todos. Pero hay una diferencia enorme entre las llamas de la tierra y las del infierno, que, según dice San Agustín, en comparación de aquéllas, las nuestras son como pintadas; o como si fueran de hielo, añade San Vicente Ferrer. Y la razón de ésto consiste en que el fuego terrenal fue creado para utilidad nuestra; pero el fuego del infierno fue creado sólo para castigo. «Muy diferentes son—dice Tertuliano—el fuego que se utiliza para el uso del hombre y el que sirve para la justicia de Dios.» La indignación de Dios enciende esas llamas de venganza (Jer., 15, 14); y por esto Isaías (4, 4) llama espíritu de ardor al fuego del infierno.

El condenado estará dentro de las llamas, rodeado de ellas por todas partes, como leño en el horno. Tendrá abismos de fuego bajo sus pies, inmensas masas de fuego sobre su cabeza y alrededor de sí. Todo lo que vea, toque o respire, será fuego. Sumergido estará en fuego como el pez en el agua. Y esas llamas no se hallarán sólo alrededor del condenado, sino que penetrarán dentro de él, en sus mismas entrañas, para atormentarle.

El cuerpo será pura llama; arderá el corazón en el pecho, las vísceras en el vientre, el cerebro en la cabeza, en las venas la sangre, la medula en los huesos. Todo condenado se convertirá en un horno ardiente (Salmo 20, 10).

Hay personas que no son tan sensibles al fuego, no sufren al caminar por un suelo calentado por los rayos del sol, o que pueden estar muy cerca junto a un brasero encendido, otras personas que pueden soportar el encierro en una habitación calurosa, y ni se inmutan si les saltan chispas desde una fogata. Estas mismas personas luego no le tienen miedo a aquel fuego que devora, como dice Isaías (33, 14). Así como una fiera devora a un tierno cordero, así las llamas del infierno devorarán al condenado. Le devorarán sin darle muerte.

«Sigue, pues, insensato—dice San Pedro Damiano hablando del

obeso que abusa y come demasiado—; sigue satisfaciendo tu carne, que llegará un día en que tus grasas se convertirán en un pez ardiente dentro de tus entrañas y harán más intensa y abrasadora la llama infernal en que vas a arder».

Y añade San Jerónimo que aquel fuego llevará consigo todos los dolores y males que en la tierra nos molestan; hasta el tormento del hielo se padecerá allí (Jb., 24, 19). Y todo ello con tal intensidad, que, como dice San Juan Crisóstomo, los padecimientos de este mundo son pálidos reflejos en comparación de los del infierno.

Las fuerzas del alma también recibirán su adecuado castigo. Tormento de la memoria será el vivo recuerdo del tiempo que en vida tuvo el condenado para salvarse y lo gastó en perderse, y el recuerdo de las gracias que Dios le dió y que fueron menospreciadas.

El entendimiento padecerá considerando el gran bien que ha perdido perdiendo a Dios y el Cielo, y el saber que esa pérdida es ahora irremediable. La voluntad verá que se le niega todo cuanto desea (Sal. 140, 10).

El desventurado no tendrá nunca nada de lo que quiere, y siempre va a tener lo que más aborrece: males sin fin. Querrá librarse de los tormentos y disfrutar de paz. Pero siempre será atormentado, jamás hallará momento de reposo.

ORACIÓN

Tu Sangre y tu muerte son, Jesús mío, mi esperanza. Has muerto por librarme de la muerte eterna. ¿Y quién, Señor, alcanzó mayor parte en los méritos de tu Pasión que este miserable que soy yo, tantas veces merecedor del infierno?... No permitas que continúe siendo ingrato de tus gracias como me has concedido. Librándome del infierno, quisiste que yo no ardiera en las llamas eternas, sino en el dulce fuego de tu amor. Ayúdame, pues, a fin de

que cumpla tus deseos. Si estuviera en el infierno, no podría amarte. Pero ya que ahora puedo amar, quiero amarte... Te amo, Bondad infinita; te amo, Redentor mío, que tanto me has amado. ¿Como he podido vivir tan largo tiempo olvidado de Ti? Mucho, Señor, te agradezco que Tú no me hayas olvidado. De no haber sido así, ya me encontraría ahora en el infierno, o estando aún vivo, viviría sin tener dolor de mis culpas. Este dolor de corazón por haberte ofendido, este deseo que siento de amarte mucho, son dones de tu gracia, que me auxilia y vivifica... Gracias, Dios mío. Espero consagrarte la vida que me queda. A todo renuncio, y quiero pensar únicamente en servirte y complacerte. Imprime en mi alma el recuerdo del infierno que merecí y de la gracia que me diste, y no permitas que, apartándome otra vez de Ti, vuelva a condenarme yo mismo a los tormentos de aquella cárcel...

¡Oh Madre de Dios, ruega por este pecador arrepentido! Tu intercesión me libró del infierno. Líbrame también del pecado, único motivo capaz de acarrear nueva condenación.

PUNTO 3

Todas las penas señaladas anteriormente no son nada si se comparan con la pena de daño. Las tinieblas, el hedor, el llanto y las llamas no constituyen la esencia del infierno. El verdadero infierno es la pena de haber perdido a Dios.

Decía San Bruno: «Mejor que se multipliquen los tormentos, con tal que no se nos prive de Dios.» Y San Juan Crisóstomo: «Si dijeras mil infiernos de fuego, nada sería comparable al dolor de perder a Dios.» Y San Agustín añade que si los condenados gozaran de la vista de Dios, «no sentirían ningún tormento, y el mismo infierno se les convertiría en paraíso».

Para llegar a comprender algo de esta pena, consideremos que si alguno pierde, por ejemplo, una joya que valga mucho, digamos el sueldo de un mes, al perderla tendrá un disgusto grande; pero si esa joya valiera el doble, el sueldo de dos meses, sentiría la pérdida

mucho más, y aún más todavía si esta joya valiera el sueldo de un año.

En resumen: mientras mayor es el valor de lo que se pierde, más se acrecienta la pena que ocasiona el haberlo perdido... Y puesto que los condenados pierden *el Bien infinito*, que es Dios, sienten—como dice Santo Tomás—una pena en cierto modo infinita.

En este mundo solamente los justos temen esa pena, dice San Agustín. San Ignacio de Loyola decía: «Señor, todo lo sufriré, pero no la pena de estar privado de Ti.» Los pecadores no sienten temor alguno de perder a Dios, porque se sienten felices con vivir en este mundo largos años sin Dios, hundidos en tinieblas. Pero en la hora de la muerte conocerán el gran bien que han perdido.

El alma, al salir de este mundo—dice San Antonino—, sabe que fue creada por Dios, e irresistiblemente vuela a unirse y abrazarse con el Sumo Bien; pero si está en pecado, Dios la rechaza.

Si un perro de caza está sujeto y amarrado, y ve muy cerca de sí una liebre, se esfuerza por romper la cadena que le retiene y trata de lanzarse hacia su presa. Otro ejemplo es que muchas especies de animales apenas nacen los críos, reconocen a su madre, y se apegan a ella, sin querer dejarla ni por un minuto. El alma, al separarse del cuerpo, se siente naturalmente atraída hacia Dios. Pero el pecado la aparta y arroja lejos de Él (Is., 1, 2).

Todo el infierno, pues, se cifra y resume en aquellas primeras palabras de la sentencia: *Apártense de Mi, malditos* (Mt., 25, 41). Apártense, dirá el Señor; no quiero que vean mi rostro. «Ni aún imaginando mil infiernos se podrá concebir lo que es la pena de ser aborrecido de Cristo».

Cuando David impuso a su hijo Absalón el castigo de que jamás compareciera ante él, Absalón sintió un dolor tan profundo, que exclamó: *Díganle a mi padre que, o me permita ver su rostro, o me dé la muerte* (2 Rg., 14, 32).

Felipe II, viendo que un noble de su corte estaba en el templo con mucha irreverencia, le dijo severamente: «No vuelvas a presentarte ante mi»; y tanto fue la confusión y dolor de aquel hombre, que al llegar a su casa murió... ¿Qué será cuando Dios despida al condenado para siempre?... «Esconderé de él mi rostro, y hallarán todos los males y aflicciones» (Dt., 31, 17). *No eres ya mío, ni Yo tuyo*, dirá Cristo (Os., 1, 9) a los condenados en el día del juicio.

Aflige un dolor inmenso a un hijo o a una esposa cuando piensan que nunca volverán a ver a su padre o esposo, que acaban de morir... Pues si al oír los lamentos del alma de un condenado al infierno le pudiéramos preguntar la causa de tanto dolor, ¿qué sentirías cuando nos dijese: «Lloro porque he perdido a Dios, y ya no le veré jamás»? ¡Y si, por lo menos a este desdichado se le permitiera amar a Dios en el infierno y conformarse con la voluntad divina! Pero no; si eso se pudiera hacer, el infierno ya no sería infierno. El que vive en el infierno ya ni podrá resignarse ni le será dado amar a su Dios. Vivirá odiándole eternamente, y ése va a ser su mayor tormento: conocer que Dios es el Sumo Bien, digno de infinito amor, y verse forzado a aborrecerle siempre; «Soy aquel malvado desposeído del amor de Dios», así respondió un demonio interrogado por Santa Catalina de Génova.

El alma en el infierno ya no vive, solo existe. Porque ya no es vida aquélla.

El condenado odiará y maldecirá a Dios, y maldiciéndole maldecirá los beneficios que de Él recibió: la creación, la redención, los sacramentos, especialmente los del bautismo y la penitencia, y, sobre todo, el Santísimo Sacramento del altar: la Eucaristía. Aborrecerá a todos los ángeles y Santos, y con odio implacable aborrecerá a su ángel custodio, a sus Santos protectores y a la Virgen Santísima. Maldecidas serán por él las tres divinas Personas, especialmente la del Hijo de Dios, que murió por salvarnos, y las

llagas, trabajos, Sangre, Pasión y muerte de Cristo Jesús.

ORACIÓN

Tú eres, pues, Dios mío, Sumo Bien, el bien infinito, ¿y yo, voluntariamente, tantas veces te he perdido?... Yo sabía que con mis culpas te enojaba y perdía tu gracia, ¡y, sin embargo, las cometí!... ¡Ah, Señor, si no supiera que clavado en la cruz moriste por mí, no me atrevería a pedir y esperar tu perdón!...

¡Oh Eterno Padre! No me mires a mí, mira mejor a tu amado Hijo, que por mí ruega, y escúchalo y perdóname. Hace muchos años que merecí verme en el infierno, sin esperanza de amarte ni recuperar la gracia perdida. Me pesa, Dios mío, de todo corazón, las injurias que te hice renunciando a tu amistad, despreciando tu amor por los placeres dañinos del mundo... ¡Antes hubiera muerto mil veces!... ¿Cómo pude estar tan ciego y tan loco?...

Gracias, Señor, que me das tiempo de remediar el mal que cometí. Ya que por tu misericordia no estoy en el infierno y sí puedo amarte todavía, deseo amarte, Dios mío. No debo dilatar más mi sincera y firme conversión...

Te amo, Bondad infinita; te amo, vida y tesoro mío, mi amor y mi todo... Acuérdate siempre, Señor, del amor que me tuviste; y recuérdame a mí el infierno en que debiera hallarme, a fin de que este pensamiento me encienda en tu amor y me mueva a repetir mil veces que de veras te amo...

¡Oh María, Reina, esperanza y Madre nuestra, si me viera en el infierno, tampoco podría amarte a Ti!... Pero ahora te amo, Madre mía, y espero que jamás dejaré de amarte y de amar a mi Dios. Ayúdame y ruega a Jesús por mí.

27. De la eternidad del infierno

E irán éstos al suplicio eterno.

MT., 25, 46.

PUNTO 1

Si el infierno tuviera fin no sería infierno. La pena que dura poco, no es gran pena. Si a un enfermo se le saca un tumor o recibe una operación, no dejará de sentir dolor durante su recuperación; pero como este dolor es temporal, no se le puede tener por tormento muy grave. Pero sería un tormento horrible que aún después de sacado el tumor o terminada la operación el dolor continuara sin treguas durante semanas o meses. Cuando el dolor dura mucho, aunque sea muy leve, se hace insoportable. Y no solo los dolores, sino que sucede lo mismo también con los placeres y diversiones que duran demasiado, ir a un parque de diversiones, o a un concierto desarrollado sin interrupción por muchas horas, nos ocasionarían un tedio insufrible. ¿Y si durasen un mes, un año?
¿Qué sucederá, pues, en el infierno, donde no es música, ni entretención lo que siempre se oye, ni leve dolor lo que se padece, ni ligera herida o breve quemadura lo que atormenta, sino el conjunto de todos los males, de todos los dolores, no en tiempo limitado, sino por toda la eternidad? (Ap., 20, 10).

Esta duración eterna del castigo es de fe, no es solo una mera opinión, sino una verdad revelada por Dios en muchos lugares de la Escritura. «Apártense de Mí, malditos, al fuego eterno. E irán éstos al suplicio eterno. Pagarán la pena de eterna perdición. Todos serán con fuego asolados».

Así como la sal conserva mejor la carne y otros alimentos, el fuego del infierno atormenta a los condenados y al mismo tiempo sirve como de sal, conservándoles la vida. «Allí el fuego consume de tal modo—dice San Bernardo—, que conserva el cuerpo por siempre.»

¡Insensato sería el que, por disfrutar un rato de recreo, quisiera condenarse a estar luego veinte o treinta años encerrado en un calabozo! Si el infierno durara, no ya veinte años, sino dos o tres años no más, todavía sería locura incomprensible que por un

instante de placer nos condenáramos a esos dos o tres años de tormento gravísimo. Pero no se trata de treinta, ni de cien, ni de mil, ni de cien mil años; se trata de padecer para siempre terribles penas, dolores sin fin, males espantosos, sin alivio alguno.

Con razón, pues, aún los Santos gemían y temblaban mientras subsistía con la vida temporal el peligro de condenarse. El bienaventurado Isaías ayunaba y hacía penitencia en el desierto, y se lamentaba, exclamando: «¡Ah infeliz de mí, que aún no estoy libre de las llamas infernales!»

ORACIÓN

Dios mío, si me hubieras enviado al infierno, que tantas veces merecí, y luego, por tu gran misericordia, me hubieras libertado de él, ¡cuan agradecido no habría quedado, y qué vida tan santa hubiera yo procurado tener!...

Pues ahora que con demencia todavía mayor me has preservado de la condenación eterna, ¿qué haré, Señor? ¿Acaso podría ofenderte nuevamente y así provocar tu ira para que me envíes a aquella cárcel de desdichados donde tantos se hallan por culpas menores que las mías? ¡Ah Redentor mío, así lo hice en la vida pasada! En vez de emplear el tiempo que me diste en llorar mis pecados, lo invertí en ofenderte.

Gracias doy a tu Bondad infinita, que tanto sufre mientras me has esperado. Si no fuera infinita, ¿cómo hubiera podido tolerar mis delitos? Gracias, pues, por haberme esperado con tanta paciencia hasta ahora, gracias por las luces que me comunicas ahora, para que conozca mi locura y el mal que cometí ofendiéndote con mis culpas. Las detesto, Jesús mío, y me duele el alma de ellas con todo mi corazón.

Perdóname, por tu sagrada Pasión y muerte, y asísteme con tu gracia para que jamás vuelva a ofenderte.

Con razón debo temer que por un nuevo pecado mortal desde luego me abandones. ¡Ah Señor, pon ante mi vista ese temor, miedo que es justo, cada vez que el demonio me provoque a ofenderte. Te amo, Dios mío, y no quiero perderte. Ayúdame con tu divina gracia.

Auxíliame también, Virgen Santísima; haz que siempre acuda a Ti en las tentaciones, a fin de que no pierda a Dios. Tú eres, María, mi esperanza.

PUNTO 2

El que entra en el infierno jamás saldrá de allí. Por este pensamiento temblaba el rey David cuando, decía (Sal. 68, 16): *Ni me trague el abismo, ni el pozo cierre sobre mí su boca*. Apenas se hunda el condenado en aquel pozo de tormentos, se cerrará la entrada y no se abrirá nunca.



Puerta para entrar hay en el infierno, pero no para salir, dice Eusebio Emiseno; y explicando las palabras del Salmista, escribe: «No cierra su boca el pozo, porque se cerrará en lo alto y se abrirá en lo profundo cuando reciba a los condenados.»

Mientras vive, el pecador puede conservar alguna esperanza de remedio; pero si la muerte lo sorprende en pecado, acabará para él toda esperanza (Pr., 11, 7). ¡Y si, por lo menos, los condenados pudieran forjarse alguna engañosa ilusión que aliviar su desesperación horrenda!...

Al menos en este mundo siempre existe una mínima esperanza,

como le sucede al pobre enfermo, inmóvil y con heridas, postrado en su cama y desahuciado de los médicos, tal vez se ilusiona y consuela pensando que va a llegar algún doctor o nuevo remedio que le cure. El infeliz criminal que es condenado a cadena perpetua también busca alivio a su aburrimiento en la remota esperanza de huir y liberarse. ¡Si el condenado al infierno al menos lograra engañarse así, pensando que algún día podría salir de su prisión!... Pero no; en el infierno no hay esperanza, ni cierta ni engañosa; no hay allí un ¿quién sabe? consolador.

El desventurado verá siempre ante sí escrita su sentencia, que le obliga a estar perpetuamente lamentándose en aquella cárcel de dolores. *Unos para la vida eterna y otros para castigo, para que lo vean siempre* (Dn., 12, 2).

El condenado no padece castigos temporales con descansos, al contrario, el castigo es siempre el mismo y en todo momento, lo que padece ahora es la misma pena de la eternidad. «Lo que ahora padezco—dirá—voy a padecerlo siempre.» «Sostienen—dice Tertuliano—el peso de la eternidad.»

Roguemos, pues, al Señor, como rogaba San Agustín: «Señor, castígame ahora en esta vida, quema mi cuerpo, corta mis miembros si lo deseas, y no perdones aquí, para que sí me perdones en la eternidad.» Los castigos de esta vida, son transitorios: «Tus dardos pasan. La voz del trueno va en rueda por el aire» (Sal. 76, 19). Pero los castigos de la otra vida no acaban jamás.

Tengamos miedo, pues. Temamos la voz de trueno con que el supremo Juez pronunciará en el día del juicio su sentencia contra los condenados: «Apártense de Mí, malditos, al fuego eterno.» Dice la Escritura en rueda, porque esa curva es símbolo de la eternidad, que no tiene fin. Grande es el castigo del infierno, pero lo más terrible del infierno es ser irrevocable.

Pero ¿dónde?, dirá el incrédulo; ¿dónde está la justicia de Dios, al

castigar con una pena eterna un pecado que dura un instante?... ¿Y cómo, responderemos; cómo se atreve el pecador, por el placer de un instante, a ofender a un Dios de Majestad infinita? Aún en el juicio humano, dice Santo Tomás, la pena se mide, no por la duración, sino por la calidad del delito. Un asesino recibe una condena mayor que un ladrón, aún cuando el asesinato se hizo en 1 minuto y el robo se hizo en 30 minutos. «No porque el homicidio se cometa en un minuto va a castigarse con una pena momentánea».

Para el pecado mortal, un infierno es poco. A la ofensa de la Majestad infinita debe corresponder el infinito castigo, dice San Bernardino de Sena. Y como la criatura, escribe el Angélico Doctor, no es capaz de recibir pena infinita en intensidad, justamente hace Dios que esa pena sea infinita en duración.

Además, la pena debe ser necesariamente eterna, porque el condenado no podrá jamás pagar por su culpa y dejar satisfecho a Dios con ese pago. En este mundo el pecador arrepentido y penitente puede satisfacer, porque se le suman los méritos de Jesucristo; pero el alma condenada al infierno no participa de esos méritos de Jesucristo, y, por tanto, no pudiendo nunca satisfacer a Dios, siendo eterno el pecado, eterno también va a ser el castigo (Sed. 48, 8-9).

«Allí en el infierno, la culpa—dice el Belluacense—podrá ser castigada; pero expiada, jamás»; porque, como dice San Agustín, «allí en el infierno, el pecador no podrá arrepentirse», y por eso el Señor estará siempre con ira contra él (Mal., 1, 4). Y aún dado el caso que Dios quisiera perdonar al condenado, esta alma ya no desea el perdón, porque su voluntad, obstinada y rebelde, está confirmada en odio contra Dios.

Dice Inocencio III: «Los condenados no se humillan; al contrario, la maldad del odio crecerá en ellos.» Y San Jerónimo afirma que «en los condenados el deseo de pecar es insaciable». La herida de tales

desventurados no tiene curación; ellos mismos se niegan a sanar (Jer., 15, 18).

ORACIÓN

Si estuviese ahora condenado, como tantas veces he merecido, estaría obstinado en odio contra Ti, Redentor y Dios mío, que diste la vida por mí. ¡Oh Señor, qué infierno tan cruel sería aborrecerte a Ti, que tanto me has amado, que eres belleza infinita e infinita bondad, digna de infinito amor! ¡Y estando en el infierno, me vería en una condición tan infeliz, que ni siquiera desearía el perdón que ahora me ofreces!...

Gracias, Jesús mío, por la clemencia que conmigo tuviste, y puesto que ahora aún puedo amarte y ser perdonado, solo deseo tu amor y perdón... Me los ofreces, y yo los pido y espero alcanzarlos por tus méritos infinitos. Me arrepiento, Bondad Máxima, de cuantas ofensas te hice.

Perdóname, Señor... ¿Qué mal me hiciste para que siempre te aborreciera como a un enemigo mío?... ¿Qué amigo hay que haya hecho y padecido por mí lo que Tú, Jesús mío, hiciste y padeciste?... No permitas que incurra en tu enojo y pierda tu amor. ¡Antes morir mil veces que caer en una desventura de tal magnitud!...

¡Oh María, ampárame bajo tu manto, y no permitas que de él me aparte para rebelarme contra Dios y contra Ti!

PUNTO 3

En la vida del infierno, la muerte es lo que más se desea. *Buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán. Desearán morir, y la muerte huirá de ellos* (Ap., 9, 6). Por lo cual exclama San Jerónimo: «¡Oh muerte, cuán grata serías para las mismas personas para quienes fuiste tan amarga! »

Dice David (Sal. 48, 15) que *la muerte se apacentará con los condenados*. Y lo explica San Bernardo, añadiendo que, así como al pacer los rebaños comen las hojas de la hierba y dejan la raíz, así la muerte devora a los condenados: los mata en cada instante y, a la vez, les conserva la vida para seguir atormentándolos con un castigo eterno.

De manera que, dice San Gregorio, el condenado muere continuamente, sin morir jamás. Cuando a un hombre le mata el dolor, le compadece la gente. Pero el condenado no tendrá quien le compadezca. Estará siempre muriendo de angustia, y nadie le compadecerá...

El emperador Zenón, sepultado vivo en una fosa, gritaba y pedía, por piedad, que lo sacaran de allí, pero nadie le oyó, y lo encontraron después muerto en ella. Y las mordeduras que en los brazos le encontraron, que sin duda él mismo se las había hecho, patentizaron la horrible desesperación que habría sentido...

Pues los condenados, exclama San Cirilo de Alejandría, gritan en la cárcel del infierno, pero nadie acude a librarlos, ni nadie los compadece nunca.

¿Y cuánto durará tanta desdicha?... Siempre, siempre. Comentando los Ejercicios Espirituales del Padre Señeri, publicados por Muratori, se cuenta que en Roma se interrogó a un demonio (que estaba en el cuerpo de un poseso), y le preguntaron cuánto tiempo debía estar en el infierno..., y respondió, dando señales de rabiosa desesperación: *¡Siempre, siempre!...*

Fue tal el terror de los que escuchaban, que muchos jóvenes del Seminario Romano, allí presentes, hicieron confesión general, y sinceramente cambiaron de vida, convertidos por aquel breve sermón de solo dos palabras...

¡Infeliz Judas!... ¡Dos mil años han pasado desde que está en el infierno, y, sin embargo, se diría que ahora acaba de empezar su castigo!... ¡Desdichado Caín!... ¡Cerca de seis mil años lleva en el

suplicio infernal, y puede decirse que aún se halla en el principio de su pena!

A un demonio a quien le preguntaron cuánto tiempo hacía que estaba en el infierno, respondió: Desde ayer. Y como se le replicó que no podía ser así, porque habían transcurrido ya más de cinco mil años desde su condenación, exclamó: «Si supieras lo que es eternidad, comprenderías que, en comparación de ella, cincuenta siglos no son ni un instante.

Si algún ángel dijera a un condenado: «Saldrás del infierno cuando hayan pasado tantos siglos como gotas hay en las aguas de la tierra, hojas en los árboles y arena en el mar», el condenado se regocijaría tanto como un mendigo que recibe la noticia de que en el futuro ganará la lotería. Porque pasarán todos esos millones de siglos, y otros innumerables después, y así y todo, el tiempo de duración del infierno estará comenzando...

Los condenados desearían pedir a Dios que les acrecentara la intensidad de sus penas, y que duraran cuanto quisiera, con tal que les ponga fin, por remoto que fuera. Pero ese término y límite no existen ni existirán. La voz de la divina justicia sólo repite en el infierno las palabras *siempre, jamás*.

Los demonios se burlarán de los condenados preguntándoles: «¿Va muy avanzada la noche? (Is., 21, 11). ¿Cuándo amanecerá? ¿Cuándo acabarán esas voces, esos llantos y el hedor, los tormentos y llamas?...» Y los infelices responderán: *¡Nunca, jamás!.. Pues ¿cuánto va a durar?... ¡Siempre, siempre!...*

¡Ah Señor! Ilumina a tantos ciegos que cuando se les insta para que no se condenen, responden: «Déjanos. Si vamos al infierno, ¿qué podemos hacer? ¡Paciencia!...»

¡Oh Dios mío!, no tienen paciencia para soportar a veces las molestias del calor o del frío, ni sufrir un leve golpe, ¿y van a tener

paciencia después para padecer las llamas de un mar de fuego, los tormentos diabólicos, el abandono absoluto de Dios y de todos, por toda la eternidad?

ORACIÓN

¡Oh Padre de las misericordias! Tú nunca abandonas a quien te busca. Si en la vida pasada tantas veces me aparté de Ti y no me abandonaste, no me dejes ahora, que a Ti acudo. Me pesa, ¡oh Sumo Bien!, de haber menospreciado tu gracia transformándola en cosas de tan poco valor. Mira las sagradas llagas de tu Hijo, escucha su voz, que demanda perdón para ti, y perdóname, Señor... Y Tú, Redentor mío, recuérdame siempre los trabajos que por mi pasaste, el amor que me tienes y mi ingratitud, por la cual tan a menudo he merecido condenación eterna, a fin de que llore yo mis culpas y viva entregado a tu amor...

¡Ah Jesús mío!, ¿cómo no voy a arder en tu amor al pensar que hace muchos años debiera verme ardiendo en las llamas infernales por toda la eternidad, y que Tú moriste por librarme de ellas, y con tan gran clemencia me libraste? Si estuviera en el infierno, te aborrecería eternamente. Pero ahora te amo y deseo seguir siempre amándote, y espero, por los méritos de tu preciosa Sangre, que así me lo concederás...

Tú, Señor, me amas, y yo te amo también. Y me amarás siempre si de Ti no me aparto. Líbrame, Salvador mío, de esa gran desdicha de apartarme de Ti, y haz de mí lo que te agrade... Merecedor soy de todo castigo, y lo acepto gustoso, con tal de que no me prives de tu amor...

¡Oh María Santísima, amparo y refugio mío, cuántas veces me he condenado yo mismo al infierno, y Tú me has librado de él!... Líbrame desde ahora de todo pecado, causa única que me puede arrebatarse la gracia de Dios y arrojarme al infierno.

28. Remordimientos del condenado

El gusano de aquéllos no muere.

MR., 9, 47.

PUNTO 1

Este gusano que no muere nunca, significa según Santo Tomás, el remordimiento de conciencia de los condenados, que van a atormentarlos eternamente en el infierno. Muchos serán los remordimientos con que la conciencia roerá el corazón de los condenados. Pero tres de ellos llevarán consigo un dolor más fuerte: el considerar la nada de las cosas por las que el condenado se ha condenado, lo poco que tenía que hacer para salvarse y el gran bien que ha perdido.

Cuando Esaú tomó aquel plato de lentejas por el cual vendió su derecho de primogenitura, se apenó tanto por haber consentido en tal pérdida, que, como dice la Escritura (Gn., 27, 34), se lamentó con grandes alaridos...

¡Oh, con qué gemidos y clamores se quejarán los condenados al ponderar que por placeres breves, momentáneos y envenenados han perdido un reino eterno de felicidad y se ven por siempre condenados a muerte continua e interminable! Llorarán más amargamente que Jonatas, sentenciado a morir por orden de su padre, Saúl, sin otro delito que el haber probado un poco de miel (1 S., 14, 43).

¡Una honda pena traerá al condenado el recuerdo de la causa que le acarreó tanto mal!... Sueño de un instante nos parece nuestra vida pasada. ¿Qué le parecerán al condenado los cincuenta o sesenta años de su vida terrena cuando se halle en la eternidad y pasen cien o mil millones de años, y vea que su vida eterna recién está comenzando? Y, además, los cincuenta años de vida en la tierra, ¿son acaso cincuenta años de placer?...

El pecador que vive sin Dios, ¿goza siempre en su pecado? No, porque el placer culpable solo dura un breve momento; para quien vive apartado de Dios, la mayor parte del tiempo es tiempo de penas y aflicciones... ¿Qué le parecerán, pues, al condenado infeliz esos breves momentos de deleite? ¿Qué le parecerá, sobre todo, el último

pecado por el cual se condenó?... «¡Por un vil placer, que duró un instante, y que como el humo se disipó—exclamará—, tengo que arder en estas llamas, desesperado y abandonado, mientras Dios sea Dios, por toda la eternidad!»

ORACIÓN

Dame luz, Señor, para conocer mi maldad en ofenderte, y la pena eterna que por ello merecí. Gran dolor siento, Dios mío, de haberte ofendido, y ese dolor me consuela y alivia. Porque si me hubieras enviado al infierno, que he merecido, el remordimiento sería allí mi mayor castigo, al considerar la miseria y vileza de las cosas que produjeron mi desventura eterna. Pero ahora, en este momento, el dolor me reanima y me consuela y me infunde esperanza de alcanzar tu perdón, puesto que ofreciste perdonar al que se arrepiente.

Sí, Dios y Señor mío; me arrepiento de haberte ultrajado; abrazo con alegría esa pena dulcísima del dolor de mis culpas, y te ruego que me la acrescites y conserves hasta la muerte, a fin de que no deje jamás de llorar mis pecados... .

Perdóname, Jesús y Redentor mío, que por tener misericordia de mí no la tuviste de Ti mismo, y te condenaste a morir de dolor para librarme del infierno. ¡Ten piedad de mí! Haz, pues, que mi corazón se halle siempre contrito y, a la vez, inflamado en tu amor, ya que tanto me has amado y sufres mis castigos con tanta paciencia, y en vez de castigarme me colmas de luz y de gracia... Gracias te doy, Jesús mío, y te amo con todo mi corazón. Y puesto que no sabes despreciar a quien te ama, no apartes de mí tu divino rostro. Acógeme en tu gracia y no permitas que la vuelva a perder...
María, Madre y Señora nuestra, recíbeme por siervo tuyo, y úneme a tu Hijo Jesús. Ruégale que me perdone y que me conceda, con el don de su amor, el de la perseverancia final.

PUNTO 2

Dice Santo Tomás que debe de ser un tormento propio de los condenados el considerar que se han perdido por verdaderas tonterías, y que si hubieran querido, pudieron alcanzar fácilmente el premio de la gloria.



El segundo remordimiento de su conciencia consistirá, pues, en pensar lo poco que debían haber hecho para salvarse.

Se apareció un condenado a San Humberto, y le reveló que su mayor aflicción en el infierno era el conocimiento del motivo que le había ocasionado la condenación, y de la facilidad con que hubiera podido evitarla.

Dirá, pues, el condenado: «Si me hubiera mortificado en no mirar aquel objeto, en vencer ese respeto humano, en huir de tal ocasión, trato o amistad, no me hubiera condenado... Si me hubiera confesado todas las semanas, y frecuentado la Misa, y leído todos los días el Evangelio, y me hubiera encomendado a Jesús y a María, no habría vuelto a caer en mis culpas... Muchas veces me propuse hacer todo eso, pero no perseveré. Comenzaba a practicarlo, y al poco tiempo lo dejaba. Por eso me perdí.»

Aumentará la pena causada por tal remordimiento, el recordar los ejemplos de muchos buenos compañeros y amigos del condenado, los dones que Dios le concedió para que se salvara; unos, de naturaleza, como buena salud, dinero y talento, que bien

empleados, como Dios quería, hubieran servido para procurar la santificación; otros, dones de gracia, luces, inspiraciones, llamados de Dios, y los muchos años que tuvo para remediar el mal que hizo.

Pero el condenado verá que en el estado en que se halla ya no cabe remedio. Y oirá la voz del ángel del Señor, que exclama y jura: *Por el que vive en los siglos de los siglos, que no habrá ya más tiempo...*(Ap., 10, 5-6).

Como agudas espadas serán para el corazón del condenado los recuerdos de todas esas gracias que recibió cuando vea que ya no es posible reparar la ruina eterna en la que se encuentra. Exclamará con sus compañeros en la pena: *Pasó la siega, acabó el estío, y nosotros no hemos sido liberados* (Jer., 8, 20).

¡Oh si el trabajo y tiempo que empleé en condenarme los hubiera invertido en servicio de Dios, hubiera sido un santo... ¿Y ahora qué hallo, sino remordimientos y penas sin fin?»

Sin duda, el pensar que podría haber sido eternamente dichoso, y que en cambio será desgraciado para siempre, atormentará más al condenado que todos los demás castigos infernales.

ORACIÓN

¿Cómo pudiste, Jesús mío, sufrir tanto por mí? Mil veces me aparté de Ti, y otras tantas viniste a buscarme; te ofendí, y Tú me perdonaste; volví a ofenderte, y Tú me me volviste a conceder el perdón... Haz, Señor, que participe de aquel vivo dolor que con sudores de sangre tuviste por mis pecados en el huerto de Getsemaní.

Me arrepiento y siento un infinito dolor, amado Redentor mío, por haber despreciado tu amor tan indignamente... ¡Oh malditos deleites, los maldigo y detesto, porque me han privado de la gracia de Dios!...

Amado Redentor mío, te amo sobre todas las cosas; renuncio a todos los placeres ilícitos, y propongo morir mil veces antes que

ofenderte más... Por aquel afecto con que en la cruz me amaste y ofreciste la vida por mí, concédeme luz y fuerza para resistir a la tentación y pedir tu auxilio poderoso...

¡Oh María, mi amparo y mi esperanza, que todo lo consigues de Dios, ayúdame para que no me aparte nunca de su amor santísimo!

PUNTO 3

Considerar el alto bien que han perdido, será el tercer remordimiento de los condenados, cuya pena, como dice San Juan Crisóstomo, será más grave por la privación de la gloria que por los mismos dolores del infierno.

«Déme Dios cuarenta años de reinado, y renuncio gustosa al paraíso», decía la infeliz princesa Isabel de Inglaterra... Obtuvo los cuarenta años de reinado. Pero, ahora, su alma en la otra vida, ¿qué dirá? Seguramente no pensará lo mismo. ¡Cuán afligida y desesperada se hallará viendo que, por reinar cuarenta años entre angustias y temores, disfrutando un trono temporal, perdió para siempre el reino de los Cielos!

Mayor aflicción todavía debe de tener el condenado al saber que perdió la gloria y el Sumo Bien, que es Dios, no por mala suerte ni por maldad de otros, sino por su propia culpa. Verá que fue creado para el Cielo, y que Dios le permitió elegir libremente entre la vida y la muerte eternas. Verá que en su mano tuvo el poder para ser siempre dichoso, y que, a pesar de ello, quiso hundirse por sí mismo en aquel abismo de males, de donde nunca podrá salir, y del cual nadie le libraré.

Verá cómo se salvaron muchos de sus compañeros, que, aunque tenían los mismo o incluso más peligros de pecar, supieron vencerlos encomendándose a Dios, o si cayeron, no tardaron en levantarse y se consagraron nuevamente al servicio del Señor. Pero

él no quiso imitarlos, y fue desastrosamente a caer en el infierno, mar de dolores donde no existe la esperanza.

¡Oh hermano mío! Si hasta ahora has sido tan insensato que por no renunciar a un mísero deleite preferiste perder el reino de los Cielos, procura remediar el daño a tiempo. No permanezcas en tu locura, y teme ir a llorarla en el infierno.

Quizá estas consideraciones que lees son los últimos llamados de Dios. Tal vez, si no cambias de vida pronto y cometes otro pecado mortal, el Señor te abandonará y te enviará a padecer eternamente entre aquellas muchedumbres de insensatos que ahora reconocen su error (Sb., 5, 6), aunque lo confiesan desesperados, porque no ignoran que es irremediable.

Cuando el enemigo te induzca a pecar, piensa en el infierno y acude a Dios y a la Virgen Santísima. La sola idea del infierno podrá librarte del infierno mismo, *Acuérdate de tus postrimerías y no pecarás jamás* (Ecl., 7, 40) porque ese pensamiento te hará recurrir a Dios.

ORACIÓN

¡Ah Soberano Bien! ¡Cuántas veces te perdí por nada, y cuántas merecía perderte para siempre! Pero me reaniman y consuelan aquellas palabras del profeta (Sal. 104, 3): *Alégrese el corazón de los que buscan al Señor*. No debo, pues, desconfiar de recuperar tu gracia y amistad, si de veras te busco.

Si, Señor mío; ahora suspiro por tu gracia más que por ningún otro bien. Prefiero verme privado de todo, hasta de la vida, antes que perder tu amor. Te amo, Creador mío, sobre todas las cosas; y porque te amo, me siento mal de haberte ofendido...

¡Oh Dios mío, a quien menosprecié y perdí, perdóname y haz que te halle, porque no quiero perderte más. Admiteme de nuevo en tu amistad y lo abandonaré todo para amarte únicamente a Ti. Así lo

espero de tu misericordia...

Eterno Padre, escúchame: por amor de Jesucristo, perdóname y concédeme la gracia de que nunca me aparte de Ti, que si de nuevo y voluntariamente te ofendiera, con harto fundamento temería que me abandonarás...

¡Oh María, esperanza de pecadores, reconcíliame con Dios y ampárame bajo tu manto, a fin de que jamás me separe de mi Redentor!

29. De la gloria

Tu tristeza se convertirá en alegría.

JN., 16, 20.

PUNTO 1

Procuremos sufrir ahora, con paciencia, las pruebas que Dios nos manda en esta vida, ofreciéndoselas a Dios, en unión con los dolores que Jesucristo sufrió por nuestro amor, y alentémonos con la esperanza de la gloria. Algún día terminarán estos trabajos, penas, angustias, persecuciones y temores, y si nos salvamos, se convertirán en maravilloso gozo y alegría en el reino de los bienaventurados.

Así nos alienta y anima el Señor (Jn., 16, 20): «Tu tristeza se convertirá en alegría.» Meditemos, pues, sobre la felicidad de la gloria... Pero, ¿qué podemos decir de esta felicidad, si ni aún los Santos más inspirados han podido expresar las delicias que Dios reserva a los que le aman?... David sólo supo decir (Sal. 83, 3) que la gloria es el bien infinitamente deseable...

¡Y tú, San Pablo, distinguido entre todos, que tuviste la dicha de ser arrebatado a los Cielos, dinos aunque sea algo de lo que viste allí! . «No—responde el gran Apóstol (2 Co., 12, 4)—; lo que ví no es posible explicarlo. Tan grandes son las delicias de la gloria, que no puede comprenderlas quien no las disfrute. Sólo diré que nadie en la tierra ha visto, ni oído, ni comprendido las bellezas y armonías y placeres que *Dios tiene preparados para los que le aman*» (1 Co., 2, 9).

No podemos imaginar los bienes del Cielo mientras estemos acá en este mundo, porque sólo nos podemos hacer una idea en base a lo que este mundo nos ofrece... Si, por maravilla, un ser loco e irracional pudiera discurrir, y supiera que un señor rico iba a celebrar un espléndido banquete, imaginaría que la comida dispuesta tendrá que ser exquisita y selecta, pero semejantes a los alimentos que él conoce, porque no podría concebir nada mejor como alimento.

Así discurrirnos nosotros, pensando en los bienes de la gloria... ¡Qué

hermoso es contemplar en una noche serena la magnificencia del cielo cubierto de estrellas! ¡Cuan grato admirar las apacibles aguas de un lago transparente, en cuyo fondo se descubren peces que nadan y piedras vestidas de diferentes colores! ¡Cuánta hermosura la de un jardín lleno de flores y frutos, rodeado de fuentes y arroyos y poblado de lindos pajaritos que cruzan el aire y lo alegran con su canto armonioso!... Se diría que tantas bellezas son el paraíso... Pero no: los bienes y hermosura de la gloria son aún mejores. Para entender algo del paraíso, considera que allí está Dios omnipotente, colmando, embriagando de gozo a las almas que Él ama...

¿Quieres imaginar lo que es el Cielo?—decía San Bernardo—, entonces debes saber que allí no hay nada que nos desagrade, y existe todo bien que deleita.

¡Oh Dios! ¿Qué dirá el alma cuando llegue a aquel reino de felicidad?... Imaginemos que un hombre o una mujer, después de vivir toda la vida consagrados al amor y servicio de Cristo, acaban de morir y dejan ya este valle de lágrimas. Se presenta el alma al juicio; el Juez lo abraza, y le asegura que está santificado. El ángel custodio lo acompaña y felicita y esta alma le demuestra a Jesús su gratitud por toda la ayuda recibida y que le debe.

«Ven, pues, alma hermosa—le dice el ángel—; regocíjate, porque te has salvado; ven a contemplar a tu Señor.»

Y el alma se eleva, traspasa las nubes, vuela más allá de las estrellas y del Universo y entra en el Cielo... ¡Oh Dios mío!, ¿qué sentirá el alma al penetrar por vez primera en aquel venturoso reino y ver aquella ciudad de Dios, modelo insuperable de hermosura?...

Los ángeles y los Santos lo reciben gozosos y le dan una bienvenida de puro amor y gozo... Allí verá con mucha alegría a sus Santos protectores y a los familiares y amigos que lo precedieron en la vida eterna. El alma deseará venerarlos rendida, pero ellos lo impedirán, recordándole que son también siervos del Señor (Ap., 22, 9).

Lo llevarán después a que bese los pies de la Virgen María, Reina de los Cielos, y el alma sentirá un inmenso delirio de amor y de ternura viendo a la Madre excelsa y divina, que tanto lo auxilió para que se salvara, y que ahora le tenderá sus amantes brazos y que además le dejará saber todas las gracias que le ayudó a obtener.

Acompañada por esta soberana Señora, llegará el alma ante nuestro Rey Jesucristo, que lo recibirá como a su esposa amadísima, y le dirá (Cant., 4, 8): «*Ven del Líbano, esposa mía; ven y serás coronada; alégrate y consuélate, que ya acabaron tus lágrimas, penas y temores; recibe la corona que te conseguí con mi Sangre...*»

Jesús mismo lo presentará al Eterno Padre, que lo bendecirá, diciendo (Mt., 25, 21): *Entra en el gozo de tu Señor, y le comunicará bienaventuranzas sin fin, con felicidad semejante a la que Él disfruta.*

ORACIÓN

Mira, Señor, a tus pies a un ingrato que criaste para la gloria, y que tantas veces por deleites dañinos renunció a ella y prefirió ser condenado al infierno... Espero que me has perdonado todas las ofensas que te hice, de las cuales ahora y siempre me arrepiento y deseo dolerme de ellas hasta la muerte, así como que Tú renueves tu perdón...

Pero, ¡oh Dios mío! Aunque me hayas perdonado, no es menos cierto que tuve voluntad de ofenderte a Ti, Redentor mío, que para llevarme a tu reino diste la vida. Sea siempre alabada y bendita tu misericordia, Jesús mío, que con tanta paciencia me has esperado sufriendo, y en vez de castigarme has multiplicado en mí las gracias, inspiraciones y llamados.

Bien sé, amado Salvador mío, que deseas mi salvación, que me llamas a la patria celestial para que allí te ame eternamente; pero también quieres que antes en este mundo te consagre mi amor... Amarte quiero, Dios mío, y aunque no hubiera gloria, igual querría amarte mientras viva con toda mi alma y con todas mis fuerzas. Me basta saber que Tú lo deseas así...

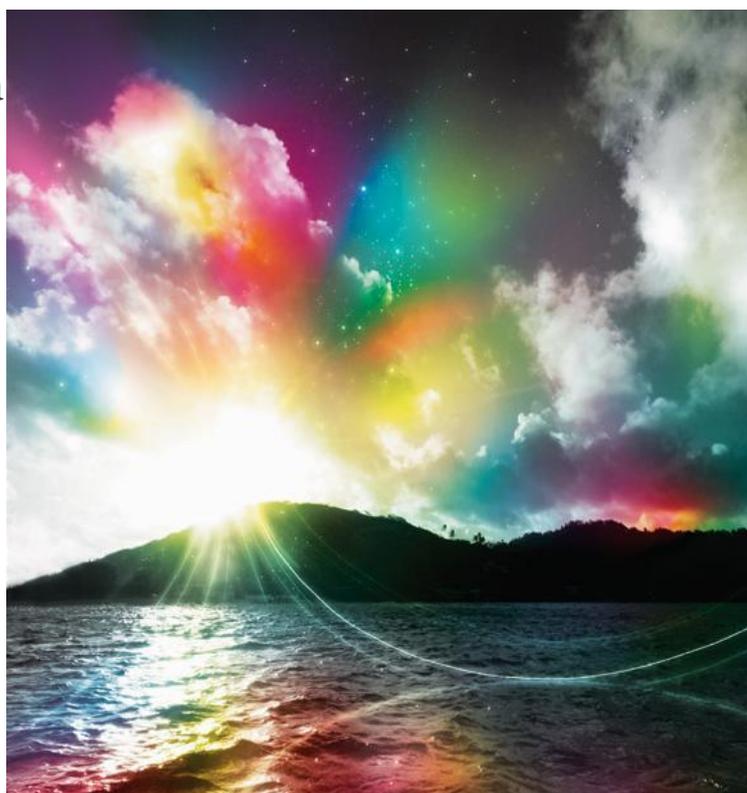
Ayúdame, Jesús mío, con tu gracia y no me abandones... inmortal es mi alma, y por serlo, debo amarte o aborrecerte eternamente. ¿Qué tengo que preferir, sino amarte siempre, darte mi amor en esta vida, para que en la vida futura ese amor viva sin término ni fin?... Dispone de mí como te plazca; castígame como quieras; no me prives de tu amor, y haz de mí lo que te agrade... Tus

merecimientos, Jesús mío, son mi esperanza.

¡Oh María, en tu intercesión confío! Me libraste del infierno cuando estuve en pecado; ahora que amo a Dios me salvarás y santificarás.

PUNTO 2

Apenas empiece el alma a gozar de la divina beatitud, ya no habrá nada que la aflija. *Y enjugará Dios todas las lágrimas de los ojos de ellos, y no habrá ya muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las cosas de antes pasaran. Y dijo el que estaba sentado en el trono (Ap., 21, 4-5): He aquí, Yo hago nuevas todas las cosas.*



No hay en el Cielo enfermedades, ni pobreza, ni mal alguno. No existen allí la sucesión de días y noches, de calor y frío, sino un eterno día siempre sereno, continua primavera de placer y sin fin. No hay persecuciones ni envidias, que en este reino de amor todos se aman en forma tierna, y cada cual goza del bien de los demás como si fuera suyo.

No se conocen allí angustias ni temores, porque el alma confirmada en gracia no puede pecar ni perder a Dios. Todas las cosas ostentan una hermosura renovada y completa, y todas satisfacen y consuelan. La vista gozará admirando aquella ciudad de perfecta belleza (Lm.,

2,15).

Nos parecería un espectáculo fantástico ver una ciudad cuyo suelo fuese de terso y brillante cristal, las viviendas de plata pulida, cubiertas de oro purísimo y adornadas con guirnaldas de flores... ¡Pues mucho más hermosa es la ciudad de la gloria!

¡Y cómo será el ver aquellos felices habitantes con reales vestiduras, porque, como dice San Agustín, todos son reyes! ¡Cómo será el contemplar a la Virgen María, más hermosa que el mismo Cielo; y al Cordero sin mancha, a nuestro Señor Jesucristo, divino Esposo de las almas!

Santa Teresa logró ver desde lejos una mano del Redentor, y quedó maravillada de ver tanta belleza... Habrá en las moradas celestiales perfumes exquisitos, aroma de gloria, y allí se oirán música y cánticos de sublime armonía...

Una vez oyó San Francisco, por un breve instante, el sonido de esa armonía angelical, y creyó que iba a morir de puro gozo que sentía... ¡Cómo será, pues, el oír los coros de ángeles y Santos, que, unidos, cantan las glorias divinas (Sal. 83, 5), y la voz purísima de la Virgen inmaculada que alaba a su Dios!... Así como el canto del ruiseñor en el bosque excede y supera al de las demás avecillas, así la voz de María en el Cielo... En resumen: hay en la gloria cuantas delicias se puedan desear.

Y estos deleites hasta ahora considerados son los bienes menores del Cielo. El bien esencial de la gloria es el Bien Máximo: Dios.

El premio que el Señor nos ofrece no consiste sólo en la hermosura y armonía y deleites de aquella ciudad maravillosa; el premio principal es Dios mismo, es el amarle y contemplarle cara a cara (Gn., 15, 1).

Dice San Agustín que si Dios se dejara ver por los condenados, el infierno se transformaría de repente en delicioso paraíso. Y añade que si un alma, al salir de este mundo, tuviera que elegir entre ver a Dios y estar en el infierno, o no ver a Dios y librarse de las penas infernales, «preferiría, sin duda, la vista de Dios aún implicando los tormentos eternos».

Esta felicidad de amar a Dios y verle cara a cara no podemos comprenderla en este mundo. Pero algo nos es permitido entender, sabiendo que el atractivo del divino amor, aún en la vida mortal, llega a elevar sobre la tierra no sólo el alma, sino hasta el cuerpo de los Santos.

San Felipe Neri fue una vez alzado por el aire con la silla en que se estaba. San Pedro de Alcántara se elevó también sobre la tierra agarrado a un árbol, cuyo tronco quedó separado de la raíz. Sabemos también que los Santos mártires, por la suavidad y dulzura del amor divino, se alegraban mientras padecían dolores terribles. San Vicente se expresaba de tal modo en el tormento—dice San Agustín—, «que no parecía sino que era uno el que hablaba y otro el que padecía».

San Lorenzo, tendido en las candentes parrillas sobre el fuego, decía al tirano con asombrosa serenidad: *Envuélveme con el fuego y devórame*, porque, como añade aquel Santo Lorenzo, «encendido en el fuego del divino amor, no sentía el incendio que me quemaba». Además, ¡El pecador al llorar sus culpas halla dulzura! *Si tan dulce es llorar por Tí—decía San Bernardo—, ¿cómo será gozar de Ti?*

¡Y qué consolación no siente el alma si un rayo de luz del Cielo lo pilla de improviso en la oración, algo de la bondad y misericordia divina, del amor que le tuvo y tiene Jesucristo! Le parece al alma que se consume y desmaya de amor. Y, sin embargo, en la tierra no vemos a Dios como es; le vemos entre sombras.

Tenemos ahora como una venda en los ojos, y Dios se nos oculta

tras el velo de la fé. Pero, ¿qué sucederá cuando desaparezca esa venda y se deshaga aquel velo, y veamos cuán hermoso es Dios, cuán grande y justo, perfecto, amable y amoroso? (1 Co., 13, 12).

ORACIÓN

Yo soy, ¡oh Sumo Bien mío!, aquel miserable que tantas veces se apartó de Ti y renunció a tu amor. Por ello indigno soy de verte y amarte. Pero Tú, Señor, eres el que, por compadecerte de mí, no tuviste compasión de Ti mismo y te condenaste a morir de dolor en un madero de vergüenza.

Por tu muerte espero, que algún día te veré y gozaré de tu presencia y te amaré con todo mí ser. Pero ahora que me hallo en peligro de perderte para siempre, o quizás ya te perdí por mis pecados, ¿qué haré en lo que resta de mi vida? ¿Seguiré ofendiéndote?... No, Jesús mío; aborrezco las ofensas que te hice.

Me pesa el alma por el peso de mis ofensas y te amo con todo mi corazón... ¿Apartarás de Ti a un alma que se arrepiente y te ama? No. Bien sé lo que dijiste, amado Redentor mío; que no sabes rechazar a los que, arrepentidos, recurren a Ti (Jn., 6, 37). A todo renuncio, Jesús mío, y me entrego a Ti, te abrazo y uno a mi corazón.. Abrázame y úneme también a tu Sagrado Corazón... Y si me atrevo a hablar así es porque hablo y trato con la Bondad infinita, con un Dios que murió por mi amor. Amado Redentor mío, dame la perseverancia en tu amor santo.

Amada Virgen María, Madre nuestra, ayúdame a lograr ese don de la perseverancia, por lo mucho que amas a Cristo Jesús. Así lo espero y así sea.

PUNTO 3

La mayor tribulación que aflige en este mundo a las almas que aman a Dios y están desoladas y sin consuelo es el temor de no amarle y de no ser amadas de Él (Ecl., 9, 1). Pero en el Cielo el alma está segura de que se halla en el amor divino, y de que el Señor la

abraza estrechamente, como a una hija predilecta, sin que ese amor pueda acabarse nunca. Es más, este amor se acrecentará en ella con el conocimiento que tendrá entonces del amor que movió a Dios a morir por nosotros y a instituir aquel Santísimo Sacramento en que el mismo Dios se hace alimento del hombre.

Esta persona que ya está en el cielo, verá todas las gracias que Dios le dió, librándolo de tantas tentaciones y peligros de perderse, y reconocerá que todas las tribulaciones, pruebas, enfermedades, persecuciones y desengaños que antes llamó desgracias y pensó que eran castigos, eran señales de amor de Dios, y medios que la divina Providencia usaba para llevarlo al Cielo.

Conocerá la paciencia con que Dios lo esperó después de que lo había ofendido tanto, y la misericordia ilimitada con que Dios lo perdonó. También verá cómo Dios lo llenó de intuiciones, pensamientos, ideas, y le enviaba constantemente mensajes y llamados de amor. Desde la altura del Cielo verá que hay en el infierno muchas almas condenadas por culpas menores que las propias, y se aumentará su gratitud por hallarse santificada, en posesión de Dios y segura de no perder jamás el soberano e infinito Bien.

Eternamente gozará el bienaventurado de esa incomparable felicidad, que en cada instante le parecerá nueva, como si acabara de comenzar a disfrutarla. Siempre deseará esa dicha y la poseerá sin cesar; siempre deseoso y siempre satisfecho, siempre codiciando más amor y siempre saciado. Porque el deseo, en la gloria, no va acompañado de temor, ni la posesión engendra aburrimiento.

En resumen: así como los condenados al infierno son focos de ira de Dios, los elegidos son focos de júbilo y de amor de Dios, de tal manera, que nada les queda por desear. Decía Santa Teresa que incluso acá en la tierra, cuando Dios admite a las almas en aquella regalada cámara del vino, es decir, de su divino amor, tan

felizmente las embriaga, que estas personas pierden todo afecto y deseo de todas las cosas terrenas. Pero al entrar en el Cielo, este amor de Dios es mucho más perfecto y es entregado plenamente a los elegidos de Dios, como dice David (Sal. 35, 9): ¡Embriagados de la abundancia de su casa!

Entonces este hombre ya hecho Santo, viendo cara a cara a Dios y uniéndose al Sumo Bien, presa de un delirio de amor, se rendirá en Dios, y olvidado de sí mismo, sólo pensará en amar, alabar y bendecir aquel infinito Bien que posee.

En esta vida, cuando nos aflijan las cruces diarias, esforcémonos en sufrirlas pacientemente con la esperanza en el Cielo. A Santa María Egipciaca, en la hora de la muerte, preguntó el abad Zósimo cómo había podido vivir tantos años en aquel desierto, y la Santa respondió: *Con la esperanza de la gloria...* San Felipe Neri, cuando le ofrecieron la dignidad de cardenal, arrojando el capelo lejos de sí, exclamó: *El Cielo, el Cielo es lo que yo deseo.* Fray Gil, religioso franciscano, se elevaba extático siempre que oía el nombre de la gloria.

Así, nosotros, cuando nos atormenten y angustien las penas de este mundo, alcemos los ojos al Cielo, y consolémonos suspirando por la felicidad eterna. Consideremos que si somos fieles a Dios, muy pronto acabarán esos trabajos, miserias y temores, y seremos admitidos en la patria celestial, donde viviremos plenamente felices mientras Dios sea Dios.

Allí nos esperan los Santos, allí la Virgen Santísima, allí Jesucristo nos prepara la corona de aquel perdurable reino de la gloria.

ORACIÓN

Tú mismo me enseñaste, amadísimo Redentor mío, a que orase, diciendo: Señor, que venga tu reino a mi alma, y así deseo que la poseas entera, y que ella te posea a Ti, Bien Sumo e infinito. Tú, Jesús mío, nada omitiste para salvarme y conquistar mi amor.

Sálvame, pues, y sea mi salvación amarte siempre en esta y en la vida eterna.

Aunque tantas veces me aparté de Ti, sé que no te avergonzarás de abrazarme en el Cielo eternamente, con tanto amor como si nunca te hubiera ofendido.

¿Y porque así lo creo así cómo podría no amarte sobre todas las cosas, a Ti Jesús, que solo deseas darme la gloria, a pesar de que tan a menudo te hice sufrir y hasta merecí el infierno?...

¡Ojalá, Señor, no te hubiera ofendido nunca! ¡Ah, si volviera a nacer, desearía amarte siempre desde el primer día!... Pero lo hecho, hecho está y no puedo borrar el pasado. Sólo puedo consagrarte el resto de mi vida. Toda mi vida te doy; me entrego por completo a tu servicio... ¡Jesús, echa fuera de mi corazón todos los afectos mundanos; solo deseo tener lugar en él para mi Dios y Señor, que quiere poseerlo sin rivales!... Todo mi corazón es tuyo, ¡oh Redentor mío!, mi amor y mi Dios.

Desde ahora, únicamente pensaré en complacerte. Ayúdame con tu gracia, como espero por tus merecimientos, y acrecienta en mí el deseo eficaz de servirte... ¡Oh gloria, oh Cielo!... ¿Cuándo, Señor, podré contemplarte y abrazarte y unirme a Ti, sin temor de perderte?... ¡Ah Dios mío! ¡Guíame y defiendeme para que nunca te ofenda!...

¡Oh María Santísima! ¿Cuándo estaré postrado a tus pies en la gloria? Socórreme, Madre mía; no permitas que me condene y que me vea lejos de ti y de tu Hijo divino.

30. De la oración

Pide y se te dará..., porque todo aquel que pide, recibe.

Lc., 11, 9-10.

PUNTO 1

En muchas páginas del Antiguo y Nuevo Testamento promete Dios oír a los que se encomiendan a Él: *Clama a Mí, y te oiré* (Jer., 33, 3). *Invócame..., y te libraré* (Sal. 49, 15). «Si algo pidieras en mi nombre, Yo lo haré» (Jn., 14, 14). «Pide lo que quieras, y se te otorgará» (Jn., 15, 7). Y otros varios textos semejantes.

La oración es una, dice Teodoreto; y, sin embargo, puede ayudarnos a lograr todas las cosas; pues, como afirma San Bernardo, el Señor nos da, o lo que pedimos en la oración, u otra gracia que es más conveniente para nosotros.

Por esa razón, el Profeta (Sal. 85, 5) nos mueve a que oremos, asegurándonos que *el Señor es toda misericordia para todos los que le invocan y acuden a Él*. Y todavía con más eficacia nos exhorta el Apóstol Santiago, diciéndonos que cuando rogamus a Dios, El nos concede más de lo que pedimos, sin reprocharnos las ofensas que le hemos hecho. No parece sino que, al oír nuestra oración, olvida nuestras culpas.

San Juan Clímaco dice que la oración pone, en cierto modo, en aprietos a Dios, y le fuerza a que nos conceda lo que le pidamos. Fuerza—escribe Tertuliano—que es muy grata al Señor y que la desea de nosotros, pues, como dice San Agustín, Dios tiene mayores deseos de darnos bienes que nosotros de recibirlos, porque Dios, por su naturaleza, es la Bondad infinita, según observa San León, y Dios siempre se complace en comunicarnos sus bienes.

Dice Santa María Magdalena de Pazzi que Dios queda, en cierto modo, obligado con el alma que le ruega, porque uno mismo ofrece así una ocasión de que el Señor satisfaga su deseo de dispensarnos gracias y favores.

Y David decía (Sal. 55, 10) que esta bondad del Señor, al oírnos y

complacernos cuando le dirigimos nuestras súplicas, le demuestra que Él es el verdadero Dios.

Mucha gente se queja sin razón porque no hallan propicio a Dios— advierte San Bernardo—; pero con mayor motivo se lamenta el Señor Jesús de que muchos le ofenden dejando de acudir a El para pedirle las gracias (regalos) que quiere darte, y sin embargo piden cosas dañinas.

Por eso nuestro Redentor dijo a sus discípulos (Jn., 16, 24): *Hasta ahora no has pedido nada en mi nombre. Pide y recibirás, para que tu gozo sea completo*; o sea: «No te quejes de Mí si no eres plenamente feliz; quéjate contigo mismo, porque no me has pedido las gracias que ya te tengo preparadas. Pide, pues, y quedarás contento.»

Los antiguos monjes afirmaban que no hay ejercicio más provechoso para alcanzar la salvación que la oración continua, diciendo: ayúdame, Señor.

Y el venerable P. Séñeri cuenta de sí mismo que en sus meditaciones solía dedicar un espacio largo de tiempo a las oraciones piadosas; pero que después, persuadido de la gran eficacia de la oración, procuraba emplear en las súplicas la mayor parte del tiempo...

Hagamos siempre lo mismo, porque nuestro Señor nos ama en extremo, desea mucho nuestra salvación y se muestra solícito en oír lo que le pedimos. La gente importante del mundo a pocos dan audiencia, dice San Juan Crisóstomo; pero Dios la concede a todo el que la pide y en cualquier momento.

ORACIÓN

Te adoro, Eterno Dios, y te doy gracias por todos los beneficios que me has concedido, creándome, redimiéndome por medio de mi Señor Jesucristo, haciéndome miembro partícipe de su santa Iglesia, esperándome cuando me hallaba en pecado y perdonándome muchas veces:

¡Ah Dios mío!, no te hubiera ofendido si en las tentaciones hubiera acudido a Ti.... También te doy gracias porque me has mostrado que toda mi felicidad se funda en la oración, en pedirte los dones que necesito. Yo te pido, pues, en nombre de Jesucristo, que me

des dolor de mis culpas, la perseverancia en tu gracia, una muerte buena y piadosa y la gloria eterna, y, sobre todo, el sumo don de tu amor y la perfecta conformidad con tu santa voluntad. Sé bien Señor que no lo merezco, pero lo ofreciste a quien lo pidiera en nombre de Cristo, y yo, por los merecimientos de Jesucristo, lo pido y espero...

¡Oh María!, tus súplicas logran todo lo que piden. Ora por mi.

PUNTO 2

Pensemos, además, en la necesidad de la oración. Dice San Juan Crisóstomo que así como el cuerpo sin alma está muerto, así el alma sin oración se halla también sin vida, y que tanto necesitan las plantas el agua para no secarse, como nosotros la oración para no perdernos.



Dios quiere que nos salvemos todos y que nadie se pierda (1 Ti., 2, 4). «*Dios espera con paciencia por amor de ustedes, no queriendo que perezca ninguno, sino que todos se conviertan arrepentidos*» (2 P., 3, 9). Pero también quiere que le pidamos las gracias necesarias para nuestra salvación; puesto que, en primer lugar, no podemos observar los mandamientos divinos y salvarnos solos, sin la ayuda real del Señor, y, por otra parte, Dios no quiere, en general, darnos esas gracias si no se las pedimos.

Por esta razón dice el Santo Concilio de Trento que Dios no impone

mandamientos imposibles, porque, o nos da la gracia necesaria para obedecerlos, o bien nos da la gracia de pedirle esa gracia necesaria.

Y enseña San Agustín que, excepto las primeras gracias que Dios nos da, como son la vocación a la fe, o a la penitencia, todas las demás, y especialmente la perseverancia, Dios las concede únicamente a los que se las piden.

Infieren de aquí los teólogos, con San Basilio, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Clemente de Alejandría y muchos otros, que para los adultos es necesaria la oración. De manera que, sin orar, a nadie le es posible salvarse. Y esto dice el docto Lessio, debe tenerse como de fé.

Los testimonios de la Sagrada Escritura son concluyentes y numerosos: «*Es necesario orar siempre. Oren para que no caigan en la tentación. Pidan y recibirán. Oren sin descanso*». Las citadas palabras «es necesario, oren, pidan», según indicación general de la Iglesia, imponen la obligación de rezar, especialmente en estos dos casos: primero, cuando el hombre se halla en pecado; y segundo, cuando está en peligro de pecar.

El mismo hecho de no orar por lo tanto constituye un pecado. Y toda esta doctrina se funda en que, como hemos visto, la oración es un medio sin el cual no es posible obtener los auxilios necesarios para la salvación.

Pidan y recibirán. Quien pide, alcanza. De manera que—decía Santa Teresa— quien no pide no alcanzará. Y el Apóstol Santiago exclama (4, 2): No alcanzas porque no pides. Y en forma muy especial es necesaria la oración para obtener la virtud de la continencia: «*Y como llegué a entender que de otra manera no podía alcanzarla, si Dios no me la daba..., acudí al Señor y le rogué*» (Sb., 8, 21).

Resumamos lo expuesto considerando que quien ora se salva, y

quien no ora, ciertamente, se condena. Todos cuantos se han salvado lo consiguieron por medio de la oración. Todos los que se han condenado se condenaron por no haber orado. Y el hecho de pensar que tan fácilmente se hubieran podido salvar orando, para los hombres ya condenados para quienes ya no hay tiempo para remediar el mal, esto aumentará su desesperación en el infierno.

ORACIÓN

¿Cómo he podido, Señor, vivir hasta ahora olvidándome de Ti? Tú ya tenías preparadas todas las gracias que yo debiera haber buscado; sólo esperabas que te las pidiera; pero no pensé más que en complacer mi egoísmo y materialismo y sensualidad, sin que me importara verme privado de tu amor y gracia.

Olvida, Señor, mi ingratitud, y ten misericordia de mí; perdona las ofensas que te hice, y concédeme el don de la perseverancia, ayudándome siempre, ¡oh Dios de mi alma!, para que no vuelva a ofenderte.

No permitas que de Ti me olvide, como te olvidé antes. Dame luz y fuerza para encomendarme a Ti, especialmente cuando el enemigo me mueva a pecar. Otórgame, Dios mío, esta gracia por los méritos de Jesucristo y por el amor que le tienes.

Basta, Señor; basta de culpas. Quiero amarte durante el resto de mi vida. Dame tu santo amor, y él haga que te pida tu auxilio siempre que me encuentre en peligro de perderte pecando...

María Santísima, mi esperanza y resguardo, de Ti espero la gracia de encomendarme a Ti y a tu divino Hijo en todas mis tentaciones. Socórreme, Reina mía, por amor de Cristo Jesús.

PUNTO 3

Consideremos, por último, las condiciones que cumple una buena oración. Muchos piden y no alcanzan, porque no ruegan como es debido (Stg., 4, 3). Para orar bien es necesario, ante todo, humildad. «Dios resiste a los soberbios, y a los humildes da gracia» (Stg., 4, 6). Dios no oye las peticiones del soberbio; pero nunca desecha la

petición de los humildes (Ecl., 35, 21), aunque hayan sido pecadores. «Al corazón contrito y humillado no le despreciarás, Señor» (Sal. 50, 19).

En segundo lugar, es necesaria la confianza. «Ninguno esperó en el Señor y estuvo confundido» (Ecl., 2, 11). Con este fin nos enseñó Jesucristo que al pedir gracias a Dios lo llamemos con el nombre de Padre nuestro, para que le roguemos con aquella confianza que un hijo tiene al recurrir a su propio padre.

Quien pide confiado, todo lo consigue. Todas las cosas que pidas en la oración, ten *viva fe de conseguirlas y se te concederán* (Mr., 11, 24).

¿Quién puede temer, dice San Agustín, que falte lo que prometió Dios, que es la misma verdad? No es Dios como los hombres, que no cumplen a veces lo que prometen, o porque mintieron al prometer, o porque luego cambian su voluntad (Nm., 23, 19).

¿Cómo iba el Señor—añade el Santo—exhortarnos tanto a pedirle gracias y dones, si no iba después a concedérnoslas? Al prometerlo se obligó a conceder los dones que le pidamos.

¿Acaso algunas personas piensan que, por ser pecador, no merece ser oído?. Santo Tomás responde que la oración con que pedimos gracias y dones no se funda en nuestros méritos, sino en la misericordia divina, y por eso lo hacemos en el Nombre de Jesús. «*Todo aquel que pide, recibe*» (Lc., 11, 10); es decir, todos, sean justos o pecadores.

El mismo Redentor nos quitó todo temor y duda en cuanto a pedir a Dios Padre cuando dijo (Jn., 16, 23): «*En verdad, en verdad les digo que el Padre les dará todo lo que le pidan en mi nombre*»; o sea: «si careces de méritos, los míos te servirán para con mi Padre. Pídele en mi nombre, y te prometo que obtendrás lo que pidas...»

Pero es preciso entender que tal promesa no se refiere a los dones temporales, como salud, dinero u otros, porque el Señor a menudo

nos niega justamente estos bienes, previendo que nos dañarían para salvarnos. Mejor conoce el médico que el enfermo lo que ha de ser provechoso, dice San Agustín; y añade que Dios niega a algunos por misericordia lo que a otros concede con ira. Por lo cual sólo debemos pedir las cosas temporales bajo la condición de que convengan al bien del alma.

Y, al contrario, las espirituales, como el perdón, la perseverancia, el amor de Dios, ayuda para salvarnos, oportunidades de predicar, la salvación de nuestros seres queridos e incluso de nuestros enemigos, y otras gracias semejantes, deben pedirse absolutamente con firme confianza de obtenerlas. «Pues si ustedes, siendo malos—dice Jesucristo (Lc., 11, 13)—, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más tu Padre celestial dará espíritu bueno a los que se lo pidan?»

Por sobre todo, es necesaria la perseverancia. Dice Cornelio a Lápide que el Señor «quiere que perseveremos en la oración hasta ser importunos»; cosa que ya expresa la Escritura Sagrada: «*Es necesario orar siempre.*» «*Vigila orando en todo tiempo.*» «*Ora sin descanso*»; lo mismo que el texto que sigue: «*Pide y recibirás; busca y hallarás; llama y se te abrirá*» (Lc., 11, 9).

Bastaba haber dicho "pide"; pero quiso el Señor demostrarnos que debemos proceder como los mendigos, que no cesan de pedir e insisten y llaman a la puerta hasta que obtienen la limosna. Especialmente la perseverancia final es gracia que no se alcanza sin una oración continua. No podemos merecer por nosotros mismos esa gracia, pero por la oración, dice San Agustín, en cierto modo la merecemos.

Oremos, pues, siempre, y no dejemos de orar si queremos salvarnos. Los confesores y predicadores exhorten de continuo a orar si desean que las almas se salven. Y, como dice San Bernardo, acudamos siempre a la intercesión de María. «Busquemos la gracia,

y busquemosla por intercesión de María, que obtiene todo lo que desea y no puede engañarse.»

ORACIÓN

Espero, Señor, que me hayas perdonado, pero mis enemigos no dejarán de combatirme hasta la hora de la muerte, y si no me ayudas, volveré a perderme.

Por los merecimientos de Cristo, te pido la santa perseverancia. *No permitas que me aparte de Ti.* El mismo don te pido para cuantos se hallan en tu gracia. Y confiado en tu promesas, estoy seguro de que me concederás la perseverancia si continúo pidiéndotela...

Y así y todo, temo, Señor; temo el no acudir a Ti en las tentaciones y recaer por ello en mis culpas.

Te ruego, pues, que me concedas la gracia de que jamás deje de orar. Haz que en los peligros de pecar me encomiende a Ti e invoque en auxilio mío los nombres de Jesús y María. Así, Dios mío, me propongo hacerlo, y así espero que lo conseguiré con tu gracia. Escúchame, por el amor a Jesucristo..

Y Tú, María, Madre nuestra, ayúdame a recurrir siempre a Ti y a tu Hijo divino, cada vez que enfrente peligros de perder a Dios.

31. De la perseverancia

El que persevere hasta el fin, éste será salvo.

Mt., 24, 13.

PUNTO 1

Dice San Jerónimo que muchos empiezan bien, pero pocos son los que perseveran. Bien comenzaron un Saúl, un Judas, un Tertuliano; pero acabaron mal, porque no perseveraron como debían. En los cristianos no se busca el principio, sino el fin. El Señor—prosigue diciendo el Santo—no exige solamente el comienzo de la buena vida, sino su término; el fin es el que alcanzará la recompensa.

De aquí que San Lorenzo Justiniano llame *puerta del Cielo* a la perseverancia. Quien no encuentre esa puerta no podrá entrar en la gloria.

Tú, hermano mío, que dejaste el pecado y esperas con toda razón que han sido perdonadas tus culpas, disfrutas de la amistad de Dios; pero todavía no estás salvo ni lo estarás mientras no hayas perseverado hasta el fin (Mt., 10, 22). Empezaste la vida buena y santa. Da por ello mil veces gracias a Dios; pero entiende que, como dice San Bernardo, al que comienza la vida cristiana y santa se le invita a obtener el premio mayor, premio que únicamente se le da al que persevera. Es como si fueras a un estadio, no basta simplemente correr en el estadio, sino que para ganar la medalla debes correr y alcanzar la meta, dice el Apóstol (1 C., 9, 24).

Has puesto mano en el arado; has comenzado a vivir bien; pues ahora más que nunca debes temer y temblar...(Fíl., 2, 12). ¿Por qué?... Porque, Dios no lo quiera, si vuelves la vista atrás y retornas a la mala vida, eso te excluiría del premio de la gloria (Lc., 9, 62).

Ahora, por la gracia de Dios, huyes de las ocasiones malas y peligrosas, frecuentas los sacramentos, haces cada día meditación espiritual... Dichoso tú si así continúas, y si nuestro Señor Jesucristo así te halla cuando venga a juzgarte (Mt., 24, 46). Pero no creas que por haberte resuelto a servir a Dios se te hayan acabado las tentaciones y no vuelvan a combatirte más. Escucha lo que dice

el Espíritu Santo (Ecl., 2, 1): «Hijo, cuando llegues al servicio de Dios, prepara tu alma a la tentación.»

Debes saber, pues, que ahora más que nunca debes prepararte para el combate; porque nuestros enemigos, el mundo, el demonio y la carne, ahora más que nunca te molestarán y te harán la guerra con el fin de que pierdas todo lo conquistado. San Dionisio Cartusiano afirma que cuanto más se entrega uno a Dios, mucho mayor empeño pone el infierno en vencerlo.

Y esta verdad queda clara en el Evangelio de San Lucas (11, 24-26), donde dice: «Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares áridos buscando reposo, y no hallándolo, dice: Me volveré a mi casa, de donde salí... Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran dentro y moran allí. Y así el segundo estado de aquel hombre es peor que el primero»; o sea: cuando el demonio se ve arrojado de un alma no halla descanso ni reposo, y emplea todas sus fuerzas en procurar dominarla de nuevo. Pide auxilio a otros espíritus del mal, y si consigue entrar otra vez en aquella alma, le producirá una segunda ruina, más grave que la primera.

Considera, pues, qué armas vas a emplear para defenderte de esos enemigos y conservar la gracia de Dios. Para no ser vencido del demonio no hay mejor arma que la oración.

Dice San Pablo (Ef., 6, 12) que no tenemos que pelear contra hombres de carne y hueso como nosotros, sino contra los príncipes y potestades del infierno, con lo cual quiere advertirnos que carecemos de fuerzas para resistir a tanto poder, y que, por consiguiente, necesitamos que Dios nos ayude. Con ese auxilio lo podemos todo, decía el Apóstol (Fil., 4, 13), y todos nosotros debemos repetir lo mismo. Pero ese auxilio no se alcanza más que pidiéndolo en la oración. *Pide y recibirás*. No nos fiemos de nuestros propósitos, porque si confiamos en ellos estaremos perdidos.

Toda nuestra confianza, cuando el demonio nos tienta, la tenemos que poner en la ayuda de Dios, encomendándonos a Jesús y a María Santísima. Y muy especialmente debemos hacer esto en las tentaciones contra la castidad, porque son las más comunes y temibles y las que ofrecen al demonio más frecuentes victorias.

Por nosotros mismos no disponemos de fuerzas para conservar la castidad. Dios tiene que darnos esta fuerza. «Y como llegué a entender—exclama Salomón (Sb., 8, 21)—que de otra manera no podía alcanzar continencia si Dios no me la daba..., acudí al Señor y le rogué.»

Preciso es, pues, en tales tentaciones, acudir en seguida a Jesucristo y a su Santa Madre, e invocar a menudo los santísimos nombres de Jesús y María. Quien así lo haga, vencerá. El que no lo haga será vencido.

ORACIÓN

¡Ah Señor, no me arrojes de tu presencia! (Sal. 50, 13). Bien sé que no me abandonarás si no soy yo el primero en dejarte; pero la experiencia de mi flaqueza me inspira temor. Dame, Dios mío, la fortaleza que necesito contra el poder del infierno, que desea reducirme de nuevo a ser un siervo suyo. Te lo pido por el amor de Jesucristo.

Establece, Señor, entre Tú y yo, una paz perpetua que no se altere jamás; y para ello dame tu santo amor. El que no te ama, muerto está (1 Jn., 3, 14). Líbrame de esa muerte desdichada, ¡oh Dios de mi vida! Tú sabes que me hallaba perdido, y que por obra de tu clemencia he llegado al estado en que me encuentro, con la esperanza de que poseo tu gracia... Por la amarga muerte que por mí sufriste, no permitas, Jesús mío, que yo voluntariamente pierda tan alto don que me regalas. Te amo sobre todas las cosas, y espero verme siempre atado a tu divino amor, y con él morir, y en él vivir eternamente.

¡Oh María, a quien llamamos Madre de la perseverancia!, por tu intercesión se alcanza esa gran merced. A Ti te pido perseverancia, y de Ti la espero.

PUNTO 2

Veamos ahora cómo se tiene que vencer al mundo. El más grande enemigo es el demonio, pero el mundo es peor. Si el demonio no se sirve del mundo, de los hombres malos, que forman lo que



llamamos mundo, no lograría los triunfos que obtiene.

El Redentor nos insta a guardarnos más de los hombres que del mismo demonio (Mt., 10, 17). Estos son a menudo peores, porque a los demonios se los ahuyenta con la oración e invocando los nombres de Jesús y de María; pero los hombres que son malos enemigos, si mueven a alguno a pecar y les respondes con buenas y cristianas palabras, no huyen ni se reprimen, sino que se excitan y te tientan más, y más encima se burlan de tí llamándote necio, cobarde o menguado; y cuando ya no pueden hacer otra cosa, te tratan de hipócrita, que solo finges santidad. Y no pocas almas tímidas o débiles, por no oír tales burlas e improperios, siguen a aquellos ministros de Lucifer y pecan nuevamente.

Convéncete, pues, hermano mío, de que si quieres vivir en forma santa, los impíos, los malvados te menospreciarán y se burlarán de ti. El que vive mal no puede tolerar a los que viven bien, porque al ver tu buena vida, sienten que tu ejemplo es un continuo reproche, y porque quisieran que todos lo imiten para acallar el remordimiento

que le ocasiona la vida cristiana de los demás.

El que sirve a Dios, dice el Apóstol (2 Ti., 3, 12), tiene que ser perseguido del mundo. Todos los Santos han sufrido persecuciones. ¿Quién más santo que Jesucristo? Pues el mundo le persiguió hasta darle la peor muerte de todas, muerte de cruz.

No debe sorprendemos esto, porque las máximas del mundo son del todo contrarias a las de Jesucristo. Las cosas que el hombre mundano estima, Jesucristo las llama locura (1 Co., 3, 19). Y al contrario, el mundo tiene por demencia lo que nuestro Redentor alaba y aprecia, como son las cruces, dolores y desprecios (1 Co., 1, 18).

Pero consolémonos, que si los malos nos maldicen y golpean, Dios nos bendice y ensalza (Sal. 108, 28). ¿No basta ser alabados de Dios, de María Santísima, de los ángeles y Santos y de todos los buenos?

Dejemos, pues, que los pecadores digan lo que quieran y prosigamos sirviendo a Dios, que tan fiel y amoroso es con las personas que le aman. Mientras mayores sean los obstáculos y contradicciones que hallemos al practicar el bien, más grandes serán la alegría del Señor y nuestros méritos.

Imaginemos que en el mundo sólo existimos nosotros y Dios, y cuando los malvados nos censuran, encomendémos a estos enemigos al Señor, y dándole gracias por la luz que a nosotros nos alumbraba y a ellos les niega, prosigamos en paz nuestro camino. Nunca nos cause rubor el ser y parecer cristianos, porque si nos avergonzamos de ello, Jesucristo se avergonzará de nosotros, según nos anunció (Lc., 9, 26).

Si queremos salvarnos, es necesario que estemos firmemente resueltos a padecer castigos, y ser causa de conflicto al defender la verdad de Cristo. «Estrecho es el camino que conduce a la vida»

(Mateo, 7, 14).

El reino de los Cielos se alcanza siendo firmes en nuestro propósito, y perseverando con esfuerzo (Mt., 11, 12). Quien no es firme y decidido no se salvará. Y esto es irremediable, porque si queremos practicar el bien, tenemos que luchar contra nuestra naturaleza rebelde. Especialmente, debemos esforzarnos más al principio, para lograr extirpar los malos hábitos y adquirir los buenos, puesto que después la buena costumbre y educación logran que sea más fácil observar la buena ley.

Dijo el Señor a Santa Brígida que a quien practicando las virtudes con valor y paciencia sufre la primera punzada de las espinas, después esas mismas espinas se transforman en rosas.

Comprende, pues, cristiano, y oye a Jesús, que te dice como al paralítico (Jn., 5, 14): «Mira que ya estás sano; no quieras pecar más, porque no te suceda cosa peor.» Entiende, añade San Bernardo, que si por tu desgracia vuelves a recaer, tu ruina será peor que todas las de tus primeras caídas.

¡Ay de aquellos, dice el Señor (Is., 30, 1), que emprenden el camino de Dios y luego lo dejan. Serán castigados como rebeldes a la luz (Jn., 3, 19); y la pena de esos infelices, que fueron favorecidos e iluminados con las luces de Dios, e infieles después, será quedar del todo ciegos y así acabar su vida hundidos en la culpa. «Pero si el justo se desvia de su justicia..., ¿por casualidad vivirá? No se recordará ninguna de sus obras justas...; por su pecado morirá» (Ez., 18, 24).

ORACIÓN

¡Ah Dios mío! ¡Cuántas veces he merecido castigo semejante, ya que tantas veces dejé el pecado por las luces y mercedes que me diste, y luego al poco tiempo miserablemente recaí en la culpa! Infinitas gracias te doy por tu clemencia en no haberme

abandonado a mi ceguera, privándome de tus luces como yo merecía.

Pues quedo obligado contigo, y muy ingrato sería si yo volviera a separarme de Ti. No será así, Redentor mío; más bien, espero que en el resto de mi vida, y en toda la eternidad, voy a alabar y cantar tus misericordias (Sal. 88, 2), amándote siempre sin perder tu divina gracia. Mi ingratitud pasada, que maldigo y aborrezco sobre todo mal, me servirá para llorar las ofensas que te hice y para inflamarme en amor a Ti, que me has acogido a pesar de mis pecados, y me has otorgado favores tan lindos.

Te amo, Dios mío, digno de infinito amor. Desde hoy serás mi único amor, mi único bien. ¡Oh Eterno Padre! Por los merecimientos de Jesucristo te pido la perseverancia final en tu amor y gracia, y sé que me la concederás si continúo pidiéndotela. Pero ¿quién me asegura de que así lo haré? Por eso, Dios mío, te ruego que me des la gracia de que siempre te pida ese precioso don...

¡Oh María!, mi abogada, esperanza y refugio, ayúdame a ser constante, con tu intercesión, para pedir a Dios la perseverancia final. Te lo ruego por tu amor a Cristo Jesús.

PUNTO 3

Consideremos lo que atañe al tercer enemigo, la carne, que es el peor de todos, y veamos cómo hemos de combatirlo. En primer lugar, con la oración, según ya hemos visto. En segundo lugar, huyendo de las ocasiones, como vamos a ver y considerar atentamente.

Dice San Bernardino de Sena que el más excelente consejo (que es casi la base y fundamento de la vida religiosa) consiste en que huyamos siempre de las ocasiones de pecar. Obligado por exorcismos, confesó una vez el demonio que ningún sermón le es más aborrecible que aquellos en que se exhorta a huir de las malas ocasiones.

Y con harta razón; porque el demonio se ríe de cuantas promesas y propósitos forme un pecador arrepentido, si no se aparta éste de tales ocasiones.

La ocasión, especialmente en materia de placeres sensuales, es como una venda puesta ante los ojos, que no permite ver ni propósitos, ni instrucciones, ni verdades eternas; que ciega, en fin, al hombre y le hace olvidarse de todo.

Justamente esta fue la perdición de nuestros primeros padres Adán y Eva: el no huir de la ocasión. Dios les había prohibido alzar la mano al fruto vedado. «Nos mandó Dios—dijo Eva a la serpiente—que no comamos ni lo toquemos» (Gn., 3, 3). Pero la mujer imprudente «lo vio, lo tomó y lo comió». Empezó por admirar la manzana, la cogió después con la mano, y luego comió de ella. Quien voluntariamente se expone al peligro, en él perecerá (Ecl., 3, 27).

Advierte San Pedro que el demonio anda dando vueltas alrededor de nosotros, buscando a quien devorar. De manera que para volver a entrar en un alma que lo arrojó de sí, dice San Cipriano, sólo aguarda la ocasión oportuna. Si el alma se deja seducir para ponerse en peligro, de nuevo se apoderará de ella el enemigo y la devorará sin remedio.

Él abad Guerrico dice que Lázaro resucitó atado de manos y de pies, y por eso quedó sujeto a la muerte. ¡Infeliz del que resucite ligado por las ocasiones! A pesar de su resurrección, volverá a morir. El que quiera salvarse necesita renunciar no sólo al pecado, sino también a las ocasiones de pecar; es decir, debe apartarse de este compañero, de aquella casa, de ese trabajo, de cierto cliente, y de cierta amistad...

¿Podrá alguien decir que, al cambiar de vida, abandonó todo fin ilícito en sus relaciones con determinadas personas, y que, por lo tanto, ya no hay temor de tentaciones?. A propósito de esto

recordaré lo que se cuenta de ciertos osos de Mauritania, que acostumbran cazar monos. Estos monos, al ver a su enemigo, trepan a los árboles. Pero el oso se tiende en la tierra, haciéndose el muerto, y así muy pronto los monos, confiados, bajan al suelo, con lo que el oso se levanta, les da caza y los devora.

Así parecido es el actuar del demonio, que finge que está desaparecido y que no quiere tentar, y cuando los hombres acuden a las ocasiones peligrosas, de improviso se le presenta la tentación con que los vence. ¡Cuántas almas desventuradas que frecuentaban la oración y la comunión, y que podían llamarse santas, llegaron a ser presa del infierno por no haber evitado las malas ocasiones!

Se comenta en la Historia Eclesiástica que una santa señora, dedicada a la piadosa obra de recoger y enterrar los cuerpos de los mártires, halló uno que aún tenía vida. Lo llevó a su casa, lo cuidó y finalmente lo curó. Pero más adelante sucedió que esa persona que casi muere santo, perdió la gracia de Dios, y luego hasta la fe cristiana.

Mandó el Señor a Isaías (40, 6) predicar que toda carne es heno. Y, comentando este pasaje, dice San Juan Crisóstomo: ¿Es posible que el heno deje de arder si se le pone al fuego? Imposible, añade San Cipriano, el heno puede estar en la hoguera y no quemarse.

Nuestra fortaleza, advierte el Profeta Isaías (Is., 1, 31), es como la de la estopa en las llamas (estopa es la parte gruesa del lino o del cáñamo que se emplea en la fabricación de cuerdas y tejidos). Y también Salomón nos dice (Pr., 6, 27-28) que sería un loco el que pretendiera caminar sobre fuego sin que se le quemaran las plantas de los pies. Así mismo no es menos loco el que pretenda ponerse en ocasiones de tentación y no caer en falta, más todavía si tiene el hábito de caer en dichas ocasiones.

Es importante huir del pecado como de la serpiente venenosa (Ecl.,

21, 2). Es preciso evitar, no sólo la mordedura de la serpiente, dice Gualfrido, sino el tocarla y hasta el aproximarse a ella.

Mucha gente busca razones para mantener ciertas amistades, o para seguir viviendo en su casa, o seguir frecuentando ciertos lugares, diciéndose a sí mismos que así gana dinero, que es su trabajo, o incluso por la posibilidad de generar algún negocio. Por lo mismo si aquella casa es para ti camino del infierno (Pr., 7, 27) y no renuncias a salvarte, es en absolutamente necesario que la abandones resueltamente. Si tu ojo derecho—dice el Señor—fuera para ti motivo de condenación, debes arrancarlo y arrojarlo lejos de ti... (Mt., 5, 29). Y hago hincapié en las palabras del texto: es necesario tirarlo, no cerca, sino lejos, o sea: hay que evitar todas las ocasiones.

Decía San Francisco de Asís que a las personas espirituales y entregadas a Dios las tienta el demonio de manera muy diferente que a las que viven mal. Al principio no las ata con una cuerda, sino con un cabello; después, con un hilo; luego, con un cordel, y, por último, con la cuerda potente que les arrastra al pecado. El que desee, pues, librarse de todos esos riesgos, debe desechar desde el principio esas ligaduras de un cabello, huir de todas las ocasiones peligrosas, amistades y conocidos, lugares, obsequios y otras semejantes, y, sobre todo, el que haya tenido hábitos de impureza no solo debe evitar asistir a las ocasiones que le producen tentación, además debe evitar hasta el pensamiento de ir para evitar recaer.

Quien desee verdaderamente salvarse debe formar y renovar con suma frecuencia la resolución de no apartarse nunca de Dios, repitiendo a menudo aquella frase de los Santos: «Que yo pierda todo, pero jamás a Dios.»

Pero no basta semejante resolución de no perder a Dios si no usamos de los medios descritos para no perderlo. El primero es, como ya se ha dicho, huir de las ocasiones de

tentación.

El segundo, frecuentar los sacramentos de la Confesión y Comunión, porque en la casa que se limpia seguido no entra la inmundicia. Con la confesión se mantiene pura el alma y se obtiene no solamente el perdón de las culpas, sino además fuerza para resistir las tentaciones.

La sagrada Comunión se llama Pan del Cielo, porque así como al cuerpo le es imposible vivir sin el alimento de la tierra, así el alma no puede vivir sin ese manjar celestial. «Si no comen la Carne del Hijo del Hombre ni beben su Sangre, no tendrán vida en ustedes» (Jn., 6, 54). Y, al contrario, a quien con frecuencia come ese Pan le está prometido que vivirá eternamente (Jn., 6, 52). La Comunión es compartir la comida, sentarnos todos a la mesa, creando así una Comunidad. Por esto el santo Concilio de Trento llama a la Comunidad medicina que nos libra de los pecados veniales y nos preserva de los mortales.

El tercer medio es la meditación, o sea la oración mental: «Acuérdate de tu final, y no pecarás jamás» (Ecl., 7, 40). El que tenga siempre ante la vista las verdades eternas, la muerte, el juicio, la eternidad, no caerá en pecado. Dios nos ilumina en la meditación (Salmo 53, 6) y nos habla interiormente, enseñándonos lo que debemos hacer y las cosas de las cuales debemos huir. «Lo llevaré al desierto y le hablaré al corazón» (Os., 2, 14). La meditación es como una maravillosa hoguera donde nos encendemos en amor divino (Sal. 38, 4).

Y, finalmente, según ya hemos visto, para poder conservarnos en la gracia de Dios nos es absolutamente necesario que oremos siempre y pidamos las gracias que necesitemos. Quien no hace oración mental con el corazón, difícilmente ruega; y no rogando, ciertamente se perderá.

Debemos, pues, usar de todos esos medios para salvarnos y llevar

una vida ordenada. Por la mañana, al levantarnos, darle gracias a Dios Padre por un día más de vida para poder servirlo y amarlo, ofrecerle nuestros propósitos, con oraciones a Jesús y a la Virgen para que nos preserven de pecado en este nuevo día. Después durante el día rezar el Santo Rosario, hacer meditación y conversar con Jesús antes de misa, y luego asistir a la Santa Misa en recuerdo de su Sacrificio en la Cruz.

A cierta hora del día tener una lectura espiritual y hacer la visita al Santísimo Sacramento y a la divina Madre. Y por la noche, meditar en cómo servimos al Señor este día y hacer examen de conciencia. Debemos comulgar una o más veces por semana, según disponga el director espiritual que tengamos elegido. Un buen consejo sería hacer ejercicios espirituales en alguna casa religiosa o Congregación, o aún con miembros de la Comunidad. Hemos de honrar también a María Santísima con algún obsequio especial, como, por ejemplo, ayunando los sábados. Es Madre de perseverancia y ofrece este don a quien la sirve: «Los que obran por Mí, no pecarán» (Ecl., 24, 30).

Por último, y sobre todo, es necesario que pidamos a Dios la santa perseverancia, especialmente en tiempo de tentaciones, invocando entonces más a menudo los santísimos nombres de Jesús y María, si la tentación persistiera. Si así lo haces, seguramente te salvarás; y si no lo haces, ciertamente serás condenado.

ORACIÓN

Amadísimo Redentor mío: Gracias te doy por la luz con que me iluminas y por los medios que me ofreces para salvarme. Ofrezco emplearlos sin falta. Dame tu auxilio para serte fiel. Deseas que me salve, y yo lo deseo también, principalmente por agradar a tu amado Corazón, que tanto desea mi bien. No quiero, Dios mío, resistir más al amor que me manifiestas, por el cual me sufriste con tanta paciencia cuando yo te ofendía.

Me invitas a que te ame, y amarte, Señor, es mi único deseo... Te amo, Bondad infinita. Te amo, infinito Bien. Y te ruego, por los merecimientos de Cristo, que no me permitas ser nuevamente ingrato. Termina con mi ingratitud, o termina con mi vida... Concluye, Dios mío, la obra que has comenzado (Sal. 67, 29). Dame luces, fuerza y amor...

¡Oh María Santísima, que eres tesorera de las gracias, auxiliame Tú. Admíteme, como deseo, a ser siervo tuyo, y ruega a Jesús por mí. Por los méritos de Jesucristo, y después por los tuyos, espero me voy a salvar.

32. De la confianza en la protección de María Santísima

Quien me encuentre, hallará la vida, y alcanzará del Señor la salud.

PR., 8, 35.

PUNTO 1

¡Cuántas gracias debemos dar a la misericordia de Dios, exclama San Buenaventura, por habernos concedido como abogada a la Virgen María, cuyas súplicas pueden alcanzarnos todas las mercedes que deseamos!...

¡Pecadores y hermanos míos!, aunque seamos culpables ante la divina justicia, y nos consideremos por nuestras maldades ya condenados al infierno, no desesperemos todavía. Acudamos a esta divina Madre, amparémonos bajo su manto, y Ella nos salvará. Exige de nosotros la resolución de cambiar de vida. Hagamos entonces esta resolución; confiemos verdaderamente en María Santísima, y Ella nos alcanzará la salvación... Porque María es abogada *poderosa, abogada piadosísima, abogada que desea salvarnos a todos.*

Consideremos, primero, que María es una abogada poderosa, que todo lo puede con el soberano Juez, en provecho y beneficio de los que devotamente la sirven... Este privilegio especial fue concedido por el mismo Juez, Hijo de la Virgen. «¡Es un enorme privilegio que María sea poderosa con su propio Hijo!».

Afirma Gerson que la bienaventurada Virgen obtiene de Dios todo lo que le pide con firme voluntad, y que como Reina manda a los ángeles para que iluminen, perfeccionen y purifiquen a los devotos de Ella. Por eso la Iglesia, a fin de inspirarnos confianza en esta gran abogada nuestra, hace que la invoquemos con el nombre de Virgen poderosa...

¿Y por qué es tan eficaz la protección de María Santísima? Porque es la Madre de Dios. Las oraciones de la Virgen María, dice San Antonino, siendo María como es Madre del Señor, son, en cierto modo, mandatos para Jesucristo; así no es posible que cuando

ruega no logre lo que pide.

San Gregorio, Arzobispo de Nicomedia, dice que el Redentor, para satisfacer la obligación que tiene con esta Santa Madre por haber recibido de Ella la naturaleza humana, concede todo lo que María solicita. Y Teófilo, Obispo de Alejandría, escribe estas palabras: «El Hijo desea que su Madre le ruegue, porque quiere otorgarle todo lo que pida, para recompensar así el favor que de Ella recibió.»

Con razón, pues, exclamaba el mártir San Metodio: «¡Alégrate y regocíjate, oh María, que lograste la ventura de tener por deudor al Hijo de quien todos somos deudores, porque cuanto tenemos es don suyo!...»

Del mismo modo Cosme de Jerusalén repite que el auxilio de María es omnipotente, y lo confirma Ricardo de San Lorenzo, haciendo notar cuan justo es que la Madre participe del poder del Hijo, y que siendo Jesús omnipotente, comunique a su Madre la omnipotencia. El Hijo es omnipotente por naturaleza; la Madre es omnipotente por gracia, de manera que obtiene con sus oraciones todo lo que desea, según este célebre verso: Puedes, Virgen, con tus oraciones—lo que Dios puede con sus mandatos.

La misma doctrina consta en las *Revelaciones* de Santa Brígida. Esta Santa escuchó que Jesús decía a su bendita Madre que le pida todo lo que quiera, y que sean las que sean sus peticiones, nunca rogaría en vano. Y el Señor manifestó el motivo de tal privilegio diciendo: «Nada me negaste nunca en la tierra; nada te negaré Yo en el Cielo.»

En resumen: no hay nadie, por malvado que sea, a quien María no pueda salvar con su intercesión... ¡Oh Madre de Dios!, exclamaba San Gregorio de Nicomedia, nada puede resistir a tu poder, porque tu Creador estima y aprecia tu gloria como si fuera suya... Tú, Señora, lo puedes todo, dice también San Pedro Damiano, puesto que aún a los desesperados puedes salvar.

ORACIÓN

Amada Reina y Madre mía, diré con San Germán: «Tú eres omnipotente para salvar a los pecadores, y no necesitas para con Dios de mayor alabanza que el ser Madre de la verdadera Vida.»

Así, pues, Señora, recurriendo a Ti, no puede todo el peso de mis pecados hacerme desconfiar de mi salvación. Con tus súplicas alcanzas todo lo que quieres, y si ruegass por mí, entonces seguro me salvaré. Ora, pues, por este miserable, diré como San Bernardo, ya que tu divino Hijo oye y concede todo lo que le pides. Pecador soy, pero quiero enmendarme, y me complazco en ser tu siervo amado. Indigno soy también de tu protección; pero sé que nunca desamparas al que en Ti pone su esperanza. Puedes y quieres salvarme, y por eso confío en Ti... Cuando vivía alejado de Dios y no pensaba en tu bondad, te acordabas Tú de mí y me alcanzaste la gracia de enmendarme. ¡Cuánto más debo confiar en tu clemencia ahora que me consagro a tu servicio, y espero en Ti, y a Ti me encomiendo!

¡Oh María!, ruega por mí y hazme santo. Alcánzame el don de la perseverancia y amor profundo a tu Hijo y a Ti misma. Te amo, Reina y Madre mía, y espero amarte siempre. Amame Tú también, y con tu amor, transfórmame de pecador en santo.

PUNTO 2

Consideremos, en segundo lugar, que María es abogada tan clemente como poderosa, y que no sabe negar su protección



a quien recurre a Ella. Fijos están sobre los justos los ojos del Señor,

dice David. Pero esta Madre de misericordia, como decía Ricardo de San Lorenzo, tiene fijos los ojos, tanto en los justos como en los pecadores, a fin de que no caigan; y si ya hubieran caído, para ayudarlos a que se levanten.

Le parecía a San Buenaventura, cuando contemplaba a la Virgen, que miraba la misericordia misma, y también San Bernardo nos exhorta a que en todas nuestras necesidades recurramos a esta poderosa abogada, que es en extremo dulce y benigna para todos los que se encomiendan a Ella.

Por eso la llamamos hermosa como una oliva (Ecl., 24, 19); pues así como de la oliva mana óleo suave, símbolo de piedad, así de la Virgen surgen gracias y mercedes que dispensa a todos los que se acogen a su amparo.

Bien decía, pues, Dionisio Cartusiano al llamarla abogada de los pecadores que en Ella se refugian. ¡Oh Dios, qué dolor tendrá un cristiano que se condena al considerar que con tan poca esfuerzo pudiera haberse salvado acudiendo a esta Madre de misericordia, y que no lo hizo y ya no tiene tiempo de remediarlo!

La bienaventurada Virgen dijo a Santa Brígida: «Me llaman Madre de misericordia, y en verdad lo soy, porque así lo ha dispuesta la clemencia de Dios...» Así pues ¿quién nos ha dado esta abogada, que nos defienda, sino la misericordia divina, que a todos nos quiere salvar?... Desdichado será—añadió la Virgen..., eternamente desdichado, el que pudiendo acudir a Mí, que con todos soy tan piadosa y benigna, no quiere buscar mi auxilio y se condena.»

¿Acaso tenemos miedo, dice San Buenaventura, que nos niegue María el socorro que le pidamos?... No; que no sabe ni supo jamás mirar sin compasión y dejar sin auxilio a los desventurados que lo reclaman de Ella. No sabe, ni puede, porque fue destinada por Dios para ser reina y Madre de misericordia, y como tal tiene que atender a los necesitados. *Reina eres de misericordia*, le dice San Bernardo; *¿y quiénes son los súbditos de la misericordia sino los*

miserables? Y luego el Santo, por humildad, añadía: «Puesto que eres, ¡oh Madre de Dios!, la Reina de la misericordia, mucho debes preocuparte de mí, que soy el más miserable de los pecadores.»

Con solicitud maternal, sin duda, librará de la muerte a sus hijos enfermos, pues la bondad y clemencia de María la convierten en Madre de todos los que sufren.

San Basilio la llama casa de salud, porque así como en los hospitales de enfermos pobres tiene más derecho a entrar el más necesitado, María, como dice aquel Santo, acoge y cuida con piedad mas solícita y amorosa a los más grandes pecadores de todos los que a Ella recurren.

No dudemos, pues, de la misericordia de María Santísima. Santa Brígida oyó que el Salvador decía a la Virgen: «Aún para el mismo diablo usarías de misericordia si te la pidiera con humildad.»

Lucifer jamás se humillará porque es soberbio; pero si se humillara ante esta soberana Señora y le pidiera auxilio, la intercesión de la Virgen lo libraría del infierno.

Nuestro Señor con aquellas palabras nos dio a entender lo mismo que su amada Madre dijo luego a la Santa: que cuando un pecador, por muy grandes que sean sus culpas, se le encomienda sinceramente, Ella no mira los pecados de él, sino que mira la intención que le mueve; y si tiene buena voluntad de enmendarse, lo acoge y lo sana de todos los males que le abrumen: «Por mucho que el hombre haya pecado, si acude a Mí verdaderamente arrepentido, me apresuro a recibirlo, no miro el número de sus culpas, sino el ánimo con que viene. Ni soy indiferente a sus llagas, por eso lo curo, porque me llaman, y realmente soy, Madre de misericordia.»

Con razón nos alienta San Buenaventura, diciendo: No desesperen, pobres y extraviados pecadores; alza los ojos a María y respira, confiado en la piedad de esta buena Madre. Busquemos la gracia perdida, dice San Bernardo, y busquémosla por medio de María;

que ese alto don, por nosotros perdido, añade Ricardo de San Lorenzo, María la encontró, y a Ella, por tanto, debemos acudir para recuperarlo.

Cuando el arcángel San Gabriel anunció a la Virgen la divina maternidad, le dijo: «No temas, María, porque hallaste gracia» (Le., 1, 30). Pero si María, siempre llena de gracia, jamás estuvo privada de ella, ¿cómo dijo el ángel que la había hallado? A esto responde el cardenal Hugo que la Virgen no halló la gracia para sí, que siempre la tuvo y disfrutó, sino que la halló para nosotros, que la habíamos perdido; de donde infiere que debemos presentarnos a María Santísima y decirle: «Señora, los bienes han de ser restituidos a quien los perdió. Esa divina gracia que has hallado no es tuya, porque Tú siempre la tuviste; es nuestra, y por nuestras culpas la perdimos. A nosotros, Señora, debes devolverla.» «Acudan, pues; acudan presurosos a la Virgen los pecadores que hayan perdido por sus culpas la gracia, y díganle sin miedo: devuélvenos el bien nuestro que hallaste...»

ORACIÓN

He aquí a tus pies, ¡oh Madre de Dios!, a un pecador desdichado que, no una, sino muchas veces, voluntariamente, perdió la divina gracia que tu Hijo me había conquistado por su muerte. Con el alma llena de heridas y de llagas, a Ti acudo, Madre de misericordia. No me desprecies al ver el estado en que me hallo; primero mírame con más compasión y apuro por ayudarme. Atiende a la esperanza que me inspiras y no me abandones. No busco bienes terrenos, sino la gracia de Dios y el amor a tu divino Hijo.

Orad por mí, Madre mía; no ceses de orar, que por tu intercesión, y en virtud de los méritos de Jesucristo, voy a alcanzar la salvación. Y puesto que tu trabajo es el de interceder por los pecadores, hazlo para mí —como decía Santo Tomás de Villanueva—, encomiéndame a Dios y defiéndeme. No hay causa, por desesperada que sea, que no se gane si Tú la defiendes. Eres esperanza de pecadores y esperanza mía... Nunca dejaré, Virgen

Santa, de servirte y amarte y de acudir a Ti... No dejes Tú de socorrerme, sobre todo cuando me veas en peligro de perder nuevamente la gracia del Señor...

¡Oh María, eminente Madre de Dios, ten misericordia de mí!

PUNTO 3

Consideremos en tercer lugar que María Santísima es abogada tan piadosa, que no sólo auxilia a los que recurren a Ella, sino que además Ella va buscando por Sí misma a los desdichados, para defenderlos y salvarlos.

Mira cómo nos llama a todos, con el fin de alentarnos a esperar toda suerte de bienes si nos acogemos a su protección. «En Mi toda esperanza de vida y de virtud. Venid a Mi todos» (Ecl., 24, 26). A todos nos llama, justos o pecadores, exclama el devoto Peibardo comentando ese texto. *El demonio anda alrededor de nosotros, buscando a quién devorar*, dice San Pedro (1 P., 5, 8). Pero esta divina Madre, como dijo Bernardino de Bustos, va buscando siempre a quien puede salvar.

Es María Madre de misericordia, porque la piedad y clemencia con que nos atiende la obligan a compadecerse de nosotros y a tratar continuamente de salvarnos, como una cariñosa madre, que no podría ver a sus hijos en riesgo de perderse sin que apresurarse a socorrerlos.

Y, después de Jesucristo, ¿quién procura más cuidadosamente que Tú la salvación de nuestras almas?, dice San Germán. Y San Buenaventura añade que María se muestra tan solícita en socorrer a los miserables, que no parece sino que en esto se resumen sus más vivos deseos.

Ciertamente auxilia a los que se le encomiendan, y a ninguno de ellos desampara. Tan benigna es, exclama el Idiota, que no rechaza a nadie. Pero esto no basta para satisfacer el corazón piadoso de María, dice Ricardo de San Víctor, sino que se adelanta a nuestras

súplicas y nos ayuda antes que se lo roguemos. Y es tan misericordiosa, que allí donde ve miserias acude al instante, y no sabe mirar la necesidad de nadie sin ayudarlo.

Así procedía en su vida mortal, como podemos leer en el suceso de las bodas de Caná de Galilea, donde apenas notó que faltaba el vino, sin esperar a que se le pidiese cosa alguna, y compadecida de la aflicción y afrenta de los esposos, rogó a su Hijo que hiciera algo, y le dijo (Jn., 2, 3): No tienen vino. María, solo señalando el hecho objetivo hizo que el Señor se sintiera obligado hacia ella y milagrosamente convirtió el agua en vino.

Si tan grande era la piedad de María con los afligidos cuando ella estaba en este mundo, ciertamente, dice San Buenaventura, es mayor la misericordia con que nos socorre desde el Cielo, donde ve mejor nuestras miserias, y se compadece más de nosotros. Y si María, sin que se lo pidieran, se mostró tan dispuesta a dar su auxilio, ¡cuánto más hará a los que le ruegan!...

No dejemos de acudir en todas nuestras necesidades a esta Madre divina, a quien siempre hallamos dispuesta para ayudar al que se lo suplica. Siempre la hallarás dispuesta a socorrerte, dice Ricardo de San Lorenzo; porque, como afirma Bernardino de Bustos, más deseosa está la Virgen de otorgarnos favores que nosotros mismos el recibirlos de Ella; de manera que cuando recurrimos a María la hallamos seguramente llena de misericordia y de gracia.

Y es tan vivo ese deseo de favorecernos y salvarnos —dice San Buenaventura—, que se da por ofendida, no sólo de quien positivamente la injuria, sino también de los que no le piden amparo y protección; y, al contrario, seguramente, salva a todos los que se encomiendan a Ella con firme voluntad de enmendarse, por lo cual la llama el Santo, Salud de los que la invocan.

Acudamos, pues, a esta eminente Madre, y digámosle con San Buenaventura: ¡Oh Madre de Dios, María Santísima, porque en Ti

puse mi esperanza, espero que no he de condenarme!

ORACIÓN

¡Oh María!, a tus pies se arrodilla este mísero esclavo del infierno pidiendo clemencia. Y aunque es cierto que no merezco ningún bien, Tú eres Madre de misericordia, y la piedad se puede ejercitar con quien no la merece.

Todo el mundo te llama esperanza y refugio de los pecadores, de manera que Tú eres mi refugio y esperanza. Soy una oveja negra; pero para salvar a esta oveja perdida vino del Cielo a la tierra el Verbo Eterno y se hizo tu Hijo, y quiere que yo acuda a Ti y que me ayudes con tu súplicas.

¡Oh eminente Madre de Dios!, Tú, que ruegas por todos, ora también por mí. Di a tu divino Hijo que soy devoto tuyo y que Tú me proteges. Dile que en Ti puse mis esperanzas. Dile que me perdone, porque me pesan todas las ofensas que le hice, y que me conceda la gracia de amarte de todo corazón. Dile, en resumen, que me quieres salvar, pues Él concede todo lo que le pides...

¡Oh María, mi esperanza y consuelo, en Ti confío! Ten piedad de mí.

33. Del amor de Dios

Pues amemos nosotros a Dios, porque Dios nos amó primero.

1 Jn., 4, 19.

PUNTO 1

Date cuenta, primero, que Dios merece tu amor, porque Él te amó antes que tú le amaras, y es el primero de todos los que te han amado (Jer., 31, 3). Los que primero te amaron en este mundo fueron tus padres, pero no sintieron ni pudieron tenerte amor sino hasta después de haberte conocido, o al menos haber sabido de tu existencia en el útero materno.

Pero antes que tuvieras el ser, desde el principio de los tiempos, ya Dios te amaba. No habían nacido ni tu padre ni tu madre, y Dios te amaba. ¿Y cuánto tiempo antes de crear el mundo comenzó Dios a amarte?... ¿Quizá mil años, mil siglos antes?... No contemos años ni siglos. Dios te amó desde la eternidad (Jeremías, 31, 3).

En resumen: desde que Dios fue Dios, te ha amado siempre; desde que se amó a Sí mismo, te amó también a ti. Con razón decía la virgen Santa Inés: «Otro amante me cautivó primero.» Cuando el mundo y las criaturas le pedían de su amor, ella respondía: No, no puedo amarte. Mi Dios es el primero que me amó, y es justo que sólo a Él consagre mi amor.

De manera, hermano mío, que tu Dios te ha amado eternamente; y sólo por amor te escogió entre tantos hombres como podía crear, y te dio el ser y te puso en el mundo, y además formó innumerables y hermosas criaturas que te rodean y te recuerdan ese amor que Él te profesa y el amor que tú le debes. «El Cielo, la tierra y todas las criaturas—decía San Agustín—me invitan a que te ame.» Cuando el Santo contemplaba el sol, la luna, las estrellas, los montes y ríos, le parecía que todo le hablaba diciéndole: Ama a Dios, que nos creó para que tu fin sea que le ames.

El Padre Rancé, fundador de los Trapenses, cada vez que veía los campos, fuentes y mares recordaba por medio de esas cosas creadas el amor que Dios le tenía. También Santa Teresa dice que al ver las

criaturas le hacían sentir su propia ingratitud hacia Dios.

Y Santa Magdalena María de Pazzi, no bien contemplaba la hermosura de alguna flor o fruto, sentía el corazón traspasado con las flechas del amor de Dios, y exclamaba: «¡Desde la eternidad ha pensado el Señor en crear estas flores a fin de que yo le ame!»

Date cuenta, además, con qué singular amor hizo Dios que nacieras en un pueblo cristiano y que formarás parte de la Santa Iglesia. ¡Cuánta gente nace entre idólatras, herejes, o religiones que no creen en Jesús Salvador del Mundo Hijo del Dios Vivo, y por ello se pierden!... Pocos son los hombres que tienen la dicha de nacer donde reina la verdadera fe, y el Señor te puso entre ellos.

¡Oh, cuán alto don el de la fe! ¡Cuántos millones de almas no disfrutaban de los sacramentos, ni de sermones, ni de los ejemplos de hombres santos, ni de los demás medios de salvación que la Iglesia nos proporciona!

Y Dios quiso concederte todos esos grandes auxilios sin mérito alguno por tu parte; más bien el vió de antemano tus deméritos. Al pensar en crearte y darte esas gracias, ya prevenía las ofensas que habías de hacerle.

ORACIÓN

¡Oh soberano Señor de Cielos y tierra! Bien infinito e infinita Majestad, ¿cómo pueden los hombres menospreciarte a Ti, que tanto los has amado?... Pero entre ellos, Señor, a mí especialmente, me amaste, favoreciéndome con gracias especiales, que no has concedido a todos, y yo más todavía te he despreciado.

A tus pies me arrodillo, ¡oh Jesús, Salvador mío! «No me arrojes de tu presencia» (Sal. 50, 13), aunque si bien lo merezco por mis ingratitudes; pero Tú dijiste que no sabes desechar al corazón contrito que vuelve a Ti (Jn., 6, 37).

Jesús mío, me pesa el haberte ofendido; y si en la vida pasada no te conocí, ahora te reconozco por mi Señor y Redentor, que murió por salvarme y para que le ame... ¿Cuándo, Jesús mío, acabará mi

ingratitude? ¿Cuándo empezaré a amarte de veras?...

Hoy, Señor, resuelvo amarte con todo mi corazón, y no amar a nadie más que a Ti. ¡Oh Bondad infinita!, te adoro por todos los que no te aman; y en Ti creo, en Ti espero, te amo y me ofrezco enteramente a Ti. Ayúdame con tu gracia... Y si me favoreciste cuando no te amaba ni deseaba amarte, ¿cuánto más no voy a esperar tu misericordia ahora que te amo y deseo amarte?

Dame, Señor mío, tu amor..., amor fervoroso que me haga olvidar todas las criaturas; amor fuerte, con el cual supere cuantos obstáculos se opongan a que te complazca; amor perpetuo, que no pueda terminar.

Todo lo espero de tus merecimientos, ¡oh Jesús mío!, y de tu intercesión poderosa, ¡oh María, Madre y Señora nuestra!

PUNTO 2

Y no solamente nos dio el Señor tantas hermosas criaturas, sino que no vio satisfecho su amor hasta que se nos dio y entregó Él mismo (Ga., 2, 20). El maldito



pecado nos había hecho perder la gracia divina y la gloria, haciéndonos esclavos del infierno. Pero el Hijo de Dios, con asombro del Cielo y de la tierra, quiso venir a este mundo y hacerse hombre para redimirnos de la muerte eterna y conquistarnos la gracia y la gloria perdida.

Maravilla sería que un poderoso monarca quisiera convertirse en gusano por amor a sus míseros súbditos. Pues infinitamente más

debe maravillarnos al ver a Dios hecho hombre por amor a los hombres. «Se humilló a Sí mismo tomando forma de siervo..., y reducido a la condición de hombre...» (Fil., 2, 7). ¡Dios en carne mortal! Y el Verbo se hizo carne... (Jn., 1, 14). Pero el asombro y pasmo se aumentan al considerar lo que después hizo y padeció por amor a nosotros el Hijo de Dios.

Bastaba para redimirnos una sola gota de su preciosísima Sangre, una lágrima suya, una sola oración, porque esta oración de persona divina tenía infinito valor y era suficiente para rescatar el mundo, y hasta otros mundos si los hay. Pero, dice San Juan Crisóstomo, lo que bastaba para redimirnos no era bastante para satisfacer el amor inmenso que Dios nos tenía. No quiso únicamente salvarnos, sino que además desea que le amemos mucho, porque Él nos amó mucho, y para lograrlo escogió una vida de trabajos y de dificultades y de muerte dolorosa y la que es la peor muerte entre todas las muertes, a fin de que conociéramos su infinito y ardiente amor que nos tiene. «Se humilló a Sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil., 2, 8).

¡Oh exceso de amor divino, que ni los ángeles ni los hombres llegarán nunca a comprender! Exceso le llamaron en el Tabor Moisés y Elías, refiriéndose a la Pasión de Cristo (Le. 9, 31). «Exceso de dolor, exceso de amor», dice San Buenaventura.

Si el Redentor no hubiera sido Dios, sino un deudo o amigo nuestro, ¿qué mayor prueba de afecto podría habernos dado que la de morir por nosotros? «Que nadie tiene más grande amor que el que da su vida por sus amigos» (Jn., 15, 13). Si Jesucristo hubiera tenido que salvar a su mismo Padre, ¿qué más pudiera haber hecho por amor a Él? Si tú, hermano mío, hubieras sido Dios y creador de Cristo, ¿qué otra cosa hiciera por ti sino sacrificar su vida en un mar de afrentas y dolores? Si el hombre más vil de la tierra hubiera hecho por ti lo que hizo el Redentor, ¿podrías vivir sin amarle?

¿Crees en la Encarnación y muerte de Jesucristo?... ¿Lo crees y no amas a Jesús? ¿Y puedes siquiera pensar en amar otras cosas, fuera de Cristo? ¿Acaso dudas que te ama?... ¡Pues si Él vino al mundo, dice San Agustín, para padecer y morir por nosotros, a fin de dejarte claro el amor que nos tiene!

Tal vez antes de la Encarnación del Verbo el hombre pudiera dudar de que Dios lo ama tiernamente; pero después de la Encarnación y muerte de Jesucristo, ¿cómo se puede ni dudar de ello? ¿Con qué prueba más clara y tierna podía demostrarnos su amor que con sacrificar por nosotros su vida?... Estamos habituados a oír hablar de creación y redención, de un Dios que nace en un pesebre y muere en una cruz... ¡Oh santa fe, ilumina nuestras almas!

ORACIÓN

Veo, Jesús mío, que nada te quedó por hacer para obligarme a amarte, y que yo, con mis ingratitudes, he procurado obligarte a que me abandones. ¡Bendita sea tu paciencia que has tenido mientras yo te hago sufrir por tanto tiempo! Merezco un infierno a propósito creado para mí; pero tu muerte me inspira firme esperanza de perdón.

Enséñame, Señor, cuánto mereces ser amado y el deber que tengo de amarte, ¡oh inmenso Bien! Sabiendo que has muerto por mí, ¿cómo he vivido, ¡oh Dios!, olvidándote por tantos años?... ¡Oh, si volviera a existir de nuevo, desearía, Señor, consagrarte desde el principio toda mi vida! Pero, ¡ah!, los años no vuelven... Haz, al menos, que el resto de mi existencia lo dedique por completo a servirte y amarte.

Amado Redentor mío: te amo con todo mi corazón. Aumenta el amor en mí recordándome todo lo que hiciste por mi bien, y no permitas que vuelva a ser ingrato. No podría resistir más a la luz con que me iluminas. Deseas que te ame, y yo deseo amarte.

¿Y a quién voy a amar si no amo a mi Dios, belleza infinita e infinita Bondad, a un Dios que murió por mí y me sufrió paciente, y en vez de castigarme como yo merecía, cambió el castigo en favores y

gracias? Sí, te amo, ¡oh Dios digno de infinito amor!, y no vivo ni suspiro más que para dedicarme a amarte, olvidado de todo el mundo. ¡Oh caridad infinita de mi Señor: socorre a un alma que anhela ser tuya enteramente!

Ayúdame también con tu intercesión, ¡oh María, Madre excelsa de Dios! Ruega a Jesucristo que me haga suyo para siempre.

PUNTO 3

Se aumentará en nosotros la admiración si consideramos el deseo vehemente que tuvo nuestro Señor Jesucristo de padecer y morir por nuestro bien. «Bautizado tengo que ser con el bautismo de mi propia sangre, y muero de deseo porque llegue pronto la hora de mi Pasión y muerte, a fin de que el hombre conozca el amor que le tengo.» Así decía el Hijo de Dios en su vida terrena (Lc., 12, 50). Por eso mismo exclamaba en la noche que precedió a su dolorosa Pasión (Lc., 22, 15): **Ardientemente he deseado celebrar esta Pascua con ustedes.** Se diría que nuestro Dios no puede saciarse de amor a los hombres, escribe San Basilio de Seleucia.

¡Ah Jesús mío! ¡Los hombres no te aman porque no ponderan el amor que les entregas! ¡Oh Señor!, el alma que piensa en un Dios muerto por su amor, y que tanto deseó morir para demostrarle la grandeza del afecto que le tenía, ¿cómo es posible que viva sin amarte?...

San Pablo dice (2 Co., 5, 14) que no solo lo que hizo y padeció Jesucristo, además cómo nos demostró el amor que siente por nosotros, nos obliga y casi nos fuerza a que le amemos.

Considerando este gran misterio, San Lorenzo Justiniano exclamaba: Hemos visto a un Dios enloquecido de amor por nosotros. Y, en verdad, si la fe no lo afirma, ¿quién pudiera creer que el Creador quiso morir por sus criaturas?...

Santa Magdalena de Pazzi, en un éxtasis que tuvo llevando en sus

manos un Crucifijo, llamaba a Jesús loco de amor. Y lo mismo decían en un pueblo de gente atea y de otras creencias cuando se les predicaba la muerte de Cristo, que les parecía una locura increíble, según testimonio del Apóstol (1 Co., 1, 23): «Predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles.»

¿Cómo, decían, un Dios feliz en Sí mismo, y que no necesita de nadie, pudo venir al mundo, hacerse hombre y morir por amor a los hombres, criaturas suyas? Creer eso equivale a creer que Dios enloqueció de amor... Y con todo, es de fe que Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, se entregó a la muerte por amor a nosotros. «Nos amó y se entregó Él mismo por nosotros» (Ef., 5, 2).

¿Y para qué lo hizo así? Lo hizo a fin de que no viviéramos para el mundo, sino para el Señor que por nosotros quiso morir (2 Co., 5, 15). Lo hizo para que el amor que nos mostró ganara todos los afectos y amores de nuestros corazones; y así lo hicieron los Santos, al considerar la muerte de Cristo, tuvieron en poco el dar la vida y darlo todo por amor de su amado Jesús.

¡Cuántos hombres ilustres, cuántas personas abandonaron riquezas, familia, patria y castidad para refugiarse en los claustros y vivir en el amor de Cristo! ¡Cuántos mártires sacrificaron la vida por su testimonio de fé! ¡Cuántas vírgenes, renunciando a marido e hijos de este mundo, corrieron gozosas a la muerte para recompensar como les era dado el afecto de un Dios que murió por amarlas!...

Y tú, hermano mío, ¿qué has hecho hasta ahora por amor a Cristo?... Así como el Señor murió por los Santos, por San Lorenzo, Santa Lucía, Santa Inés..., también murió por ti... ¿Qué piensas hacer, siquiera en el resto de tus días que Dios te concede para que le ames? Mira a menudo y contempla la imagen de Jesús crucificado; recuerda lo mucho que Él te amó, y di en tu interior: «Dios mío, ¿así que Tú has muerto por mí?» Hazlo; hazlo con

frecuencia, y así te sentirás dulcemente movido a amar a Dios, que te ama tanto.

ORACIÓN

¡No te he amado como debiera, amado Redentor mío, porque no he pensado en el amor que me tienes! ¡Ah Jesús mío!., ¡cuan ingrato soy!... Tú diste la vida por mí con la más amarga de las muertes, y yo, tan tonto he sido, que ni he querido pensar en ello. Perdóname, Señor, pues yo te prometo que desde ahora serás, ¡oh amor mío crucificado!, el único objeto de mi amor y de mis pensamientos.

Cuando el demonio o el mundo me ofrezcan sus venenosos frutos, recuérdame, amado Salvador, los trabajos que por mi amor sufriste, y haz que te ame y no te ofenda... ¡Ah! Si un siervo mío hubiera hecho por mí lo que Tú hiciste, no me atrevería a desecharle. ¡Y así y todo, muchas veces osé apartarme de Ti, que moriste por mí!...

¡Oh preciosa llama de amor, que obligaste a Dios a que diera por mí su vida; ven, inflama y llena todo mi corazón y destruye en él los afectos a las cosas creadas! ¿Es posible, amado Redentor, que quien considere cómo estuviste en el pesebre de Belén, en la cruz del Calvario, y ahora estás en el Sacramento del Altar, no quede enamorado de Ti?...

Te amo, Jesús mío, con toda mi alma, y en el resto de mi vida serás mi único bien, mi único amor. No más años desventurados como los que miserablemente viví olvidado de tu Pasión y de tus afectos. A ti me entrego enteramente, y si no acierto a entregarme como debiera, acógeme Tú y reina en todo mi corazón. No deseo ser esclavo más que de tu amor. No deseo hablar, ni tratar otros temas, ni pensar, ni suspirar, más que para amarte y servirte. Ayúdame con tu gracia, a fin de que te sea fiel, como lo espero por tus merecimientos, ¡oh Jesús mío!

¡Oh Madre del Amor hermoso, haz que ame mucho a tu divino Hijo, tan digno de ser amado y que tanto me amó!

34. De la Sagrada Comunión

Tomad y comed; éste es mi Cuerpo.

Mt., 26, 26.

PUNTO 1

Ahora pensemos en la grandeza de este Santísimo Sacramento de la Eucaristía, el amor inmenso que Jesucristo nos manifestó con un regalo tan precioso, y su vivo deseo de que lo recibamos sacramentado.

Veamos, en primer lugar, la gran merced que nos hizo el Señor al darse a nosotros como alimento en la santa Comunión. Dice San Agustín que con ser Jesucristo Dios omnipotente, nada mejor pudo darnos, pues ¿qué mayor tesoro puede recibir o desear un alma que el sacrosanto Cuerpo de Cristo? Exclamaba el profeta Isaías (12, 4): *Publica las amorosas invenciones de Dios.*

Y, en verdad, si nuestro Redentor no nos hubiera favorecido con un regalo tan inmenso, ¿quién hubiera podido pedírsela? ¿Quién se hubiera atrevido a decirle: «Señor, si deseas demostrar tu amor, ocultate bajo un trozo de pan y permite que te recibamos por alimento?...» El pensarlo no más se hubiera considerado como locura. «¿No parece locura el decir: come mi carne, bebe mi sangre?», exclamaba San Agustín.

Cuando Jesucristo anunció a los discípulos este don del Santísimo Sacramento que pensaba dejarles, no podían creerle, y se apartaron del Señor, diciendo (Jn., 6, 61): «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?... Dura es esta doctrina; ¿y quién lo puede oír?» Pero lo que al hombre no le es dado ni imaginar, lo pensó y lo realizó el gran amor de Cristo.

San Bemardino dice que el Señor nos dejó este Sacramento en memoria del amor que nos manifestó en su Pasión, según lo que Él mismo nos dijo (Lc., 22, 19): «Hagan esto en memoria mía.» No satisfizo Cristo su divino amor—añade aquel Santo—con sacrificar la vida por nosotros, sino que ese mismo soberano amor le obligó a que antes de morir nos hiciera el don más grande de todos los que nos hizo, dándose Él mismo para alimento nuestro.

Así, en este Sacramento llevó a cabo el más generoso esfuerzo de amor, pues como dice con elocuentes palabras el Concilio de Trento, Jesucristo en la Eucaristía prodigó todas las riquezas de su amor a los hombres.

¿No se estimaría por muy amorosa fineza—dice San Francisco de Sales—el que un rico príncipe regalara a un pobre algún exquisito alimento de su mesa? ¿Y si le enviara toda su comida? ¿Y, finalmente, si el obsequio consistiera en un trozo de la propia carne del rico príncipe, para que sirviera al pobre de alimento?... Pues Jesús en la sagrada Comunión nos alimenta, no solo con una parte de su comida ni un trozo de su Cuerpo, sino con todo Él: «Tomen y coman; éste es mi Cuerpo» (Mt., 26, 26); y con su Cuerpo nos da su Sangre, alma y divinidad.

De manera que—como dice San Juan Crisóstomo—, dándose Jesucristo mismo en la Comunión, nos da todo lo que tiene y nada se guarda para Sí; o bien, según expresa Santo Tomás: «Dios en la Eucaristía se entrega todo Él, cuanto es y cuanto tiene.» Mira, pues, cómo ese Altísimo Señor, que no cabe en el mundo—exclama San Buenaventura—, se hace en la Eucaristía nuestro prisionero... Y dándose a nosotros real y verdaderamente en el Sacramento, ¿cómo podremos temer que nos niegue las gracias que le pidamos? (Ro., 8, 32).

ORACIÓN

¡Oh Jesús mío! ¿Qué te pudo mover a darte Tú mismo a nosotros para alimento nuestro? ¿Y qué más puedes concedernos después de este don para obligarnos a amarte? ¡Ah, Señor! Ilumíname y descúbreme ese exceso de amor, por el cual te haces manjar divino a fin de unirte a estos pobres pecadores... Pero si te das todo a nosotros, justo es que nos entreguemos a Ti por entero...

¡Oh, Redentor mío! ¿Cómo he podido ofenderte a Ti, que tanto me amas y que nada omitiste para conquistar mi amor? ¡Por mí te hiciste hombre; por mí has muerto; por amor a mí te has hecho alimento mío!... ¿Qué te queda por hacer? Te amo, Bondad infinita; te amo, infinito amor. Ven, Señor, con frecuencia a mi alma e inflámala en tu amor santísimo, y haz que de todo me olvide y sólo piense en Ti y sólo a Ti ame...

¡María, Madre nuestra, ora por mí y hazme digno por tu intercesión de recibir a menudo a tu Hijo Sacramentado!

PUNTO 2

Consideremos en segundo lugar el gran amor que nos mostró Jesucristo al otorgarnos este altísimo don...

El Santísimo Sacramento es fruto solamente del amor. Fue necesario para salvarnos, según el decreto de Dios, que el Redentor muriese.

Pero ¿qué necesidad vemos en que Jesucristo, después de su muerte, permanezca con nosotros para ser alimento de nuestras almas?... Así lo quiso su amor.

Nada más que para manifestarnos el inmenso amor que nos tiene instituyó el Señor la Eucaristía, dice San Lorenzo Justiniano, expresando lo mismo que San Juan escribió en su Evangelio (Jn., 13, 1): «Sabido Jesús que era llegada su hora del tránsito de este mundo al Padre, como hubo amado a los suyos que vivían en este mundo, los amó hasta el fin.»

Es decir, cuando el Señor vio que llegaba el tiempo de apartarse de este mundo, quiso dejarnos una maravillosa muestra de su amor, dándonos este Santísimo Sacramento. Estas palabras: «los amó hasta el fin» no significan otra cosa, o sea, «los amó extremadamente, con sumo e ilimitado amor», según lo explican Teofilacto y San Juan Crisóstomo.



Y notemos, como observa el Apóstol (1 Co., 11, 23-24), que el momento preciso escogido por el Señor para hacernos este inestimable beneficio fue el de su muerte. En aquella noche en que fue entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: «Tomen y coman; éste es mi Cuerpo.»

Cuando los hombres le preparaban azotes, espinas y la cruz para darle muerte, la más cruel de las muertes posibles, en ese preciso momento quiso nuestro amante Jesús regalarles la más preciosa muestra de amor.

¿Y por qué en aquella hora tan próxima a la de su muerte, y no antes, instituyó este Sacramento? Lo hizo así, dice San Bernardino, porque las pruebas de amor dadas en el trance de la muerte por quien nos ama, más fácilmente duran en la memoria y las conservamos con más vivo afecto.

Jesucristo, dice el Santo, se había dado a nosotros de varias maneras; como Maestro, Padre y compañero; como luz, ejemplo y víctima. Solo le faltaba el último grado de amor, que era darse como alimento nuestro, para unirse por entero a nosotros, como se une e incorpora el alimento con quien lo recibe, y esto lo llevó a cabo entregándose a nosotros en el Sacramento.

De manera que no se satisfizo nuestro Redentor con haberse unido solamente a nuestra naturaleza humana, sino que además quiso, por medio de este Sacramento, unirse también a cada uno de nosotros íntimamente.

«Es imposible—dice San Francisco de Sales—considerar a nuestro Salvador en acción más amorosa ni más tierna que ésta, en la cual, por decirlo así, se anonada y se hace alimento para penetrar en nuestras almas y unirse íntimamente con los corazones y cuerpos de sus fieles.»

Así dice San Juan Crisóstomo a ese mismo Señor a quien ni los ángeles se atreven a mirar: «Nos unimos nosotros y nos convertimos con Él en un solo cuerpo y una sola carne.» ¿Qué pastor—añade el Santo—alimenta con su propia sangre a las ovejas? Incluso las madres, a veces, procuran que a sus hijos los alimenten las nodrizas. Pero Jesús en el Sacramento nos mantiene con su mismo Cuerpo y Sangre, y a nosotros se une.

¿Y con qué fin se hace alimento nuestro? Porque nos ama con un amor ardiente, y desea ser con nosotros una misma cosa por medio de esa maravillosa unión.

Hace, pues, Jesucristo en la Eucaristía el mayor de todos los milagros. «Dejó memoria de sus maravillas, dio sustento a los que le temen» (Sal. 110, 4), para satisfacer su deseo de permanecer con nosotros y unir con los nuestros su Sacratísimo Corazón.

«¡Oh admirable milagro de tu amor—exclama San Lorenzo Justiniano—, Señor mío Jesucristo, que quisiste de tal modo unirnos a tu Cuerpo, que tuviéramos un solo corazón y una sola alma inseparablemente unidos contigo!»

El Santo. P. De la Colombière, gran siervo de Dios, decía: «Si algo pudiera conmovier mi fe en el misterio de la Eucaristía, nunca dudaría del poder, sino más bien del amor, manifestados por Dios en este soberano Sacramento. ¿Cómo el pan se convierte en Cuerpo de Cristo? ¿Cómo el Señor se halla en varios lugares a la vez? Respondo que Dios todo lo puede. Pero si me preguntan cómo Dios ama tanto a los hombres que se les da en la forma de alimento, no sé qué responder, digo que no lo entiendo, que ese amor de Jesús es para nosotros incomprendible».

Dirá alguno: Señor, ese exceso de amor por el cual te haces alimento nuestro, no conviene a tu Majestad divina... Pero San Bernardo nos dice que por el amor se olvida el amante de la propia dignidad. Y San Juan Crisóstomo añade que el amor no busca razón de

conveniencia cuando trata de manifestarse al ser amado; no va a donde es conveniente, sino a donde le guían sus deseos.

Muy acertadamente llamaba Santo Tomás "Sacramento de amor" a la Eucaristía. Y San Bernardo, "amor de los amores". Y con verdad Santa María Magdalena de Pazzi denominaba el día del Jueves Santo, en que el Sacramento fue instituido, el día del Amor.

ORACIÓN

¡Oh amor infinito de Jesús, digno de infinito amor! ¿Cuándo, Señor, te amaré como Tú me amas? .. Nada más pudiste hacer para que yo te amara, y yo me atreví a dejarte a Ti, sumo e infinito Bien, para entregarme a bienes dañinos y miserables...

Alumbra, ¡oh Dios mío!, mis ignorancias; muéstrame siempre más y más la grandeza de tu bondad, para que me enamore de Ti, amor mío y mi todo. A Ti, Señor, deseo unirme a menudo en este Sacramento, a fin de apartarme de todas las cosas, y a Ti sólo consagrar mi vida... Ayúdame, Redentor mío, por los merecimientos de tu Pasión.

Socórreme también, ¡oh Madre de Jesús y Madre mía! Ruégale que me inflame en su santo amor.

PUNTO 3

Por último analicemos el gran deseo que tiene Jesucristo de que lo recibamos en la santa Comunión... *Sabiendo Jesús que había llegado su hora...*(Jn., 13, 1); pero, ¿por qué Jesucristo llamaba su hora a aquella noche en que iba a comenzar su dolorosa Pasión?... La llamó así porque en aquella noche iba a dejarnos este divino Sacramento, con el fin de unirse al mismo Jesús con las almas amadas de sus fieles.

Ese elevado designio le movió a decir entonces (Lc., 22, 15): «Ardientemente he deseado celebrar esta Pascua con ustedes»; palabras con que denota el Redentor el vehemente deseo que tenía

de esa unión con nosotros en la Eucaristía... *Ardientemente he deseado*.. Así le hace hablar el amor inmenso que nos tiene, dice San Lorenzo Justiniano.

Quiso quedarse bajo la forma de pan, a fin de que cualquiera pueda recibirlo; porque si hubiera elegido para este portentoso algún alimento exquisito y costoso, los pobres no hubieran podido recibirlo a menudo. Otra clase de alimento no se hallaría en todas partes. De manera que el Señor prefirió quedarse bajo la forma de pan, porque el pan fácilmente se halla en cualquier parte y todos los hombres pueden obtenerlo.

El vivo deseo que el Redentor tiene de que con frecuencia lo recibamos sacramentado le movía no sólo a exhortarnos muchas veces o invitarnos a que lo recibiéramos: «Vengan, coman mi Pan, y beban mi Vino que les he mezclado. Coman, amigos, y beban; embriaguense, los muy amados» (Pr., 9, 5; Cant., 5, 1); sino que más que una invitación vino a imponerlo como precepto: «Tomen y coman; éste es mi Cuerpo» (Mt. 26, 26).

Y a fin de que acudamos a recibirlo, nos estimula con la promesa de la vida eterna. «Quien come mi Carne, tiene vida eterna. Quien come este Pan, vivirá eternamente» (Jn., 6, 55, 56). Y de no obedecerle, nos amenaza con excluirnos de la gloria: «Si no comes la Carne del Hijo del Hombre no tendrás vida eterna» (Jn., 6, 54).

Tales invitaciones, promesas y amenazas nacen del deseo de Cristo de unirse a nosotros en la Eucaristía; y ese deseo procede del amor que Jesús nos tiene, porque —como dice San Francisco de Sales—el fin del amor no es otro que el de unirse a la persona amada, puesto que en este Sacramento Jesús mismo se une a nuestras almas (*el que come mi Carne y bebe mi Sangre, en Mí mora y Yo en él*) (Jn., 6, 57); por eso desea tanto que lo recibamos. «El amoroso ímpetu con que la abeja acude a las flores para extraer la miel—dijo el Señor a Santa Matilde—no puede compararse al amor con el que Yo me uno a las almas que me aman.»

¡Oh, si los fieles comprendieran el gran bien que trae a las almas la santa Comunión!... Cristo es el dueño de toda riqueza, y el Eterno Padre lo hizo Señor de todas las cosas (Jn., 13, 3).

De manera que, cuando Jesús penetra en el alma por la sagrada Eucaristía, lleva consigo un tesoro riquísimo de gracias. «*Vinieron a mí todos los bienes juntamente con ella*», dice Salomón (Sb., 7, 11) hablando de la eterna Sabiduría.

Dice San Dionisio que el Santísimo Sacramento tiene mucha virtud para santificar las almas. Y San Vicente Ferrer dejó escrito que más aprovecha a los fieles una Comunión que ayunar a pan y agua una semana entera.

La Comunión, como enseña el Concilio de Trento, es el gran remedio que nos libra de las culpas veniales y nos preserva de las mortales; por lo cual, San Ignacio, mártir, llama a la Eucaristía «*medicina de la inmortalidad*». Inocencio III dice que Jesucristo con su Pasión y muerte nos libró de las penas del pecado, y con la Eucaristía nos libra del pecado mismo.

Este Sacramento nos inflama en el amor de Dios, «*Me introdujo en la cámara del vino; ordenó en mí la caridad. Sostenme con flores, cercame de manzanas, porque desfallezco de amor*» (Cant., 2, 4-5). San Gregorio Niseno dice que esa cámara del vino es la santa Comunión, en la cual de tal modo se embriaga el alma en el amor divino, que olvida las cosas de la tierra y todo lo creado; desfallece, en fin, de caridad vivísima.

También el Venerable Padre Francisco de Olimpio, teatino, decía que nada nos inflama tanto en el amor de Dios como la sagrada Eucaristía. Dios es caridad; es fuego consumidor (1 Jn., 4, 8; Dt., 4, 24). Y el Verbo Eterno vino a encender en la tierra ese fuego de amor (Lucas, 12, 49).

Y, en verdad, ¡muy ardientes son las llamas de amor divino

que Jesucristo enciende en el alma de quien con vivo deseo lo recibe Sacramentado!

Santa Catalina de Sena vio un día a Jesús Sacramentado en manos de un sacerdote, y la vió la Sagrada Forma aparecer como una brillantísima hoguera de amor, quedando la Santa maravillada de cómo los corazones de los hombres no estaban del todo abrasados y reducidos a cenizas por incendio tan inmenso.

Santa Rosa de Lima aseguraba que, al comulgar, le parecía que recibía al sol. El rostro de la Santa resplandecía con tan clara luz, que deslumbraba a los que la veían, y su boca exhalaba un calor tan fuerte, que la persona que daba de beber a Santa Rosa después de la Comunión sentía que la mano se le quemaba como cuando se acerca la mano a un horno.

El rey San Wenceslao solamente con ir a visitar al Santísimo Sacramento se inflamaba exteriormente de tan intenso ardor, que a un criado suyo, que le acompañaba, caminando una noche por la nieve detrás del rey, le bastó poner los pies en las huellas del Santo para no sentir frío alguno.

San Juan Crisóstomo decía que, siendo el Santísimo Sacramento fuego abrasador, debiéramos, al retirarnos del altar, sentir llamas de amor. Tan fuertes son estas llamas que el mismo demonio no se atrevería a tentarnos.

Dirás, quizá, que no te atreves a comulgar con frecuencia porque no sientes en ti ese fuego del divino amor. Pero esa excusa, como observa Gerson, sería lo mismo que decir que no quieres acercarte a las llamas porque tienes frío. Mientras mayor tibieza sintamos, tanto más a menudo debemos recibir el Santísimo Sacramento, con tal que tengamos deseos de amar a Dios.

«Si acaso te preguntan los mundanos—escribe San Francisco de Sales en su *Introducción a la vida devota*—por qué comulgas tan a menudo..., diles que dos clases de gente deben comulgar con frecuencia: los perfectos, porque, como están bien dispuestos,

quedarían muy perjudicados en no llegar al manantial y fuente de la perfección, y los imperfectos, para al menos tener derecho de soñar y aspirar a llegar a ser perfectos...»

Y San Buenaventura dice análogamente: «Aunque seas tibio, acércate, sin embargo, a la Eucaristía, confiando en la misericordia de Dios. Mientras más enfermos estamos, más necesitamos del médico». Y, finalmente, el mismo Cristo dijo a Santa Matilde: «Cuando vayas a comulgar, desea sentir todo el amor que me haya tenido el más fervoroso corazón, y Yo acogeré tu deseo, como si sintieras ese amor al que aspiras.»

ORACIÓN

¡ Oh amantísimo Señor de las almas! Jesús mío, no puedes ya darnos prueba mayor para demostrarnos el amor que nos tienes. ¿Qué más pudieras inventar para que te amemos?...

Haz, ¡oh Bondad infinita!, que yo te ame desde hoy viva y tiernamente. ¿A quién debe amar mi corazón con más profundo afecto que a Ti, Redentor mío, que después de haber dado la vida por mí te das a mí Tú mismo en este Sacramento?... ¡Ah Señor! ¡Ojalá recuerde yo siempre tu inmenso amor y me olvide de todo y te ame sin interrupciones y sin reserva!...

Te amo, Dios mío, sobre todas las cosas, y a Ti sólo deseo amar. Desata mi corazón de todo afecto que para Ti no sea... Gracias te doy por haberme concedido tiempo de amarte y de llorar las ofensas que te hice. Deseo, Jesús mío, que seas el único objeto de mi amor. Socórreme y sálvame, y sea mi salvación el amarte con toda mi alma en ésta vida y en la vida futura...

María, Madre nuestra, ayúdame a amar a Cristo y ruega por mí.

35. De la amorosa permanencia de Cristo en el Santísimo Sacramento del Altar

Vengan a Mí todos los que están cansados y agobiados, que Yo los aliviare.

Mt., 11. 28.

PUNTO 1

Nuestro amado Salvador, al partir de este mundo después de haber dado cumplida la obra de nuestra redención, no quiso dejarnos solos en este valle de lágrimas. «No hay lengua que pueda declarar—decía San Pedro de Alcántara—la grandeza del amor que tiene Jesús a las almas; y así, queriendo este divino Esposo dejar esta vida para que su ausencia no fuera ocasión de olvido, les dió en recuerdo este Sacramento Santísimo, en el cual Él mismo permanece; y no quiso que entre Él y nosotros hubiera otra ofrenda para mantener despierta la memoria.»

Jesús no está de brazos cruzados en su Palacio del Cielo, no es así. Jesús viene todos los días, y trabaja sin descanso, a través de cientos de cristianos que se han ofrecido a Él por entero y lo reciben como alimento en la Eucaristía. Jesús habla a través de ellos, actúa a través de ellos, y hasta finalmente les ofrece una muerte de martirio que deja semillas de amor en comunidades donde hay odio, si así lo desea.

Este precioso Sacramento de la Eucaristía es un beneficio de nuestro Señor Jesucristo que merece todo el amor de nuestros corazones, y por esa causa en estos últimos tiempos dispuso que se instituyese la fiesta de su Sagrado Corazón, como reveló a su sierva Santa Margarita de Alacoque, a fin de que le rindiésemos con nuestros obsequios de amor algún homenaje por su adorable presencia en el altar, y reparásemos, además, los desprecios e injurias que en este Sacramento de la Eucaristía ha recibido y recibe aún de los herejes y malos cristianos.

Se quedó Jesús en el Santísimo Sacramento: primero, para que todos lo podamos encontrar sin dificultad; segundo, para poder

conversar con Él, escucharnos y hablarnos, y tercero, para dispensarnos sus gracias que son regalos gratuitos de su amor, premios a nuestros esfuerzos.

Jesús así permanece en muchos lugares diversos del mundo, en altares que tienen por fin que le hallemos siempre que lo necesitemos, y todos los que lo deseen.

En aquella noche en que el Redentor se despedía de sus discípulos para morir, éstos lloraban aquejados de dolor, porque iban a separarse de su amado Maestro. Pero Jesús los consoló diciéndoles, no sólo a ellos, sino también a nosotros mismos: «Voy, hijos míos, a morir por ustedes para mostrarles el amor que les tengo; pero ni aun después de mi muerte quiero privarlos de mi presencia. Mientras estén en este mundo, con ustedes estaré en el Santísimo Sacramento del Altar. Les dejo mi Cuerpo, mi Alma, mi Divinidad y, en suma, a Mí mismo. No me separaré de su lado.» *Estén seguros de que Yo mismo estaré con ustedes hasta la consumación de los siglos* (Mt., 28, 20).

«Quería el Esposo—dice San Pedro de Alcántara—dejar a la Esposa compañía, para que en esta separación no quedara sola, y por ello le dejó este Sacramento, en el cual Él mismo reside, que era la mejor compañía que podía darle.»

La gente de pueblos idólatras, que se fabricaban tantos dioses de metales o imaginarios, no acertaron jamás a imaginar ningún Dios tan amoroso como nuestro verdadero Dios, que está tan cerca de nosotros y con tanto amor nos asiste, «*No hay otra nación tan grande que tenga a sus dioses tan cerca de ella como el Dios nuestro está presente en todos nosotros*» (Dt., 4, 7). La santa Iglesia aplica con razón el anterior texto del Deuteronomio a la fiesta del Santísimo Sacramento.

Mira a Jesucristo que vive en los altares como encerrado en prisiones de amor. Lo toman del Sagrario los sacerdotes para exponerlo ante los fieles o para la santa Comunión, y luego lo guardan nuevamente. Y el Señor se complace en estar allí de día y de noche...

¿Y para qué, Redentor mío, quieres permanecer en tantas iglesias, incluso cuando los nombres cierran las puertas del templo y te

dejan solo? ¿No bastaba con habitar allí con nosotros en las horas del día?... ¡ Ah, no! Quiere el Señor morar en el Sagrario aun en las tinieblas de la noche, y a pesar de que nadie lo acompaña a esas horas, Jesús espera paciente para que al rayar el alba lo halle en seguida quien desee estar a su lado.

Iba la Esposa buscando a su Amado, y preguntaba a los que veía (Cant., 3, 3): *¿Viste por casualidad al que ama mi alma? Y al no encontrarlo, alzaba la voz diciendo (Cant., 1, 6): «Esposo mío, ¿dónde estás?... Muéstrate Tú... dónde descansas, dónde te quedas al mediodía.»* La Esposa no lo encontraba porque aún no existía el Santísimo Sacramento; pero ahora, si un alma desea unirse a Jesucristo, en muchos templos está esperándola su Amado. No hay aldea, por muy pobre que sea; no hay convento de religiosos que no tenga el Sacramento Santísimo. En todos esos lugares el Rey del Cielo se regocija permaneciendo aprisionado en pobre morada de piedra o de madera, donde a menudo se ve sin tener quien le sirva y apenas iluminado por una lámpara de aceite...

«¡Oh Señor!—exclama San Bernardo—, no conviene esto a tu infinita Majestad...» «Nada importa—responde Jesucristo—; si no conviene a mi Majestad, conviene a mi amor.»

¡Oh, con qué tiernos afectos visitan los peregrinos los lugares de Tierra Santa, el establo de Belén, el Calvario, el Santo Sepulcro, donde Cristo nació, murió y fue sepultado!... Pues ¡cuánto más grande debiera ser nuestro amor al vernos en el templo en presencia del mismo Jesucristo, que está en el Santísimo Sacramento! Decía el Santo P. Juan de Avila que no había para él santuario de mayor devoción y consuelo que una iglesia en que está Jesús Sacramentado.

Y el P. Baltasar Álvarez se lamentaba al ver llenos de gente los palacios reales, y los templos, donde Cristo mora, solos y abandonados... ¡Oh Dios mío! Si el Señor no estuviera más que en una iglesia, la de San Pedro de Roma, por ejemplo, y allí se dejara ver únicamente en un día al año, ¡cuántos peregrinos, cuántos nobles y monarcas procurarían tener la dicha de estar en aquel templo en ese día para reverenciar al Rey del Cielo, de nuevo descendido a la tierra! ¡Qué rico sagrario de oro y piedras preciosas se le tendría preparado! ¡Con cuánta luz se iluminaría la iglesia para

solemnizar la presencia de Cristo!

«Pero no—dice Jesús—, no quiero habitar en un solo templo, ni solo por un día del año, ni busco ostentación ni riquezas, sino que deseo vivir continua, diariamente, allí donde mis fieles estén, para que todos me encuentren fácilmente, siempre y a todas horas.»

¡Ah! Si Jesucristo no hubiera inventado en este exquisito obsequio de amor, ¿quién hubiera sido capaz de inventarlo? Si al acercarse la hora de su ascensión al Cielo le hubieran dicho: Señor, para mostrarnos tu afecto, quédate con nosotros en los altares bajo la forma de pan, con el fin de que te hallemos cuando queramos, ¡cuan temeraria hubiera parecido tal petición!

Pero esto, que ningún hombre inventó, lo pensó e hizo nuestro Salvador amado... ¿Y dónde está, Señor, nuestra gratitud por regalo tan grande?... Si un famoso artista o un poderoso presidente llega de algún lejano país con el único fin de que poder juntarse contigo, ¿no serías ingrato en extremo si no quisieras ver al artista o presidente, o sólo lo vieras a la rápida y con desgano?

ORACIÓN

¡ Oh Jesús, Redentor mío y amor de mi alma! ¡Pagaste un precio tan alto para poder hacer tu morada en la Eucaristía! Primero sufriste dolorosa muerte antes de vivir en nuestros altares, y luego innumerables injurias en el Sacramento por asistirnos y regalarnos con tu presencia real. Y, en cambio, nosotros nos descuidamos y olvidamos de ir a visitarte, aunque sabemos que te complace nuestra visita y que nos colmas de bienes cuando ante Ti permanecemos. Perdóname, Señor, que yo también me cuento en el número de esos ingratos...

Pero desde ahora, Jesús mío, te visitaré a menudo, me detendré cuanto pueda en tu presencia para darte gracias, y amarte, y pedirte mercedes, porque ese el fin que te movió a quedarte en la tierra, acogido a los sagrarios y prisionero nuestro por amor. Te amo, Bondad infinita; te amo, amado Dios; te amo, Sumo Bien, más amable que todos los bienes.

Haz que me olvide de mí mismo y de todas las cosas, y que sólo de tu amor me acuerde, para vivir el resto de mis días únicamente ocupado en servirte. Haz que desde hoy mi mayor felicidad sea

permanecer arrodillado a tus pies, e inflámame en tu santo amor...

¡María, Madre nuestra, ayúdame a tener gran amor al Santísimo Sacramento, y cuando veas que me olvido, recuérdame la promesa que ahora hago de visitarlo diariamente!

PUNTO 2

Consideremos, en segundo lugar, cómo Jesucristo en la Eucaristía a todos nos recibe. Decía Santa Teresa que no a todos los hombres les está permitido hablar con los reyes de este mundo. La gente pobre apenas logra comunicarse con los políticos, o con alguien importante a través de un tercero.



Pero el Rey de la gloria no necesita de intermediarios.

Todos, ricos y pobres, podemos hablarle cara a cara en el Santísimo Sacramento. No en vano Jesús se llama a Sí mismo «flor de los campos» (Cant., 2, 1): *Yo soy flor del campo y lirio de los valles*; pues así como las flores de jardín están y viven reservadas y ocultas para muchos, las del campo se ofrecen generosas a la vista de todos. *Soy flor del campo porque me dejo ver por todos los que me buscan*, dice, comentando el texto, el cardenal Hugo.

Con Jesucristo en el Santísimo Sacramento podemos hablar todos con El, y a cualquier hora del día. San Pedro Crisólogo, tratando del

nacimiento de Cristo en el pesebre de Belén, hace notar que no siempre los reyes dan audiencia a los súbditos; antes sucede a menudo que cuando alguno quiere hablar con el soberano, se le despide diciéndole que no es hora de audiencia y que vuelva después. Pero nuestro Redentor quiso nacer en un establo abierto, sin puerta ni guardia, a fin de recibir en cualquier momento al que quiera visitarlo. *No hay sirvientes que digan: más adelante, que aún está ocupado.*

Lo mismo sucede con el Santísimo Sacramento. Abiertas están las puertas de la parroquia, y a todos nos está permitido hablar con el Rey del Cielo siempre que nos plazca. Y Jesucristo se alegra de que le hablemos allí con ilimitada confianza, para lo cual se oculta bajo la forma de pan, porque si Cristo apareciera sobre el altar en resplandeciente trono de gloria, como vamos a verlo en el día del juicio final, ¿quién osaría acercarse a Él?

Pero nuestro Señor—dice Santa Teresa—desea que le hablemos y pidamos favores con suma confianza y sin temor alguno, y por eso encubrió su Majestad divina con la forma de pan. Quiere, según dice Tomás de Kempis, que le tratemos como se trata a un amigo muy querido.

Cuando el alma tiene al pie del altar conversaciones amorosas con Cristo, parece que el Señor le dice aquellas palabras del Cantar de los Cantares (2, 10): «Levántate, apresúrate, amiga mía, hermosa mía, y ven.» Alma mía, levántate frente al Señor tu dueño, le dice, y nada temas. Propera, apresúrate, acércate a Mi. Alma mía, eres mi amiga, ya no eres mi enemiga, ni lo serás mientras me ames y te arrepientas de haberme ofendido. No eres ya deforme, sino bella, porque mi gracia te ha hermoseedo. Ven y pídemelo que deseas, que para oírte estoy en este altar...

Qué gozo tendrías, lector amado, si el rey de tu país te llamara a su castillo y te dijera: ¿Qué deseas, qué necesitas? Te aprecio mucho, y

sólo deseo hacerte favores... Pues justo esto mismo te dice Cristo, Rey del Cielo, y a todos los que le visitan (Mt., 11, 28): *Vengan a Mí todos los que están cansados y agobiados, que Yo los aliviare.* Vengan, pobres, enfermos, afligidos, que Yo puedo y quiero enriquecerlos, sanarlos y consolarlos, pues con este fin habito en el altar (Is., 58, 9).

ORACIÓN

Puesto que resides en los altares, ¡oh Jesús mío!, para oír las súplicas que te dirigen los desventurados que recurren a Ti, escucha, Señor, lo que te ruega este pecador miserable...

¡Oh Cordero de Dios, sacrificado y muerto en la cruz! Mi alma fue redimida con tu Sangre; perdóname las ofensas que te he hecho, y socórreme con tu gracia para que no vuelva a perderte jamás. Hazme partícipe, Jesús mío, de aquel dolor profundo de los pecados que tuviste en el huerto de Getsemaní...

¡Oh Dios, si yo hubiera muerto en pecado, no podría amarte nunca; pero tu clemencia me esperó a fin de que te amara! Gracias te doy por ese tiempo que me has concedido, y puesto que tengo permitido amarte, te consagro mi amor. Otórgame la gracia de tu amor divino en tal manera, que de todo me olvide y me ocupe solo en servir y complacer a tu Sagrado Corazón.

¡Oh Jesús mío! Me dedicaste tu vida entera; concédeme que a Ti consagre el resto de la mía. Atraeme a tu amor, y hazme todo tuyo antes que llegue la hora de mi muerte. Así lo espero por los méritos de tu sagrada Pasión, y también, ¡oh María Santísima!, por tu intercesión poderosa. Bien sabes que te amo; ten misericordia de mi.

PUNTO 3

Jesús, en el Santísimo Sacramento, nos oye a todos, y nos recibe para comunicarnos su gracia, pues el Señor más desea favorecernos con sus dones que nosotros recibirlos. Dios, que es la infinita Bondad, generosa y difusiva por su propia naturaleza, se complace

en comunicar sus bienes a todo el mundo y se lamenta si las almas no acuden a pedirle favores espirituales. ¿Por qué, dice el Señor, no vienes a Mí? ¿Acaso he sido para ustedes como tierra seca cuando me has pedido beneficios?...

Vio el Apóstol San Juan (Ap., 1, 13) que el pecho del Señor resplandecía ceñido y adornado con una cinta de oro, símbolo de la misericordia de Cristo y de su amorosa solicitud con que desea entregarnos su gracia.

El Señor siempre está listo para ayudarnos; pero en el Santísimo Sacramento, como afirma el discípulo, concede y reparte especialmente abundantes dones. El Beato Enrique Susón decía que Jesús en la Eucaristía soluciona con mayor alegría nuestras peticiones y súplicas.

Así como algunas madres hallan consuelo y alivio dando el pecho generosamente, no sólo a su propio hijo, sino también a otros pequeños, en este Sacramento el Señor nos invita a todos y nos dice (Is.t 66, 13): *Como la madre acaricia a su hijo, así Yo los consolaré.* Al Padre Baltasar Álvarez se le apareció visiblemente Cristo en el Santísimo Sacramento, mostrándole las innumerables gracias que tenía dispuestas para darlas a los hombres; pero no había en todo el mundo quien se las pidiera.

¡Bienaventurada el alma que al pie del altar se detiene para solicitar la gracia del Señor! La condesa de Feria, que fué después religiosa de Santa Clara, permanecía ante el Santísimo Sacramento todo el tiempo que podía, por lo cual la llamaban *la esposa del Sacramento*, y allí recibía continuamente tesoros de bienes riquísimos.

Le preguntaron una vez qué hacía tantas horas arrodillada ante el Señor Sacramentado, y ella respondió: «Estaría allí por toda la eternidad... Me preguntas qué se hace en presencia del Santísimo Sacramento... ¿Y qué es lo que se deja de hacer? ¿Qué hace un pobre en presencia de un rico? ¿Qué hace un enfermo frente al médico?...

Se dan gracias, se ama y se ruega.»

Se lamentaba el Señor con su amada sierva Santa Margarita de Alacoque de la ingratitud con que los hombres lo tratan en este Sacramento de amor; y mostrándole su Sagrado Corazón en un trono de llamas, rodeado de espinas y con la cruz en lo alto, para dar a entender la amorosa presencia del mismo Cristo en la Eucaristía, le dijo: «Mira este Corazón, que tanto ha amado a los hombres, y que nada ha omitido, ni siquiera el aniquilarse a sí mismo, para demostrarles su amor; pero en reconocimiento no recibo más que ingratitudes de la mayor parte de ellos, por las irreverencias y desprecios con que me tratan en este Sacramento. Y lo que más deploro es que así lo hacen muchas almas que me están especialmente consagradas.»

Los hombres no van a conversar con Cristo porque no lo aman de verdad y de corazón. ¡Les encanta pasar muchas horas hablando con un amigo, pero se aburren al poco rato con el Señor! ¿Cómo va a concederles Jesucristo su amor? Si antes no se deshacen de los afectos terrenos del corazón, ¿cómo va a entrar allí el amor divino? ¡Ah! Si pudieras verdaderamente decir de corazón lo que decía San Felipe Neri al ver el Santísimo Sacramento: *He aquí mi amor*. Si de verdad sientieras ese amor tan grande, no te cansarías nunca de estar horas y días ante Jesús Sacramentado.

A un alma enamorada de Dios, esas horas le parecen minutos. San Francisco Javier, fatigado por el diario trabajo de ocuparse en la salvación de las almas, hallaba de noche descanso y placer al permanecer ante el Santísimo Sacramento.

San Juan Francisco de Régis, famoso misionero de Francia, después de haber invertido todo el día en la predicación, acudía a la iglesia, y cuando la veía cerrada, se quedaba junto a la puerta, sufriendo las inclemencias del tiempo con tal de obsequiar, aún de lejos; a su amado Señor.

San Luis Gonzága deseaba estar siempre en presencia de Jesús Sacramentado; pero como los Superiores le prohibieron que se entretuviera en esos prolongados actos de adoración, seguramente pensando que era flojera para evitar los trabajos, pues sucedía que cuando el joven pasaba delante del altar, sintiendo que Jesús lo atraía dulcemente para que permaneciera con Él, se alejaba obligado por la obediencia a sus Superiores, y amorosamente decía: «Apártate, Señor, apártate de mí; no me atraigas hacia Ti; deja que de Ti me separe, porque debo obedecer.»

Pues si tú, hermano mío, no sientes tan alto amor a Cristo, al menos procura visitarlo diariamente, que Él sabrá inflamar tu corazón. ¿Tienes frialdad o tibieza? Aproxímate al fuego, como decía Santa Catalina de Sena, y idichoso de ti si Jesús te concede la gracia de abrasarte en su amor! Entonces no amarás las cosas de la tierra, sino que las menospreciarás, porque, según observa San Francisco de Sales: Cuando en casa hay fuego, todo lo arrojamos por la ventana.

ORACIÓN

¡Ah Jesús mío!, haz que te conozcamos y amemos. Tan amable eres, que con eso basta para que te amen los hombres... ¿Y cómo son tan pocos los que te entregan su amor? ¡Oh Señor!, entre tales ingratos he estado yo también. No negué mi gratitud a mi familia y amigos, de quienes recibí favores. Sólo contigo he sido tan desagradecido, que te has dado por entero a mí, que incluso llegué a ofenderte gravemente e injuriarte a menudo con mis culpas.

Y Tú, Señor, en vez de abandonarme, todavía me buscas y reclamas mi amor, inspirándome el recuerdo de aquel amoroso mandato (Mr., 12, 30): *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón*. Pues ya que, a pesar de mi desagradecimiento, quieres que yo te ame, prometo amarte, Dios mío. Así lo deseas, y yo, favorecido por tu gracia, no deseo otra cosa. Te amo, amor mío, y mi todo. Por la Sangre que derramaste por mí, ayúdame y

socórreme. En ella pongo toda mi esperanza, y en la intercesión de tu Madre Santísima, cuyas oraciones quieres que contribuyan a nuestra salvación.

Ruega por mí, Santa Virgen María, a Jesucristo, mi Señor; y puesto que Tú abrasas en el amor divino a todos tus amantes siervos, inflama en él mi corazón, que tanto te ama siempre.

36. Conformidad con la voluntad de Dios

Y la vida, en su voluntad.

SAL. 29, 6.

PUNTO 1

Todo el fundamento de la salud y perfección de nuestras almas consiste en el amor de Dios. «Quien no ama está en la muerte. La caridad es el vínculo de la perfección» (1 Jn., 3, 14; Col, 3, 14). Pero la perfección del amor es la unión de nuestra propia voluntad con la voluntad divina, porque en esto se cifra—como dice el Areopagita—el principal efecto del amor, en unir de tal modo la voluntad de los amantes, que no tengan más que un solo corazón y un solo querer.

Mientras tanto, pues, agradan al Señor nuestras obras, penitencias, limosnas, comuniones, en cuanto se conforman con su divina voluntad, pues de otra manera no serían virtuosas, sino viciosas y dignas de castigo.

Esto mismo, muy especialmente, nos manifestó con su ejemplo nuestro Salvador Jesús cuando del Cielo descendió a la tierra. Esto, como enseña el Apóstol (Hech., 10, 5-7), dijo el Señor al entrar en el mundo: «Tú, Padre mío, has rechazado las víctimas ofrecidas por el hombre, y quieres que te sacrifique con la muerte este Cuerpo que me has dado. Cúmplase tu divina voluntad.» Y lo mismo declaró muchas veces, diciendo (Jn., 6, 38) que no había venido sino para cumplir la voluntad de su Padre. Y así Jesús vino a reemplazar con su Sacrificio Perfecto, los sacrificios especificados en la Primera Alianza entre Dios y el Hombre, especificados en la Ley de Moises, consistentes en sacrificar Palomas y Corderos, que con su sangre redimían los pecados de los Judíos.

Con lo cual Jesús quiso dejar claro el infinito amor que al Padre tiene a todos los Hombres, puesto que vino a morir para obedecer el divino mandato (Jn., 14, 31). Dijo, además (Mt., 12, 50), que reconocería por suyos únicamente a los que cumplieran la voluntad de Dios, y por esta causa el único fin y deseo de los Santos en todas sus obras ha sido el cumplimiento de ella. El Beato Enrique Susón exclama: «Preferiría ser el gusano más pequeño de la tierra, por voluntad de Dios, que ser por la mía un serafín.»

Santa Teresa dice que lo que va a procurar es que se ejercita en oración es conformar su voluntad con la divina, y que en eso consiste la perfección, de tal manera que quien en ello sobresalga recibirá de Dios más altos dones y adelantará más en la vida interior.

Los bienaventurados en la gloria aman a Dios de manera perfecta, porque su voluntad está unida y conforme por completo con la voluntad divina. Así, Jesucristo nos enseñó que pidiéramos la gracia de cumplir la voluntad de Dios en la tierra tal como los Santos cumplen la voluntad de Dios en el Cielo.

Quien así lo hace, será hombre según el corazón de Dios, como llamaba el Señor a David, porque éste siempre se hallaba dispuesto a cumplir lo que Dios quería, y continuamente le suplicaba que le enseñase a ponerlo en acción (Sal. 142, 10).

¡Cuánto vale un solo acto de perfecta resignación a lo que Dios dispone! Bastaría para santificarnos... Pablo estaba de camino a perseguir a la Iglesia, y Cristo se le aparece y lo ilumina y lo convierte con su gracia. El Santo se ofrece a cumplir lo que Dios le mande (Hch., 9, 6): «Señor, ¿qué quieres que haga?» Y Jesucristo lo llama instrumento valioso (Hch., 9, 15) y Apóstol de la gente.

El que ayuna y da limosna y se mortifica por Dios, da una parte de sí mismo; pero el que entrega a Dios su voluntad, le da todo lo que tiene. Esto es lo que Dios nos pide, el corazón, la voluntad (Pr., 23, 26).

Tal debe ser, en resumen, el objetivo de nuestros deseos, de nuestras devociones, comuniones y demás obras piadosas, el cumplimiento de la voluntad divina. Este debe ser el norte y mira de nuestra oración: el obtener la gracia de hacer lo que Dios quiera de nosotros.

Para esto debemos pedir la intercesión de nuestros Santos protectores, y especialmente de María Santísima, para que nos ayude a obtener luces y fuerzas, con el fin de que nuestra voluntad se haga una con la voluntad de Dios en todas las cosas.

Por último, la fidelidad a Dios. Resultará fácil alabar a Dios cuando nos regala cosas materiales y momentos alegres, pero no será tan fácil cuando Dios nos da pruebas y tormentos. Decía el Santo M. P. Ávila: «Más vale un "bendito sea Dios", dicho en la adversidad, que mil "gracias" en los momentos felices.»

ORACIÓN

¡Ah Señor mío! Todos mis tormentos, mis penas, y desventuras han sido por no querer rendirme a tu santa voluntad.

Maldigo y aborrezco mil veces aquellos días y ocasiones en que por cumplir mi deseo contradije y me opuse a tus deseos, ¡oh Dios de mi alma!... Ahora te doy toda mi voluntad. Acógela, Dios mío, y únala de tal modo a tu amor, que no pueda rebelarse otra vez.

Te amo, Bondad infinita, y por el amor que te profeso, me ofrezco enteramente a Ti. Dispone de mí y de todas mis cosas como te agrade, que yo en todo me rindo gustoso a tu santísima voluntad. Líbrame de la desdicha de oponerme a resistir a tus deseos, y haz de mí lo que te plazca. Escúchame, ¡oh Padre Eterno!, por el amor de Cristo. Escúchame, Jesús mío, por los merecimientos de tu Pasión.

Y Tú, María Santísima, socórreme y ayúdame a obtener la gracia de cumplir siempre la voluntad divina, en lo cual se cifra mi salvación, y nada más pediré.

PUNTO 2

Es muy importante aceptar la voluntad divina, no sólo en las cosas que recibimos directamente de Dios, cómo son las enfermedades, las



desolaciones espirituales, las pérdidas de cosas materiales, las pérdidas de parientes, sino también aceptar la voluntad divina en las cosas que nos envía por medio de los hombres, como la deshonra, desprecios, injusticias y toda suerte de persecuciones. Y de igual modo aceptar la voluntad divina cuando nos regale cosas hermosas, la felicidad de una linda familia, buenos amigos, la oportunidad de dar al prójimo enfermo o necesitado, el dinero que pone en nuestras manos para dar limosnas, el alimento que pone en nuestra mesa, el techo que pone sobre nuestras cabezas.

Y cuando alguien nos ofenda en nuestra honra o nos robe nuestro dinero o cosas, no quiere Dios el pecado de quien nos ofende o daña, porque aquí decimos que es voluntad divina, pero sí quiere la humillación o pobreza que por ello a nosotros nos resulta. Y también nuestro perdón, como nos enseñó Jesús.

La verdad es que todo, absolutamente todo sucede por la voluntad divina. *Yo soy el Señor que formó la luz y las tinieblas, y hago la paz y creo la desdicha* (Is., 45, 7). Y en el Eclesiástico leemos: «Los bienes y los males, la vida y la muerte vienen de Dios.» Todo, en resumen, procede de Dios, así los bienes como los males.

A las personas bautizadas y en gracia se las considera Hijos de Dios, y Satanás no puede tocar ni tentar a un Hijo de Dios a menos que sea con permiso de Dios. Y así, Dios solo permitirá tentaciones que estén conformes a la fuerza y fe del creyente.

Por lo tanto de Dios recibimos bienes y males. Y llamamos males a ciertos accidentes, porque nosotros les damos ese nombre, y en males los convertimos, pues si los aceptáramos como es debido, rindiéndonos en manos de Dios, serían para nosotros, no males, sino bienes. Las joyas que más resplandecen en la corona de los Santos son las pruebas, tribulaciones, aceptadas por Dios, como venidas de su mano.

Cuando supo el santo Job que los sábeos le habían robado los bienes, no dijo: «El Señor me los dio y los sábeos me los quitaron», sino *el Señor me los dio y el Señor me los quitó* (Jb., 1, 21). Y diciéndolo, bendecía a Dios, porque sabía que todo sucede por la voluntad divina (Jb., 1, 21).

Los santos mártires Epicteto y Atón, atormentados con garfios de hierro y hachas calentadas con fuego, exclamaban: *Señor, hágase en nosotros tu santa voluntad*, y al morir, éstas fueron sus últimas palabras: «¡Bendito seas, oh Eterno Dios, porque nos diste la gracia de que en nosotros se cumpliera tu voluntad santísima!»

Cesario escribió que cierto monje, aunque vivía una vida tan austera como la de los demás, hacía muchos milagros. Maravillado el abad, le preguntó qué devociones practicaba. Respondió el monje que él, sin duda, era más imperfecto que sus hermanos, pero que ponía un especial cuidado en adecuarse siempre y en todas las cosas a la voluntad divina. «Y aquel daño—replicó el abad—que el enemigo hizo en nuestras tierras, ¿no te causó pena?» «¡Oh Padre—dijo el monje—, antes doy gracias a Dios, que todo lo hace o permite para nuestro bien». Esta respuesta mostró al abad la gran santidad de aquel buen religioso.

Lo mismo debemos nosotros hacer cuando nos sucedan cosas adversas: recibámoslas todas de la mano de Dios, no sólo con paciencia, sino con alegría.

Cuando a Jesús lo condenaban y luego mientras lo crucificaron, los Apóstoles tuvieron grandes dudas de la identidad de Jesús, y se escondieron en una habitación, con miedo a ser descubiertos. ¿Qué hizo que salieran a predicar sin ningún miedo y hasta morir dando testimonio de Jesús? Pues el ver a Jesús Resucitado, vivo, y cumpliendo sus promesas de enviar al Espíritu Santo y predicar junto a cada uno de ellos.

Imitemos a los Apóstoles, que se complacían en ser maltratados por amor de Cristo. *Salieron gozosos del Sanedrín, porque habían sido considerados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús* (Hch., 5, 41). Pues ¿qué mayor felicidad puede haber que sufrir alguna cruz y saber que abrazándola complacemos a Dios?...

Si queremos vivir en continua paz, procuremos unirnos a la voluntad divina y decir siempre en todo lo que nos suceda: «Señor, si así te agrada, que sea así» (Mt., 11, 26). A este fin debemos encaminar todas nuestras meditaciones, comuniones, oración y visitas al Señor Sacramentado, rogando continuamente a Dios que nos conceda esa preciosa conformidad con su voluntad divina. Y ofrezcámonos siempre a Él, diciendo: Mírame aquí, Dios mío; hace de mí lo que te agrada... Santa Teresa se ofrecía al Señor más de cincuenta veces diariamente, a fin de que dispusiese de ella como quisiera.

ORACIÓN

¡Amadísimo Redentor, divino Rey de mi alma, reina en ella desde ahora, únicamente Tú!... Acepta toda mi voluntad, de modo que no desee ni quiera sino lo que Tú quieras. Bien sé cuánto te he ofendido oponiéndome a tu santa voluntad, y de ello me arrepiento de corazón.

Merezco castigo, y no lo rechazo, sino que lo acepto, rogándote solamente que no me impongas la pena de privarme de tu amor. Concédemelo así y haz de mí lo que te agrada. Te amo, Redentor mío; te amo, Señor, y porque te amo quiero hacer todo lo que Tú quieras. ¡Oh voluntad divina, tú eres mi amor!...

¡Oh Sangre de Jesús, Tú eres mi esperanza!, y por Ti espero que desde ahora estaré siempre unido a la voluntad de Dios, y que su divina voluntad será mi norte y mi guía, mi amor y mi paz. En ella deseo descansar y vivir.

Diré en todos los acontecimientos de mi vida: Dios mío, nada quiero sino lo que Tú deseas; cúmplase en mí tu voluntad: Otórgame, Jesús mío, por tus méritos, la gracia de que yo repita

siempre esa amorosa súplica: Que se haga tu voluntad...

¡Oh María, Madre y Señora nuestra, que cumpliste continuamente la voluntad divina!, ayúdame Tú a que la cumpla yo también. Reina de mi vida, concédeme esa gracia que por tu amor a Cristo espero conseguir.

PUNTO 3

El que está unido a la voluntad divina disfruta, incluso en este mundo, de admirable y continua paz. «No se entriiztecerá el justo por ninguna cosa que le acontezca» (Pr., 12, 21), porque el alma se contenta y satisface al ver que sucede todo cuanto desea; y el que sólo quiere lo que quiere Dios, tiene todo lo que puede desear, puesto que nada sucede sino es por efecto de la voluntad divina.

El alma resignada, dice Salviano, si recibe humillaciones, quiere ser humillada; si la combate la pobreza, se alegra de ser pobre; en suma: quiere todo lo que le sucede, y por eso goza de vida alegre. Padece las molestias del frío, del calor, la lluvia o el viento, y con todo ello se conforma y regocija, porque así lo quiere Dios. Si sufre pérdidas, persecuciones, enfermedades y la misma muerte, quiere estar pobre, perseguido, enfermo; quiere morir, porque todo eso es voluntad de Dios.

El que así descansa en la voluntad divina y se complace en lo que el Señor dispone, se parece a lo que sucede con los aviones que vuelan muy alto, porque desde arriba los pasajeros no se ven afectados por el tiempo y el clima que hay abajo. Esta es aquella paz que—como dice el Apóstol (Fil., 4, 7)— supera a todas las delicias del mundo; paz continua, serena, permanente, inmutable. *El necio cambia como la luna, él sabio se mantiene en la sabiduría como el sol* (Ecl., 27, 12). Porque el pecador cambia como la luz de la luna, que hoy crece y otros días mengua. Hoy lo vemos reír; mañana, llorar; ahora se muestra alegre y tranquilo; y al momento después está afligido y furioso. Cambia y varía, en fin, de acuerdo a las cosas prósperas o

adversas que le suceden.

Pero el creyente en Dios, se mantiene como el sol, con igualdad y constancia. Ningún acontecimiento lo priva de su dichosa tranquilidad, porque esa paz de la cual goza es hija de su conformidad perfecta con la voluntad de Dios. *Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (Lc., 2, 14).

Santa María Magdalena de Pazzi tan pronto oía nombrar la voluntad de Dios, sentía una consolación tan profunda, que se quedaba sumida en éxtasis de amor... Así y todo, las facultades de nuestra parte inferior no dejarán de hacernos sentir algún dolor en las cosas adversas; pero en la voluntad superior, si está unida a la de Dios, reinará siempre profunda e inquebrantable paz. *Ninguno te quitará tu gozo* (Jn., 16, 22).

Indecible locura es la de aquellos que se oponen a la voluntad de Dios. Lo que Dios quiere se va a cumplir igual seguramente. *¿Quién puede resistir a su voluntad?* (Ro., 9, 19). De manera que esos desventurados tienen que llevar su cruz por fuerza, aunque sin paz ni provecho. *¿Quién le resistió y tuvo paz?* (Jb., 9, 4).

¿Y qué otra cosa desea Dios para nosotros sino nuestro bien? Quiere que seamos santos para hacernos felices en esta vida y bienaventurados en la otra. Las cruces que Dios nos envía son para nuestro bien (Ro., 8, 28). Ni los mismos castigos temporales vienen para nuestra ruina, sino a fin de que nos enmendemos y alcancemos la eterna felicidad (Jdt., 8, 27).

Dios nos ama tanto, que no sólo desea nuestra salvación, sino que se muestra solícito para entregarnos salvación (Salmo 39, 18). ¿Y qué nos va a negar quien nos dio a su mismo Hijo?... (Ro., 8, 32).

Abandonémonos, pues, siempre en manos de Dios, que jamás deja de llevarnos a nuestro bien (1 Pe., 5, 7). «Piensa tú en Mí—decía el

Señor a Santa Catalina de Sena—, que Yo pensaré en ti.» Digamos siempre como la Esposa: Mi amado para mí, y yo para Él (Cant., 2, 16). Mi amado quiere mi bien, y yo no debo pensar más que en complacerlo y unirme a su santa voluntad; como una mujer con su marido; como un creyente con su Dios.

No debemos pedir, decía el santo Abad Nilo, que haga Dios lo que deseamos, sino que nosotros hagamos lo que Él quiera. Quien así proceda tendrá una vida feliz y además una muerte santa. El que muere resignado por completo a la voluntad divina nos deja certeza moral de su salvación. Pero el que no vive así unido a la voluntad de Dios, tampoco lo estará al morir, y no se salvará.

Procuremos, pues, familiarizarnos con ciertos pasajes de la Sagrada Escritura, que sirven para conservarnos en esa unión incomparable: «Dime, Señor, lo que quieres que haga, pues yo deseo hacerlo» (Hch., 9, 6). «He aquí a tu siervo: manda y serás obedecido» (Lc., 1, 38). «Sálvame, Señor, y haz de mí lo que quieras. Tuyo soy, y no mío» (Sal. 118, 94).

Y cuando nos suceda alguna adversidad, digamos en seguida : «Hágase así, Dios mío, porque así lo quieres» (Mateo, 11, 26). Especialmente, no olvidemos la tercera petición del Padrenuestro: «Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo.» Digámosla a menudo y repitémosla muchas veces... ¡Dichosos nosotros si vivimos y morimos diciendo: Hágase tu voluntad, Señor!

ORACIÓN

¡Oh Jesús, Redentor mío! Diste tu vida en la cruz, a fuerza de dolores, para salvarme y redimirme... Ten ahora compasión de mí, y no permitas que un alma por Ti redimida con tantos trabajos y con tanto amor vaya a odiarte eternamente en el infierno.

Nada dejaste de hacer para obligarme a amarte, como nos lo manifestaste cuando antes de expirar en el Calvario dijiste aquellas amorosas palabras: *Todo está hecho!...* ¿Y cómo he correspondido

yo a tu amor?... Puedo asegurar que por mi parte nada omití para ofenderte y obligarte a que me aborrecieras...

Gracias te doy por la paciencia con que me has esperado mientras sufres por mi causa, y por el tiempo que me concedes para que repare mi ingratitud y te ame y sirva antes de morir... Amarte quiero, sí, y hacer cuanto quieras; y te doy toda mi voluntad, mi libertad y todas mis cosas.

Desde ahora te consagro mi vida y acepto la muerte que me envíes, con todos los dolores y circunstancias que la acompañen, uniendo este sacrificio al gran sacrificio de tu vida que Tú, Jesús mío, hiciste en la cruz por mí. Deseo morir para que se cumpla tu voluntad... ¡Oh Señor, por los merecimientos de tu Pasión Sagrada, dame la gracia de que esté yo en esta vida resignado y conforme siempre con tus disposiciones, y en la hora de mi muerte haz, Señor, que la abrace y reciba con entera conformidad a tu voluntad santísima!

Morir quiero, ¡oh Jesús!, para complacerte; morir quiero diciendo: *¡Hágase tu voluntad!...*

María, Madre nuestra, así fue tu muerte; ayúdame a obtener que la dicha de que yo también muera así.

¡Señor y Dios mío! Desde ahora acepto de tu mano con ánimo conforme y gustoso cualquier género de muerte que quieras darme, con todas sus amarguras, penas y dolores.